

M = 70000



ANT

XIX

474

FILIGRANA



R-41.378

MARTÍNEZ BARRIONUEVO



FILIGRANA

(HISTORIA DE UN SECUESTRO)

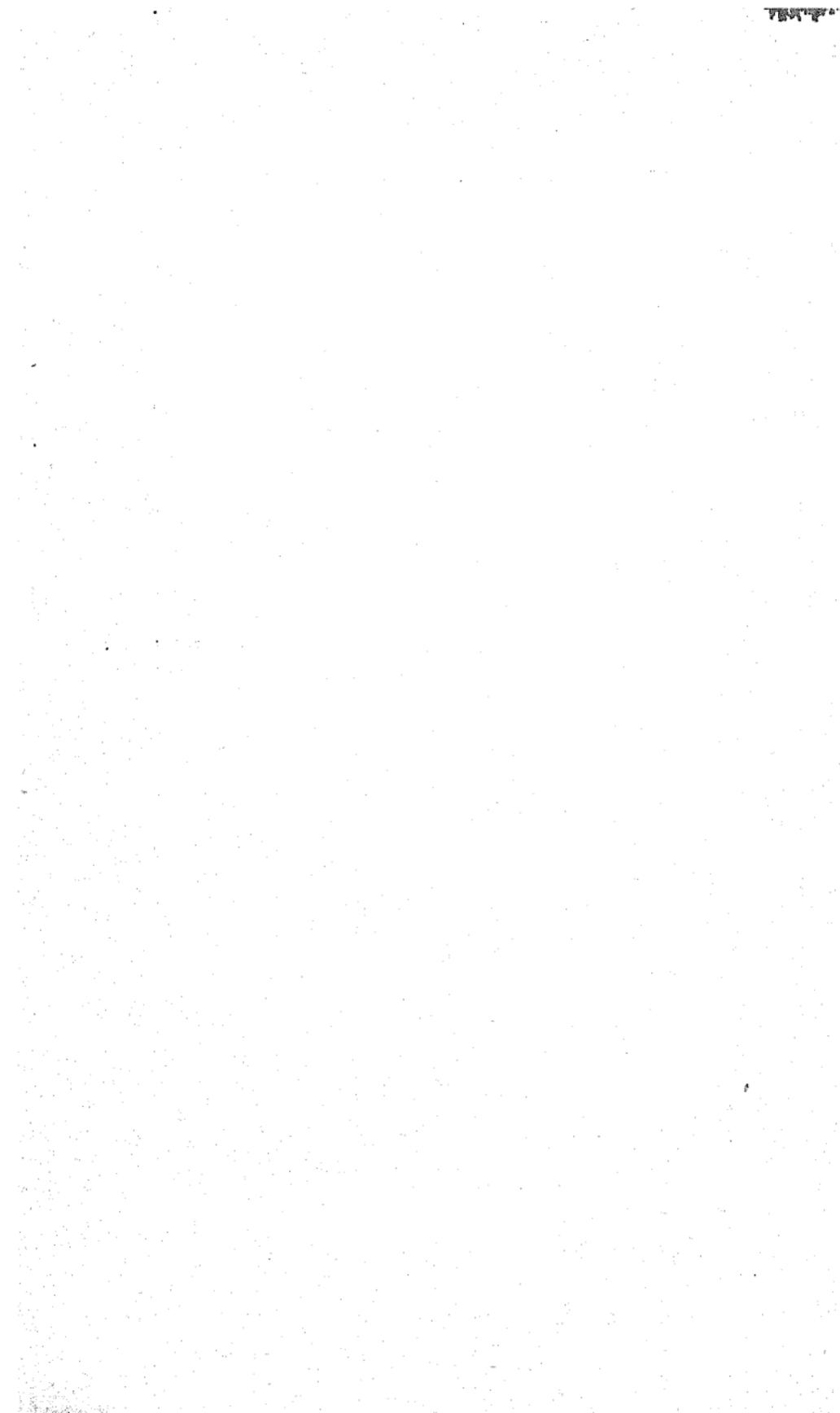


BARCELONA — 1898

IMPRESA DE HENRICH Y CA, EN COMANDITA

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y CA

Pasaje de Escudillers, 4



Lectores míos: la novela que hoy os presento no es de análisis; es de acción: no quise resolver ningún problema; quise distraeros un rato: si lo consigo veré mi aspiración cumplida. Una cosa he de advertir: FILIGRANA existe.

FILIGRANA

I

La escena es en Málaga.

Serían las diez de una alegre noche de estío; una de esas noches tan comunes en la ciudad hermosa.

Filigrana, se asomó al balcón de su lindo gabinete. Arrolló la cortina que impedía mirar á la calle, y su silueta, se dibujó, fantástica y pura, en la pared de la otra acera, sobre el cuadro de luz que proyectaba la que en el gabinete ardía.

Era en la calle de la Victoria; los mozuelos hablaban sentados en las puertas; jugaban los chicos, volteando y corriendo; escu-

chábanse coplas acá y allá, esos cantos populares y vagorosos dignos únicamente de la musa de Andalucía; y entre este concertante propio de las poblaciones animadas, sentíase, como nota dulce el punteo de una guitarra, en tal ó cual esquina.

Filigrana aspiró con embriaguez aquella atmósfera compuesta con los vapores salitrosos del mar y el finísimo perfume de los claveles. Se retiró luego del balcón y pareció indecisa. Anduvo por el gabinete presurosa y como de un humor endiablado, y eso que Filigrana de todo tenía á juzgar por el aspecto, menos de demonio, con sus diez y nueve años tal vez no cumplidos, su rostro pálido, oval y suave, sus ojos negros, luminosos, su busto gentil y su atavío elegante. Detúvose, miró la hora que era... Siguió paseando y cayó al fin como rendida sobre una ancha mecedora. Cerró los ojos, pero veía en su imaginación una figura extraña: la figura de un hombre de ojos negros, profundos, de un hombre á quien debía respeto, gratitud, que la salvó en su niñez, que la educó luego...

Se interrumpió Filigrana en sus reflexiones, cogió una carta que había sobre la mesa y leyó. Decía así:

«A las once de esta noche vé al camino del Palo, sigue toda la playa; cuando lleves un cuarto de hora de camino, deslízate á la izquierda, entre unos cañaverales que hallarás próximos, y espérame allí. Estaré á las doce en punto.

»Prudencia, Filigrana. Una indiscreción podría costarme la vida.

»ROMPIENTE.»

—Es su letra,—murmuró la jóven,—su misma letra; no puede ser un lazo de nadie; además, ¿qué enemigos tengo yo?

Quedó reflexionado. Hablábanle en la carta de que una imprudencia podría costar la vida á Rompiente. Aquel hombre era un misterio: ¿y qué? le debía mucho y era bastante para no querer su muerte. Ella no conoció á sus padres... El la recogió del fango siendo niña; la educó, hizo una mujer de lo que hubiera sido lepra social... Y todo esto lo pensó la jóven recordando aquella época

tempestuosa de su infancia; llena de andrajos, sucia, vendía fósforos en tabernas y cafetines y tenía por lecho el escalón de algún zaguán, donde era despertada por los puntillones de los municipales, yendo á continuar la noche entre los rateros y los borrachos de la grillera. Corrían por su imaginación como bandadas de demonios, quemándole el cerebro, aquellos días tristes, aquellas escenas de cuartel y garito, los golpes de la vieja, para quien pedía limosna, y estremeçíase de inquietud, pensando que el ser generoso que la apartó de aquellos horrores, estaría en peligro, como no ejecutase ella lo que en la carta le ordenó.

Sonaron las once y se irguió Filigrana de pronto. Ocultó su talle en un mantón muy grueso que la preservara del relente húmedo de la noche, y liada la cabeza en un chal, salió del cuarto con sigilo, y de la casa después, siguiendo la calle de la Victoria, hasta dar en el Camino Nuevo.

Respirando con fuerza, por la fatiga del apresurado paso, subió la sucia pendiente de Barcenilla; dominándola al fin, divisó

entre la arboleda algunas luces lejanas; eran de unos ventorrillos situados en el paseo de la Caleta.

De pronto, detúvose con inquietud; había sentido tras ella, así, como pisadas cautelosas. Anduvo aún, prestó atención y la seguían lo mismo. Detúvose entonces otra vez, profundamente alarmada, y esperó.

Á la claridad de la luna, que salía en aquel punto, vió que era otra mujer la que excitó su inquietud. Andaba firme, resuelta, con menudo paso. Al cruzar junto á Filigrana, lanzóle la desconocida una mirada inquieta y curiosa, y aceleró su andar hasta que se perdió á lo lejos.

Pensando en Rompiente y en la desconocida, avanzó Filigrana también, dirigiéndose al ventorrillo más próximo: quería saber con precisión la hora y allí se la dirían... Pero su inquietud fué más grande, porque á la primera persona que halló en el ventorrillo, fué á la desconocida. Detúvose un momento y quedaron las dos contemplándose con fijeza

La luz de un quinqué, ahumado y de tubo

roto, que colgaba del techo del ventorrillo, iluminó de lleno á las dos mujeres, cuyo porte era bien distinto, aunque fuesen jóvenes las dos y hermosísimas. La hermosura de Feligrana era original, candente, atrevida: sus grandes ojos negros, su diáfana blancura y su cuerpo de curvas armoniosas, contrastaban con la dulce languidez de la desconocida, su juventud extraordinaria, sus cabellos rubios, mirar apagado, tez fina y aristocrático aspecto, á pesar de su traje sencillísimo y airoso, consistente en falda corta y estrecha, zapato bajo, media riquísima, pañoleta, delantal obscuro, gargantilla de corales, grandes arracadas de plata y peinado de cortinas, sujeto atrás en grueso rodete.

Salió la desconocida del ventorrillo; como faltase muy poco para las doce, hora que señaló Rompiente, salió Filigrana también... La luna se mostró del todo, alumbrando aquellos lugares. El mar, tranquilo y arrullador, mecíase en la hondísima sepultura; los rayos melancólicos destellaban en las bruñidas olas, arrancándolas fantástico bri-

llo, y escuchábase allá, como barcarolas de amor, las canciones de los marineros.

Siguió Filigrana por la playa, buscando con los ojos el sitio designado; anduvo así algún tiempo, torció á la izquierda, como se le indicó, y pudo ver, á la claridad de la luna, los altos cañaverales con sus anchas y verdes hojas, que flotaban al empuje del viento, formando leve susurro.

Introdujose al fin entre las cañas y anduvo indicisa para fijar el sitio de espera; ponía atención por si escuchaba pasos... Y creyó oír de pronto un ligero ruido que se perdió al instante. Quedó inquieta, nerviosa, sin saber qué pensar.

De aquellas inquietudes la sacó de pronto un grito, cuyo eco se extendió por la llanura, y llenó los aires y el mar y el corazón espantado de Filigrana.

Ansiosa ella, estremecida, anduvo entre las cañas como fino sabueso que busca la perdida huella. ¿Quién pudo gritar de aquel modo? Rompiente no; era ruda la voz de Rompiente y el grito lanzado parecía de una garganta de mujer. Fué inmenso, pene-

trante, agudo... Como acero que se clava.

Detúvose de pronto, fría de horror. En una especie de plazoleta que forman las cañas había tropezado su vista con dos cuerpos tendidos. Se inclinó afanosa. Los pudo reconocer... ¡Eran Rompiente y la desconocida del Camino Nuevo; ella inmóvil, con palidez de cadáver; Rompiente, tendido de espaldas como ella, mutilado el rostro y contraída la boca.

—¡Oh! ¿Qué es esto?—murmuró Filigrana.—¿Qué ha pasado aquí?

Convenciéndose de que Rompiente no vivía, dominó sus angustias... Observó á la mujer... Era sólo un desmayo. La desajustó el corpiño, la incorporó un poco, auxiliándola como pudo.

En esta operación estaba y se irguió de repente... Su fina cabeza se volvió recelosa. Había sonado un tiro.

Dió Filigrana algunos pasos para huir, pero volvió después, como avergonzándose. A la primera detonación había seguido otra y después otra, convirtiéndose á poco, los tiros, en fuego graneado. Parecían sostener á

poca distancia sangrienta lucha. Escuchábanse voces, juramentos, ayes.

Filigrana, de rodillas junto á la otra mujer, observábala con ansiedad, volviendo el rostro á menudo, al sentir una detonación más próxima, ó la carrera de algún hombre que se perdía como un fantasma.

—Gracias á Dios,—dijo.

Era que la joven volvía de su desmayo... Pero en aquel instante se oyó una voz imperiosa:

—Por aquí, por aquí.

Incorporóse Filigrana y tiró con fuerza de la desconocida. La voz había sonado en el mismo cañaveral, á algunos pasos de la plazoleta.

Con una energía impropia de su edad, se impuso Filigrana á la situación.

Seguían silbando las balas sobre su cabeza... oyó luego más cercanos los gritos y procuró descubrir una senda por donde alejarse. Divisó á poca distancia un punto obscuro por estar allí las cañas más espesas, y á él se dirigió, arrastrando casi á la rubia.

Se ocultaron en la sombra. Filigrana po-

nía atento oído, desesperándose de impaciencia é incertidumbre y cuidadosa por el estado de aniquilamiento en que la otra joven parecía encontrarse.

Cesaron los tiros, y oyeron, ha poco, rumor de pasos. Seguidamente, una voz áspera que decía:

—Está muy bien, Venturoso, pero no me lo explico. Vamos, que el tiempo apremia.

Dejaron de oirse las pisadas. Sonó después una vocecita dulce, pero con todas las inflexiones y cadencias que da á su algarabía el pilluelo andaluz.

—Y ¡á mí que me cuenta osté!—decía descaradamente.—Yo hice lo que pude... ¡Chaaa con el hombre! Lo que yo he trabajado con dir y venir, y corre po un lao, y anda po otro, y husmea quien sale, y atisba quien entra, y recontra arriba y recontra abajo, y los carabinero y los civile... que si me pillan, que si no me pillan! Y ¿por qué? Por la Filigrana y por la Alondra... Por la Alondra, con su carita de muerto y su pelito enrizaio, que me paece un muñequín.

Al oír estos nombres, apodos, mejor dicho, sintieron las dos mujeres una gran conmoción, y replegarónse la una en la otra como para guardarse mutuamente.

La voz aflautada oíase aún, formando dúo con el silbo de las hojas del cañaveral.

—¡Demonio! ¿Quieres callarte?—dijo el hombre.—Toma dinero.

—Ya estoy callao. ¿Qué?

—Contesta á lo que yo te pregunte.

—Se contestará, hombre, se contestará; no se jachare osté por eso.

—¿Recibió la carta la Alondra?

—¡Ya lo creo que la recibió!

—Observa que estamos aquí expuestos á muchos peligros; si nos coge la ronda nos fastidia, y si nos cogen los matuteros nos fastidian... Estamos entre unos y otros.

—Po á quitarnos de en medio,—contestó con mucha flemma la vocecita.

—En fin: ¿recibió la carta?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Ha venido la Alondra?

—Sí.

—¿Recibió también la carta Filigrana?
¿Dijo que vendría? ¿Ha venido?

—Sí, sí, sí.

Y se oyó inmediatamente una voz clara,
dulce, estentórea, que llenaba los aires:

—Una pena tengo, *mare*,
y te la voy á decir,
que la niña de mis ojos
no ha querido darme el *sí*.

Contestó á la copla una blasfemia.

—¡Granuja! ¡Condenado! ¡Es la hora única para que te pongas á cantar! ¿Las viste á las dos?

—Sí, señón; las vide. Han venío. Estuvieron escondías en la plazoleta un rato, y se fueron despué allá, camino de la playa. ¡Osté no sabe! Siguieron po la playa y se doblaron pa el mar, que creí yo que iban á tirarse. Pero ¡cá! ¡no señón! Había allí un bote que atracó á la orilla; pero ellas, ¡como si tal cosa! De ganas que tenían de meterse en el barco, no quisieron esperá, sino que se levantaron las naguas... ¡Ay, Jesú, qué pantorrillas á la luz de la luna! ¡Cuando yo digo

que tengo ganas de ser hombre! Zambulleron, las arrecogió el barco y allá se fué chorrandito po encima del agua como una palomita negra.

Oyeron las jóvenes un sordo murmullo; era la otra voz que lanzaba denuestos, maldiciones.

—Pero ¿á dónde, á dónde habrán ido?— repetía.

Filigrana y la Alondra respiraron con satisfacción al sentir otra vez que los pasos se alejaban.

La rubia, entonces, abrazó llorando á su compañera.

—¡Oh, Dios mío! Y ¿eres tú? ¡tú, hermana de mi corazón!

—¡Y tú la Alondra!—decía Filigrana llorando también.—Yo te he querido siempre mucho, aunque nunca te ví...

Quedaron suspensas de pronto; habían oído á su espalda una voz suave, como un arrullo, que les decía muy bajo:

—Sigán ostés alante por la derecha, señoritas, al revé de lo que le dije al otro.

—¡Ah!—exclamó Filigrana profundamente.—¿Quién será este niño?

Avanzó hacia donde la voz había sonado, y nada pudo distinguir; nada se oía tampoco.

—Vamos, Alondra,—dijo por último.

Y alejáronse en la dirección que les indicó Venturoso.

Puestas otra vez en la playa, continuaron en derechura del camino de Reding. Iban en silencio.

Caminando aprisa, muy recelosas, por la carretera, llegaron de este modo á Reding. No habían tenido ningún obstáculo. Dos ó tres veces se detuvieron presas de gran inquietud al divisar un bulto que parecía echárseles encima; era algún pescador ó corsario que pasaba.

Salieron al muelle, y Filigrana lanzó un suspiro y dijo ya más tranquila:

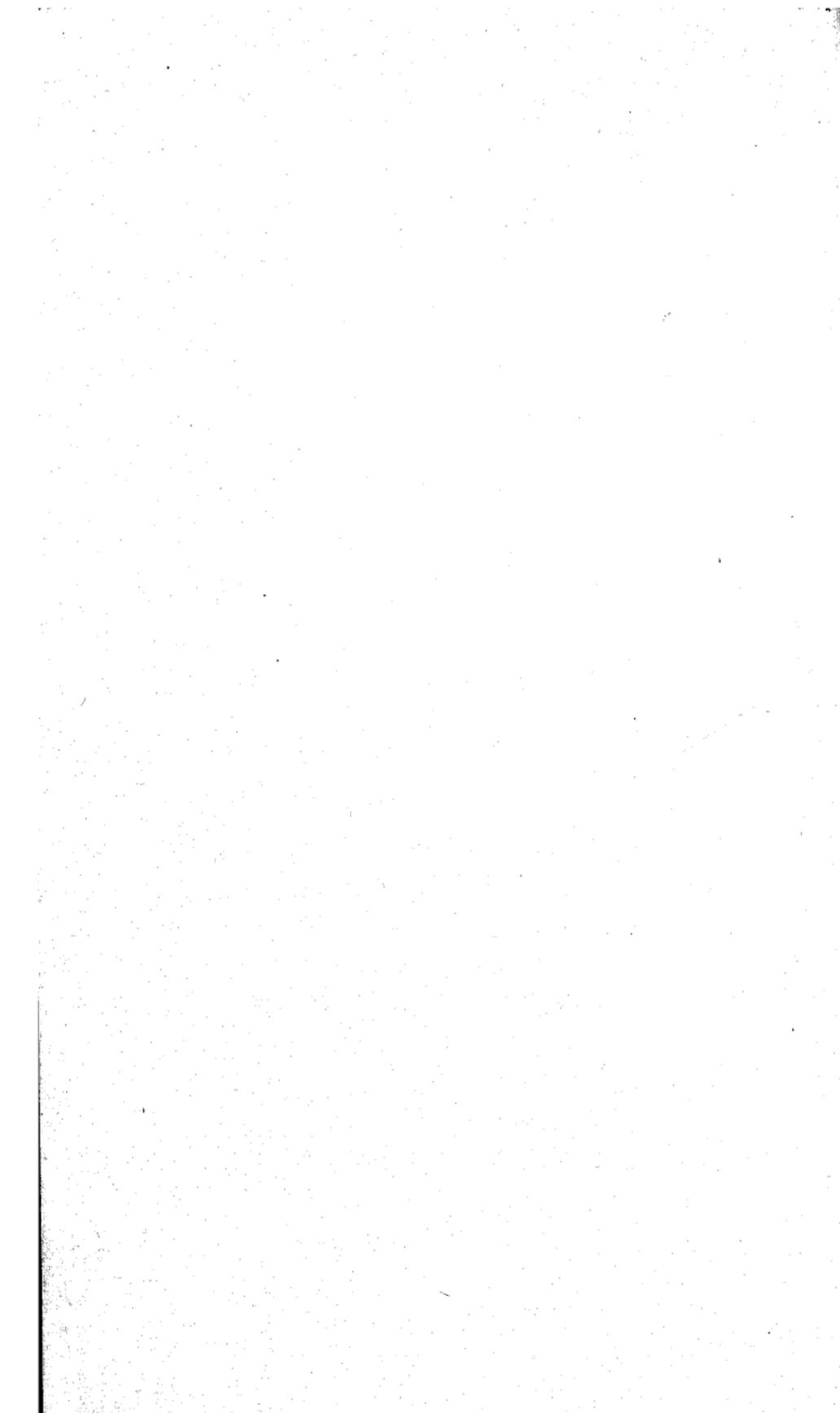
—Para ir á mi casa tendríamos que volver por el Camino Nuevo y no es conveniente; vamos á la tuya.

Llegaron á la Alameda; presentaban un fantástico panorama aquellos grandes edificios, cerrados y silenciosos, á los lados de

la avenida; los anchos canapés de piedra lustrosa, sobre los que destellaba con suave relampaguear la luz de algún reverbero y las grandes filas de árboles frondosos y copudos.

Atravesaron el puente de Tetuán sin decir una palabra; y al entrar en la calle del Carmen, torcieron por unas callejas y halláronse ha poco en la de don Iñigo.

—Aquí es,—dijo la Alondra, deteniéndose ante una de las primeras puertas.



II

Quiso Filigrana que la Alondra se acostase.

—No, no,—contestó la Alondra.—Hablemos. Es para mí un suplicio tenerte á mi lado, saber que eres la hermana á quien tanto quise sin conocerla y no saber al instante, de tu misma boca, lo que fué de tí en el tiempo que has vivido sin nosotros.

Suspiró Filigrana y exclamó, pasando su mano pequeña y blanca por los rubios cabellos de la Alondra:

—Bien, pero dime tú antes por qué estabas en el lugar en que Rompiente me había citado y ya te contaré, sin omitir nada y

con mucha brevedad, lo que pueda interesarte respecto á mí.

La Alondra exclamó melancólicamente:

—Recuerdo parte de mi vida con una tristeza que me abrumba. Vivía en un barrio extremo de Madrid; salía muy poco, no iba entonces al colegio, porque era muy niña aún y pasé unos días tristísimos. Lo daba todo por bien empleado, porque en el intermedio de la semana iba siempre mi madre y yo la podía abrazar.

¡Ah, Filigrana! ¡Qué hermosa señora! ¡Cómo suspiraba de tristeza al abrazarme! Me llamaba hija... ¡hija de su corazón! Y nunca me dijo Alondra; era otro nombre que recuerdo con gusto, porque me parece oír aún la dulce modulación con que lo pronunciaba. Mi nombre es Andrea.

Una mañana me abrazó mi madre llorando como nunca lo había hecho.—Hemos de separarnos,—me dijo.—Yo sé que tú me quieres mucho y que te alegrarías de vivir conmigo, pero no puede ser por ahora; el hombre con quien vives será siempre tu salvaguardia; sé buena y enséñate á sobrelle-

var estas cosas, hasta que llegue el día, tal vez no lejano, en que empecemos á vivir juntas.

Salió llorando y llorando me quedé. Pasó algún tiempo. Reinaba en Madrid una efervescencia terrible. Lo supe, porque lo iba contando, siempre que entraba de la calle, el hombre á quien mi madre me recomendó. ¿Sabes quién era ese hombre?—añadió la Alondra con tristeza.—Rompiente.

—¡Rompiente!—repitió Filigrana, llena de asombro.

—Sí,—prosiguió la niña rubia.—No sé qué misterio habría en la vida de aquel hombre. Su rostro era duro, sombrío, y su vestir corría parejas con su rostro. No obstante, yo me atrevo á jurar que Rompiente no era malo.

Filigrana abrazó á Alondra, y dijo:

—Tienes razón; harías bien en jurarlo.

—Pues bien; amé á Rompiente como á un padre; me deleitaba, sobre todo, oyéndole hablar por el contraste que formó siempre con la repulsión que al verle producía, el acento suyo, sonoro, persuasivo, de timbre dulce.

Este hombre me daba cuenta de lo que en la calle ocurría, y por eso estaba yo al alcance de los asuntos políticos, en lo poco que mi entendimiento de niña podía comprender. Tú sabrás eso mejor que yo, porque tenías más años; yo sólo puedo decir que Rompiente parecía inquieto por ciertas noticias extraordinarias que se habían recibido de una población andaluza: de Cádiz. Había, en no sé qué fragatas, unos generales, cuyos apellidos no recuerdo ni quiero recordar tampoco; habíanse sublevado, y, como rastro de pólvora que se inflama, iban por todos los pueblos levantando el grito en contra de la reina para que no lo fuese más. Yo te digo que temblaba de miedo con aquellas cosas.

Andalucía y gran parte de España, se dió á los demonios, según Rompiente dijo, jurando y perjurando que, á ser posible y si en su mano estuviera, ponía como nuevos á los alborotadores. Un día quise yo dar un paseo por el barrio y quedé más asustada aún de lo que vi, sin que pueda explicarte en este punto la importancia de aquéllo; ha-

bía grupos acá y allá, y cuchicheaban todos muy callandito, «que si el gobierno debió hacer esto ó debió hacer lo otro; que si venían tropas sobre Madrid á marchas forzadas y los trenes cargados también con ejércitos; que si mandaban tropas de aquí á San Sebastián para que resguardasen á la reina...»

Todo esto, Filigrana, me lo explicó después Rompiente. Al hablarme de la reina y de San Sebastián, un rayo de luz pareció que me iluminaba; yo había oído decir á mi madre que iba á San Sebastián, é interrogué prontamente á mi protector:

—Oye, ¿es verdad que mi madre ha ido allí?

—Verdad,—me contestó suspirando;—pero no te cuides de eso; á la reina no le pasará nada.

Al yo hablar de mi madre, contestó él indirectamente refiriéndose á la reina, como si el peligro ó la fortuna fuesen común á ambas.

—Y ¿qué tiene que ver la reina con mi madre?—pregunté bruscamente.

El quedó confuso.

—Mira,—dijo al fin;—de todos modos habías de saberlo; tu madre es una dama muy

principal que siempre acompaña á la reina; ya sabes lo que hay de común entre ambas.

Iba á seguir hablando de lo mismo, sin duda; pero se interrumpió de pronto para añadir:

—No, conténtate con eso; á tu madre corresponde revelarte lo demás.

Algunos días después de la batalla de Alcolea, me dijo una mañana Rompiente, con entusiasmo que me hizo palidecer:

—Alondra, tu madre ha escrito; esta noche salimos para Francia.

Cuando entrábamos en París tenía yo fiebre; era el deseo, la impaciencia que me devoraba de abrazar á aquella noble señora que me imponía tanto respeto, inspirándome á la vez tan grande amor.

A los pocos días de estar en París, logré la felicidad apetecida; pero ¡ay! ¡qué pronto se nubló aquella felicidad! Vivíamos en un modesto cuartito, y allí fué mi madre, oculto el rostro en túpido velo. Cuando se lo alzó para besarme, di un grito de pena y sentí á la par un profundo sollozo de Rompiente, que estaba á mi espalda, silencioso é inmó-

vil. Mi grito lo produjo la vista del rostro de mi madre; de tal manera había cambiado; aquella blanca y dulce diafanidad, habíase convertido en lividez cadavérica; sus ojos estaban hundidos...

Ella sonrió. Se me enfrió la sangre recordándolo. Me tenía sobre sus rodillas, y yo la rodeaba el cuello con mis bracitos inclinando mi cabeza dulcemente sobre su pecho. Quería marcharse, estaba inquieta.

Me abrazó por última vez, mojado mis mejillas con sus lágrimas, y, rompiendo al fin en sollozos, exclamó, dirigiéndose á Rompiente:

—Que no olvides ninguno de mis encargos. ¿Lo oyes Francisco?

Entonces supe el nombre verdadero de Rompiente.

El no contestó, pero en su semblante y en su mirada advertíase el profundo amor y el respeto que por mi madre sentía. Se fué, por último; yo me ahogaba y no podía llorar.

Pasó mucho tiempo; una noche, después de seis meses, volvió Francisco de la calle, pálido como un muerto; no pronunció una

palabra, no me miró; yo no me atreví á hablarle; yo iba de un lado á otro pisando fuerte, tosiendo, haciéndome visible, sin que me atreviera aún á dirigirle la palabra. No pude resistir más; cobré alientos, me detuve de pronto y le interrogué bruscamente:

—¿Y mi madre?

El me miró entonces de una manera que daba frío; parecía de loco aquella mirada. Se ocultó el rostro en las manos, rompió á llorar sin consuelo como un niño, y exclamó:

—¡Tu madre ha muerto!

Andrea no pudo contener el llanto. En la pobre niña era el amor de su madre el consuelo único y el aliento vivificador de su alma. Creía ver siempre el rostro grave de aquella gran señora, su mirada melancólica, y creyó oír su voz llena de dignidad y mesura.

—No quiero que llores,—le dijo Filigrana consolándola;—hay que tener fortaleza; no descansar hasta que descubramos el misterio que cubre nuestra vida... Yo creo,—prosiguió de pronto,—que la muerte de nuestro

amigo esta noche, tiene relación con la de tu madre.

—¿Qué dices?—exclamó la Alondra espantada.

—Después. Contéstame ahora con precisión á varias preguntas, que servirán para que yo esclarezca algunos hechos. ¿Recuerdas si antes de la partida de aquella señora á San Sebastián, faltó Rompiente de la casa algunos días?

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo! Yo estaba muy asustada, en la duda de que pudiera haberle ocurrido alguna cosa. Vivíamos además en un cuarto muy grande y medio desamueblado y sólo me acompañaba una viejecita. El tiempo que estuvo Rompiente fuera de casa, me visitó mi madre más á menudo, y esto acabó por hacerme llevadera la ausencia del pobre.

—¿Fué esa ausencia como de unos tres meses?—preguntó Filigrana con creciente ardor.

—Sí, sí,—contestó la Alondra.

—Pero si antes no se separó de tí nunca, ¿cómo conocí yo á Rompiente, aquí, en esta

misma población, viéndole todos los días por espacio de mucho tiempo?

—¡Ah!—dijo la Alondra, como si de pronto encontrase la aclaración de lo que su hermana decía.—¿Cuántos años hará de eso?

Filigrana reflexionó un instante.

—Bueno,—dijo al fin;—tenía yo diez años entonces.

—¡Ay, sí!—añadió la Alondra, de pronto; —yo conservo una idea muy confusa de aquella época, como debes suponer; pero ocurrió que estuve con Rompiente viviendo aquí, en esta misma casa; luego me habló en muchas ocasiones de este viaje... Ya ves si yo tenía la convicción de que no nos hemos separado.

Cuando la Alondra dijo aquéello, la pena de Filigrana no tuvo límites.

—¡Cómo!—dijo.—¿Y viviste en este mismo país, sin que yo lo supiera? ¡Habiendo podido conocernos desde hace nueve años, vivir juntas!... Pero, ¿qué movía á Rompiente á obrar de este modo? ¿Cómo te explicas que, habiéndome conocido Rompiente

cuando estuvo contigo en Málaga, no nos hubiera dado á conocer?

—No sé, no puedo decírtelo; recuerdo que me hablaba muy á menudo de tí, como á tí parece que te habló de mí, haciendo que nos amáramos sin conocernos. Me bastó oír al niño en el cañaveral para saber que eras tú, puesto que hablaba de nosotras dos; pero digo á mi vez: ya que no lo hizo antes Rompiente, ¿por qué, luego que que volvimos á Málaga, nos tuvo también en aislamiento á la una de la otra, cuidándonos á las dos y protegiéndonos como un padre y haciendo que viviéramos en un extremo de la población cada una?

Filigrana parecía haberse embebido en otras reflexiones y no contestó al pronto.

—Oye,—dijo la Alondra,—¿por qué fuiste tú al cañaveral?

Sacó Filigrana la carta de Rompiente y la enseñó á la rubia.

—Sí, lo mismo, lo mismo,—repitió ésta, sacando otra igual;—la misma letra y las mismas palabras... ¿Y no te sorprende que hayamos recibido, las dos, iguales cartas,

dándonos la misma cita, para encontrar á Rompiente muerto? ¿Han sido de Rompiente esas cartas ó habrá que ponerlo en duda ahora?

—Ya he pensado en eso, como estoy pensando asimismo en otras cosas. ¿A quién obedecía aquel niño, cuando hizo perder la pista al hombre del cañaveral? ¿Qué idea llevaba después al darnos el misterioso aviso? ¿La de nuestro bien? ¿Cómo, si no es posible que nos conozca? ¿Cómo es posible tampoco que obedezca á alguien, si al único que podía obedecer era á Rompiente y Rompiente ha muerto? ¡Oh!... Sigue, sigue tu historia, Andrea.

La niña no contestó al pronto. Sin poderse-lo explicar, tenía el pensamiento fijo en otras cosas. Como un vago fantasma, aparecíasele en su cerebro la figura de su madre, muerta, pálida como el mármol, hermosa y celestial como la Virgen. En derredor del simpático y misterioso espectro, creía contemplar otros seres aterradores; con una intuición que tenía mucho de mística, parecíale ver en aquellos seres fantásticos otras

tantas personas que conocerían más tarde de una manera real; asesinos, ladrones en acecho, viejas hipócritas, desgredadas y desnudas... ¡Oh, qué espanto!

—Pero, ¿no sigues?—preguntó Filigrana, que no cesó de mirarla.

—Sí, sí; voy,—contestó Andrea temblando;—voy...

Aunque yo era muy niña, pareció quedármese en el corazón un gran vacío á la muerte de mi madre. Pasaron desde entonces los días monótonos y tristes, sin una distracción, sin un paseo. Rompiente parecía olvidarse de mí; habíase hecho su carácter más tétrico aún; era más adusto... Me llenaba á la vez de estupor su misteriosa vida.

Hacía cerca de tres meses que yo lloraba la muerte de mi madre y pude notar que las ausencias del hombre se iban haciendo más largas. Llegó un tiempo en que salía después de almorzar, no volviendo hasta las altas horas de la noche. Yo me levantaba muy temprano y hacía gran esfuerzo para esperarle sin dormirme.

Había yo ido acostumbrándome á las ausencias de Rompiente. Cuando al amanecer abría los ojos, preguntaba á la viejecita Anselma: ¿á qué hora vino anoche? Y la señora Anselma me decía la hora; invariablemente, volvía de dos á tres de la mañana.

Una noche, no hice intención de esperarle... Sin embargo, no me dormía; miraba á un lado y á otro con los ojos muy abiertos. Llegó Anselma hasta mí á la hora que tenía costumbre de acostarme. Siguiendo ella la suya de todas las noches, me llevó á mi cuarto cogida de la mano, sólo que aquella vez no iba sosteniéndome para que yo pudiera andar medio dormida. Me acosté; en vano procuraba recoger mis ideas para entregarme al sueño; no me era posible; revolvíame fatigada, oyendo el tic-tac del reloj. Oí de pronto pisadas en las escaleras. Era Francisco.

Me extrañó mucho que no se dirigiese á su habitación; al contrario, después que subió las escaleras, sentí sus pisadas mucho más próximas, aunque procurando no hacer ruido.

¡Oh, Filigrana! No me quiero acordar; cuando entró en mi alcoba, iba ya andando sobre las puntas de los pies y hasta me figuro que contenía el aliento. Sin darme cuenta de lo que hacía, entorné los ojos. Se inclinó sobre mí, y yo le pude mirar de cerca con mis ojos entornaditos; llevaba él una luz y vi su rostro; aparecía muy pálido. Tuve intención de abrazarle, pero me quedé inmóvil. Él se inclinó más, y me besó con gran dulzura. Suspiró con pena y exclamó en voz muy baja, mirando á un punto fijo de mi alcoba como se mira al cielo para que Dios escuche:

—¡Ay, pobre Valentina!—¡Filigrana, Filigrana de mi alma! Valentina era el nombre de mi madre.

Filigrana estrechó en silencio las manos de la Alondra y la alentó para que continuase.

—Después de esto, me pareció triste, no sólo para mí, sino para Rompiente, que él comprendiera que lo descubrí en las intimidades misteriosas de su alma. Además, quería saberlo todo. No tenía suficiente aún.

Después que Francisco hubo arreglado con mucha solicitud las ropas de mi cama, me besó de nuevo y se alejó de puntillas, como había llegado.

Yo le ví salir, cerró la puerta de cristales cuidadosamente y entró en su habitación. Esperé un poco, me levanté luego con sigilo, y de puntillas también, me aproximé á la puerta. Transparentábase la luz por los visillos, señal de que Rompiente no se acostó aún. Levanté el visillo con igual miedo que si fuera á cometer un crimen, y vi á Rompiente sentado junto á la mesa y embebido en la escritura de un cuaderno pequeñito que ya otras veces vi en sus manos y que tenía costumbre de guardar bajo llave como si fuera un tesoro. Jamás he podido saber lo que en el cuaderno escribía, ni he vuelto á verle desde nuestra restitución á España.

Estuve mucho tiempo allí, delante de la puerta, con el rostro puesto junto á los cristales, y allí permanecí descalza, en camisa, con un frío horrible que parecía morderme y triturarme los huesos, pensando

volver á la cama á cada segundo que transcurría, y esperando, no obstante, otro momento, como si mi alma presintiese aún la revelación de algo que yo no podía definir; pero algo fuerte, por encima de todos los sentimientos y todas las cosas.

Faltaría muy poco para amanecer, cuando este hombre misterioso dejó la pluma. Fijó los ojos pensativos y tristes en un rincón del cuarto. Guardó luego el cuaderno, y del mismo cajón de la mesa en donde lo había metido, sacó una caja pequeñita, cuyo valor entonces no pude definir; después he sabido que valía mucho por su riqueza material y artística. La abrió, tocando un resorte, y de entre otros objetos que la caja contenía, sacó un retrato. Lo que faltó á mis ojos para distinguir perfectamente el original de aquel retrato, lo suplió mi instinto y el nombre de Valentina que oí en labios de Rompiente. ¡Era el retrato de mi madre! Sentí un dolor agudo en el corazón; no sé si fué de rabia ó de sentimiento. ¿Cómo era posible que, existiendo un retrato de mi madre, hubiese otra persona y no yo, que le poseyera?

Rompiente besó aquel retrato, lo guardó después con el cuaderno, se echó vestido en la cama y apagó la luz. Me dirigí después á mi lecho y me acosté, quedando, á los pocos segundos, como aletargada; veía á mi madre llorando aún, después de muerta, y á Rompiente arrodillado á sus pies, tétrico, espantoso, con la cara encendida y los ojos chispeantes.

Me despertó Anselma al ser de día. Me vestí con mucha calma. Esperábame Rompiente en el comedor.

—Rompiente,—le dije en cuanto le vi;— ¿querías mucho á tu madre?

Me miró asombrado; pero sostuve aquella mirada con serenidad, casi con dureza.

—Rompiente,—repetí;— ¿querías mucho á tu madre?

—Pero, ven acá,—me dijo él, cogiéndome en sus brazos con cariño;— ¿te has vuelto loca? ¿á qué viene esa pregunta?

—Contéstame.

—Pues bien,—dijo él suspirando;—sí, la quería mucho. ¿Cómo no la había de querer, si era una santa?

Bueno, — repliqué entonces animándome á medida que hablaba;—contéstame ahora á esto. Si tú, queriendo tanto á tu madre, la llorases muerta y hubiera ella muerto lejos de tí y no conservaras recuerdo suyo alguno y te prohibieran absolutamente hasta el dulce consuelo de ir á ver la tierra que la cubre y rezar allí de rodillas, dime: si todo esto te sucediera y tú supieses de pronto que existe un retrato de tu madre, ¿qué harías?

El me miró muy pálido, y dijo luego:

— ¿Sabes lo que yo haría? Indagar si quien lo poseyera tenía derechos á él; y entonces, cuando me convenciese de que no tenía más derechos que yo, reclamárselo.

Pues bien; tú no tienes más derechos que yo; dame el retrato de mi madre.

Me arrepentí de haber dicho aquéello, Filigrana; al principio no me contestó, siguió mirándome como si tuviese deseos de decir alguna cosa, y luego, levantándose de pronto, fué á la mesa, abrió el cajón, y, tomando la caja que yo le ví la noche antes, sacó de ella el retrato.

—Toma,—me dijo.—Tienes razón, yo no tengo el derecho que tú tienes.

Y se fué sin decirme más.

Mira el retrato, Filigrana; nunca lo separé de mi pecho desde aquel día.

Lo enseñó á Filigrana, y al contemplar ésta aquel semblante serio y aquellos ojos pensadores, lanzó una exclamación profunda de sorpresa.



III

Pero se reveló en Filigrana inmediatamente su carácter enérgico; se repuso muy pronto.

—No es nada, déjame,—respondía á las temblorosas palabras de la Alondra;—no es nada... Déjalo todo para cuando te hable de mí. Tu relato me está descubriendo cosas que yo no podía explicarme. Sigue y abrevía, porque estarás fatigada.

Suspiró la Alondra, y dijo:

—Desde aquel día quise á Rompiente mucho más. Permanecemos aún en París. Acababa yo de levantarme una mañana; hallábame muy embebida en el relato que

Anselma me hacía de un misterioso crimen cometido en la persona de un caballero español en una de las calles inmediatas á la en que nosotros vivíamos.

Entró en esto Rompiente y me dijo que me arreglase en el acto; debíamos salir al mediodía para España. Así lo hicimos; llegamos á Madrid, y á las dos semanas volvimos á esta población. Desde entonces habitamos esta casa. Las salidas de Rompiente se sucedían con mucha frecuencia, pero no ya como en París; marchábase un día, prometiendo volver á la media hora y estábase por ahí, no sé dónde, una y dos semanas. Yo me acostumbé á ello y nada le dije; se comprendía claramente que estaba más preocupado y con más inquietud. Así hemos permanecido durante mucho tiempo, hasta hoy. Vivía tranquila en mi soledad con el recuerdo de mi madre, sin otra preocupación que las ausencias de Rompiente, cuando se prolongaban demasiado. Ayer recibí su aviso y hacía ya tres semanas que se alejó de mí. Lo demás ya lo sabes,—añadió la Alondra con profunda pena.

Quedaron silenciosas algunos instantes.

—Mira,—dijo Filigrana al fin;—tu relación me ha interesado mucho, y á pesar de que estuvimos separadas siempre, están unidas nuestras existencias por lazos misteriosos. Es preciso que nos preparemos para la lucha, cumpliendo así con la misión que estamos obligadas á realizar.

Hemos caído en una red, Alondra, pero en una red funestísima; y lo más deplorable es, que hemos caído todos: Rompiente, tú y yo. Se imitó su letra; se nos ha citado en su nombre y con su firma falsificada al sitio donde se encontró su cadáver... ¿Cuál era, pues, el objeto de nuestros enemigos? Incapacitarnos á nosotras al mismo tiempo que á él; recluirnos. ¡Quién sabe si como arrancaron la vida á Rompiente deseaban lo mismo obtener la nuestra!

—Me estás asombrando, Filigrana.

—No te asombres: indígnate, duélete, pero no te asombres.

—¿Y ese niño?... ¿Y Venturoso?

—¡Ah, si le encontrásemos!... Y ¡quién sabe! Puede que él nos busque; no afirmo

que esté al corriente de todo lo que suceda, pero algo sabrá... De otra cosa, del orden de nuestra vida, hablaremos después y será preciso obrar como las circunstancias ordenen.

—¿Nos separaremos?—preguntó la Alondra como espantada.

—Si fuera preciso, tendríamos valor... Mira; yo quisiera también hablarte de mí; pero el tiempo se nos ha pasado y es casi de día; á descansar ahora y mañana hablaremos de mí. Será más largo, Alondra, lo que te diga, y ¡quién sabe si no te parecerá también más triste!

IV

No durmió Filigrana, no pudo. Apenas fué de día, se levantó con sigilo para no despertar á la Alondra; el sueño de su hermana parecía apacible. La contempló intensamente; pudo decir que la veía entonces por primera vez. Le pareció más niña, más pura, su belleza más ideal; comprendíase perfectamente que los sueños de aquel ángel fueran apacibles. ¡Según lo que á Rompiente le oyó alguna vez, la Alondra no podía tener más de catorce años! Filigrana la contempló aún, admirando su desarrollo escultural, su hermosura perfecta, y admirando

sobre todo la prueba de valor que dió yendo sola al sitio indicado en la carta.

No queriéndola despertar, salió de puntillas y cerró la puerta. Se prometía volver muy pronto.

Subió á un coche de punto y se hizo conducir á la calle de la Victoria. No habló de ello á su hermana, pero temía que hubiese ocurrido alguna novedad. Entró al fin en su casa, mirando con recelo á un lado y otro. Subió á su cuarto, y el leve empuje que hizo al meter la llave en la cerradura, fué bastante para que se abriese la puerta. ¿Qué era aquello? Miró la cerradura... ¡La habían fracturado! Se aterró Filigrana, como si presintiera la inmensidad de un abismo en que iba á caer... Corrió á un pequeño armario y lo encontró también abierto... Registró ansiosa.

—¡No está la cajita!...—exclamó ya sin consuelo.—¡Se la han llevado!... ¿Qué hacer, Dios mío, para combatir contra los que nos atacan en la sombra?

Pero aquel momento de debilidad fué acicate que la levantó más fuerte. Sintióse con

valentía para arrostrarlo todo, para descubrir á los terribles enemigos de su hermana y suyos.

Cogió algunos objetos insignificantes del mueblecito fracturado, y decidida ya, dejó la estancia, bajó la escalera y salió á la calle. Nadie la vió entrar ni salir.

Iba caminando, y su abstracción era tal, que no se dió cuenta al principio de una escena que ocurría en la plaza de la Merced. Algunas comadres de los callejones próximos, entreteníanse comentando un hecho ocurrido á una de ellas, seca, alta, espetada, con vestido de coco negro y pañuelo también de luto, en la cabeza. A su lado había un muchachín como de trece á catorce años, de cara picaresca; llevaba calzones raídos, blusa, y sus rubios cabellos ocultábanse con dificultad por una gorrilla sin visera. Había también otras comadres, unas con faldas remangadas y cogidas atrás con alfileres; otras en refajo y recogíendose la melena; otras con un chiquillo sentado á horcajadas en su cintura, como cántaro en cuadril, y todas enfurecidas, rabiosas, vo-

mitando impropiedades contra el muchacho, pellizcándole, martirizándole.

La mujer del luto, decía á grito destemplado, clavándole las uñas:

—Anda, infame... ¡Mira que robá á una pobre mujé como yo, que tanto lo necesita! ¡Sin vergüenza!—Y le soltó otra garfada.

—Pero, ¿qué hizo?—preguntó una, llegando, con el pelo en melena también y enjugándose la cara sudorosa con el falso del vestido.

—¿Qué hizo? ¡Pues que me robó un pañuelo!

—¿Pero tiene osté ya el pañuelo?—preguntó la de la cara chorreando.

—¡Sí que se lo recogí!... ¡válgame Dios, qué desgraciada que soy!

—Pues si tiene osté el pañuelo ya, suelte al muchacho. ¿A qué vais á sujetarlo ahí, como si hubiera matado á alguien?

El niño abrió mucho los ojos y abarcó en una mirada indefinible á la que salió en su defensa, enjugándose siempre el sudor con el falso del vestido, frota que frota, como si quisiera arrancarse el pellejo.

—¿Cómo libre?—gritó la del luto.—Eso sí que no. Yo quiero que vaya á la cárcel. Yo quierooo...—Y lanzó con la última palabra un espantoso alarido.

—Pero la del luto, no chille osté más, mujé, que parece que se va á comer al mundo,—exclamó la del sudor, restregándose la cara aún.—¡Cualquiera diría que chillaba por alguna cosa!

—Mi pañuelo... Mi pañueloooo... ¡Qué vaya á la cárcel!...—gritó la del luto caverosamente.

—Pero osté ¿qué se figura, so tía? ¿Que va á reirse de nosotras? ¿No tiene osté ya el pañuelo? Mire osté que como yo deje de limpiarme el sudor, va á haber aquí la gorda. Vamos, váyase osté ya y fuera guasa.

—¡Válgame Dios, qué desgraciada soy!—bramó la del luto, revolviéndose convulsa.

Amostazándose por completo la que se limpiaba el sudor, obra que llevó á cabo en conciencia, á juzgar por lo arañadas que tenía las mejillas y la frente y todos aquellos sitios por donde se deslizó, iracundo, el

recio forro almidonado del vestido, se echó la falda abajo de un golpe, con precisión militar; se puso en jarras de otro golpe, echó del tercero un pie para adelante, movió del cuarto la cabeza á un lado y á otro en ademán de desafío, tosió del quinto y del sexto exclamó, desdeñosa y encolerizada:

—¡Ea, á largarse de aquí! ¡Pero ya, que me está corriendo mucha prisa!

Y no sé lo que hubiera ocurrido. Pero cuando la furia de las contendientes estaba en su colmo, cuando las uñas iban ya á cumplir su misión redentora, se oyó una voz dulce, delicada, vibrante...

Era que el charrancillo había empezado á cantar.

Volviéronse las hembras hacia el punto de donde la voz partía y se encontraron con el truhán, autor inconsciente, lo mismo de la batalla que de su término, con el robo en primer lugar y con su canto después. Allí estaba el truhán desmintiendo su aspecto chavacano y su cara de gesto retorcido con aquellas dulzuras de su voz infantil y llena,

con todas las vibraciones y las armonías suficientes para entusiasmar y conmover las almas del auditorio más grosero. Ninguna pensó ya en zaherirle.

Apartábase Filigrana para encontrar camino entre la gente y sintióse de pronto acometida de extraña sensación; había escuchado la voz del niño... ¡aquella voz dulce que oyó en el cañaverall!

Acabó el niño su quinta ó sexta copla, y con un desenfado que probaba su costumbre de salir airoso de los malos trances, se quitó el casquetín, saludó á los concurrentes, extendió luego la mano y dijo el muy tuno con una gracia que acabó de conquistar las voluntades:

—¡Ea! basta de música y perdonen los muchos yerro; ahora, los cónquibu.

Echáronse á reir todos, y cayeron en la gorra ochavos y cuartos, que era una bendición. Fuéronse las mujeres y el niño quedó contando su colecta.

Filigrana recordó en aquel instante el nombre con que le designó el desconocido en el cañaverall, y exclamó de repente, comprendién-

dose en su voz lo conmovida que estaba:

—¡Venturoso!

Volvió el niño rápidamente la cabeza y la alegría hermoseó su semblante.

—¡Ay, señorita!—gritó.—¡No creí que tan pronto la vería otra vez!

—¿Y no sabes dónde yo vivo? ¿Por qué no ibas á mi casa, si es verdad que te gusta verme?

—¡Que te quite! ¡Yo qué había de ir con lo que parló aquel tío!

— Y ¿qué tío es ese?—preguntó Filigrana, dominándose.

—Po el de anoche.

—¿Y qué te dijo, Venturoso?

—Pero, digamosté á mí. ¿Por qué sabosté que yo me llamo Venturoso?

—Porque te llamaba aquel hombre así.

—Vaya, güeno, señorita. ¡Y lo que me ha gustao á mí costé sacuerde de cómo yo me llamo!

—Sí, que me acuerdo, y mucho; no lo sabes bien, —añadió Filigrana tristemente.

Venturoso quedó mirándola como embebi-

do; tuvo intención sin duda de decir algo, pero vaciló luego y movió la cabeza.

—Oye,—dijo Filigrana, mirándole atentamente;—se me figura que tú me quieres más que al hombre que habló contigo en el cañaveral.

Venturoso chasqueó la lengua fuertemente, costumbre de los tahures de Málaga y Sevilla, donde se cría la flor y nata de la clase.

—¡Vaya!—exclamó muy satisfecho;—que lo diga si no lo que yo hice anoche. ¡Ay, señorita de mi alma! Las ducas que yo pasé pa atreverme á engañá al tío, no puede osté defigurárselas.

—Pero ¿y qué te dijo, hombre, qué te dijo? —preguntó Filigrana, envolviéndole con una mirada inefable de simpatía.

—¿Qué me dijo? Pero no me mire osté así, señorita, que yo se lo contaré tó, manque me maten. ¡Po, y no que no! Cierre osté los ojitos mientras yo le hablo, porque mirándome asina me quita el habla y me muero de mala muerte.

Al tono picaresco y gracioso con que el

chiquillo pronunció las anteriores frases, dobló la joven su elástica cintura, se inclinó un poco y cogió al niño con las manos la cabeza.

— ¡Toma, truhán! — exclamó conmovida.

Y abrasó con un ruidoso beso los labios de Venturoso.

Pareció éste acongojarse á la demostración de afecto que Filigrana le hizo. Con entrecortada voz, y como tragando saliva para no echarse á llorar, exclamó interrumpiéndose á menudo, para pasarse la lengua por los labios:

— ¡Ay qué bien, señorita de mi alma! ¡Ay qué requetebién! Me voy á está relamiendo de gusto siempre... Pero osté verá. ¡Vaya un tío!... Le tengo una gana, que osté no sabe. Asina, asina quisiera yo sé,—prosiguió levantando la mano sobre su cabeza;—pero como lo pille cuando sea asina, si no le hago que meta mano al corte, que me peguen un tiro; y si no le doy con mi lenguao una puñalá que lo rebaneo, que me caiga aquí muerto mismo. ¡Mardita sea, hombre!

Escuchábale Filigrana estremecida; al ver la cólera del niño, su emoción fué mucho más grande. La dominó, y dijo á Venturoso, sin ocultar su interés:

—Tengo que preguntarte muchas cosas. ¿Me contestarás á todo?

—A toitico lo que sepa. ¡Qué tío más malo!

—Sígueme,—exclamó Filigrana anhelante;—nos iremos con la Alondra y allí hablarás.

—¿Con la Alondra?—gritó el muchacho, siguiéndola.—¡Ay qué gusto!

Caminaron apresuradamente hasta llegar á casa de la Alondra. Subieron, y al estar Filigrana junto á la puerta del piso, contuvo una exclamación de asombro. La puerta hallábase entornada solamente, como la de su habitación de la calle de la Victoria.

—¡Andrea, Andrea!—gritó, entrando.

No contestó nadie.

Corrió al dormitorio. ¡Ay!, sí, allí estaba la Alondra, tendida á los pies del lecho, con las ropas en desorden, sin respiración, amo-

ratado el semblante, el seno desnudo y en el cuello una profunda señal. ¡La Alondra había sido estrangulada!

Al inclinarse Filigrana, loca de dolor, junto á la infeliz, lanzó otro grito supremo de protesta.

En la garganta de la Alondra había echado de menos el medallón que contenía el retrato de su madre.

V

Pero la Alondra vivía aún; Venturoso salió escapado por un médico. Filigrana la auxilió mientras como pudo. Después de muchas horas de duda y terrible intranquilidad, por parte de los otros, volvió á la vida, gracias á los cuidados de que fué objeto, pero sin poder hablar. Emitía un sonido extraño que daba frío al corazón de Filigrana.

Pasaron días y la enferma mejoró lentamente. Respecto á Venturoso, hay mucho que decir. El mismo día que encontraron á la Alondra como muerta, después que reinó algo la tranquilidad en el pensamiento de Fili-

grana, tomó de la mano al niño, y poniéndose un dedo en los labios, como para ordenarle el silencio, le llevó á la habitación próxima.

Allí, en voz muy baja, preguntó á Venturoso lentamente:

—¿Has visto?

—¡Po y no había de vé! Así, po el pezcuezo; ya conozco yo las maña de ese. ¡Si osté no sabe, mujé! Sin ningunita jerramienta ni ná, sino que va mu callandito, arrastrándose á gata como los chiquitine de teta, y ¡pun! le da uñate. ¡Si tenía yo siempre un mieo de está á su lao! ¿Osté ve, señorita?—añadió Venturoso, cruzando las manos y besándolas ruidosamente.—Yo le juro asté, po este puñao é cruce, que me las tié que pagá toas juntas.

—¿Y qué tienes tú que ver con nosotras, para que jures que te las han de pagar?

—¿Que qué tengo yo?... Vamo, costé no me conoce á mí. Yo digo lo que digo, y santitas pascua, que lo que fuere tronará.

—¿Qué? ¡Sigue!—exclamó Filigrana vivamente.

—No, que se me va la sin güeso y habría indispué coscorrone.

—¿De quién, del tío?

—¿Del tío? Quitosté, señora. El tío no me ve el polvo má.

—¿Quién ha de castigarte, pues, si eres franco conmigo?

—¡Castigarme!—respondió Venturoso maliciosamente.—¡Un tironcillo de oreja, na má! Pero aluego, ¡ay, qué gusto! ¡Si me quiere como á las niña de sus ojo, misma-mente!

—¡Ah!—pensó Filigrana.—¡Con que hay otra persona á quien este niño conoce y á quien sin duda obedecía cuanto nos sacaba con bien del cañaverál!—Y añadió alto, de repente:

—Venturoso, tú nos engañas.

—¡Ay, Padrecito, — exclamó él,—tanto como las queremos los do y las fatiguita que por ellas pasamo!

Venturoso lloraba al hablar; lloraba, y aquel llanto se convertía en espantosos chorretes, al restregarse el chiquillo los ojos con los puños cerrados.

Filigrana se conmovió; le hizo una caricia y él se puso contento; de pronto, dijo:

—Yo quiero estar aquí, siempre, siempre.

—¡Cómo!—preguntó Filigrana sorprendida.—¿Tú quieres eso?

—Yo no quiero encontrar al tío; hasta que yo tenga tanta fuerza mesmamente que é. ¡Entonces sí que sabrá el granuja cuánta son tre y do cinco!

No contestó Filigrana; volvió junto al lecho de la Alondra y estuvo todo el día sin hablar á Venturoso. Por muchas vueltas que daba en su imaginación al engranaje de los sucesos, érale imposible esclarecer aquella historia que se desarrollaba en la obscuridad; quedábase perpleja, metida como nunca en el laberinto tenebroso. Recordaba á Rompiente muerto, mutilado; las cartas citándolas al cañaverál; aquel combate extraño allí, sin explicarse quiénes fueron los que combatían; aquel hombre de voz áspera á quien Venturoso llamaba *el tío*; aquel otro personaje á quien también aludía Venturoso, manteniéndose en una

extraña reserva; el robo que en su casa la hicieron, la villanía que contra Andrea se cometió para robarla también; y pensando así, fijaba los ojos investigadores y brillantes en la cabeza del niño, como queriendo hacer Filigrana misma de sus ojos escalpelo con que arrancar de allí revelaciones que nadie la podía hacer... Y, sin embargo, no habló más con Venturoso; tenía miedo de saber alguna cosa nueva que la hiciese sufrir.

Transcurrieron unos días; ibase mejorando la enferma, como ya dije. Una tarde exclamó Filigrana de repente, dirigiéndose al niño:

—Venturoso, el otro día nada contesté á la petición que me hiciste, porque debía contar con el consentimiento de mi hermana, en cuya casa estamos. Ahora nos oye y contestará lo que se le figure mejor. ¿Qué te parece, Andrea? ¿Le admitimos con nosotras?

El niño miró con ansiedad aquella linda cabeza medio hundida en las almohadas.

—Sí,—contestó Andrea.

—Está bien; pero es necesario que este mozo conteste á varias preguntas. ¿Tienes padres?

—No,—dijo el niño con indiferencia.

—¿Alguna otra familia?

Pareció titubear entonces, como ya le ocurrió alguna vez al hablar con Filigrana; ella lo observó, recordando inmediatamente el personaje desconocido, que debería protegerlas. No insistió, pues, en su pregunta.

—¿Sabes cómo se llama el tío?

—On Fernando... Lo demá e mu trabajoso y se me olví siempre.

—¡Ah! ¡Don Fernando! De modo que es un señor.

—Un señón escalichao comun alambre, y largo comun día sin pan, con unos bigote que se regüelven y se regüelven aniguá que la pila de maroma de la jábega. ¡Por via é Cristo! Cuando pone lo sojo en blanco y aprieta lo puño, yo no sé lo que me dá... Lo que yo siento é que me mandó al señón Rompiente con la carta, que si yo no hubiera io, el señón Rompiente estaría güeno.

—¿Y qué carta fué esa?

—Osté verá, señora; estaba yo un día jugando á los metale con otro chiquillo, cuando cata, que de repente, se para un hombre, me mira, me dijo, dice...

—¿Quiere hacerme un recaó?

Yo ví el cielo abierto, y dí una zapateta de gusto. Osté no sabe, ¡mardita sea! Los cuarto que tenía, los perdí jugando al pi-que la cuarta. Me fui con el hombre, él delante, yo detrás, anda que te anda, y los do más callao cuna espuerta, cuando, espérate un poco, que se para, se viene á mí como si fuera á dame un porrazo y me dijo, dice...

—¿Tú sabe leé?

Y yo le dije, digo...

—El méico me mandó que no me dincomodase pa esas cosa, porque paezco de la vista.

—Güeno, toma este papé.

—¿Aonde voy yo con este papé?

—A la calle On Iñigo mesmísimo, número tanto y más cuanto... En esta casa,—prosiguió Venturoso, encarándose por primera vez con la Alondra.—Y dijo el tío feo... dice...

—Entrega esta carta al señón Rompiente, que vive allí; si no está te espera; y si no va, te la trae.

—¿Onde vive osté pa llevale la contestación?

—Onde no te importa, muñeco; te esperaré esta tarde en la plaza de la Mercé.—Y osté no sabe, señorita, qué cogotazo me dió el tío granuja pa espeirme.

Las dos hermanas hallábanse impacientes por las digresiones del niño; pero temían interrumpirle y que se le olvidase algo. Había además otro motivo para no interrumpir al narrador y del que se hacían cargo ellas, mal que pesase á la ansiedad y á las inquietudes de la una y la otra; eran estas razones, el puro gracejo de la palabra de aquel niño y la profunda simpatía que las supo inspirar. Seguía él de este modo:

—Vine yo con la carta; pregunté po el señón Rompiente á una vieja que salió pa ve lo que yo quería mesmísimo y la vieja le avisó, y vino é y tomó la carta y la leyó y me dijo, dice:

—Güeno.

Me fui á la plaza de la Mercé y cuando el tío supo que hice el mandao, me dió un isabelino que era una gloria, y aluego se quedó como si pensara y aluego me dijo, dice:

—¿Quiere venirte á mi casa pa serví?

No sabía yo qué contestá, porque me pareció aquello un escopetazo, y le daba yo güelta en el caletre á la preguntilla que me hizo, porque como anda po el mundo una presona de mucho sentío y mu gran señón, que me quiere mucho mesmísimo, ahí tié osté, señorita Filigrana, que yo dije, digo...

—Tengo mi amo y me paga bien; si osté me paga mejó y no me pega, yo se lo diré y él me dejará que osté me tome en contaíto.

—Güeno, ya sabe; aquí, en la plaza de la Mercé estaré mañana po la tarde.

Pero cuando yo dije á la presonilla de marra, toítolo que pasó... ¡Por vía é Cristo, hombre, y con la cara que puso! Mesmamente me preguntó po las seña de *el tío*, y espérate ahí, que se pone hecho una furia la presonilla, y echando fuego por aquello sojazo que san de tragá la tierra, y con la cara colorá como un tomate de puro enra-

biao que estaba, dijo, dice...—¡Ah, granuja, ya te pillé! Sí, Venturosillo, anda corriendo, ve y dile que tú estará siempre en desponencia de hacé lo que te mande; procura hacerlo toitico mu bien, que se ponga contento, que se haga á tus maña, que sacostumbre, ya que no te tome cariño, porque ese charrán no se lo toma á nadie. Anda, Venturosillo de mi corazón, que te voy á querer mucho. Péscale toitico lo que puea y tenga él guardao en el meollo, y vienes corriendo y me lo dices, pa que yo esté alerta y espabilao... Porque ese pillo arregla una barrabasá y á mí no me da la gana que le resulte bien.—Me escribió un papé y me dijo, dice:

—Toma; anda, ve y dáselo al señón Rompiente mesmísimo, que ya tú sabe.

Filigrana y la Alondra se miraron sin hablar; habían tenido igual pensamiento; aquel personaje misterioso, que parecía amigo, mantenía relaciones de inteligencia con Rompiente. El niño siguió:

—Vine otra vé con la carta, y espérate ahí, que cuando el señón Rompiente la leyó

delante de mi sojo mesmísimo, se puso como la paré de blanco aniguá, y temblaba también aniguá, como uno que va al garrote.

—Está bien, vete, vete.

Eso me dijo; y yo, con la boca má abierta que la de un túnele, y los sentío más cerrado cuna piedra, espérate ahí, que no daba con maldita la cosa, de moo y manera que me fui á la tarde, mu zalamero y mu preparao, á la busca del tío, que estaba allí en una sofae de piedra, con su gran chicote en la boca, con sus patas larga, mu larga, con sus brazos largo, mu largo, con sus bigote, largo, mu largo y su pescuezo largo, mu largo, aniguá que si le saliera del cuerpo una cuerda, tiesa, mu tiesa, puesta en pie, y allí en to lo alto, llevara la cabeza mesmísimo; y como tenía el sombrero quitao entonce, pa que le diera el vientecito fresco de la tarde, le ví la jería de la frente, una jería larga y fea como cinta colorá, y parecía el hombre mesmísimo el demonio.

Se interrumpió el niño en su historia, porque Andrea lanzó una exclamación de asombro, diciendo á la par:

—¡Ya sé quién es; ya sé quién es!

Filigrana la miró con inquietud.

—Cálmate,—la dijo,— y sigamos oyendo.

El niño siguió:

—Me fui á su casa, que está en Siete-re-güelta, y me puso delante de un mozo, má falso que Juas, medio vizco, medio ético, medio enano, y má feo, en fin, cuna patá en la barriga.

—«Mira, Guiñapo,—le dijo,—ahí te entrego á ese pa que lo destruya en el manejito casero...»

Esta vez fué Filigrana la que interrumpió al niño; al oír aquel apodo se puso pálida como una muerta. La Alondra la miró sobrecogida.

Filigrana exclamó anhelante:

—¿Será él, Dios mío, será él? ¡Oh, si fuera, podría darme noticias del Padrecito!... Esperate, Venturoso,—prosiguió, dirigiéndose al muchacho;— más tarde seguiremos; es preciso que yo hable antes con la Alondra... Será así mejor, para que nos entendamos más bien.

El niño se sentó en el suelo, y esperó.

VI

Lo que voy á contaros, ocurrió nueve años antes.

Hay en Málaga, en la esquina de la Alameda que da frente al café de la Marina, una casa enorme, con amarillas fachadas de piedra berroqueña y balconajes cerrados siempre. Es una casa rica; el flamante escalón de piedra sirve ahora de mullido lecho; tendido cuan largo es, dormita enagradable y beatífico reposo el varón sesudo que llenará con su nombre este capítulo.

Gran animación había en la explanada del muelle. Ensordecía al transeunte ma-

drugador el rodar de los carros, el galope de las bestias, el crujir de la tralla y los gritos de los carreros.

El ilustre hombre que duerme en el escalón... es un niño lleno de andrajos; se parece á Venturoso y se apoda el Padrecito. Va despertándose; extiende los brazos como queriendo coger alguna cosa que no alcanza; hace un mohín grotesco, desesperézase bonitamente y se tumba otra vez.

¡Qué ideas tan peregrinas le están acometiendo! Piensa ahora que la noche anterior fué mala, muy mala.

Filigrana y Guiñapo eran una charrana y un fulero. Ya dijo á Filigranilla muchas veces que no quería que hablara con aquel jabegote de Guiñapo, que no era más que un jabegote feísimo, de aquellos de la banda de Levante; y lo que es á puerco, tampoco le ganaba ninguno. ¡Y encontrarse con que Filigrana se iba acompañando de aquel guiñaposo fulerillo la noche antes!

Por supuesto, que no le partió la cara de un trompazo porque Dios no quiso y porque Filigranilla *encomenzó* á llorar y tuvo que

correr de los municipales; y en fin, que no le salía á él de adentro que Filigranilla fuera con nadie, sino con él y solamente con él. Y ¿por qué se puso seria y se fué de su compañía? ¡Por casi nada!, fué una tonta, que se echó á llorar y se picó, y se fué de su lado porque él le dió un puñetazo aquella mañana que estuvo lleno de berrinche; aquella mañana que se le perdió á Filigranilla un décimo de los que él le dió para que vendiera; porque, eso sí, lo que es en lo tocante á vender décimos de lotería, *Igualdades*, *Correspondencias* y cajas de fósforos, no ganaba nadie á la muy salerosa, por la gracia de Dios que se traía, engatusando con su manejillo al parroquiano más serio...

¡Ay, demonche con la Filigranilla! que le entraba á él rabia sólo de acordarse que la vió con Guiñapo... ¡Qué ajeno estaba, después de no verla en dos días, que la iba á encontrar en el café de la Butibamba, cogiendo colillas pa otro! ¡Pa el Guiñapo indecente, á quien metía sin más remedio una paliza que lo breaba, en cuanto él se amontonara del todo!

En estas ideas estaba, adormilándose con grato dulzor, cuando se incorporó de repente al sentir en el trasero tremendísimo puntapié que le asestó un lacayote, diciendo á la par:

—¡Aparta, granuja, que va á salir la señora!

Pasó la señora por delante del andrajoso varón, que percibió un olorcillo de cielo, como escapado de aquellas enaguas que crujían con suavidad escandalosa; entró en reluciente carretela, subió después el lacayo en el pescante y partió el coche con mesurado trotar del hermoso tronco de yeguas normandas que de él tiraban.

¡Ah, instante supremo! Ved cómo el amigo de Filigranilla, chispeantes los ojos, ligero el paso, hasta dar en precipitada carrera y respirando fuertemente, alcanzó el carruaje, cogióse á la palometa de atrás, metió las piernas por el eje trasero, hasta quedar allí sentado con tanta majestad como Faraón en su trono de pórvido, apoyándose con los brazos en la palometa á que primero se agarró. Allí iba serio y es-

petado, pero sintiendo interior deleite divino, placeres ocultos que no podría explicar. Algún chiquillo de mala intención y envidioso, porque tales alegrías no disfrutaba, avisó al cochero gritando rabiosamente:

—¡El látigo, el látigo!

Pero él, apoltronado y despreciativo, encogía la cabeza sobre los hombros, prefiriendo la sacudida de fusta, á descender á la tierra vil de aquel augusto solio en que se había colocado. Allí, sobre aquel eje redondo y pintadito, contemplando el cimbreador muellaje, las palometas de talladas cabecitas, las ruedas que giraban vertiginosas con los rayos, desde la maza á la pina, sobre los que el sol irradiaba con centelleante y continuo relampaguear, y aquel tablero pulimentado y obscuro que reproducía las pupilas negras, inquietas, atrevidas, los ojos grandes, las pestañas muy largas, los dientes menuditos y blancos, la boca contraída con la expresión del indecente vocablo callejero, la gorra de cuartel grisenta, anchurosa y estropeadísima, cubriéndole el meollo, la camiseta á cuadritos

azules y blancos, de manchas profusas y sendos jirones colgaderos, la manga cortada por el codo, el morenillo brazo y la mano huesuda, quedando sin reproducir únicamente en el brillante espejo, las piernas, que colgaban al otro lado del eje; piernas metidas en ancho calzón deforme, con remiendos aquí, roturas allá, remangado un pernil hasta la rodilla, deshilachado el borde del otro, cayendo con elegancia irreprochable hasta el tobillo, y el pie, aplanado, sucio, con enormes grietas y brillantes y curtidas negruras.

Cruzó de este modo el carruaje el Guadalmedina, avanzó por el Pasillo, tomando después por la calle de Cuarteles, torció á la izquierda luego y se detuvo ante el asilo de San Bartolomé. Era la distinguida señora que en el carruaje iba, reverente cristiana, dadivosa y en todo completa, hallando suma alegría en visitar diariamente á los pobres asilados.

Entró la dama en el benéfico establecimiento, y el esclarecido personaje de los churretes y los andrajos bajó también de la

carretela. Lo primero que vió, fué un viejo recostado contra la pared, una mesilla coja por delante con algunos canutos de *cañadú*, enfilados en el tablero; dos chiquillos de las mismas condiciones, con poca variante del que os estoy presentando, entreteníanse en *tirar* una caña; con el índice y pulgar de la mano izquierda suspendía uno la hermosa caña, de nudos suaves y verdores sanos, que hacían agua en la boca al pensamiento del chupetón sabroso. En la otra mano tenía la *jerramienta*, sobre cuyo filo suspendía la *cañadú*, que miraba el tunante con ojos picarescos y guiñando uno á veces para mejor afinar el pulso sobre el corte del cuchillo. Soltó la punta de la caña, dejó caer ésta de pronto, levantó el cuchillo á la vez y salió al golpe la caña, por lo alto, hecha mitades.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Yo gano!—dijo el que la tiró.

Corrieron por ella, pero la había cogido el caballero del carruaje, y se la chupaba tranquilamente.

—¡Eh, que es mía, chaveá!

—Güeno, ¿y qué?

—Que me la des ahora mismo.

—No me da la gana.

Y seguía chupando.

Llegó entonces el otro con quien el tirador hubo apostado. Distraído mi héroe con sus ideas sobre el lacayo del puntapié, la dama del coche y la de apoderarse, por último, de la *cañadú* para solazarse de lo lindo el estómago con el néctar sustancioso, no hizo mención de quien llegaba en aquel instante... Dejó de chupar cuando le hubo visto, levantóse de un salto, descargó tremendo bofetón en su cara, y gritó furioso:

—¡Ay, Guiñapo, ya te pillé!

Guiñapo, que conocía el genio de su rival, se intimidó de repente, y haciendo alas de los pies emprendió la fuga; enteco, flacucho y más ágil, dejábase atrás á su perseguidor muy fácilmente. Le perdió al fin de vista el Padrecito, y se dirigió con lentitud á la playa.

—¿Quién le mandó juí tanto detrás del Guiñapo? Era otra cosa más que apuntaría en cuenta para cobrarle de una vez algún día.

Se sentó en uno de los grandes tubos de hierro que amontonaba allí la empresa de aguas de Torremolinos. Pensando estaba en sus graves negocios, y no vió á Filigrana, que apareció tras él subida en el tubo. Pero ¡qué Filigrana, Dios poderoso! Tendría diez años, á lo sumo: era alta, vigorosita, angulosa de facciones, con la flacura natural que preconiza el término medio de la pubertad y estado núbil; llevaba pañuelito mugriento en la cabeza, sujetándose con los picos por debajo de la barba; caíale por el hombro desmadejada trenza de pelo castaño, espeso, fino, é intentaba cubrirla un mantoncito de picos rotos, de largos flecos y con flotantes jirones, cruzados los picos y atados por detrás de la cintura; el vestido estaba roto y manchado, y tenía desnudos los pies.

Eran las tres de la tarde. El sol caía con fuerza y el hierro de los tubos parecía caldeado. El Padrecito miraba á unos chicos jugar en la playa... «Si Filigranilla viniera jugaríamos los dos con ellos; pero ¡ay!»... Sintió en esto que le cogían la cabeza por

de atrás, tapándole los ojos unas manos, y que la apretaban con brío. Sin ver el grave sujeto á la persona que así le acometía, cogió aquellas manos entre las suyas y se las pasó por la cara, y las dió besos y las tiró bocaditos, no haciendo caso á los churretes en que las manos incógnitas abundaban. Volvió luego el semblante contentísimo y se encontró con la cara risueña, los dientes finos, los labios delgados y los ojitos chispeantes de Filigrana. Apeándose de su gravedad en el grandísimo placer que le acometió, echó ambos brazos atrás, la cogió las piernas, cosa fácil estando la niña sobre el tubo; ella rodeó el cuello del Padre con los brazos y cabalgando así en él, como éste antes había cabalgado sobre el tubo, salió el muchacho mugiendo de alegría con Filigrana á cuestas, dando saltos y haciendo cabriolas.

—¡Arre! ¡arre!—gritaba ella, espoleando con los talones desnudos el aire, como á fuerte ijar incorpóreo. Sin interrumpir el trote ni los saltos, imitaba el Padre con la garganta descomunal relincho, aturdiéndose

el uno al otro con su alegría estruendosa, riendo á carcajadas, apretada ella al cuello y él á las piernecitas de la niña, que se descubrían todas por haberse arrollado la falda hacia arriba, hasta que cayeron tumbados en la arena caldeada, revolcándose como dos locos, y aumentando las risas... las explosiones del sentimiento de aquel montón informe de andrajos, de donde parecía surgir, envolviéndolos á la vez una chispa de luz esplendente, impalpable; la vida del espíritu, la poesía del alma, el alma revolcándose con ellos...

Puso gesto sombrío, de pronto, el Padrecito; levantóse con decisión y sin decir una palabra; Filigranilla, compungida y á punto de llorar; él correspondiendo á la mirada con otra torva, ceño adusto y puños crispados.

—Mira,—dijo, como si sus palabras fuesen bofetones;—¿por qué te fuiste con él? ¡Dilo, anda, dilo!

Ella estuvo sin contestar un rato, y el Padrecito encendíase más en ira.

No abría Filigrana la boca para oste ni

moste; bajaba los ojos, y, juntas las rodillas, cuyas carnes duras se transparentaban por los jirones del vestido, exclamó al fin, tímidamente:

—Me pegaste y me dolió mucho; pero yo no me fui de tu lao por eso, sino que tú, siempre que chillaba, yo tenía la culpa; por eso, porque no quería verte encorajinao.

—¡Y te fuíste con el Guiñapo! El cochino ese que me huyó, tan encaraóte como era y tan valentón; ¿no te da vergüenza? Yo pueo más, y, si arguien te pega, yo lo mato y me lo como; pero ese jabegote, puerco, feísimo, ¿me quieres tú dici?...

—¡Ay, no me pegue por Dió, que yo te quiero, Padrecito! Yo haré siempre lo que tú me diga: ¿quiere? ¿quiere? Me fui con né porque me dijo que sino te iba á matá.

Lloraba la niña al decir esto, y se colgaba del cuello del Padrecito con sus bracillos flacos.

—¿Y te vas á venir conmigo siempre?

—¡Siempre, que sí; que ya tú lo verá!

—¿Y no va tú á cogé más colilla pa Guiñapo?

—¡Lloré yo más cuando me lo dijo!... Yo solamente quiero arrecogé colillas pa tí; porque cuando me peguen los otros chiquillo, tú mirará por mí y no dejará que me sigan pegando.

—¡Quítate, mujé! ¡Yo que te había de pegá má! No, que ya no quiero que me entren jachare ni otras cosa que me pasan cuando tú no está juntaíta conmigo! ¡Si tú viera! Anoche no me apañaba á dormí allá, abajito del barco, en la arenilla de la playa: parecía que to estaba negro, y que el barco se iba á volcá por mitaíto y espachurrarme y á no verte yo otra ve, y me aparté de allí de mieo que me iba entrando; pero tú no le diga al Guiñapo que yo tenía mieo; no era eso, sino que tú no estaba conmigo; manque yo sea tan valiente, me fuí al escalón de la Alamea y allí me tendí. ¿Tiene hambre?

La niña no contestó; quedaron silenciosos.

—Espérate un poquito,—dijo él al fin,—pronto vendré.

—No quiero, ea; me voy contigo.—Y la muchacha hizo adorable mohín con su hociquillo sucio.

—¡Que no!—replicó él enérgicamente.—
¡Que te quedas tú aquí!

Bajó los ojos Filigranilla... El Padrecito echó á correr, pero ella exclamó de pronto, como acordándose de algo:

—¡Mira, mira!...

Echóse mano al gran bolsillo y sacó un mendrugo de pan, que alargó á su compañero. Cogiólo éste con ansia, lo partió y dió el pedazo más grande á la niña. Iba á llevar el pan á la boca, y preguntó de pronto:

—Y ¿quién te lo dió?—Ella agachó los ojos y, levantándose luego, le miró con susto.

—¿Quién te lo dió?—preguntó otra vez, soltando el pan en el suelo.

Ella dudó un instante, y parecía más confusa, cuanto más el Padrecito la miraba.

—¡El Guiñapo!—exclamó al fin temerosa.—Como tenía tú hambre y me lo encontré, ¡ya ve tú!—Y hacía la pobre grandes esfuerzos para tragar el bocado, como si de pronto se hubiese convertido en una de aquellas enormes barcazas.

—Y ¿á dónde iba?—preguntó el Padrecito adustamente.

—¿Quién, el Guiñapo?

—¡El Guiñapo, sí!

—An ca on José: le da ocho riale y lo pinta en el trapo, allá po la farola.

Se levantó el Padre sin oír más, y emprendió el camino, dejando á Filigranilla llena de miedo. Cogió ésta el pan y lo hundió en el gigantesco bolsillo, almacén de provisiones en las buenas épocas. El personaje marchaba acelerado sin volver el rostro: conocíase que iba con la intención de hacer alguna cosa horrible, y Filigrana no se atrevió á decir una palabra. Salieron así por la Cortina del Muelle, el Padrecito delante y ella detrás, á gran distancia. Doblaron por el camino de la farola. Ha poco dió el Padre con un viejo local, que sirvió en otros días de taller de calafates. En un enorme patio tenía don José un estudio para el gran lienzo que entonces comenzaba á pintar.

Ya sabéis que Guiñapo era de la playa. Por este motivo servía al pintor de modelo para su figura del Gardón en su cuadro del Copo. Alistábase para salir el artista; iba á

soltar paleta y pinceles, cuando vió al Padre que se lanzaba sobre Guiñapo.

—¡Eh, chiquillo! ¿Qué significa esto?

Guiñapo no tenía por dónde escapar; hizo frente al enemigo, y se cogieron ambos, mirándose con fiereza.

—¡A la calle, granujas!—gritaba el pintor.
—¿Cómo se entiende? ¡Anda, tú!—Y, separándolos, echó al Padrecito.

Salió éste y esperó en la calle; después salió Guiñapo, y miró á todas partes, desparovido. Filigrana contemplábalos á lo lejos.

—Ven, chaveíta, ven,—le decía el Padre con ardores de calentura. — ¿Por qué me juye?

—Yo no juigo á tí ni á naide.

—Po vente connmigo, anda.

—Ámono... ¡qué sabrá figurao éste!

Echaron á andar, mirándose hoscos y con disimulo, y hablando para insultarse. Guiñapo se detuvo de pronto.

—Y ¿aónde me quiere tú llevá?—dijo.

—Aonde no mos vean.

—Aonde se pillá al borrico se le dan los palos.

—¡Qué! ¿quiere aquí? ¡Po aquí!

Diciendo así el Padre, se lanzó furioso contra Guiñapo, que le recibió con igual fiereza. Tirábanse bocados, se daban de coces, de bofetadas y se dirigían palabras soeces. Filigranilla llegó al sitio del combate y comenzó á gritar sin consuelo. De vez en cuando pillaba las vueltas á Guiñapo, tirándole un pellizco regular con sus dedos afilados. Una vez le cogió por el cogote la garfada y le saltó la sangre. Sin callar en la gritería, daba vueltas alrededor de los combatientes, como bestiecilla refocilada con el olor á sangre. Las mujeres ibanse aproximando también y veían á los mantenedores, que estaban ya con el vestido destrozado del todo y los brazos y el rostro llenos de sangre y los ojos que les despedían fuego. Habían caído los justadores á tierra; se golpeaban allí sin compasión, ébrios de rabia. Llegó un municipal, al mismo tiempo que Guiñapo dejaba de combatir. El Padrecito levantábase, mirándole con odio; el Guiñapo lloraba á voz en grito, y, tumbado aún, sostenía con las manos la ancha

boca de una herida que le abrió el otro en la cabeza. Fué conducido al Hospital Noble, que estaba próximo; amarraron al Padre, y allá fué caminito de la cárcel, serio y espetado, como un gran hombre que ha cumplido misión veneranda.

Iba detrás Filigranilla, implorando compasión y llorosa como una Magdalena; cruzaba las manitas suplicante y pedía al *señó mucipá* que libertase al preso. El *señó mucipá* no tuvo compasión y llegaron así á la cárcel.

Al través del mugriento enrejado de madera, viéronse por última vez aquel triste día Filigrana y el Padrecito: ella con los dulces ojos llenos de lágrimas, y él adusto y colérico.

VII

El capítulo anterior es una página de la vida de Filigrana; yo la conté; pero quizás vosotros hallaréis más aliciente, si seguís oyéndola por boca de la misma protagonista.

Era ya de noche; envolvíase la habitación en vaga sombra; por el balcón entreabierto, penetraba un soplo de aire cálido y embriagante, con ese olor de albahaca y clavel de los huertos andaluces. Tendida, allí, en el lecho, recordaba la rubia con extrañeza, que en otras ocasiones, desde que era muy niña, siempre le mortificó la obscuridad, creyendo ver en ella fantasmas y espectros á que

daban forma su imaginación ardiente, las negruras. Recordaba esto con extrañeza, porque ahora encontrábalo de otro modo; lo que antes era obscuridad medrosa, materia flexil, de que podría formar, según los mundos en que su imaginación volaran, espectros y almas en pena, ahora lo tomaba sencillamente como negrura, que era preciso sondear para ver lo que había en su fondo.

Filigrana prosiguió así:

—Guiñapo, era flacucho, enteco, bizco, anguloso de cuerpo y de alma; sólo le ví una vez, sino conmovido, asequible siquiera: fué el día que le pedí pan y me lo dió. Te estoy hablando de Guiñapo así, mi querida Andrea, porque será él, indudablemente, de quien habló Venturoso.

A los dos días de estar en la cárcel el Padrecito logré verle. ¡Con que afán me colgué á su cuello. Él me abrazó y me besó también. No cesaba de hacerle preguntas, y me contestó á todas en estos ó parecidos términos, y en ese mismo lenguaje de Venturoso, que era también el mío, y que tanto

trabajo costó después á mi profesora hacérmelo perder.

—Guiñapo, man dicho que fué al hospítá; yo creí que se estaba muriendo cuando vide toitica aquella sangre que echaba el peazo de bruto... Cuando me echen á la calle y él salga, lo parto de la primera puñalá que le doy.

Habló así el Padrecito sombríamente; á mí me espantaba aquella taciturnidad y no tenía valor para responder; pero debajo de la timidez mía, destellaba, allá, en el fondo de mi corazón y de mi cerebro, un rayo de luz que no me expliqué entonces. ¡La satisfacción de que aquellas valentías y aquella sangre derramada eran por mí! Hablamos un rato, y cuando ya nos íbamos á separar:

—Toma,—me dijo con el orgullo de un rey,—ahí tienēs esas motas, pa si te falta comía, que merque lo que quiera y pa que ta cuerde que he sio yo quien te la dí, manque estaba preso y too, y no ese indecente de jabegote.

Diciendo esto, me dió algunas monedas de cobre, que yo tomé llorando de alegría.

Le pregunté cómo adquirió aquel dinero y me dijo lacónicamente:

—Peleando.

Los presos, hombres ya empedernidos en el robo y en la sangre, para endurecer á los niños y acostumarlos á ello, les hacían pelear unos contra otros, dándoles como premio cierta cantidad prefijada, al que resultase más valiente, es decir, al que con menos trabajo se quitara de encima al enemigo, siéndoles admitidas para la pelea toda clase de armas, el puntapié, el bofetón, el mordizco, el arañazo, el pedrusco, el palo, el cortaplumas, la navaja, el cuchillo, todo menos la pistola. En las tres ó cuatro contiendas que tuvo el Padrecito, como no había otro más valiente, logró ganar aquel dinero á fuerza de golpes, para entregármelo sin que faltase un céntimo. No puedes figurarte lo que creció mi cariño por él desde aquel día.

Como estaba en el patio con los demás presos, llamábanle al yo llegar, y nos sentábamos en un banco próximo á la puerta; rivalizábamos en generosidad, sufriendo el

uno porque al otro no faltase nada. Yo pasé los días enteros, descalza, sudorosa, pidiendo en la calle y de puerta en puerta, para reunir un real ó dos, que empleaba en cigarrros para mi hombre, en frutas de las más sanas y frescas, en dulces y en todo lo que me parecía, hasta quedarme sin un céntimo; me hubiera muerto de hambre, si previniéndose él contra lo que yo hacía, no se hubiese afanado por encontrar dinero allá, sirviendo á unos y á otros, peleando con los de su edad, ó revendiendo á precio subido las golosinas que el día antes yo llevé...

Un día llegué á la cárcel sonriente, ¡era muy feliz! la señora de la Alameda, me había dado un camisón y unos pantalones para el Padrecito. Te contaré como fué mi entrevista con la señora; conviene para lo que vas á oír luego; como hasta hoy no hemos hablado, vives en la ignorancia de ciertos hechos de que tuve noticia cuando me separé de tí, para encontrarte luego moribunda.

Era una señora á quien ya tuve ocasión de ver muchas veces, porque su casa está

en la Alameda, y el escalón de la casa nos servía á menudo al Padrecito y á mí para sentarnos á descansar de nuestras correrías; en el invierno, sobre todo, fué nuestro gran recurso; allí podíamos pasar la noche algo más abrigados que en las barcazas, salvo tal ó cual puntapié, tirón de oreja, ó algún golpe, que nos daba este ó aquel sereno. Aun así, era mucho más cómodo que en aquellas grandes playas, protegidos solamente por algún barco roto, y estremeciéndose nuestros músculos con el batir de las olas que se rompían, para venir lentas á lamernos los piés. Se me hielá el corazón... El agua nos hacía despertar, como si hubiéramos sentido en nuestra piel el roce de una culebra.

Yo conocía á la excelente señora; alguna vez me atreví á pedirla algo, y siempre me miró con lástima. Iba á subir al carruaje y me vió llorar. Me preguntó dulcemente:

—¿Por qué lloras, hija?

—¡El Padrecito está en la carcel y yo me estoy muriendo de pena!

—Ven, ven conmigo,—exclamó la noble

mujer, volviendo atrás y cogiéndome de la mano.

Subimos la escalera y estuvimos ha poco en una sala lujosísima.

—Cuéntame eso,—dijo la dama,—que yo procuraré remediarte.

Sonrió, pero con mucha tristeza; me pareció su sonrisa un rayo de luz al asomar por entre una nube rota.

Se lo conté todo; aquella mujer comprendía, sin duda, lo que yo no acertaba á explicarme: el mútuo afecto y constancia en este cariño, de dos muchachos andrajosos, sin educación.

Llamó á su doncella, y la ordenó que sacase un pantalón y una camisa del niño. Entregóme las prendas muy ataditas en un pañuelo; yo no sabía dar gracias y contentábame con decir, llorando: ¡Dios se lo pague y la Virgen Santísima!

Entonces ella miró mi vestido hecho jirones, mis pies descalzos, mis carnes desnudas, y me dijo abrazándome:

—Has pedido para él, sin acordarte de tí. Eres una buena niña.

Aquel elogio hecho á mi conducta me llenó de orgullo. Me dieron también ropa para mí. Nunca he podido olvidar, desde entonces, la melancolía de aquella dama, su palidez dulce, sus ojos grandes, de mirar puro; no podré olvidar tampoco sus caricias, que fueron para mí bálsamo y consuelo. Muchas veces lloré recordándola, y en el altar de mi corazón tuve siempre flores que perfumasen su memoria.

Entré en la cárcel loca de alegría. Pero ¡ay! todas mis ilusiones las ví morir en un segundo. Me recibió el Padrecito adustamente... Yo me quedé sin voz, sin aliento y no atreviéndome á decir una palabra, no acertando á explicarme; alargué humildemente el bulto con las prendas que tenía en la mano.

Lo rechazó, majestuoso, y no sé lo que sentí en mi pecho, al oírle pronunciar estas frases:

—Ya no tengo ná que vé contigo.

No me podía contentar con aquello y le pedí llorando que me lo explicara.

—No quiero dincomodá á las señoritas prencipales... Largo de aquí.

Viendo mis lágrimas silenciosas, se calmó un poco, sin dejar su aspecto sombrío; y mirándome con el mismo altanero orgullo con que fui recibida, añadió entonces:

—Ha nestao aquí pa que yo esplicotara quien tú ere y onde vive y toitico los pelo y señale. ¡Mardita sea! Yo lo he dicho, porque no se diga; pero se me fueron ganas de mandá al hombre donde yo sé... Ya he ajustao yo la cuenta connigo, y me paece, po lo que se le escapó, que tú andas perdía po esos mundo, y que po esos mundo también, te andan buscando tu padre y tu madre.

Me miró desdeñosamente y como compadeciéndome, por aquella falta horrorosa de tener padre y madre... Yo no dejaba de llorar. Traté inútilmente de apartar aquellas ideas de su imaginación, jurando y perjurando en todos los tonos, que estaba equivocado respecto á mi familia, queriendo probarle, con mucho desdén, que yo no tenía esas cosas. No se apeó de su gravedad y me dijo:

—Anda, anda, que ya le conté yo al hombre que te busca, quién tú ere y cómo ere, y

se puso mu serio y mu espantoso á la manifestación de que seguramente tú era la que él buscaba. Yo le dicho que venga esta tarde y te va coné donde yo no te vea ma en mi vía. Tú tenerá ringorrango de vestío y jarenbele, irá con tus zapatitos nuevo, y con los pelos alisao, mu tiesa y mu limpia, dándote tono por la caliá de tu presona... ¡Mardita sea! Tú irá por el muelle en tu coche, mu retrepá y mu fuera der sentío. Cuando pase un probe por tu lao y te pía una limosna, golverás la cara de asco de verle y de vergüenza de acordarte del Padrecito... ¡Anda, anda y que yo no te vea má! No ta pressure tú, que nunca ma rimaré á tí... Ante era otra cosa; porque yo también tengo mi caliá, man que tú no te lo figure, ni lo sepa, ni te haya enterao nunca; por eso, porque como yo soy presona fina y de caliá en mis trato y proseeres, ahí ties, que ante era otra cosa. ¿Qué te pegaban? Allá iba yo corriendo á darme una puñalá con el mismo gallo de la pasión. ¿Qué te faltaba comía? Allá iba yo á vendé hasta mi sentraña pa mercarte bucólica y acuérdate que también fui

tan puerco que robé pa que tú comiera. Pero ahora vevirá tú mejó; ya tendrás quien te marque ropa y comía, quien saque la cara por tí, cuando te peguen y toítico lo demá que tú sabe. Ni llore ni ná, porque no te oigo, y déjame, mira que haré otavía una barbaridá y partiré en cachito á la primera presona que me mire, porque tengo una rabia que no veo.

Y el Padrecito, terminó con un profundo sollozo. Yo quise abrazarle y él me rechazó violentamente. Había visto entrar á otra persona por el postigo que acababan de abrir. Era un hombre que se dirigía hacia nosotros y que desde el principio clavó en mí la vista con tenacidad extraña. Me intimidé ante aquel hombre; tendría unos cuarenta años; era seco, alto, de grandes ojos negros, brillantes y sombríos. Aquel hombre era Rompiente.

—¡Ah!—dijola Alondra,—fué cuando Rompiente faltó de casa en aquella primera época. Iba, pues, á buscarte.

—Así sería; á pesar de su presencia adusta, más aun, fatídica, Rompiente tuvo para

mi atractivo, aunque yo misma protestara de ello; me habló con una dulzura de que parecía incapaz, mirándole; me preguntó mi nombre y multitud de circunstancias, á lo que yo contesté como pude; me separó de pronto los cabellos y buscó ávidamente en mi cabeza una cicatriz que dijo debía tener desde muy niña. La encontró, en efecto, aunque manifestando que no era preciso, porque *yo era yo*. El abrazo que me dió después, me conmovió mucho.

Díjome tales cosas, en tono tan dulce, para inclinarme á que partiera con él, que hasta el Padrecito se convenció; porque debo advertirte que lo que más enorgullecía al Padrecito, era que Rompiente se dirigiese á él y le hablara como á otro hombre de mucho juicio y gravedad. ¡Rompiente había conocido por completo á mi amigo en la primera conversación que tuvo con él! Me prometió Rompiente además que no abandonaría al Padrecito, y fué para mí otro gran problema resuelto.

—Sí,—dije cuando ya estaba todo acordado.—¿Pero quién es mi madre?

—Tarde has hecho la pregunta; es lo último de que te acuerdas.

—Lo último,—repuse sin pensar en el alcance de lo que decía.—Primero era el Padrecito, que siempre fué generoso con la Filigrana y nunca la dejó sola.

—Niña,—exclamó Rompiente con profunda tristeza,—has ofendido á tu madre... Quiérela mucho, porque sufre.

—Pero ¿quién es?

—Una muy principal y desgraciada señora. En no muy lejano tiempo, tendrás que conocerla, vivir con ella, y para entonces, es necesario que te eduques. Te llevaré á un colegio y á tí no te disgustará aprender muchas cosas bonitas: de leer, de escribir, de labores...

El Padrecito se echó á llorar, y Rompiente añadió, dirigiéndose á él:

—¿Por qué lloras tú? Si tanto la quieres, debías estar contento; no te apures, muchacho; ni ella te olvidará, ni yo tampoco; ahora es preciso que salgas de aquí, y que te arregles un poco; estás hecho una criba con tanto jirón, y los hombres graves,—

añadió sonriendo,—han de tenerse respeto á sí mismos, si desean ser respetados. Toma, para que te compres un traje.

—No me da la gana; yo no quiero eso; yo quiero estarme con la Filigranilla.

Así habló el Padrecito, rechazando las monedas duramente.

—Yo le traigo ropa,—dije entonces, con orgullo;—está aquí.—Y desataba el lio al mismo tiempo.

Rompiente se echó á reir, y creo yo que fué para disimular su emoción.

—¿A ver?—dijo de pronto, fijándose en la marca que tenía la camisa. No eran iniciales, sino un nombre y un apellido con todas sus letras. «Fernando Villamuriel», oí que decía Rompiente. Se le cayó la prenda de las manos, y su cara y todo su aspecto, revelaron agitación grandísima.

La Alondra y Filigrana lanzaron una exclamación de sorpresa. Venturoso, á quien creían en profundo sueño, habíase levantado de un brinco.

—¡Ese, ese!—decía manoteando.—Ese es.

—Pero ¿quién es ese?—preguntó la Alon-

dra, cuyo cerebro pareció iluminarse con un rayo de luz.

—Villamurié... Fernando Villamurié; así, así se llama er tío.

VIII

Es imposible explicar el asombro de las hermanas, al oír aquellas frases en los labios del niño.

—Pero ¿quién es ese hombre?—interrogó la Alondra con febril impaciencia.—Yo no oí jamás una palabra á Rompiente; nunca me habló de él; sin embargo, hay algunas cosas que, al hablarte de mi pasado, dejé atrás no creyéndolas de importancia, y que en este punto se me figuran datos muy preciosos. Sigue, sigue tú hablando.

—Sabe, pues,—prosiguió Filigrana,—que no pude descubrir nunca el motivo de aquel

asombro de Rompiente, al ver el nombre de Fernando Villamuriel en las prendas que llevé al Padrecito. Rompiente me pidió la dirección de la casa de la señora, se la dije, dió él nuevos y sanos consejos al Padrecito, y acabó diciéndole:

—Vendré al instante á que te pongan en libertad; adiós, despídete de tu amiga.

Nos abrazamos llorando y observé en medio de mi congoja, que Rompiente se volvía también para ocultar su emoción. Me llevó á su casa, me dejó allí sola, recomendándome mucho que tuviera juicio y no me impacientara si tardaba algo. Pero volvió pronto, y me dijo muy satisfecho:

—Alégrate, Filigrana; el Padrecito vivirá muy bien en adelante y será muy dichoso.

Me alegré en efecto. Rompiente, prosiguió con gravedad:

—Mira, no olvides ahora lo que te digo; naciste con mala estrella; hoy sería inútil revelarte una palabra, no lo comprenderías.

—Pero ¿y mi madre? ¿Dónde está mi madre?—pregunté febril.

—Es imposible aun que lo sepas. Toma; aunque eres muy niña tendrás juicio para conservarle como una reliquia.—Diciendo esto, sacó de su cartera un retrato; era el de mi madre. Aquella mujer se parecía á la de tu medallón, pero no era ella. Estoy segura. ¡Por eso me sorprendí de aquel modo!

—Pero entonces, no somos hermanas, ¿ó qué parentesco es el que nos une?

—Somo hermanas, sí; pero me figuro que de padre solamente, y es el motivo quizás de los azares de nuestra vida... Pero voy á concluir: buscó Rompiente un colegio pobre, y no porque él careciera de recursos, sino porque en un colegio de índole inferior, aprendería más pronto y más sólidamente. Yo he creído después que su deseo era tenerme guardada todo lo posible.

Lo logró al fin, y á los tres días me condujo al colegio; era la profesora una mujer ya entrada en años, de agradable presencia y modales finos. Al irse Rompiente, crucé las manos suplicante y fijé mis ojos llenos de lágrimas en él; comprendió lo que yo quería decirle, se inclinó hasta tocar con

sus labios mi oído y exclamó bajo, muy bajo, como un susurro que nunca ha de apartarse de mí:

—El Padrecito salió de la cárcel; no le puedes ver todavía; está muy lejos y estudiaba como tú.

—Pero ¿dónde está?—pregunté sin que nadie fuera bastante á contenerme. Y contestó dándome el último beso:

—Con la señora de la Alameda.

Estas fueron las últimas palabras que le oí; salió muy conmovido, y yo quedé sola, haciendo trabajar ya mi débil imaginación las extrañas escenas que se sucedían.

Transcurrieron tres años, tres mortales años, en los cuales resistí lo que nunca hubiera creído, dado mi temperamento irritable é intransigente. En las primeras semanas no podía con aquella clausura que me paralizaba los miembros unas veces, dejándome como poseída de incomprensibles laxitudes. Acordábame de la playa y de los jabegotes; de los alborozos del Padrecito y míos, al revolver nuestros andrajos con nuestros cuerpos en las calientes arenas; de

aquellas tardes caniculares en que el Padrecito con su caña de claveles y rosas, cual movable palo de cucaña, revestido de flores, iba por las calles pregonando su perfumada mercancía y rodeábanle mozuelas y chiquillos para verle y oír el pregón; aquellos cantares, con terribles notas y divinas cadencias de almas enamoradas y suspiros vagos de brisas y misterios; aquellas canciones de Andalucía que son como el ornato y la luz de la estética del alma. Yo iba detrás del Padrecito, orgullosa y triunfante, con mis pies descalzos y mis faldillas sucias. ¿Qué importaba aquello, ni el hambre, ni la miseria, ¡santo Dios poderoso!, si las rosas y los claveles empingorotados en la caña, que era entonces la admiración de los que la iban contemplando, los había regado yo antes y los había ido poniendo artísticamente después con mucho cariño, hincándome las espinas y sonriendo al pensar que era todo para que el Padrecito lo llevase á vender?

¡Qué deleite para la pobre Filigrana, pensar que nadie se ocupaba de ella, ni en comprarla fósforos, ni libritos de fumar,

embebidos con el arrullo y las cadencias de aquellos cantos del Padrecito de las flores!

Estas ideas contribuían principalmente á mi exaltación, haciéndome odiar la casa hospitalaria donde tanto me querían, y detestar por momentos á la generosa mujer que me sirvió de madre; después caía en mis violencias, en mis laxitudes, especie de letargo, de lo que resultaba un dolor muy grande y una pena sin comparación, y acusábame humildemente conmigo misma de aquellos arrebatos contra la pobre mujer.

Cumplí dieciseis años, sin lograr la dicha de ver al Padrecito. Rompiente no volvió tampoco. La profesora había ido perdiendo sus discípulas; las cinco ó seis que le quedaban, las mandó un día á sus padres, con el pretexto de que su avanzada edad no la permitía consagrarse más á aquella ocupación y vió al fin realizado su sueño último de consagrarse enteramente á la rebelde discípula que Dios le había dado en mí.

Pasó un año aun, y ya no tuvo la señora que preocuparse de mis estudios. ¡Sabía mucho más que ella! ¡Con qué orgullo me



abrazaba, jurando que nuestra separación sería su muerte!

Era una tarde estival, una tarde como aquellas en que el Padrecito vendía sus flores. Habíame yo sentado en el balcón, y me embecía en la lectura de no sé qué obra. Sonó de repente un golpe en la puerta del piso. Yo me levanté sobresaltada y lo mismo sucedió á mi amiga, cuyo rostro se puso pálido. Procurando dar firmeza á mis músculos, que parecían encogerse, avancé á la puerta yo misma y abrí. La pobre señora dió un grito, que me pareció de angustia. Un hombre se arrojó en mis brazos. Aquel hombre era Rompiente.

Lloraba yo de alegría; sin fuerzas para resistir emoción tan grande, recliné la cabeza sobre el pecho de mi protector. Cuando le pude mirar y advertí la satisfacción que había en su rostro, me alegré de todos mis sufrimientos. El alma se me llenó completamente de luz.

Se dirigió á mi profesora, que estaba allí replegada, confusa, deshaciéndose en llanto. La abrazó estrechamente, y díjola con

franqueza ruda, que hizo palpitar de alegría el corazón de la anciana:

—¡Gracias, señora! Ha hecho usted más de lo que yo creía. No necesito que me lo afirme, lo veo,—añadió sonriendo y mirándose conmovido.—Lo veo en sus ojos y en su semblante; lo veo en sus maneras, y en su sonrisa, tiene educación, es honrada y me quiere.

Yo me ruboricé hasta lo blanco de los ojos, pero pagué con un abrazo sus palabras. Al abrazarle, le pregunté al oído, temblando:

—¿Y mi madre? ¿Y el Padrecito?

—A él no le ví desde entonces, hija mía; á ella la encontraremos. Sé que existe. Con eso habrás de contentarte, por ahora. ¡Espera, Filigrana, espera!

—¿Y era este el premio que se me ofreció? —dije con amargura, echándome á llorar.— ¿Por qué, pues, sufrí cinco años, con tanta resignación, si la única recompensa que esperaba se me desvanece como el humo? ¡No ver á mi madre! ¡No ver al Padrecito! ¡Era morir!

—Yo te juro,—exclamó Rompiente, estrechando mi fatigada cabeza contra su pecho, —que los has de ver, ó muero desesperado si no lo consigo.

¡Y espero... Espero aún!

IX

Pretextando graves ocupaciones, salió Rompiente á los pocos momentos y no volvió en algunos días. Me dijo entonces que se quedaba en Málaga, pero no conmigo.

— Vosotras seguiréis juntas, — añadió, aludiendo á la señora. — Yo vendré con más frecuencia á veros.

Así fué Alondra, hasta que, pasados algunos meses, tuve la desdicha de perder á mi dulce compañera, la que tan sabiamente supo estudiar mi carácter y encaminarlo por buen sendero, captándose á la vez mi cariño y consideración.

Desde entonces viví completamente sola en ese pequeño piso del barrio, que buscó Rompiente; él me arregló las habitaciones con el cariño de un padre; sólo tenía una criada que siempre se retiró al amanecer. Así transcurrió mi vida, monótona, sin tristezas, sin alegrías, durante cuatro años. Sólo en alguna ocasión levantábase mi espíritu con un destello de esperanza al pensar en mi madre y en el Padrecito. ¡Era inútil todo! Respecto á Rompiente, me visitó con frecuencia, pasando también muchos días sin que supiera de él. Hablábamos de ti, prometiéndome que muy pronto te vería; creí sorprender á veces en sus labios una sonrisa maliciosa, y hoy se me figura que esa sonrisa era al pensamiento de que yo preguntaba tanto por ti, teniéndote tan próxima.

— Entonces, — dijo Andrea, — cuando él te sorprendió en el colegio, fué al regresar nosotros de París.

— Indudablemente; lo cierto es que concluí por no preguntarle nada de lo

que yo más quería saber, por el profundo desaliento que le producía al preguntarle... Así pasó el tiempo, y no hace mucho, tres meses á lo más, al salir una tarde al balcón, como de costumbre, á sentarme con un bordado entre los tiestos de albahaca y claveles, vi pasar un hombre por la otra acera; un hombre á cuya vista toda la sangre pensé que se me desbordaba del pecho; me agarré á las maderas para no caer de bruces sobre el barandal; aquella impresión fué de alegría; aquel hombre me pareció el Padrecito.

Se reveló mi carácter apasionado y vehemente. — Si fuera él, ¡Dios mío! — repetíame muy á menudo, y cruzaba las manos en súplica para que Dios me lo concediera... ¡Pero no le ví más!

Así pasó el tiempo, y me sorprendió más tarde la carta de Rompiente. Fuí al cañaveral y ya sabes lo que ocurrió hasta que me separé de ti, dejándote dormida; fuí á mi casa por lo que era para mí más que todo: por el retrato

de mi madre. Habían saltado la cerradura de mi habitación; lo mismo hicieron con el mueble, donde el retrato estaba en una cajita. Presentí lo que sucedió y no me equivoqué; el retrato había desaparecido, como á la misma hora quizás intentaban estrangularte para arrancar de tu cuello el retrato de tu madre... Me vine loca de ira, y tuve la suerte de encontrar á ese niño. Te encontré luego en aquel estado, que me desgarró el alma. ¡Oh! te confieso que en aquel punto me faltaron las fuerzas.

Me reanimé un poco cuando el médico me dijo que pronto estarías bien; afortunadamente no hubo escándalo; todo pasó así, porque yo creo que lo peor para nosotras hubiera sido que la justicia interviniese en tal asunto. Nada me has contado después, nada me has dicho de cómo te sorprendieron, ni qué clase de persona fué; ya puedes hablar, dí-melo.

— No te puedo decir nada, — contestó la Alondra; — tardé mucho en dormir-

me; sentí después una pesadilla horrosa, me faltó el aliento, después nada: al abrir los ojos no pude hablar y te encontré llorando junto á mi lecho.

—Fué imposible averiguar cosa alguna,—exclamó Filigrana pensativa;—bien, tengamos prudencia; por de pronto hemos adquirido la triste convicción de que nuestros perseguidores conocen al detalle cuanto nos puede atañer á la una y á la otra, y de que esos retratos eran armas terribles contra ellos, cuando de tal modo arriesgáronse por conseguirlos.

Fijaba la Alondra los ojos en el suelo pensativamente, y, sin apartarlos de allí, exclamó después, con lentitud, como si cada una de las palabras fuese impedida por un recuerdo:

—¡No pensé yo al contarte mi historia, que ciertos detalles no mencionados, porque carecían de importancia, serían luego, al escuchar á Venturoso, los de más interés! Con poco tiempo de anterioridad al último día que vi á mi

madre en nuestra casa de Madrid, recibió Rompiente una visita. No estaba él en casa, y tuve que responder á las preguntas que el caballero me hizo. Era un señor alto, delgado, huesoso, con grande y lustrosa calva, patillas grises, largo levitón negro, como el chaleco y los pantalones, y zapatos muy brillantes. Su acento era frío, su voz lenta, sus ademanes muy en consonancia con todo él. Me preguntó en voz melosa, acompañada de risita suave:

—¿El señor Rompiente?

—No está, caballero—contesté, echándome á temblar sin explicarme el motivo.

—¿Podría usted decirme á qué hora lo encontraré en casa?

Le dije la hora, saludó y se fué; cuando llegó Rompiente le conté la visita que tuvo. Me pidió sus señas y quedó muy preocupado al oirme. Al otro día procuró mi amigo que yo no anduviera por la casa cuando llegó el extraño caballero, y me recomendó que no saliese de mi cuarto.

No supe más. A los dos ó tres días, como ya te dije, salí para Francia sin acordarme de aquello. Recordarás lo que te conté, ocurrido mientras estuve allí; recordarás que el día mismo de nuestra vuelta, comentábase mucho en la vecindad la muerte misteriosa de un hombre. Pues bien: cuando íbamos aquella misma mañana á la estación para tomar el tren que debía volvernos á Madrid, nos encontramos con un gran tumulto al final de nuestra calle. Todas las mujeres del barrio cuchicheaban con aire profundo de misterio. Nos costó mucho pasar por entre la multitud. Aquella multitud rodeaba á un cadáver. Nos abrimos paso, y Rompiente tiró de mí, como queriendo evitarme aquel espectáculo de muerte; pero le vi; había yo arrojado ya sobre el muerto una mirada involuntaria. Entre otras heridas, tenía una en la frente, y no pude ver su rostro bien porque estaba cubierto de sangre. A pesar de esto, sentí una impresión extraña, pareciéndome haber visto

aquella figura, ya que no aquella cara, en alguna otra ocasión. Ya sabes que algunas escenas que presenciamos en la infancia quedan siempre en nuestra retina, y al ser mayores tenemos aún su recuerdo palpitante en la imaginación. Siempre recordé después aquella gente, aquel muerto y aquel rostro extraño de mi amigo, cuando tiró de mí con fuerza para apartarme de la contemplación fascinadora del hombre ensangrentado. Ahora bien, — añadió la Alondra con decisión; — cuando Venturoso nos hizo á su manera la descripción de ese hombre, que parece perseguirnos, me acordé, sin explicarme la causa, de aquel otro á quien aludo; y como si un rayo hubiera iluminado de pronto mi cerebro, descubrí que el caballero que visitó á Rompiente en Madrid, el muerto que encontramos en París después, y el don Fernando á quien Venturoso se refiere, son una misma persona. No creas que son ilusiones mías; fué don Fernando Villamuriel el que me sorprendió con su

extraña visita; fué el que vi luego con el rostro ensangrentado, tendido é inánime como un muerto; y aquella herida de la frente que tuve ocasión de observar, es la cicatriz á que Venturoso se refería.

— Sí, sí, yo le vide con el sombrero quitao. ¡Mardita sea, hombre! ¡Qué tío más feo!

Volviéronse las dos hermanas, sorprendidas al escuchar aquellas palabras, y encontráronse con el rostro picaresco del niño, su mirada límpida y su risa maliciosa. Estaba sentado en el suelo; y por las rodillas rotas de los calzones, asomaban las carnes sonrosadas del charrán, como semblante fresco y juvenil por entre un marco apolillado y renegrido:

— Bueno: y ¿qué te dijo?— preguntó la Alondra, interrumpiéndole.

— ¿Qué me dijo? ¿Cuándo?— preguntó Venturoso cándidamente.

— ¡Toma! Cuando tú hablaste con él.

— Mira ésta. ¡Si hablé porción de ve-

ces y me dijo porción de cosas! Osté verá. Guiñapo é un porcachón: güeno. Yo estaba co né toitico los día, fregando la hornilla y barriendo los correore. Se despertaba el tío á las nueve. Ya había yo de está dale que dale, sopla que sopla, encendiendo la candela pa hacé el chocolate que Guiñapo llevaba. Se vestía el tío aduego; volvía á las once po la manduzca; sacostaba en dispué, mu encerraíto siempre escondiéndose como una salamanquesa. Estaba yo un día mu pacá y mu pallá, dale que dale y sopla que sopla, cuando espérate que entra Guiñapo y se enrea á mojicone conmigo, de moo y manera que me hinchó los carrillo y me sacó los pelo. Y to ¿por qué? Porque yo me reí de gran risa cuando vide su facha, con los calzone descosío aniguá que yo, el sombrero con un cachito de ala na má, liao en una capa que era un peazo de estera, y aduego con su barba espeluzná y su gran chicote echando jumarea que daba mieo. Yo me escabullí como pude y no sabía cómo arreglarme

pa romperle algo del cuerpo, de rabia que me dió, y, cogiendo una cazuela rebosandito de vianda hirviendo, se la tiré á la cabeza. Se echó á gritá porque se achicharró toíto, y me dejó solo y tomé soleta ante que me pillara, y salí corriendo pa nunca má golvé en cá del tío. Me fui á casa de la presonilla de mi queré, contándoselo to. Me regañó mucho,—prosiguió Venturoso tristemente,—porque me vine, cuando me encargó que allí estuviera atisbando toitico lo que pasara.

—Y ¿qué hiciste?—preguntó la Alondra.

—Golvé á casa del tío y pedirle perdón á Guiñapo, que mal toro lo pille.

Me miró él, así, como con gana de tragarme; y á mí me temblaba el cuerpo de susto, pero no me dijo naíta. Se echó á gruñí como un animalote, y agarrándome de una oreja me llevó á la hornilla y yo escomencé á soplá; pero desde aquel día mesmo me hizo toitico el daño que pudo, dándome golpe, haciéndome tem-

blá, asustándome con cuento de fantasma y mentando la madre á ca istantico. Yo se lo contaba to á la presonilla de marra, y él me decía siempre que tuviera paciencia y mucho ojo.

Filigrana pareció experimentar mucha inquietud desde entonces con la relación del niño.

— Yo — siguió Venturoso — estaba siempre asustaíto. Me cogía Guiñapo po el gañote y apretaba, apretaba, como la prensa de sacá aceite, haciéndome agachá y dándome con la cabeza en el jierro de la hornilla... ¡Por via e Cristo, hombre! Tan y como yo sea más mayó, naíta le va á pasá, de la puñalá que le doy.

Se interrumpió aquí Venturoso, y dijo poniéndose las manos en las caderas:

— ¡Si estoy yo aprendiendo á la jerramienta na más que pa darle una puñalá, hombre!

La Alondra se asustó; Filigrana halló aquello muy corriente, por tenerlo encarnado en sí; porque lo bebió desde su niñez, cuando pisaba los enfangados

callejones de los arrabales, con los pies desnudos, el cuerpo aterido, recorriendo los cafés más bajos, donde acudía la gente del fuero, de la navaja, de la expresión soez y chocarrera, durmiendo con prostitutas y criminales en la pestilente arena de las barcazas y en el fondo húmedo de los botes del puerto.

Venturoso prosiguió así:

— Yo lo contaba toíto á la presona, pero me respondía que tuviera paciencia otra ve. ¡Por via e Cristo! ¡Si no fuera de tardito en tardito, que me contraba al señón Rompiente y yo le guiñaba un ojo, y él se echaba á reí, y yo daba una zapateta, y él me daba una blanquilla! ¡Qué gusto, santa madre, cuando yo estaba mirando el cachito reondo de plata, y se iba él agachandito, agachandito; y arruñando la cara mía con los pelo de sus grande patillota, me daba un beso y aduego un cogotazo mu chiquito, aniguá que otro beso, y me decía: — ¡Corre, granuja! ¡Por via e Cristo!

Y Venturoso se limpió las lágrimas de un cachete.

— Otro día, — continuó, — me dió mi amo una carta pa el señón Rompiente. Como la vez primera, fui á su casa, y leyó la carta delantito de mí. — ¡Malo! — dije. — El señón Rompiente ni se ríe ni me da blanquilla: ¿qué le dirá el tío en la carta? Y me fui corriendo á contárselo al Padrecito.

— ¿A quién dices? ¡Repite eso! — exclamó Filigrana prontamente, levantándose con precipitación y cogiendo al niño de una mano.

Venturoso quedó aturdido, como si comprendiese que cometió una imprudencia. Balbuceó algunas palabras incomprensibles.

— Pero ¿por qué no hablas, Venturoso? ¿quién es el Padrecito? Yo quiero que me lo digas. Tú eres bueno y lo dirás. ¿Sí? ¿No ves lo que sufro? ¿No comprendes que cuanto más te calles, más he de confundirme, creyendo que esa de quien hablas es la persona única

á quien amo en el mundo, la que sólo nos puede proteger y ayudar? ¿Quién es? Dí. ¿Quién es?

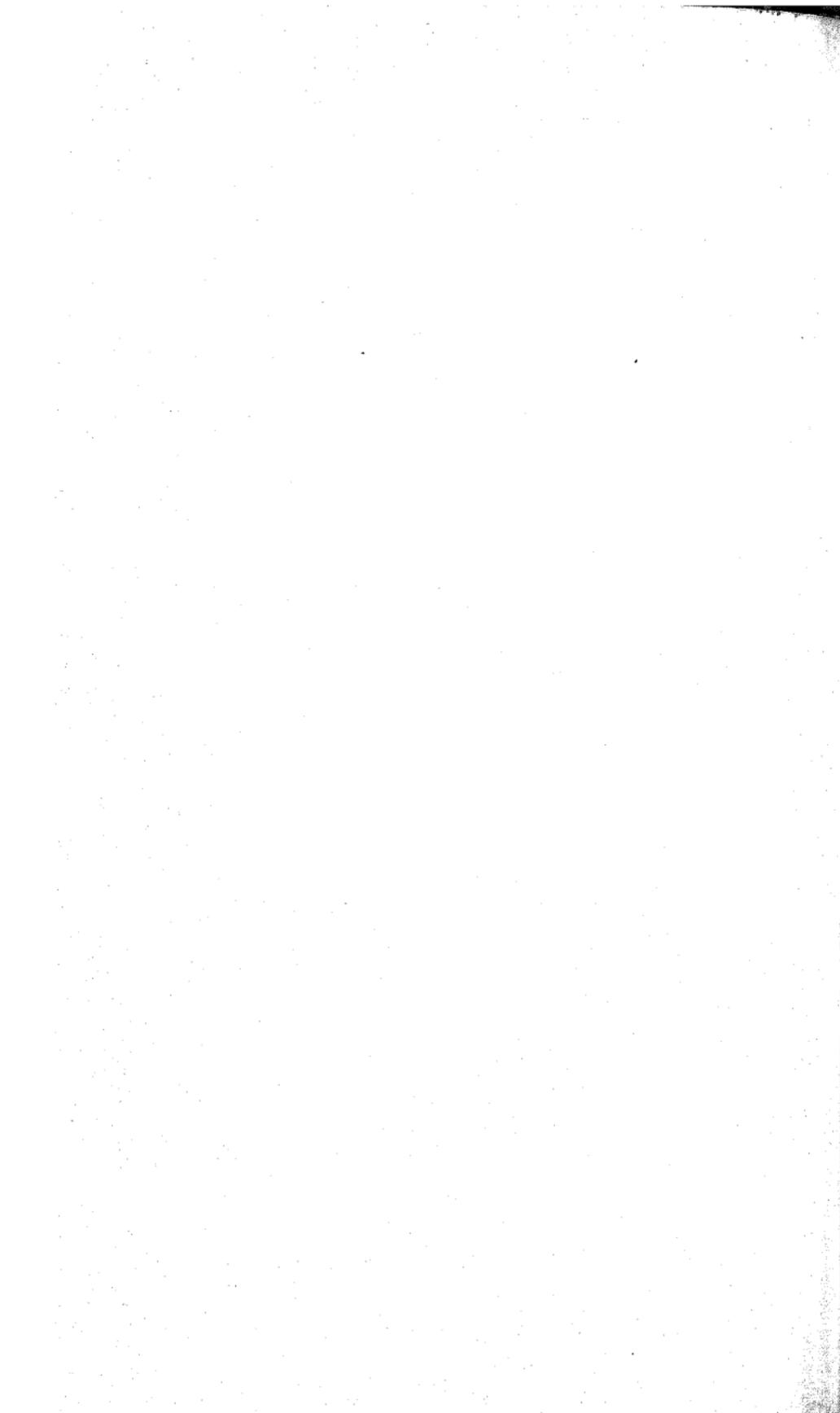
Y Venturoso estalló al fin, gritando aturdidamente:

— ¡Pero si me encargó mucho que no dijera naíta!

— ¡Luego es él! — gritó Filigrana, rompiendo en sollozos.

La Alondra le tendió los brazos. El niño hacía desesperadas y cómicas contorsiones, pegándose en la cara y gritando sin consuelo:

— ¡Por via e Cristo, hombre! ¡Por via e Cristo!



X

No se pudo sacar á Venturoso una sola palabra más referente al misterio que al Padrecito envolvía.

— Yo se lo conté al Padrecito, — prosiguió el muchacho, — y entonces me encargó que tuviera cuidao más que nunca, y me dió otra carta pa el señón Rompiente. Yo no sé lo que en ella le decía, pero mesmísimo que la leyó se puso hecho una furia, y levantó la manaza como pa da un trompazo á alguno, en tal paraje que yo apreté á juir creyendo que debajo de la mano me iba á pillá; y corriendo y más corriendo iba yo pa la

casa de mi amo el tío, cuando esperatai un poco, que me lo encontré mesmísimamente en el pasillo de Santo Domingo, y cogiéndome po una oreja con aquellos deos suyo, asiguá que si me cogiera con alicate, me dijo, dice:

— ¿Aónde vas?

— A la casa, nostramo.

— ¿A qué?

— A soplá la hornilla, nostramo.

— ¿De dónde vienes?

— De encá el señón Rompiente, nostramo.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Leyó la carta y se la guardó, y me regolvió la espalda como si yo no fuera naide, y se metió endrento como un enciví, y yo me vine... nostramo, nostramo, nostramo, y naíta más.

El nostramo me dió un puntapié, y me dijo, dice:

— Güeno: ya que te vide, me ahorro de ir á la casa pa buscarte: toma.

Yo tomé dos carta que el tío me dió, y oí que decía mesmísimo:

— Una la llevarás á la calle de la Vitoria, y otra á la calle de on Iñigo.

Yo me escamé encontao, porque ya tenía esconoscencia de que la señorita Alondra vivía en la calle de on Iñigo y la señorita Filigrana en la calle de la Vitoria.

— ¿Y por qué sabías tú eso? — preguntó Filigrana prontamente.

— Porque me lo había dicho el Padrecito, — contestó Venturoso con mucha calma.

— ¡Ah! Sigue, sigue.

— Pero escamao y to, me mantuve chitondo, y llevé las carta conforme el tío me mandó, que era como yo mavía figurao, á la casa de la señorita Alondra y á la casa de la señorita Filigrana.

— ¿De modo — dijo la Alondra, — que esas cartas son las que recibimos el mismo día, citándonos á las dos en los cañaverales? ¿De modo que no eran las cartas de Rompiente, sino de ese Villamuriel, que imitó su letra y su firma?

¿De modo que Rompiente fué engañado y fuimos engañadas nosotras?

¡Venturoso las había salvado! ¡A un niño vagabundo, truhán, ratero y canalla, debían las dos su existencia! La Alondra volvió á mirar á Venturoso en esta ocasión; y al encontrarse con los ojos serenos y diáfanos del niño, al ver su cara risueña y churretosa, como las flores cuya blancura se empaña con la tierra donde cayeron; al ver sus dientes blancos y brillantes, sus labios carnosos y sonrosados, y su risa picaresca, quedó pensativa. ¡Y Venturoso, aquel Venturoso la había salvado!

Venturoso continuó así:

— Cuando yo le dí asté la carta, señorita Alondra, ya había llevao á la otra calle la de osté. — Y señaló con esto á Filigrana. — Yo se lo conté aduego al Padrecito, y él me mandó que no me separara de on Fernando. Yo no calé lo que el tío quería co naquello de las carta, ni tampoco se lo defiguró el Padrecito. Aquella vé no tuve yo que andá

difícultoso, pa no separarme del tío: aniguá que é me dijo, dice :

— Oye, Venturoso: esta noche me tiés que acompañá á los cañaverale que hay allá, caminito del Higuieron.

A Guiñapo no le vide en toitico el día, y cuando fuí á ver al Padrecito aquella tarde no encontré al Padrecito en la casa. ¡Mardita sea, hombre! Yo me sabía de memoria lo que aquella noche el tío quería jacé, pero namá que lo del alijo, que de ostede denguna cosa tenía yo metía en la moyera. El mandó que le llevara al cañaverá, porque allí, mu cerquita, que está la playa, iba á pararse un barco que venía de Gibraltá, lleno de la mar de cosa mesmamente, que el tío metía en Málaga de contrabando con mucho aqué, pa ganá asina dinero, porque el tío é un granuja mu mayó. Fuimo á junta las caña y eraya de noche. Como la luna se quitaba y se ponía á ca istante, esperataí que yo no podía ve mesmamente cuándo venía el barco ni en cuál despositura. Cuando íbamos pa-

llá, vide yo relucí unas cosa entre las zarsa, aniguá que cañone de carabina; pero no jice caso, porque en diciéndoselo al tío se encogió de hombro, de moo y manera que pensé dequivocarme. Estaba yo na más que pensando en el Padrecito, y un ojo me se iba y otro me se venía pa la má y pa la tierra, pensando que po la má venía el barco, y que por la tierra el Padrecito y macordaba de lo que yo mabía desfigurao, de los cañone de las carabina; y sin poderlo romediar, macordaba también del señon Rompiente; cuando cata que de pronto, allá, lejito, debajo del cielo, por la parte de levante, veo en la agua una rayita blanca de espuma y una cosa negra detracito, que era el barco, y el barco anda que te anda, sin lu ni ná, pa que los carabinero no lo atisbaran.

Venía ya el barco mu cerquita de la arena, y llegaron á junto de nosotros, cuando esperataí que allá por los zarzale y mu cerca también de las caña, allá, por aonde yo vide relucí aquello

que me golió á carabina, sienta rum rum de paso. Po el otro lao la gente hacia el descargo del alijo; y aquí tiés que yo le digo á on Fernando, digo:

— ¡Ay, amo, amo; allí detrás vienen! ¡Que son los carabinero, que yo los vide! ¡Por via e Cristo, hombre; que los va na mechá á los pobretillo contrabandista!

Y el tío, entonces, ma recogió la boca con las dos mano, malaz puñalá le peguen; y no pue gritá, y me calé mesmísimo que él había dao el soplo á la ronda pa que pillaran á los probes contrabandista. Se allegaron los de la ronda tan y á la mesma horita, que por la parte de allá de los cañaverale venía un hombre que vide luego era el señón Rompiente. Se metió entre las caña sin que nos viera, á la pa que la ronda se enreaba á tiro con los contrabandista, armándose una zajora que crujía el pellejo. Mi amo se fué juyendito de mí, metiéndose también entre las caña. Nadie supo á lo que iba, na más que yo, porque llevaba

una pistola en la mano. ¡Mardita sea, hombre! Regolví á listantito, y aduego supe que fué á matá á traición, de un pistoletazo, al señón Rompiente. Entonce fué cuando el tío me cogió de la mano, y yo seguí sin hablá, muriéndome de susto; me llevó po las caña, buscando en toiticás parte, y me preguntó muchas vece:

— Pero ¿leyó la carta la Alondra? Pero ¿la leyó Filigrana?

Venturoso quedó callado, como si entristeciera su memoria la escena de sangre entre el cañaveral.

— ¡Ah, sí! — exclamó Filigrana, rompiendo el silencio que reinó. — Ahora se comprende todo, es decir, lo que se relaciona con el fin trágico de nuestro amigo y el que se nos destinaba á nosotras.

Por lo que dice Venturoso, — añadió, mirando á su hermana, — ese don Fernando delató á los contrabandistas, citando á la vez á Rompiente con un pretexto cualquiera al sitio mismo don-

de, sin duda, ocurriría el encuentro de los matuteros y la ronda, para destruirle, y que nunca pudiera sospechar nadie que él había manchado su conciencia con la sangre de Rompiente. Teniendo el mismo interés en concluir con nosotras, falsificó cartas, imitándolas como de nuestro amigo; pero quiso la fortuna que no saliesen sus planes con el éxito absoluto que apetecía, gracias á la intervención de este pobre muchacho, á quien, sin duda, habrá que pagar en adelante con profundo cariño la existencia que le debemos.

Escuchaba el niño, embobado, la plática de la moza, y luego que ésta terminó repuso él prontamente:

— Eso, eso; que quería el tío mu malas cosa. ¡Por via e... hombre! Si cuando yo calé á la señorita Alondra, á quien vide primero, me se quitó el susto de pensá en lo que iba á pasale á la señorita; y aduego vide á osté, y no sabía yo gobernalo pa que se fueran. ¡Qué apuro! Yo no quería na más que armá

jaleo pa que lo oyera nostede, yéndose mesmísimo po el otro lao, y toa la batalla mía era gritá y cantá y dale güelta. Tenía yo el resuello metío pa endrento, y un sudó me se iba y otro me se venía de figuráseme que pudiera nostede decí algo. ¡Ay, santa madre! ¡Qué respiro me entró contaíto que lo eché pa el otro lao y sus dije aquellas palarbita po las caña! ¡Pobretillo señón Rompiente!... ¡Mardita sea! Cuando ví que ya se iba nostede po el otro lao y me entró el respirillo aquel de marra, esperataí que entonces dije, digo:

— Ahora es cuando yo aprieto á corré, y no me coje má el tío pillo este.

Y apreté á corré, dejando al otro plantaote allí, y perdió entre las caña; fuí corriendo á buscá al Padrecito y no lo encontré tampoco. ¡Por via e...! Anduví de acá pallá, hecho un perdido, espera que espera, y el Padre sin vení, hasta ya de noche, mu de noche, que llegó á la casa. Le conté lo que pasó, y se tiró de los pelo de ira, y rabió y pa-

teó y gritaba, y se le caían los lagrimone como puño de pensá que á la señorita Filigrana le hubiera pasao alguna cosa. ¡Mardita sea, hombre! Aduego se quedó mu calladito, y aduego me dijo, dice:

— Anda, corriendo: vente conmigo, y llévame aonde está el señón Rompiente.

Allá fuimo los do, pasito á paso, anda que te anda, y dale que dale, hasta que llegamo. Yo lo puse en las caña, mesmísimo, y lo llevé pacá y lo llevé pallá.

— Allí estaban los carabinero, — le decía yo, porque toitico lo quería sabé; — allí estaban los del alijo, aquí estaba el tío puerco ese que se entró en las caña con la pistola, aquí estaban las do señorita... y aquí está el señón Rompiente. — Pero ¡por via e Cristo, hombre! ¡Mardita sea! ¡Señorita Alondra! ¡Ay, santa madre! En fin, que cuando llegamo al sitio donde yo sabía que estaba el pobretillo muerto, sucedió y pasó que allí no había muerto ni señón Rompiente ni nadie.

— ¡Cómo! — preguntaron al par Fili-grana y la Alondra. — ¿Habría el muerto desaparecido?

— Sí, voló; y no se sabe otabía aonde. ¡Ay, santa madre! Yo me defiguro que alguna presona del cielo vino mu callandito pa llevárselo arriba, de barbián y guapetonazo que era.

No salían de su estupor las dos hermanas, y comprendieron que Venturoso no podría decir más aunque quisiese. ¿Qué harían, pues? Sin duda el Padrecito tendría razones para no presentarse á ellas.

La Alondra, por su parte, fijó como la otra vez los pensativos ojos en la mirada serena del niño; y como si á la par estuviese batallando en su cerebro el embrión de una idea á la que en vano pretendía dar forma, exclamó:

— ¿Tú sabes por qué el Padrecito escribió á Rompiente aquella carta?

El muchacho se encogió de hombros.

— ¡Y yo qué sé! Por lo mismo que le escribió la otra, y la otra, y las que yo le llevaba casi toítico los día.

Filigrana puso atención entonces, y pareció sorprenderse otra vez.

— ¿Qué? — preguntó. — ¿Se escribían á menudo?

— ¡Chaa!... — repuso el niño con su mueca peculiar de burla. — ¡Si eran más amigote! Sólo que yo no dije na, tan y como el señón Rompiente ó el Padrecito no me lo mandaran.

Pero ¿qué conducta, gran Dios, era aquella de Rompiente entonces? ¿A qué obedecían tales misterios? ¿Qué le movió á la idea de que Filigrana y la Alondra viviesen en continuo aislamiento la una de la otra, aunque las dos estaban en la misma ciudad y las dos dependían de él?...

.....

Serían las doce de la mañana y no habían pensado en almorzar siquiera. Un sol espléndido, el sol brillante de Andalucía, llenaba las dos aceras de la calle, que yacía solitaria, con esa quietud y silencio tan comunes en los callejones de los arrabales, en esas horas.

De repente se oyeron unas pisadas en las escaleras y las jóvenes se levantaron á la vez y quedaron mirándose.

— ¡Dios mío! ¿También te pareció á ti? — preguntó la Alondra.

— Sí, sus pisadas. ¡Qué locura!

Las pisadas seguían sonando...

Detuviéronse ante la puerta, y dió en ella alguien un discreto golpe.

Las hermanas estaban lívidas. — ¡Lo mismo que él llamaba! — murmuraron las dos.

— ¿Quién es? — preguntó Filigrana temblando.

— Abrid, hijas.

Venturoso pegó un salto y corrió á esconderse: había reconocido también aquel acento. La Alondra se abalanzó á la puerta, seguida de Filigrana.

Abrieron entre las dos, temblorosas, convulsas, y se replegaron hacia atrás, lanzando un grito, cuando vieron al hombre que entró.

Era Rompiente.

XI

Sería absurda la idea de pintar en este punto las impresiones de las personas que se encontraron de pronto con el aparecido. Rompiente avanzó hasta las jóvenes y sonrió con dulzura inefable: había en la sonrisa de aquel rostro inculto, de revueltas patillas y duras facciones, una ternura y resignación extrañas. No, no era aquella la sonrisa de un muerto. Las jóvenes adelantaron hacia él, dominadas aún por la sorpresa, y oyeron la voz de Rompiente, melancólica y agradable.

— ¡Ah, hijas mías! Lo único que puede compensar de alguna manera mis insomnios durante infinito número de años, es el placer de veros hoy juntas.

Se dejaron abrazar conmovidas, pero no resignándose á seguir en tal incertidumbre, no podían y lo manifestó así la Alondra enérgicamente.

El hombre la miró largo tiempo; movió luego la cabeza arriba y abajo, no sé yo si contrariado ó complacido.

— No, — exclamó; — no me había equivocado: tú no eras lo que parecías. Cualquiera, al veros, creerá que es Filigrana la de más razón y más carácter, y se equivocaría grandemente; Filigrana es la niña y tú la mujer, Alondra...

Oye, Filigrana—prosiguió, reponiéndose.— Ahora es preciso obrar prontamente y con entera decisión; después, y con más detenimiento, os dedicaréis, y yo con vosotras, á lo que os concierne. Tu sangre es brava, y te impondrás á los sucesos.

— Pero ¿qué es? Diga usted ya, — ex-

clamó Filigrana, como si adivinase á donde Rompiente se dirigía con sus lucubraciones.

— Que la existencia del Padrecito peligra.

Filigrana pareció desfallecer; no pronunció una frase. Se llevó, al fin, las manos al pecho y rompió en sollozos.

La contemplaba la Alondra con profundo amor, y el rostro de Rompiente tomó una expresión de ferocidad que habría infundido miedo á las jóvenes si le hubieran observado.

— Serénate,—exclamó, dominándose.
— Por una serie de circunstancias, el Padrecito, de vuelta en esta ciudad, supo tu residencia porque yo permití que la supiese. Cerca de un año hace que está en Málaga: te ha visto muchas veces, y he necesitado del dominio que ejerzo sobre su corazón para que no me desobedeciera. El día que Villamuriel dió á Venturoso la carta citándome al cañaverál, caí yo en el lazo inocentemente; pero después recibí otra del

Padrecito que me llenó de cólera y me animó á la par. Villamuriel se ponía en mis manos: yo no quise reunirme con el Padrecito para solucionar la manera más conveniente de salir de la emboscada, faltándonos tiempo para todo, como sucedía. Después sabrás la manera como pude salir del trance, quedando en lugar mío uno de los hombres de Villamuriel tendido entre los cañaverales. Yo seguía en el propósito de realizar una idea, y no pude precaver el peligro que vosotras corríais. Me entregué, por lo tanto, con entera libertad, á la ejecución de mi pensamiento. Consistía en introducirme en casa de Villamuriel mientras él estaba en acecho mío, y hacer en ese punto los esfuerzos posibles por encontrar unos papeles que serían vuestra felicidad. No precaví que el deseo de sangre de Villamuriel llegase al punto de querer la de vosotras con la mía. La inspiración de ese niño os pudo salvar milagrosamente, mientras Villamuriel

se recreaba, de un lado, en el pensamiento de que su mayor y más irreconciliable enemigo acababa de morir, y desesperándose á la vez de cólera y despecho porque, lo mismo que Rompiente, no habían caído en su poder *sus chiquitas*, la Alondra y la Filigrana.

Cuando el Padrecito fué llevado por Venturoso á los cañaverales, su cólera no tuvo límites.

— El Padrecito me ama, — añadió Rompiente, como hablando consigo mismo; — es noble, y el agradecimiento es su virtud más hermosa; es noble, sí, hermoso y varonil como yo le soñé, recio como el gladiador, y de cabeza adusta, expresiva y arrogante.

Filigrana escuchábale con orgullo.

— ¿Y qué? Prosiga usted, — exclamó con vehemencia.

— Cuando se convenció de mi muerte, fué rompiendo por todo á buscar á Villamuriel... y le han tendido un lazo. ¿Qué fué del Padrecito? Hay que saberlo. Yo conseguí lo que me propuse en casa de

Villamuriel. Un minuto que pierda por mi parte, puede ser la ruina total de nuestras esperanzas.

Es preciso que lo oigas de una vez; Alondra viene conmigo á Madrid: me hace falta allí, como la haces aquí tú. A ti, además, te pertenece auxiliar al Padrecito, no habiendo otra persona que lo haga: ni tu condición de mujer, ni tu juventud, serán obstáculos para ello, porque tienes energía. Te acompañarán hombres empedernidos, sí, pero que me pertenecen en cuerpo y alma; que se dejarían matar antes que toquen á uno solo de tus cabellos, y será una especie de escolta que te acompañe á todos lados. Venturoso podrá servirte de mucho.

— Bueno: pero ¿cómo ha de ser? ¿Cuándo?—interrogó Filigrana con impaciencia febril.

— Muy pronto: esta noche partiremos. Toma y vístete esas prendas.

— ¡Ah! ¡Son ropas de hombre! — exclamó Filigrana sonrojándose.

— Sí, — respondió Rompiente. — Eso permitirá que te manejes con más soltura en cualquier caso de apuro. Por una coincidencia particular he podido proporcionártelo: lo dejó el Padrecito en mi casa á la mañana siguiente de la noche en que me creyó muerto, y le dejó allí para vestirse otras ropas que no llamasen tanto la atención, á fin de rondar por la casa de Villamuriel y por la nuestra. ¡Pero su sangre... su brava sangre!... Allá traspuso sin consultar á nadie y le han cogido. ¡Ah! ¡Cuán ajeno estaba yo de lo que aquí ocurría entretanto! Pero no me remuerde la conciencia, no: cumplí entonces mi deber, como lo cumplí siempre.

Al llegar á este punto, Filigrana contó el robo de los retratos de que habían sido víctimas las dos, con la circunstancia de la violencia que se cometió con la Alondra.

Rompiente contuvo con dificultad una exclamación de ira; su rostro se puso lívido, y atrajo á la Alondra hacia él.

— ¡Oh! ¡Pobre niña mía! — exclamó, estrechándola sobre su pecho. — ¿De qué sirven mis luchas y mis afanes? Siempre hay un segundo de imprevisión, imposible de remediar.

Respetando aquel dolor del hombre misterioso, cuyos afanes por ellas no se explicaban, permanecieron silenciosas las jóvenes.

Alzó, al fin, Rompiente la cabeza y dijo:

— Sabed, en fin, que en el desenlace de una larga lucha que sostuve por vosotras, me veo precisado á jugar esta última partida de la separación. Que Dios nos ayude; yo tengo confianza completa de que saldremos bien. Ya lo sabes, Filigrana.

— A luchar las dos, — dijo Filigrana enérgicamente, dirigiéndose á la Alondra; — cada una por nuestro lado; á la separación, puesto que la separación precisa. Si algo más tiene usted que decirme, — añadió hablando con Rompiente, — dígalo; pero nada de digre-

siones, sino lo preciso y que me ilustre para mi resolución venidera cuando esté lejos de usted. Yo iré en busca del Padrecito, le encontraré si puedo, le salvaré si tengo esa dicha, y me sacrificaré sin vacilaciones, sin dudas.

— Ahora nada más te diré, vístete y vamos.

— Pues adelante, — repuso Filigrana.

Y se metió con las ropas en otro aposento.

Rompiente exclamó entonces muy bajo, como si rezara:

— ¡ Oh ! ¡ Cuánto vale, y qué hermosa es !

Al quedar sola Filigrana tuvo un sentimiento de debilidad, hijo de su condición femenina, pensando en los contratiempos y luchas á que se preparaba; pero se dominó muy pronto: poniéndose ante la luna de un pequeño armario que había junto al lecho, empezó á deshacer las trenzas, que cayeron pesadas y voluminosas, en grandísima profusión sobre la gentil espalda, cubriendo las

blancuras de su cuello y acariciando la nuca; desabrochó la hilera de botones de la bata, quedando al fin desnuda, aérea y resplandeciente como la diosa de las pasiones. Aproximándose á las finas ropas del Padrecito, cogió el calzón de rica tela obscura y se lo puso; la camisola de chorrera cañoneada después; el chaleco de gran escote y la chaqueta corta; se cubrió luego las piernas con las bordadas polainas de cuero blanco; y arreglándose artísticamente el enmarañado monte de cabellos, quedó oculto bajo la ancha copa del chambergo gris, de riquísimo castor. Toda esta operación habíala hecho febrilmente, precipitada, sin concierto; su robustez y su airosa figura se adaptaban perfectamente al pintoresco traje.

Vestida y arreglada ya, salió otra vez.

Dió Venturoso unas cuantas zapateadas en el aire, cabeza abajo y pies arriba; gritó, palmoteó furiosamente: — ¡Olé! ¡Olé! ¡Viva el capitán! ¡Viva! — Y daba vueltas alrededor de Filigrana con los

ojos abiertos desmesuradamente por el entusiasmo. Sus instintos de canalla y de ladrón se habían despertado súbitamente con la presencia de la arrogante y hermosa mujer que se ponía ante él, seductora y dulce, con sus ojos magníficos, su chambergo vistoso, sus polainas, su calzón, su faja, su chaquetilla y su camisola, todo resplandeciente, con bellísima profusión de botones de plata y oro; el atavío, en fin, del bandolero andaluz, puesto en aquella mujer á quien hubiera tomado el niño, á ser fuerte en mitología, como la divina encarnación, en la mujer, del truhanesco y sutil dios Caco.

Hallábase Filigrana triste y grave, contrastando la melancolía de su rostro y la tristeza de sus ojos lánguidos con aquellas pintorescas ropas, que representaban la bulla del risueño carácter de la baja Andalucía.

— Vamos, — dijo.

Era ya de noche, bien tarde.

Rompiente quedó detrás, saliendo el

último, y uniéndose á sus amigos después de cerrar la puerta.

«Los callejones estaban oscuros, solitarios. Allá, á lo lejos, divisábase alguno que otro farol de cristales sucios y luz mortecina, ó el movable serpenteo sobre las piedras del resplandor que proyectaba el farolillo colgante del chuzo del sereno.»

El pasillo de Santo Domingo estaba solitario, como los callejones. Junto al Puente Viejo distinguíase la columna giratoria del tío Vivo, con sus palitroques, caballos y calesas. El amo de los trebejos dormitaba pacíficamente, reclinando la chola en el bombo. Los platillos y el trombón estaban á sus pies, pulimentados y abollados, y haciéndose presentes, ante todas las cosas, por los delatores rayitos de luz arrancados al metal con las otras macilentas luces de los reverberos. El pasillo de la *carne* estaba silencioso también y solitario, como todo el largo camino que recorrieron.

Cuando pasaban frente á la cárcel, volvió Rompiente la cabeza, cogió á Venturoso de la mano, y le dijo en tono triste, que oyeron Filigrana y la Alondra, como sobrecogidas:

— ¿Quieres estar ahí?

— Venturoso volvió la cabeza al enorme edificio.

— ¡No!— dijo Venturoso, temblando.

— ¡No robes!— contestó Rompiente, con dulzura.— ¡No desees daño á tu prójimo, hijo mío! ¡No mates!

— ¿Ni á Guiñapo?— preguntó Venturoso de mal humor.

Siguieron así, hasta encontrar el camino de Olletas, hallándose á poco á espaldas del cementerio de San Miguel. Descubriáanse, á lo lejos, vagamente, los encrespados picos de las montañas; y en otro extremo y en dilatada extensión, la parduzca tierra de la campiña se dibujaba confusa entre los primeros celajes matutinos.

Deteniéndose allí Rompiente, se llevó dos dedos á la boca y retumbó un sil-

bido prolongado; y, como si aquel silbido fuera una evocación á esqueletos que yacían en sus largas y podridas fosas, de entre los terruños de la campiña próxima, de las espaldas del camposanto, de entre las mismas tumbas, parecieron surgir unos hombres como fantásticas sombras de condenados que corrían en zarabanda, á la aguda vibración que para evocarles había lanzado su pontífice.

— Tú — dijo Rompiente, á uno de los hombres que primero se habían aproximado. — Vas á decir inmediatamente á esos, que se unan y preparen para que les sea presentada la persona que os dije.

El aludido volvió la espalda y se alejó de prisa.

Aguardaron unos momentos y se presentó otra vez.

— ¿Dónde están? — preguntó Rompiente.

— Allá, por la cañada, — contestó el sujeto; — en la caseta de Joseíto.

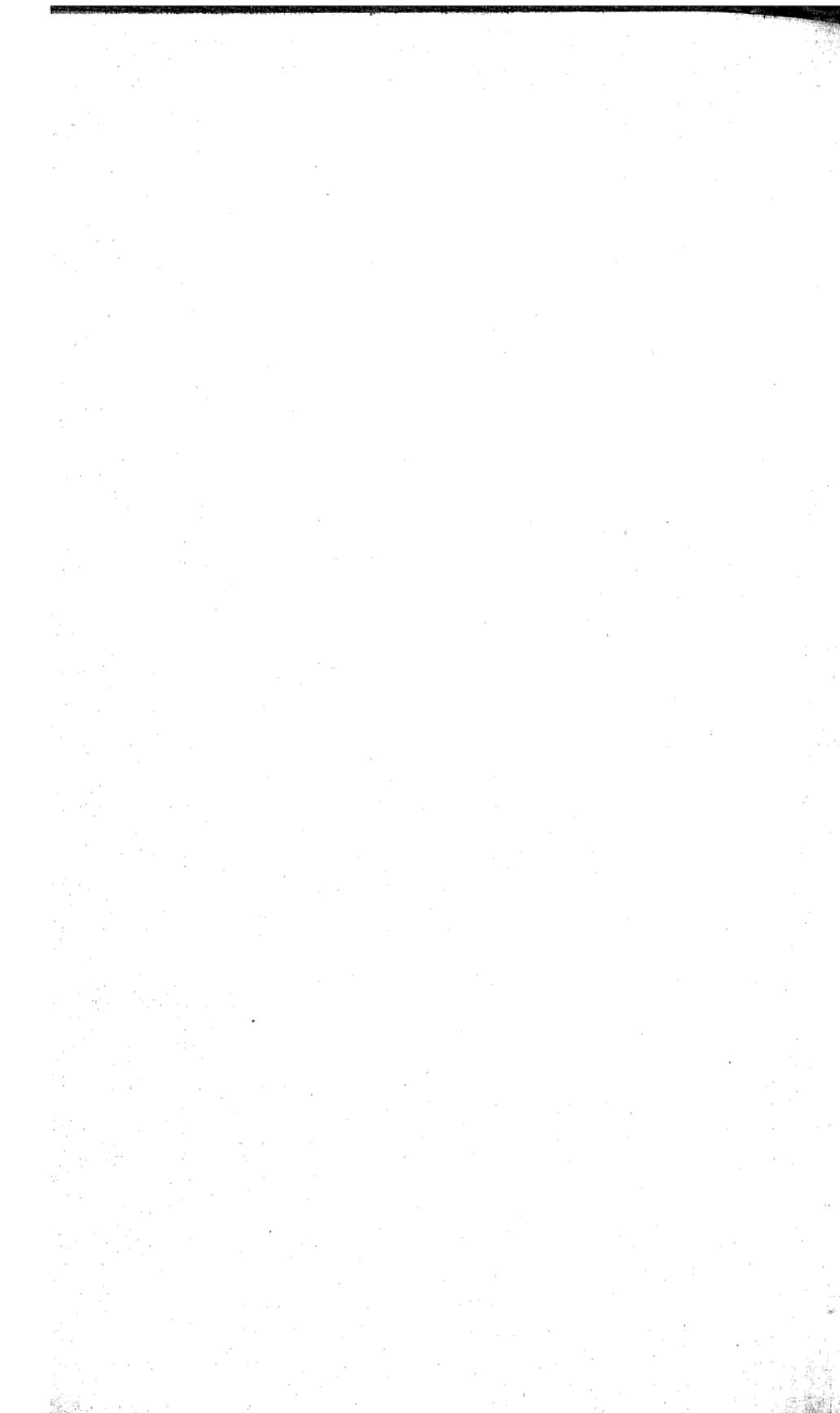
— ¡Fuera de aquí! — contestó Rompiente en voz áspera y dura.

El otro salió como escapado.

— ¡Ah! — decíanse las hermanas, luego.— El hombre que tan dulce y cariñoso y amante es para nosotras, resulta, al fin, tan terrible como su aspecto duro demuestra.

No pudieron seguir pensando en esto, por encontrarse á la vez cogidas una y otra de una mano: tenían en las suyas las manos de Rompiente.

— Perdonadme las dos, — exclamo él con aquel tono puro y dulce, único que sonaba en sus corazones.— Perdonadme, y bajemos hacia la cañada donde esos esperan.



XII

Era ya de día cuando estuvieron allí.

Llegaron hasta una caseta medio escondida entre unos álamos. A la izquierda había un arroyito de agua límpida que iba á perderse entre los juncos hasta unas lejanas quebraduras; á la derecha una muralla de verdes pencas, tupidas y grandes; la gran hilera de chumbas se perdía también á lo lejos...

En estas observaciones hallábase Filigrana, y volvió la cabeza, encontrándose con el sujeto de poco antes, que hablaba ahora en voz baja con Rompiente.

Esperó, con la Alondra y Venturoso, á que la conversación cesara. Hízole Rompiente una seña al fin, y todos se encaminaron á la caseta, presentándose á la vista de los jóvenes un curioso espectáculo. Componíase la habitación de un portal grandísimo, sin otras divisiones que un corral más grande todavía y el correspondiente granero. También había una pequeña puerta: la del cuarto en que dormían los dueños. Junto á la pared frontal de la izquierda, ardía en el piso enorme fogata, cuyas grandes lenguas de fuego lamían suavemente el negro exterior de la histórica olla de metal, que colgaba de una cadena. Frente al fogón y al otro lado de la estancia, había una larga y estrechísima mesa de pino, y alrededor, sentados en bancos, ocho hombres, jóvenes aún en su mayoría, robustos, vigorosos, de semblantes atezados, facciones pronunciadas, duras, y vestimenta que tenía mucho parecido con la de Filigrana, pero más tosca y de corte menos elegante.

En el fogón y soplando que se las pelaba, había una mujer de rodillas, de ojos negros, muy fresca y de mediano ver.

Con los individuos que he mencionado, hallábase el que habló con Rompiente, que parecía ser el que los mandaba: era de estatura regular, grueso más bien que delgado, de facciones enérgicas, ojos vivaces, dientes finos y sonrisa francota; vestía con más esmero que los otros. Cuando entró Rompiente con las jóvenes, se levantó el individuo y saludó con naturalidad algo brusca, pero muy agradable. Tendría de cuarenta y ocho á cincuenta años; pero estaba ágil, fuerte, y conociase que en vigor no le habían de ganar los restantes sayones, porque sus manos cerradas hacían tanto bulto como el almirez, que permanecía allí, muy grave, muy limpio en la cornisa de la chimenea.

— Oye, tú, Petrilla, — dijo Rompiente á la del fogón, — aquí está la moza que te anuncié: es Filigrana. Poco incomodaré, pero es preciso ver cómo la tratáis;

y cuidado con ella, que no necesita de mí para hacerse obedecer. Tiene mal genio... Un genio de los demonios. ¿Lo oís? A vosotros me dirijo ahora, — añadió, dirigiéndose á los hombres:— cuidado con el genio de Filigrana.

Se interrumpió, y añadió luego con brusquedad, dirigiéndose al hombre á quien antes he descrito, de los puños como almirez:

— Oye, tú, Fiscal: ¿dónde están los hombres que faltan?

— Se les espera; son los dos más que me encargó usted que nombrara para el servicio.

— Bien, — continuó Rompiente; — lo que digo sirve también para esos. Ya te encargarás de comunicárselo.

— Está bien.

No añadió una palabra más Rompiente; se dirigió al fogón, junto á la lumbre, á donde le acompañó Filigrana, sin mirar siquiera á los hombres á quienes desde aquel momento había de mandar como reina absoluta.

— Mira, — le dijo Rompiente: — es preciso que descanses algunas horas, que estés preparada para lo que pueda sobrevenir. Oye, — añadió, dirigiéndose á la moza: — lleva á las mocitas á acostar.

Sentíanse cansadas las jóvenes y nada objetaron en contra, pero Filigrana quedó mirando á Venturoso.

— ¡ Ah! Venturoso, bravo, muchacho: ven acá, — dijo Rompiente llamándole.

Él se aproximó en dos saltos.

— He comprendido lo que querías decir cuando le mirabas, — añadió Rompiente, acariciando al niño, y dirigiéndose á la joven. ¿Que si él no descansaría también? Pues no, no, señora: Venturoso es un gran hombre, en quien yo confío más que en todos esos que están ahí. Los grandes hombres no se pertenecen, y no es posible dormir ahora: ¿no es verdad, Venturoso?

— ¿Tiene que hacer algo aún? — preguntó la Alondra, mirando á Venturoso

con aquella melancólica dulzura que sabía á gloria al niño.

— Sí: vuelve á Málaga para un asunto importante.

Venturoso dió una zapateta y se frotó las manos.

— Bien, — exclamó la Alondra sencillamente. Y se fué con Filigrana.

— Vamos á ver, — dijo Rompiente: — ¿querrás hacer eso que dijimos de volver á Málaga?

— ¡Po ya lo creo que querré! — contestó Venturoso.

— Bueno: entonces, escucha; graba bien en tu memoria todo lo que te diga, y ten mucho cuidado con lo que haces: ¿entiendes, Venturoso?

Venturoso movió la cabeza afirmativamente y no dijo una palabra.

— Vas á ir á la ciudad y á casa del Padrecito: obsérvalo todo, aunque no parezca digno de llamar la atención. Lo mismo haces por la calle de la Victoria, en el cuarto en que vivió la señorita Filigrana y en la calle y la habitación de

la señorita Alondra... Pero de quien me tienes que traer verdaderas noticias es de tu amo.

Al oír hablar de su amo, palideció el niño..., siguió inclinando la cabeza una vez y otra en señal de afirmación.

— En casa de tu amo, entras si es preciso, — continuó. Rompiente. — Ahí es donde más se necesita de ti. Si te pegan lo aguantas, pero que no comprendan que tú estuviste con nosotros... y cúidate mucho de eso; toma, para que compres de comer cuando tengas hambre. Aquí estamos hasta que sea de noche: puedes echar todo el día en el encargo; pero si ves que se acerca la hora en que tengo que marchar, escúrrrete como puedas, y te vienes corriendo. Ea, andando y fortuna.

Venturoso dió un brinco, y salió sin mirar á nadie. Rompiente quedó á la puerta, y á los pocos minutos vió trasponer al niño al otro lado de una pequeña loma.

Entró de nuevo, parecía meditar hon-

damente: Filigrana le interrumpió con su presencia.

— ¿Qué hora es? — la preguntó sorprendido.

— La una.

— ¡Ah! Me dormí quizás. ¿Y la Alondra?

— Quedó descansando; procuré no despertarla, á fin de que hablásemos un rato á solas.

— Bueno, hija: ¿qué ocurre?

— ¿Quién es aquel hombre con quien habló V. primero esta madrugada? Aquel que está allí durmiendo pacíficamente, con los brazos puestos sobre la mesa.

— ¿Quién? ¿El Fiscal?

— Justamente: ese á quien usted apoda así.

— ¡Ah! Te has fijado en un excelente sujeto, de historia muy enrevesada.

— No importa: dígame usted algo de él.

— Los nombres que hay ahí dignos de mención, son tres. Los otros no vale la pena de ocuparse de ellos. Sería muy

larga de contar, y no solamente larga, sino difícil, la historia de esos tres hombres. A ése por quien has preguntado, le apodan el Fiscal, porque en su juventud estudió leyes. Su afición á la vagancia y al juego hiciéronle bien pronto abandonar los estudios. La fortuna de sus padres era muy modesta y fué extinguida por el mozo; al morir ellos se encontró abandonado, sin amigos, sin parientes y viciada la educación; fué al garito, jugó mientras tuvo dinero y permaneció en el garito cuando el dinero se hubo terminado. Abundaba en condiciones físicas y morales para ejercer el oficio de matón á que se consagró. Su osadía y sus malos instintos fueron las ventajas primeras que tuvo para hacerse un nombre en poco tiempo. ¡Ah! no creas que en España se lucha solamente por conquistar un nombre en las letras ó en las armas: no, hija, que es también de mucho precio y muy digno de admiración el nombre de *guapo*.

Rompiente se echó á reir de un modo que infundía malestar en Filigrana, y continuó así:

— En las casas de juego se hizo el indispensable. La misión de estos hombres consiste en hacerse ver de pronto en tal ó cual casa de juego, interrumpir la partida é imponerse por su renombre de valientes y de mala sangre; cobrar un impuesto á los que juegan, porque sí, porque no hay otro recurso y no sirve apelar á nadie, ni intercesión de ninguna especie. Si alguno no se ajusta á este yugo ominoso de un hombre sobre todos los demás, interviene sin remedio la *vara de la justicia* del matón, que es su largo y reluciente cuchillo. Ya ves á lo que se reduce la misión de ese miserable, canalla y vil, que tuvo padres honrados que vivieron por él. Podía hoy brillar por sus talentos porque tuvo principios y tuvo quien le condujera y educara, padres nobles á quienes despreció primero y deshonoró más tarde. ¡Oh, Filigrana! — exclamó Rompiente,

con acento melancólico y conmovido.— Sea el ejemplo de este hombre, como el de otros muchos que hallarás en tu camino, lección triste que te haga recordar siempre, admirada, á tu pobre Padrecito, al muchacho abandonado, sin padres, en la miseria, que robó alguna vez para que no te faltase el sustento, y que hoy es ilustrado y generoso, y se adorna de todas las virtudes innatas en los ánimos varoniles, en las almas buenas. No le ames solamente: respétele y admírale.

Filigrana no pudo contener el llanto.

— Hábleme, hábleme de los otros dos hombres á quienes usted aludía, — dijo.

— Al uno le llaman por su apellido *Fajardo*, porque es nieto de un terrible ladrón que hubo por estas comarcas, á quien apellidaban así también. La celebridad de ese nombre hace que el nieto le lleve, en lugar del apodo, que en caso contrario, le hubieran puesto. De este Fajardo nada sé, sino que es digno pariente de su abuelo. Yo achaco su afición

á esa vida, al entusiasmo con que oyó hablar siempre del otro célebre bandido, á los bravos de Málaga, y más aún á sus padres, á los mismos padres del Fajardo que ahí ves. Oyeles y te admirarás de lo serena y orgullosamente que aseguran á todo el mundo que Fajardo fué ladrón; su padre ó su abuelo, según quien tome la palabra, murió honradamente en garrote vil como un bravo que era.

— ¡Qué hombres, Dios mío! — exclamó Filigrana con más asombro que terror.

La Alondra llegó en aquel punto.

XIII

Iba á hablar Rompiente, cuando se presentaron dos nuevos personajes. Iban vestidos como los de la caseta, es decir, de pantalón corto, polainas de becerro, sombrero ancho, chaqueta corta y faja. Jóvenes eran los dos, de veinticuatro á veinticinco años. Respecto á su físico, era una desgracia, porque no podía ser más desgraciado el de uno particularmente.

— A la paz de Dios, señores.

Así dijeron al entrar; el segundo de la ronda se adelantó hacia ellos.

Cuando Rompiente vió á los nuevos personajes y oyó lo que el Fiscal les decía, aproximóse más á Filigrana.

— Estos dos hombres son los que faltaban para que se completase nuestra gente, ó la tuya, mejor dicho. Ahora vendrán. Nada conozco de su historia, porque es la vez primera que los veo, pero de seguro que el Fiscal la sabe. Los ha reclutado por orden mía y tienen su nombramiento oportuno.

Acercábanse los mozos, en efecto. Rompiente los miró con atención profunda, no quedando satisfecho de aquellos individuos.

Miraron también las jóvenes á los dos sujetos, que estaban allí, de pie, ante ellas, con el sombrero en la mano, muy comedidos y respetuosos. Filigrana sufrió una impresión desconocida al contemplar á aquellos hombres. Quedaron las dos confusas como recordando en su imaginación una cara parecida á la de uno de ellos, y en Filigrana fué más persistente esta idea, pero sin recordar

cuándo ni en qué situación le pudiera haber visto.

Les dirigió Rompiente algunas palabras, y á una seña que les hizo después, fueron á reunirse con el Fiscal y la restante tropa. Habían colocado la mesa en el centro de la cocina, y Petra puso allí una gran cazuela, con la sopa humeante. Sentáronse todos alrededor, cuchara en ristre y con los ojos fijos en las viandas que habían de devorar. Siguiendo la costumbre de aquellos lugares, había en el centro de la cazuela una cuchara enhiesta: mientras el que presidía á los comensales no sacase la cuchara, ninguno podía meter la suya. Las jóvenes y su amigo observaban todo lo que en el otro extremo de la estancia ocurría, fijándose particularmente en los dos hombres que poco tiempo antes entraron. Sacó el Fiscal la cuchara cuando estuvieron ya todos alrededor de la mesa, y empezó la comida.

Rompiente siguió meditabundo, fijas las miradas en los troncos enrojecidos

del fogón. Filigrana y la Alondra se miraron más de una vez, comprendiéndose mutuamente, con referencia á la repulsión que sentían hacia uno de los extraños sujetos que tanto les llamó la atención.

— ¿Tú le conoces? — preguntó Filigrana muy bajo.

La Alondra se encogió de hombros y no supo qué contestar. Recordaba algo, así... de una manera muy confusa, sin poder formarse una idea de cómo ni en dónde había creído ver las facciones duras y repulsivas de aquel rostro. Quedó callada, mirándole á hurtadillas.

Tranquilamente, de un modo que tenía mucho de seráfico, seguían comiendo los que estaban alrededor de la mesa. De tarde en tarde, hundíase la cuchara del Fiscal en el centro de la sopa, y entonces todo el mundo permanecía quedo, sin que nadie osara meter allí la cuchara suya. El Fiscal cogía un enorme jarro de vino que estaba á su alcance, bebía, pasaba la vasija al otro, y el otro al

otro. Iba así de mano en mano hasta que daba la vuelta; y el Fiscal, en aquel punto, sacando la cuchara, hacía el signo sagrado de que la comida podía continuar. Después de la sopa comieron largos trozos de morcilla, gruesa y perfumada, de aquellas que yacían colgando para que mejor se ahumasen, en el hueco de la chimenea. Puestos los tasajos sobre enormes mendrugos de pan, íbanlos partiendo cada uno con su navaja, escondiéndolo después, con la misma tranquilidad del justo, en el desahogado estómago.

Miró la hora Rompiente y empezó á inquietarse. Venturoso tardaba. Sin embargo de que no lo demostró la Alondra, ella había pensado con inquietud en Venturoso mucho antes que Rompiente.

Empezó á obscurecer y Venturoso no volvió.

— ¡Petra, ven acá! — gritó Rompiente.

Se acercó Petra.

— Anda, y pon allá, en el cuarto

donde éstas han dormido, una mesa y recado de escribir.

Rompiente se dirigió á las jóvenes.

— Podríaís hacer algo, — dijo; — distraeros, pasear por las cercanías, en tanto que yo escribo. He pensado ahora que será eso lo más conveniente para que tú, Filigrana, tengas por escrito algunas instrucciones que te han de servir de mucho. Se aproxima la hora de partir, y Venturoso no debe tardar.

Dijo esto, y se dirigió al cuarto que antes indiqué.

Permanecieron las jóvenes silenciosas. Filigrana quiso hablar; pero la Alondra estaba tan distraída, que no pudo ó no quiso contestarle.

Se levantó entonces Filigrana con ánimo de dirigirse á la puerta. Como si tuviese de pronto una idea luminosa, se volvió hacia el Fiscal, haciéndole una seña para que se aproximara. Este se levantó con mucho apresuramiento y siguió á la joven, hasta que ella se detuvo á algunos pasos de la casa.

Detúvose el Fiscal, y llevándose la mano al sombrero con gran soltura y cortesía, saludó á Filigrana, dedicándole su más bondadosa y fina sonrisa.

Filigrana no tuvo más remedio que preguntarse al contemplarlo:

— Pero ¿será posible lo que dice Rompiente de este hombre?

Después exclamó:

— Dígame usted los nombres de esos nuevos compañeros de la ronda que llegaron hace poco.

— ¿Los nombres nada más, señorita?

— Lo que sepa usted.

— Dos bravos chicos,—repuso el Fiscal, como si hablase de dos querubines; — honrados, generosos, muy prudentes, muy metidos en sí. Cristóbal Martín, alias *Cristobalón*, por lo grande y pesado el uno; y *Mosquito* el otro, por lo escuálido, bebedor y pegajoso con las señoras, es decir, rondador y enamorado. Su nombre de pila no lo sé, porque no lo sabe nadie, ni él tampoco. Cristobalón es de familia muy conocida: *Los*

compadres de Málaga. Además hubo, entre los esforzados varones de su sangre, uno que dió gloria y rango á su apellido. Mosquito es solo como un espárrago. Siento no dar á usted más detalles del Mosquito, pero no los conozco: lo vi anoche por vez primera, y me lo recomendaron mucho para que entrase en la ronda.

La joven volvió la espalda y se dirigió en busca de la Alondra. ¡Qué decepción! ¡Y era el Mosquito á quien ella quería conocer!

Salía á la puerta la Alondra en aquel instante y se unieron las dos. Parecía muy preocupada la Alondra y miraba en dirección de la ciudad.

Filigrana la halló muy pensativa.

— ¿A quién esperas? — preguntó.

— A Venturoso. No ha vuelto, y ya sabes que fué á exponerse por nosotras. Eso me tiene inquieta.

La Alondra se separó de Filigrana sin decir más, adelantando sobre el camino. Empezaba á obscurecer enton-

ces; se hizo muy fría la tarde, se nubló el cielo y empezaba la ventisca: nada podía la joven distinguir. Salió Rompiente en aquel punto. Estaba agitado, nervioso, como jamás le vieron las hermanas; y fué con la Alondra á ver si encontraban al niño, pero volvieron atrás desalentados.

— No viene, no viene, —decía la Alondra.

Rompiente callaba, su semblante aparecía huraño y duro como nunca.

Filigrana guardó silencio también, observando con mucho interés á la Alondra.

Se metieron los tres en la casa y se sentaron al fuego.

— Pero ¿por qué no van á buscarle? — preguntó la Alondra, sin poder seguir en aquella duda.

Rompiente contestó con mucha lentitud.

— Porque, si le ha sucedido algo, ya no tiene remedio; porque si no le ha sucedido nada, podríamos comprometerle...

No habló más. La moza cerró la puerta porque entraban grandes ráfagas del viento frío que rugía en el campo. Empezó á caer la lluvia, que chocaba fuertemente contra los muros de la casa, y allá, lejos, escuchábase el tétrico crujir de las tronchadas ramas del arbolado.

XIV

Veréis lo que sucedió á Venturoso.

Caminaba el buen caballero, caminaba meditabundo.

Le traía dudoso el éxito de su empresa.

Cuando llegó á la Victoria, iba pensando en lo mismo. Indudablemente, la señorita Alondra debería de tener familia en la iglesia y parientes muy próximos, porque había allí muchos angelitos que se le parecían... ¡Y no digo *na* la Virgen! ¡Esa sí que tenía la cara *mesmamente* que la Alondra! ¡*Mardita sea*, hombre! ¡Y que el Gui-

ñapo la hubiera hecho doló apretándole el gaznate! Si él no quería na más que se más mayó, hombre, y sabé maneja la herramienta... ¡mardita sea!... que en contaíto que él fuera asina de grande, le iba á poné un gujero en la jasaúra á Guiñapo que le iba á cabé por el gujero un buey dando tumbo.

Llegó al Compás de la Victoria con idea de entrar en la ciudad por aquella misma calle: así comenzaría su inspección por la casa de Filigrana. Pero al llegar al Compás sintióse acometido de una idea súbita: la de entrar en la iglesia, para ver á la mamá de la señorita Alondra, aquella virgen lindísima, con aquella cara de cielo y aquellos ojos de gitana, más bonitos que el mundo.

Entró en la iglesia conforme lo había pensado: vió á su virgen buena, de cara bonita como las rosas y como los claveles; y cuando la estaba viendo, decía por lo bajo:

— ¡Po no quiero, ea! ¡Po no quiero que se vaya! ¡Mardita sea, hombre!

Salió al fin, bajó por el Compás y entró en la calle.

Había el bullicio de siempre. La habitación de Filigrana caía en la acera que da al castillo. Llegó á la misma puerta de la casa y nada observó de extraño... ¡Tendría que subir! ¡Qué demonios! Aquello era muy difícil. Se atrevió, no obstante, y emprendió resueltamente la subida de las escaleras. Por el primer tramo iba, cuando oyó algunas voces.

— ¡Eh! ¿Adónde vas?—le decían desde abajo.

— A vé á la señorita Filigrana, la del primer piso.

— ¿A la señorita Filigrana? — contestó la persona que le había interpelado. — Pero hombre, ¡tú estás loco! ¡Si se perdió!

Era una mujer la que hablaba, joven aún, sucia, mugrienta casi, en refajo, con medias caídas y babuchas dobladas hacia dentro por los talones, sonándole al andar como zuecos.

Extraordinario fué el asombro fingido

que las noticias de la mujer produjeron en el charrán. Filigrana hacía bastante tiempo que desapareció; no dejó dicho al casero ni á nadie á dónde fué; lo que hacía pensar, con razón justificadísima, que no había desaparecido, sino que la robaron, y aquello traía en gran alboroto no solamente á las vecinas de la casa, sino á todas las comadres del barrio... Y por supuesto que á las que no eran comadres también. ¡Como que la justicia tuvo que tomar carta en el negocio!

Salió Venturoso, y ya en la calle, miró disimuladamente, pero á nadie pudo ver sobre quien recayeran sospechas de complicidad con el tío.

Siguió calle abajo, observando con la misma cautela, sin que nada encontrase de sospechoso. Ya en la plaza de la Merced, anduvo precipitadamente: dirigióse á la de la Constitución, bajando por la calle de Granada, y llegó á la de Santa María. Allí habitaba el tío; allí, junto á la misma bocacalle donde murió Rando.

Exteriormente; nada de particular notó Venturoso. Subió las escaleras de la casa con mucha precaución, y tuvo valor hasta para arrimarse á la puerta del piso y escuchar atentamente. Nada se oía: sin duda, estaba el piso solo, sin Guiñapo y sin el tío.

Bajó, y desembocando en la plaza, entró por la calle de Siete Revueltas...

De pronto vió salir á un hombre de una casa; detúvose el chiquillo receloso y siguió después al hombre, que iba cargado como un mulo con un baúl y algunas maletas.

El aspecto del individuo no podía ser peor: calzones rotos, blusa rota, alpargatas sucias y nada más. No se le veía gorra ó sombrero, ó lo que llevase, por tener escondida la cabeza entre aquel promontorio de baúles y maletas. Venturoso habíale reconocido: era Guiñapo; también reconoció el equipaje: pertenecía á Villamuriel.

Venturoso al ver á Guiñapo se echó á temblar, no solamente de miedo, sino

de repulsión, de cólera, de rabia; pero se dominó ante la idea de que, siguiendo á Guiñapo, tal vez podría prestar un favor al señor Rompiente, que era pres-társelo á la señorita Alondra, la hermosa virgencita, hija de aquella excelente señora de manto bordado que había en la iglesia.

Continuó Guiñapo con sus chismes á cuestras hasta la estación del ferrocarril. ¿Tendrían que ver algo aquellas maletas con el tío? Se alarmó Venturoso, se guardó más de Guiñapo, y ya en la estación pudo indagar con cautela admirable, para la edad que tenía: aquellos baúles iban facturados á Madrid.

«El tío se iba, ¡mardita sea! y el señor Rompiente sin saber nada. Pero ¿se iba ó se había ido ya?» No supo lo que hacer el muchacho: si alejarse para dar la noticia á Rompiente, ó esperar allí aún. Decidióse á lo último, y, guardándose, por supuesto, de que Guiñapo le viese, esperó con calma. Venturoso había obrado hasta entonces con una cor-

dura que merecía galardón. Pero ¡ay! contra todas estas grandes reflexiones estaba el destino del juicioso niño. Tan preocupado le traían aquellos pensamientos que no vió asomar á la ventanilla de uno de los coches de lujo la cabeza *del tío* cuando el tren marchaba; que no vió tampoco á un hombre saludarle desde el andén y que aquel hombre era Guiñapo; y no vió, en fin, que el tío le vió, indicándoselo á Guiñapo con una mirada. Volvióse de repente Venturoso al sentirse cogido por una oreja, pero cogido como nadie le había cogido en el mundo como no fuese don Fernando, con aquellos horribles dedos que parecían alicates. Entonces vió allá la cabeza del tío, asomada á la ventanilla, y conoció también quién le tenía agarrado de la oreja. Miró asustado á quien tan descortésmente le cogía y cerró los ojos con terror verdadero. Se sintió cobarde por la misma sorpresa, y no pudo hacer otra cosa que seguir, con las manos cogidas á su oreja y á la

mano de Guiñapo, el camino que Guiñapo seguía. Cuando fué saliendo de su estupor, ya tenía la oreja medio sacada. Empezó á dominarse y rabió y pateó entonces, poniendo como un trapo á quien le tenía cogido. Le miraba colérico, furibundo. Despedíanle llamara-das los ojos y rugía como un leoncillo. Le dijo que si era hombre que se atreviera á soltarlo por un rato na ma; que era un fulero y un mala sangre y un granuja, que le iba á da una puñalá que lo rebaneaba en peazos sin remedio. Le maldijo á él, á su padre, á su madre, á toda su familia, la que tuvo, la que tenía y la que tuviera. Le dijo ladrón y chulo y cobarde y méndigo y sin vergüenza y pimpi. Hizo abuso y descompaginó el vocabulario de la charlatanería, para volcarlo todo, en su furibunda cólera, sobre el rostro de Guiñapo. Y Guiñapo, allí, horrible, repugnante, con su sonrisa de demonio, sin hablar, sin pestañear, apretándole la oreja, mirando á todos lados para

cerciorarse bien de si estaba solo, pues con este jaleo habíanse ya separado del andén. Había algo de siniestro en los ojos del infame, algo horriblemente repulsivo y tremendo en aquella mirada suya y aquella sonrisa brutal, que impresionó al fin al pobre niño, y éste fué cejando en sus denuestos hasta quedar callado y poseído de un terror incomprendible y absoluto.

Dominado así, no tuvo ya palabras ni pensamientos... Los malos instintos del infame criado de Villamuriel parecían asomársele á los ojos en llamaradas de muerte.

— Ahora dame la mano, — díjole á Venturoso.

Se la dió Venturoso.

— Así te vendrás á casa. ¿Lo oyes? Te vendrás conmigo, te daré unos regalos del señor de Villamuriel, nuestro generoso señor. Vas á estar chupándote los dedos de gusto. ¡Qué suertecita! Pero no quisiera hallarme en tu lugar, que al fin y al cabo soy un triste

pecador que no merece, de seguro, los galardones que hay guardados en casa para ti solo. Ya verás, hijo, ya verás que cosa tan buena... ¡Y que no estábamos deseando el amo y yo regalarte todo eso que te voy á regalar en su nombre en cuanto que lleguemos! Anda, niño, anda, que ya falta muy poco; anda, hijo mío.

Y Guiñapo miraba con horrible complacencia el rostro descompuesto del pobre niño. Venturoso intentaba en vano abrir la boca para protestar, pidiendo que le soltasen. No podía: érale imposible. Se resignó con su suerte.

Siguió, pues, á Guiñapo, hasta dar en la casa de Villamuriel. Hallábase cerrada, y Guiñapo sacó una llave enorme que introdujo en el ojo de la cerradura. Entró, hizo entrar á Venturoso y cerró por dentro. Pasado el anteportal y el portal luego, entráronse en unos corredores obscurísimos; al final de los corredores, que eran tan largos como oscuros, había una escalera muy empi-

nada; al final de la escalera dieron en otros corredores, lóbregos como el infierno. No se escuchaba allí rumor alguno; no se oía tampoco el ruido de la calle; estaban aquellos corredores silenciosos y lúgubres como una tumba, y más negro que una tumba era el cuarto donde después entraron.

Antes de que el niño pudiera darse cuenta de nada, sintió dolor agudísimo en todo su cuerpo. Guiñapo le había descargado furibundo golpe con unas largas tiras de piel que deslió de su cintura. Fué horroroso el alarido del niño, y al segundo disciplinazo empezó á revolverse en su corazón aquella rabia que hacia el monstruo sentía. El instinto de salvación, la cólera y el miedo, mezclado todo, hiciéronle erguirse y llevaronle á la idea de defenderse. Al tercer golpe no gritó ya. Guiñapo no había tenido la precaución de atarle, pensando que era un niño y no se rebelaría. Esto dió libertad completa á Venturoso. El cuarto golpe lo dió Guiñapo en el vacío.

Venturoso habíasele abalanzado, se le colgó al cuello como una fierecilla, y Guiñapo, en su aturdimiento, no pudo arrancarlo de sí tan pronto como le era menester. Fué una lucha extraña, terrible: el hombre golpeaba con los dos puños la cabeza del niño, y éste le arañaba y mordía el cuello. Guiñapo, entonces, se arrojó de bruces, cayendo sobre Venturoso y oprimiéndole bajo su cuerpo; y el niño, cogido al hombre con las uñas y los dientes, no le soltaba. Hacíase difícil la respiración de uno y otro; haciendo el hombre al fin un esfuerzo supremo, se arrancó de las garras del leoncillo. Venturoso se quedó inmóvil: parecía desmayado. El rufián salió luego lentamente, cerró la puerta, y al cerrar dijo á Venturoso, como si pudiera oírle:

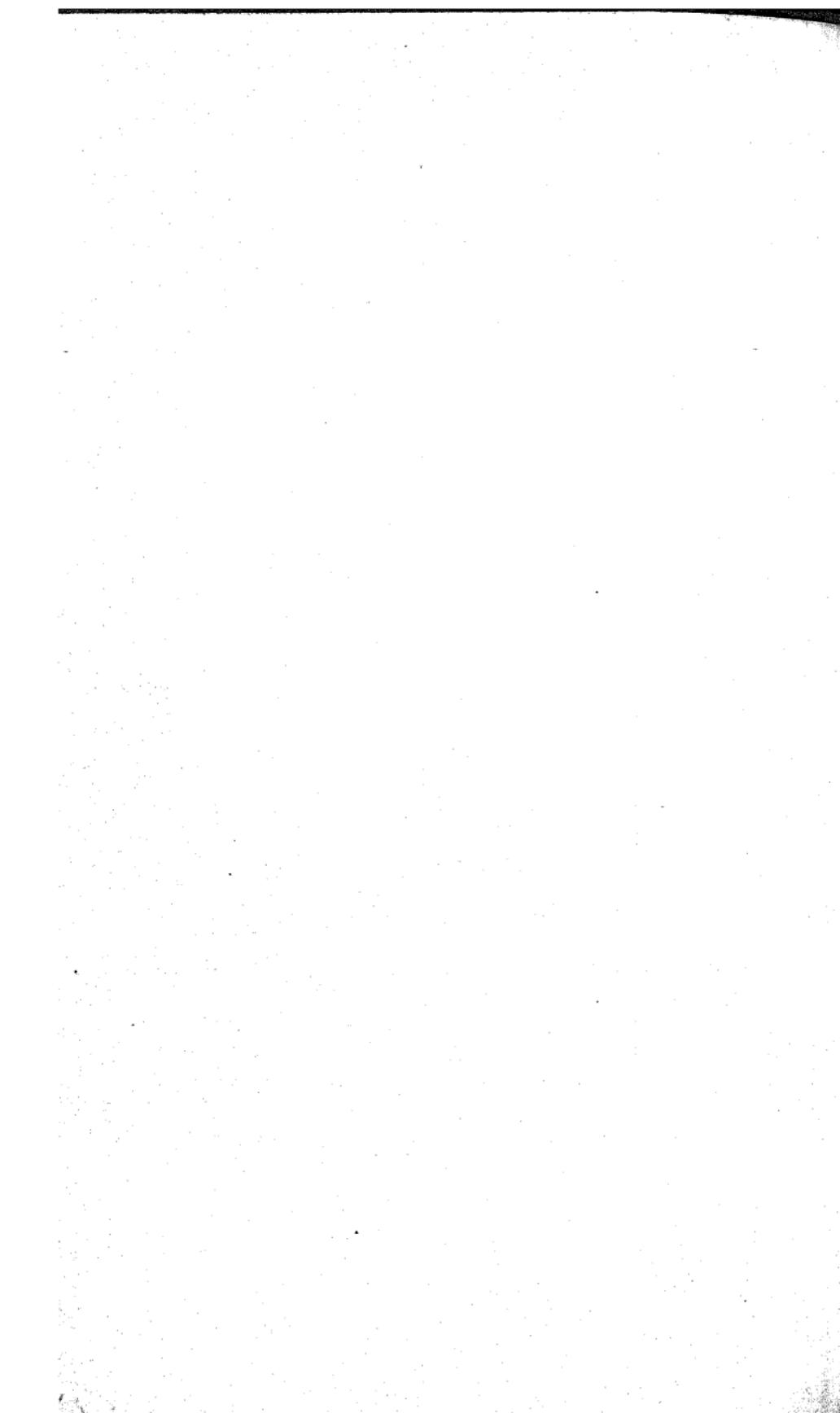
— No te mato para que te mueras ahí de hambre, perro.

Y se alejó por los oscuros corredores.

Entró después en una pequeña habitación, vieja y renegrida como todas, y

estuvo algún tiempo curándose los rasguños que su enemigo le había causado. Tomó después, de un estante, otros vestidos que cambió por los suyos, quedando con un aspecto menos repulsivo. Vestía el traje característico del campo en Andalucía, es decir, el que visteis ponerse á Filigrana, sólo que de tela burda y menos elegante.

— Veamos ahora á Cristobalón, — dijo. Y salió.



XIV

Venturoso volvió en sí, como á la media hora. Lo primero que sintió al volver en sí fué hambre, pero un hambre colosal, espantosa, un hambre que no tenía cura, como no fuera engullendo deprisa y fuerte. ¡Gran Dios! Pero ¿qué iba á engullir allí, encerrado como estaba?... ¿Y Guiñapo? ¿dónde había ido? ¿Qué había hecho? Quiso levantarse para llamar, para pedir socorro, y lanzó entonces un grito.

— ¡Ay! ¡Mardita sea! — pensaba. —
¡Si la señorita Alondra supiera cómo

está aquí Venturosillo, muerto de hambre y de dolor, con los correazo del tiote indecente!...

Hizo un gran esfuerzo y se incorporó un poco; de uno de los rincones, vió salir, como de la juntura de los ladrillos, en el suelo, una casi imperceptible raya de luz. Llegó al sitio, y vió una compuerta apolillada: por el hueco que aquella abertura dejase, si podía levantar el entarimado, ¿seríale posible descender ó no? Mucho trabajo costó al niño levantar la tarima, aunque esto le hubiera sido enteramente fácil en otra ocasión, porque no ofrecía inconveniente alguno. Lo consiguió, al fin, gracias á la voluntad extraordinaria que poseía, y asomó la cabeza por el agujero; no había escalera por donde descender al aposento de abajo; éste, más que aposento, era un sótano. Estaba obstruído por esteras y trastos viejos; contrastaba su humedad con las dos rayas de sol, como alfombras de oro que se tendían en medio del sótano, entrando por las

enormes gateras abiertas en el gran portón de pino pintado de gris. Aquella puerta debía caer á la calle.

Con las pupilas ansiosamente clavadas en aquellas dos oleadas de sol que entraban por los agujeros, acordábase tristemente de la señorita Alondra. Él había oído decir que se iba al «extranjero de fuera», en la noche de aquel mismo día... No le pasó por el pensamiento ni un instante la idea de que su personalidad tendría la importancia necesaria para que por ella detuviese el viaje. También le inquietaba el recuerdo de que vió partir al tío. Esta noticia debía interesar muchísimo al señor Rompiente... Y tras el pensamiento del interés que pudiera tener Rompiente en saber lo del viaje del tío y de que iba á Madrid además, estaba para Venturoso el convencimiento de que Guiñapo podía obrar entonces con libertad entera, sin que él pudiese avisar á las señoritas ó á Rompiente los pasos que daba.

— ¡Mardita sea, hombre! ¡Yo me

tengo la culpa de esto que me está pasando! — Así dijo Venturoso con mucho *jachare* mientras medía con la vista la profundidad del sótano. — Si yo no me hubiera quedao hecho un bobo en la estación, ahora no pasaría esto.

Midió otra vez con ansiedad la distancia que había entre el suelo del cuarto donde él se encontraba y el suelo del sótano.

Al pobre Venturoso parecían aquellas dos anchas listas de sol, rayos prepotentes de la visión de un gigante, que hablaban los dos muy callandito diciéndose el uno al otro:

— Conque ¿tú crees que no bajaré del techo?

— Hombre, yo creo que no.

— Pues mira, que se arregle como pueda.

— Eso es: ¿á nosotros qué nos importa?

Oía Venturoso el interesante diálogo de los dos rayos de sol que entraban por la tronera, y su desconsuelo no tenía

límites: acometiéronle ganas al chiquillo de tomar parte en la conversación para decir tristemente:

— Caballeros, no sea nostede malos amigo.

Pero no le hacían caso: quedáronse impasibles; Venturoso, hasta creyó por un instante que ni los rayos de sol habían hablado ni Cristo que lo fundara, y se quedó tanto ó más triste que antes. Ya no tenía duda de que su encierro en aquella cárcel era sombrío y eterno como el mal humor de su amo el tío. Pensaba Venturoso en aquel punto que Rompiente no estaba en la razón cuando le dijo que no fuera malo si quería no estar en la cárcel, aquella cárcel que vieron cuando iban los cuatro, caminito de la casa de campo donde le esperaban. «¡Mardita sea, hombre! Po aquella calce aonde estaba ahora ¿no era una calce más mayó y mesmamente mala? Y ¿por qué estaba él en aquella calce, donde se moriría de gana de ve mandusca, perdonando el modo de se-

ñalá? Po estaba por aquello mesmo que decía el señón Rompiente que debemos jacé pa no dir á la calce; estaba allí porque no era malo.» Seguía mirando aún, en estas reflexiones, los rayos de sol de las troneras, que acariciaban afablemente los trastos del sótano, y oyó que los rayos del sol empezaban otra vez á hablar.

— ¿Qué dices tú de esto, rayito?

— Pues la verdad: que no sé lo que decir. ¡Maldita sea, hombre!

«¡Qué gusto! ¡El rayo de sol también sabía decir aquellas cosas que Venturoso decía cuando tenía jachare!»

— Pues yo ¿qué quieres que te diga? —hablaba mientras, el otro rayo. —A mí me va dando lástima, ¡pobrecillo!

Y el otro:

— La verdad es que si bajara...

— Sí, hombre: si consiguiera bajar, yo creo que estaba todo arreglado.

— ¡Ya lo creo! No me quita á mí nadie de la cabeza que si logra bajar...

— Eso, eso es lo que yo digo: si logra bajar, sale.

— ¿Por dónde, caballeros?— iba á preguntar Venturoso ya, concibiendo una ligera esperanza.

Pero ninguno de los rayos le dejó hacer la pregunta, porque la conversación de ambos se animó extraordinariamente, y Venturoso, allí, de bruces y la cabeza colgando por el boquete de la compuerta, sacó en claro, de la conversación de los dos doradísimos compañeros, que si él lograba echarse y caer sin romperse nada, tal vez pudiera salir, aunque con mucho trabajo, por una de las dos gateras por donde el sol entraba; en cuyo caso, y mientras él salía, fuese por la gatera que fuese, el rayo de sol á quien le tocara, lo único que podría hacer en ayuda de Venturoso sería apartarse con mucha cortesía mientras pasaba, y saludar luego con mucho cariño para colarse nuevamente por el huequito que dejó.

No bien hubo oído esta conversación Venturoso, cuando, dejándose llevar de un acceso febril, se empinó violenta-

mente, metió por el agujero las piernas, después el cuerpo, y fué deslizándose con lentitud, resistiendo valerosamente los dolores que sentía en aquel ejercicio de fuerza.

Entró todo él, y quedó al fin suspendido del techo del sótano, cogiéndose á uno de los bordes del agujero, para acortar la distancia que había entre las puntas de sus pies y el piso; encomendándose á la señorita Alondra, que le pasó en aquel momento por los ojos como una hermosa y flotante nube de lágrimas y rayos de soles, entornó los párpados fuertemente, y se dejó caer, oyéndose un inmenso grito y el sordo golpe del cuerpo al chocar en tierra.

Pero no, no lo creáis: Venturoso no se había hecho daño, ó, si se lo hizo, no lo sintió al menos. Sus carnes parecían fortalecerse con el mismo filosofar de su pensamiento: no sentían ningún otro dolor más, en fuerza de sentir tantos. ¿Qué importaba, pues, golpe más ó menos? Aquel grito lo había lanzado

instintivamente, como si se previniera contra el dolor nuevo; y la verdad que no esperaba el célebre Venturoso salir de aquel salto con tanta honra. «¡Mardita sea, hombre! Otavía queaba lo mejó.» Y se dió á pensar detenidamente en cómo se las arreglaría para escurrirse por uno de aquellos tragaluces con la misma facilidad que saltó al suelo del sótano.

La inquietud de Venturoso, entonces, era por la incertidumbre de si cabría ó no cabría por uno de aquellos agujeros que le parecían de aguja en aquel instante. No lo pensó más, porque el estómago comenzaba de nuevo á darle gritos, y recordó, también, el cuidado con que estaría el señor Rompiente. Metió las manos por el que tenía más próximo, los brazos luego y la cabeza detrás. El rayo de sol á quien cupo en suerte el suceso, cumplió la palabra alejándose mientras Venturoso entraba, y el otro quedó allí, impasible y melancólico, muy suave, de mal color y á punto

de sucumbir, porque se iba poniendo nublado y amenazaba tormenta. Y digo ahora para tu tranquilidad, lector mío, que el pobre Venturoso, después de unas cuantas arremetidas de su cuerpo contra el boquete, y de rastrear y de gemir y desollarse, y tirar un poquito de aquí, otro poquito de allí, logró al fin su intento, quedando tendido en la acera de un callejón solitario, sin auxilio alguno, sin fuerzas para moverse, hambriento y la ropa hecha jirones.

Pero él decía que era una vergüenza. «¡Por vía e Cristo!» Que toiticás las cosas grandes que él hizo aquel día mesmamente no eran pa quearse en la mitá; y quien hace lo mucho, hace lo poco.

Después de este razonamiento, medio arrastrando, medio sosteniéndose en la pared, salió del callejón solitario y entró en un tabernucho de la calle de Santa María. Allí le lavaron los desollones y las heridas, y le curaron, y le pusieron vendas aquí, vendas allí; y bebió luego, y comió, con mucha satisfacción

del tabernero, á quien Venturoso, hombre de mundo y con mucha experiencia, había enseñado con anticipación las monedas que le dió Rompiente, y salió al fin muy campante y muy satisfecho, sin importarle un comino el viento que corría ni el agua que empezaba á caer.



XVI

Allá iba, allá iba Venturoso, caminito de la casa, á ver á la señorita Alondra; la señorita Alondra, que permanecía allí, junto al *fogar*, huraña como nadie pudo verla nunca.

Todo parecía haberse rebelado aquel día contra la razón y contra lo justo. Hasta la naturaleza daba señales de lo mismo. A la hermosa mañana siguió una tarde fría y triste: llegó la noche, y fué horrenda. Rompiente callaba, pero conocían todos en sus facciones que era aquel silencio más terrible que la más

hirviente cólera. Nadie se atrevía á levantar la voz, y hasta dejó el Fiscal su charla agradable en el tintero, para ocasión más propicia.

Hacía mucho tiempo que estaban así; y el Fiscal, mirando á Rompiente con cierta inquietud, velada bajo su más deliciosa sonrisa, tomó la palabra, diciéndole:

— Creo que está usted cuidadoso por el muchacho: ¿quiere usted que salga en su busca alguno de nosotros, yo, por ejemplo? Ya sabe usted que en ocasiones soy la misma prudencia.

— No, no quiero que salga nadie, — contestó Rompiente con sequedad; — sería peor. El servicio que le encomendé, él solo podría hacerlo. ¡Si lo hubieran matado!

El otro prosiguió, sin darse por entendido:

— ¡Bah! No crea usted tampoco que ese chiquillo cae en la trampa así como quiera. Se necesita mucho para cazarlo, y sobre todo cuando la justicia está de

nuestra parte. El no me conoce á mí, pero yo le tengo ya en estima desde hace mucho. Es un gran corazón y será un valiente.

¡Buena cosa iban á decir del niño á las dos hermanas, con aquello del corazón y de la valentía! ¡Como si no lo hubiera ya probado Venturoso, en el tiempo que le trataban! Pusieron atención, sin embargo, puesto que del niño hablábase, y los demás escucharon atentamente. La verdad era que no vendría mal una poquita de conversación, algo de historieta ó contrarriña, en aquella noche del demonio; y con mucha más razón si era el Fiscal quien hacía uso de la palabra. Todos prestaron, pues, oído. Subían las llamas del hogar, retorciéndose por la negra pared é iluminando vigorosamente las cabezas de las personas que formaban el círculo. Subían y bajaban, sí, las lenguas de fuego como salamandras que se retuercen y se enroscan en fantásticos giros; escuchábase á menudo el chisporrotear de los

leños, haciendo dúo con el golpe sordo y acompasado de los goterones de la lluvia; y otras veces, quedaba todo confundido en el estrépito de una gran sacudida del aire.

Había el Fiscal empezado á ocuparse de Venturoso, sin que nadie intentara interrumpirle, antes al contrario, muy dispuestos á escuchar, la Alondra la primera, y con la Alondra, uno de aquellos individuos nuevos que ya mencioné: la rubia miraba los labios al Fiscal mientras hablaba, como si quisiese arrancar de allí con anticipación las frases que saldrían. En un momento en que el narrador hizo una pausa, miró la Alondra involuntariamente y con repulsión inexplicable al individuo antes mencionado. Sintió malestar profundo: le pareció que aquel hombre miraba al Fiscal lo mismo que ella, con la misma ansia y la misma inquietud, como si tuviera muchísimo interés por la persona á quien se aludía. Pero la Alondra pensó involuntariamente también, que, si algún

interés tenía aquel hombre por Venturoso, era en contra del niño.

No hizo caso de aquellas aprensiones tuyas, y siguió oyendo al Fiscal. Decía éste que Venturoso era un gran hombre, de mucha conciencia y de mucho porvenir.

Hacía algunos meses, le encargaron un asunto á Venturoso: le hizo el encargo una mujer. Aquella mujer, ya vieja, flacucha, como flagelada por el hambre, era viuda, y tenía un hijo á quien quería enviar alguna ropa. El hijo trabajaba en un pueblo cercano, allá, en Torremolinos, pero era muy pobre la mujer y no podía pagar al cosario con quien las prendas enviase. Venturoso había notado el lío de ropa á la mujer; era un bulto regular. Venturoso pensaba que iba á tener un día de provecho como consiguiera acapararse el lío. Fué así acercándose... Rendida de cansancio habíase sentado la cuitada en el escalón de la puerta de San Bartolomé.

¡Ay, Dios Santo, cómo se lamentaba de su suerte aquella infeliz! Ella era una desgraciada, á quien Dios había ya abandonado. ¿Qué hizo ella en el mundo para que se la tratase de tal modo? Ya no podía con la costura, ya no podía barrer, ya no podía fregar, ya no podía hacer mandados, ya nadie la quería de criada por lo mismo. — ¡Ay, gran Dios de las cosas! ¡Si no fuera por mi pobre hijito, que gana cinco reales todos los días diarios! — Sí, señores; si no hubiera sido por aquel pobre hijito que le ganaba cinco reales, reventándose para dar golpes con el azadón en el terruño, aquella mujer se hubiera muerto de necesidad. ¡Válgame Cristo! ¡Tantas fatigas como le había costado á ella reunir aquella ropita al hijito Jeromo, quitán-doselo de su mismo comer para que el pobrecillo se mudara si alguna cosa le podía quedar sujeta al cuerpo, de aquellos que eran ya andrajos cuando le vió la última vez, que hacía tres meses! ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios de las cosas!

Seguía Venturoso con apariencia de interés, para hacerse simpático á la desgraciada, la historia de lamentaciones, y le preguntó *cándidamente* qué ropa era la que llevaba en el lío.

Enumeró religiosamente la buena mujer todas las prendas una por una, y él se refocilaba de gusto de pensar el golpe de mano que daría. Siguió captándose la confianza de la triste, y ella sintió consuelo de que aquel muchachito estuviese allí compadeciéndola é interesándose por su suerte, en vez de ir á jugar con los otros.

«Sí, allí en Torremolinos vivía, en la calle Mayór, *juntito* de la iglesia, entre el tío Perales y la tía Juana; allí vivía con su amo Machuca, que la apreciaba mucho. ¡Pobre Jeromo! ¡Cómo se las arreglaría ella para conseguir que le llevasen la ropa, si no tenía un cuarto ni conocía á nadie!»

Ponía Venturoso una cara muy triste, y no parecía sino que iba á soltar el trapo con la mujer y á lamentarse con

ella á lágrima viva. Esto agradó mucho más á la menesterosa, y, como Venturosillo tiene esa cara de ángel, hízose completamente dueño de su confianza.

— ¡Si pudiéramo hacé que le llevara el lío un hombre que yo conozco!—dijo él, muy reflexivo.

— ¡Ay! ¡Qué gusto, niño! ¡Si tú pudieras conseguir eso! Dios te lo pagaría.

— ¡Mardita sea! Ahora que macuerdo... ahora mesmamente estará aparejando su burro el tío Sardina.

— ¡Cómo! ¿Quién?

Miró Venturoso á la mujer, y exclamó con petulancia:

— Uno que va á Torremolino.

— ¡Ay, Dios Santo! ¿A Torremolino?

— Eso, sí: to los día va á esta hora mesmísima, y si vamos allí, ya será tarde porque osté andaré mu poco. ¡Por via e Cristo, hombre!

— Dime tú, hijo mío: ¿mañana no podría ser?

Movió tristemente la cabeza el consejero y protector de la mujer enferma.

— No pue sé, nostrama. Yo me voy esta noche á mi pueblo, porque yo soy de Torró, pa lo que osté guste mandá y yo pueda selvila. De una manera podería arreglarse na má, y é, yéndono los do al istantico á la posá de la Estrella, mesmamente, en la calle de Posta, y allí está é con seguridá aparejando el burro.

— ¡Ay! ¡Si pudiéramos!

— Le digo asté que está ahora mesmamente aparejando el burro, — repitió el chiquillo en tono sentencioso.

La mujer pareció agitadísima, febril: el único medio que tenía de enviar la ropa á su hijo se le escapaba de las manos. No sabía qué hacer ni qué decir, y lloraba como una Magdalena.

Venturoso la seguía contemplando tristemente, como si no encontrara frases con que mitigar el desconsuelo de aquel corazón cargado de tribulaciones.

— Oyeme, hijo, — exclamó la mujer de pronto. — Yo te lo pagaría solamente con una buena voluntad. Ya tú sabes

que no tengo otra cosa. Pero ¡ay! ¡si tú quieres encargarte de ello!...

— ¿Quién? ¿yo?

— Sí. ¡Anda! Mira: yo no puedo, y tú solo alcanzarías al del burro, porque eres ágil y tienes buenas piernas. Verás tú: yo te doy el lío, te lo pones al hombro y echas á correr. Yo iré detrás de ti; con eso, tú alcanzarás á tu tío Sardina, le das el lío, le encargas las señas que yo te dije; ya sabes, Jeromo, calle Mayor de Torremolinos, entre el tío Perales y la tía Juana, en casa de Machuca.

Venturoso pareció meditarlo detenidamente. Luego dijo:

— Bueno, señora: iré porque osté no diga y porque me da lástima, pero uno está pa ganarse la manduzca.

— ¡Ay! ¡Anda, niño, que Dios te lo pagará! ¡Anda! ¿Quieres?

— Andando,—exclamó Venturoso, decidiéndose. Cogió el lío, se lo echó áuestas, y apretó á correr, recibiendo á la par las bendiciones de la infeliz mujer robada.

La Alondra y Rompiente escucharon con disgusto aquella picardía de Venturoso, aunque revelase, como en todas sus cosas, la precocidad de su imaginación infantil. Según afirmó después el Fiscal, ni él conoció nunca á ningún tío Sardina que fuese á Torremolinos, ni estuvo en su vida en la posada de la Estrella. Había llevado á la mujer, pérfida é ingeniosamente, á que ella misma le suplicase que cargara con el lío.

Filigrana no vió en aquello más que la granujería de Venturoso, y recordó con cierta amargura los tiempos de su vida, en que era la inseparable del *Padrecito*. Pero no: el *Padrecito* no era igual que Venturoso; el *Padrecito* no tuvo nunca aquella afición desmedida por lo ajeno.

—Queda la segunda parte de la historia, — prosiguió el Fiscal. — Lo más curioso; es un originalísimo desenlace. Huyó el chavea con la ropa y por distinto camino, como es de presumir, del que conduce á la posada de la Estrella.

La mujer echó á andar entonces, paso tras paso, con mucho sosiego y muy contenta, porque logró salir de su compromiso: no tenía duda de que estaban aparejando el burro en aquel instante.

Llegó después de mucho tiempo á la posada de la Estrella, preguntó muy satisfecha á qué hora salía el tío Sardina con su burro para Torremolinos, y allí se le echaron á reir de una manera escandalosa.— ¡Ya lo creo! — exclamó uno de los mozos.— ¡Como que aquí no conocemos el tío Sardina que va á Torremolinos, ni á su burro tampoco, aunque esté mal el decirlo!

Y entonces pensó la buena mujer que no había recordado preguntar á Venturoso su nombre. Dió sus señas y las de su lío de ropa, y nada. Allí no había estado Venturoso, ni el lío, ni conocían al Sardina, ni conocían á su burro; de todo lo cual acabaron por deducir, á tira y afloja, que la mujer había sido engañada por el granuja. Puso ella el grito en el cielo, protestó de su desgracia

ante Dios y ante los santos, dió parte á la justicia, anduvieron de acá para allá, busca que busca, y sucedió que al otro día fué Venturoso encontrado.

— Y ¿qué dijo él entonces? — preguntó la Alondra precipitadamente, mirando al Fiscal de un modo que daba angustia.

— Pues... — contestó Venturoso al juez con sorprendente calma — que no sabía el motivo del escándalo que aquella señora armó para un asunto que no merecía la pena. Sí, señores, — prosiguió el Fiscal, gozando anticipadamente de la sorpresa que iba á producir en su auditorio; — eso contestó al juez el granujita. Inmediatamente procedió el hombre de justicia á esclarecer aquella contestación que el niño había dado, con otras más amplias interrogaciones.

— Y ¿por qué has dicho eso de que la mujer armó escándalo?

— ¡Ya lo creo! — contestó, con las manos metidas en los bolsillos, encojiéndose de hombros con mucha majes-

tad.— A mí que no me digan: ¡mardita sea, hombre! Y aduego, ¿pa que uno quede mal puesto?

— Vamos á ver, explícate, — exclamó el juez severamente.

— ¡Sí, hombre, sí! — repuso Venturoso con mucho desdén.— Vamo, que no se pué hacé güeno ná sin que lo sepa mesmamente toítico el mundo. Tomé el lío y me lo llevé á Torremolino, an ca del Machuca, donde está Jeromo, entre el tío Perales y la tía Juana. ¡Ea! ¿Y qué?

Miráronse todos asombrados.

— Y ¿por qué hiciste aquello? — interrogó el otro.

— ¡Toma! Porque me dió el gusto: quería que le llevara el lío y no podía pagá el mandao. ¡Por eso lo llevé yo!

Se hicieron indagaciones en la misma tarde, y resultó, con sorpresa general, que Jeromo recibió el lío sin que faltase nada en él.

Cuando el Fiscal acabó su relato, vió á Filigrana y á la Alondra como parali-

zadas por el estupor; los otros hombres parecían igualmente sorprendidos; y Rompiente tenía los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Abramosté, abramosté, señón Rompiente! — se oyó gritar á Venturoso entonces.

Rugía el trueno, rugía el aire y caía la lluvia torrencial, inundando la campiña. Se levantaron todos con precipitación, corriendo hacia la puerta. Abrió Rompiente y entró Venturoso. Arrojó la Alondra un grito al contemplar su aspecto, que inspiraba horror, con sus profusos vendajes, su carita amarillenta y sus andrajos chorreando. Venturoso oyó aquel grito y corrió hacia la dulce niña. La Alondra le tendió los brazos.



XVII

Pero nadie pudo observar, en aquella confusión, el azoramiento que la vista del niño produjo en uno de los nuevos personajes de la ronda.

Sentáronse todos otra vez, y aquel extraño individuo se embozó en su capa cuidadosamente, echándose á dormir á alguna distancia del fuego, como si no le importase poco ni mucho lo que pudiera contar Venturoso. Después que hubieron prestado al niño los auxilios que necesitaba, el Fiscal, que tenía el raro privilegio de la discreción, hizo una seña á los otros como indicando que

se retirasen. Comprendieronlo así y cada cual se fué por un lado: uno al pajar, otro á la cuadra á echarse á dormir, y en la cocina no quedó ninguno de los hombres. Joseíto únicamente, con muchos extremos y mucha compostura ayudaba á su mujer, la Petra, á echar en honda tinaja enormes tasajos de lomo, que eran rociados de cuando en cuando con algunos puñaditos de sal para darle la gracia. No incomodaron al que se acostó antes, de los dos neófitos, creyéndole dormido; en verdad que no lo estaba. Rebujado en su pañosa, parecía en siete sueños, pero por entre los pliegues de la capa se hubiera podido ver que tenía los ojos entreabiertos y fijos como dos rayos en el chiquillo que acababa de llegar.

Al llegar Venturoso en su relación á la escena de las disciplinas de Guiñapo, Rompiente sintió abrasársele el corazón de ira, y las hermanas miraron al niño, velados de lágrimas los ojos.

La agitación de Rompiente fué muy

grande. Villamuriel iba á Madrid. ¿A qué? Halló sin duda la falta de los documentos, é iba á Madrid con la idea de precaverse contra algún golpe de que se creyera amenazado.

Miró Rompiente su reloj y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no desesperarse: no podían salir ya en el tren de la noche.

Cogió al niño de la mano, le atrajo á sí, le miró con profundo interés, y, revelando en su mirada sentimientos grandes del corazón, habló lentamente:

— Hoy nos has prestado un servicio cuyo valor no comprendes. Descuida, que alguna vez hallarás la recompensa. Pero no olvides nunca mis palabras: no las olvides y grábalas en tu corazón. No seas malo, que después se sufre mucho; después hay algo grande y terrible que se levanta contra nosotros, que nos mira, que nos interrumpe en nuestra felicidad, en nuestro sueño, en nuestras penas, para estarnos siempre martirizando por el mal que hicimos.

Rompiente le abrazaba. Miró el niño á la señorita Alondra, y ella le miraba con una seriedad y adustez que le infundía miedo. Sí, sí: Venturoso creía leer en aquella mirada: «Lo que el señor Rompiente dice es verdad: como vuelvas en tu vida á quitar un pañuelo, yo, la señorita Alondra, que te quiere mucho, aunque no te lo diga; la señorita Alondra, que tiene á la mamá en la iglesia, allá, muy alto, con muchas flores, con manto rico y pulseras, y arracadas finas, y corona de oro, y angelitos que la miran, y estrellas en los ojos; la señorita Alondra no te mirará nunca ni te hablará, ni te querrá en su vida...» Y el niño, con la cabeza baja, prometió ser bueno, solemnemente. ¡Qué sonrisa más dulce tenía la señorita Alondra en sus labios cuando Venturoso hizo la solemne promesa!

Tuvo después Venturoso un arranque de valor inmenso. Miró con mucha timidez al señor Rompiente, á la señorita Filigrana, y preguntó temblando de susto:

— Pero ¿se irá la señorita Alondra también?

A la Alondra se le velaron los ojos de lágrimas. Rompiente la miró con tristeza, miró después al niño, y exclamó:

— Sí; es preciso.

— No, yo no macuesto, — gritó Venturoso, y se echó á llorar en brazos de Rompiente.

La Alondra inclinó la cabeza; Filigrana se fué.

Rompiente seguía abrazando al niño, y la Alondra no levantó la cabeza.

— Mira, — prosiguió Rompiente, — la señorita Alondra es necesario que venga conmigo. Ella tendrá en mí una ayuda y no le pasará nada, porque antes me matarán á mí que tocarle á uno solo de sus cabellos. Tú tienes que quedar aquí para que ayudes á la señorita Filigrana, que te necesita mucho y no tendrá más amigo que tú. Ahora á dormir. Oye tú, Petra, búscale á éste algo blandido donde pueda echar su cuerpo, que bien lo necesita.

— Y que no tengo yo colchones, que ni de plumas, para cuando llega el caso! — exclamó Petra. — ¡Anda, hijo! Ven acá. ¡Habrá granujas! ¡Y cómo me lo ha puesto!

Venturoso se fué muy consolado. La señorita Alondra le habló al oído: «Yo te despertaré por la mañana antes de irme».

Rompiente y la Alondra quedaron en silencio, con las cabezas inclinadas, como si temieran sus ojos encontrarse.

Reinó un largo silencio; una calma sepulcral. Oíanse alguna vez las respiraciones acompasadas de tal ó cual individuo de los que dormían reliados en sus capotes, el lento golpear de las gotas, el chisporroteo de la lumbre, en cuyas rojas astillas fijaban Rompiente y la Alondra los ojos. El hombre, de los dos nuevos de la ronda, que se acostó primeramente, parecía dormir, juzgando por su inmovilidad y su fuerte respiración. Pero estaba despierto y bien despierto. Por entre los pliegues mal uni-

dos de la capa, en que relió su cabeza, podía contemplar un observador aquellos ojos relampagueantes como de basilisco.

— ¿Es verdad que Venturoso seguirá á nuestro lado? — preguntó al fin la Alondra.

— Sí, — repuso Rompiente. — Hace tiempo que le conozco; no quise cambiarle de su ser porque nos podía servir de mucho. Es un charrancillo á quien acogió el Padre en un momento de generosidad, recordando sus tristezas de la infancia. Pero el Padrecito ó Luis, como quieras llamarle, también trabajaba en lo que yo. Nos unimos, y nos hacía falta Venturoso como un arma terrible. Ya lo estás viendo: ni el Padre ni yo hemos intentado aún cambiarle; con sus andrajos es como mejor nos sirve, créelo. Más adelante no estará con nosotros como un criado á quien se estima porque es fiel: estará como un hijo, como un hermano, como un consuelo. Es un carácter y una intelligen-

cia privilegiada; sus defectos desaparecerán, yo te lo juro. Tú se los harás desaparecer.

La Alondra inclinó la cabeza otra vez, Rompiente paseaba, el hombre nuevo de la ronda siguió haciendo que dormía.

Se retiró al fin la Alondra; rendíala el cansancio. Rompiente volvió á sentarse; pareció dormir. Así debió ser, ó estaba muy metido en sus ideas, porque no reparó que el hombre de la ronda se removía un poco, cual si hubiese despertado; se incorporó luego, dirigiéndose, vacilante, al pajar. Había un farolillo en una de las paredes, y guiándose por él llegó hasta Cristobalón, el que le hubo acompañado aquella mañana; Cristobalón parecía en siete sueños. Le removi6 Mosquito y dijo Cristobalón:

— ¡Eh! ¿Quién va?

— Soy yo: calla, que no nos oigan. Levántate y ven.

— ¿A dónde?

— Aquí, á un rincón de éstos, donde nadie nos vea y nadie nos oiga.

Se levantó el interpelado y anduvieron juntos.

— Eso es, tiéndete como si tal cosa. Yo hago lo mismo, así, á tu lado. Ahora, escucha lo que te digo: estamos en un apuro de los demonios.

— ¡Qué me cuentas!

— Estuve oyendo lo que hablaron con ese muchacho, á quien mala centella destroce. Rompiente sale por la mañana con la Alondra.

— ¡Qué! ¿Se marcha?

— Sí: no levantes la voz, maldito. A zanzar unos asuntos de familia. En Madrid ha de encontrarse con Villamuriel. Temo mucho que ésta sea la última embestida que los dos tengan, y no sé qué decirte. Figúrate cómo se pondrá don Fernandò cuando sepa que aquel Rompiente á quien tuvo la dicha de contemplar hecho pedazos entre los cañaverales, se le presenta allí, ahora, sano y robusto, con mala intención como nunca; y figúrate cómo se pondrá también cuando sepa que están en poder de

Rompiente los documentos que aquella noche misma le robaron.

— Bueno, hombre, bueno. Dejando una cosa por otra, yo quisiera hacerte una pregunta.

— Acaba pronto.

— Voy corriendo. Cuando se vaya ese Rompiente de mis pecados con esa señorita, que es un sol de los soles, ¿me quieres decir lo que hacemos nosotros, y qué le digo yo al Fiscal?

— Ya lo pensaremos.

— Pues á dormir entonces.

— A dormir.....

Y dormían aún, cuando se oyó ruido de pisadas de caballos. Despertáronse los dos, aguzando las orejas. Empezaba á clarear, y disponíase Rompiente á partir con la Alondra. Allí estaban en la puerta. Acompañábanlos Filigrana con su pintoresco y lujoso traje de hombre; Venturoso, con sus vendajes y sus andrajos.

— Mira, — dijo Rompiente, dirigiéndose á Filigrana; — aquí está la carta que ayer estuve escribiendo: era para ti.

Con la carta te doy estos papeles: léelos, que te convendrá también.

Alargó á Filigrana un cuadernito muy pequeño.

— Adiós, hija, — acabó Rompiente, mientras la abrazaba; — cumplí con mi deber y estoy tranquilo.

Filigrana le abrazó conmovida.

— Abrázame, Venturoso, — repitió Rompiente, volviéndose con prontitud al niño.

Este le abrazó también y se abrazaron las hermanas.

— Adiós, — dijo la Alondra ahogadamente.

Volvió los ojos, entonces, hacia el granujilla, que lloraba, y no hizo más que mirarle. ¿La comprendería el niño? ¿Qué iba á decir tampoco él, pobre, harapiento, á la hermosa señorita cuya mamá estaba en la iglesia, con ricos mantos y relucientes zarcillos, y unas lágrimas en las mejillas *mesmísimo* que ricas piedras lucientes? ¡Se fué..... se fué la señorita Alondra!

Sintió el niño que le cogían de una mano, volvió los ojos y se encontró con Filigrana. ¡Cuánto amor vió el muchacho en aquellos ojos de la otra hermosa señorita! «Así, así le gustaba á él. ¡Mardita sea, hombre!»

Llegaron á la cocina, y Filigrana no había aún soltado de la mano á Venturoso. Allí mismo, donde estuvo sentado Rompiente algunos minutos antes, se sentó ella; y en donde estuvo sentada la Alondra, hizo sentar al niño.

— Mira, Venturoso—díjole Filigrana, — tú eres bueno, y porque eres tan bueno te queremos tanto; es preciso que corrijas los defectos que aprendiste en los demás niños de tu edad. Déjalos á ellos que hagan lo que quieran. Ellos no tienen á la señorita Alondra para que los ame si se portan bien, y lo mismo les da de esto que de lo otro; pero en ti es distinto; y si la señorita Alondra supiera que hacías algo malo, lloraría mucho. ¿Tú quieres que llore, por tu causa, la señorita Alondra?

Venturoso, conmovido por aquellas palabras, y con el recuerdo palpitante aún de la hermosa señorita rubia, pensó en aquella señora santa del altar, con mucha seda, y muchos brocados y manteletas finas, y zarcillos relucientes; y llegó hasta su corazón la última mirada de la Alondra, como en la iglesia aquel humo blanco, de finos olores.

— No quiero que la señorita Alondra lllore por mí, — respondió medio ahogándose.

— Eres un niño bueno. Bien, — continuó ella. — Ahora hemos de consagrarnos completamente á buscar al Padrecito. Voy á leer la carta de Rompiente y luego determinaré lo más necesario. Déjame, Venturoso, y sal por ahí. No te encargo nada, hijo: curioseas y averigua, Venturoso; tú eres mi ángel guardián mientras encontramos al Padrecito.

Salió Venturoso, y al quedar sola Filigrana, dejó á su lado el cuaderno manuscrito y abrió la carta de Rompiente.

«No te dará gran luz lo que aquí leas, — empezaba, — sin conocer el manuscrito que te dije. Eres la primera persona y la única tal vez que lea esas páginas. Verás quién es Villamuriel, el motivo de nuestro mutuo odio. Cuando llegó á España en mi persecución y la vuestra, se aprovechó, como siempre, de sus instintos malos, sobre todo cuando la idea del lucro entró en ellos. Dió facilidades, con sus influencias, á los contrabandistas que emprendían en pequeña escala su negocio, y esto le valió mucho dinero y mucho poder entre esa gente; yo, que seguía sus pasos, comprendí que contaba con más medios que nunca para hacerme la guerra, cuya victoria sería la desaparición de tu hermana y tuya; entonces, tuve la idea de hacer frente á la fuerza con la fuerza, y si él buscó sus prosélitos en la gente contrabandista, yo busqué los míos en otros peores y más corrompidos y de más malas entrañas. Me valí del Fiscal, que me pertenece por completo, y re-

cluté esos hombres. Han muerto ya algunos, que se repusieron inmediatamente y con mucha facilidad, puesto que esa partida de hombres está autorizada por la ley. Yo soy su responsable y su jefe, y fué mi resguardo y mi salvación en muchas ocasiones, aunque está nombrada por el gobierno para perseguir el contrabando; es decir, que hago lo mismo que Villamuriel, aunque con apariencias más legales. Recurrí á esos medios para tenerle á raya; si él me acometiera frente á frente, los rehusaría por indignos.

»Hay que volver á lo que más urge. Yo creo, como tú, que tu pobre amigo de la infancia, cayó en manos de la genté de Villamuriel; pero estoy seguro de que no atentaron contra su vida. El Padrecito le traía sin cuidado, y su plan consiste, sin duda, en quitarle de en medio para que no le sirva de estorbo al suprimiros á vosotras que os interponéis en su camino para arrancarle la posición y riquezas usurpadas. Adelante, pues,

hija mía. Tu tarea no parece muy difícil, pero hay que contar siempre con la irritabilidad y la ira de ese demonio.»

A prudentes encargos y á reflexiones sobre la conducta que debía seguir en aquel asunto, reduciáse el resto de la carta. Cogió luego el manuscrito y empezó la lectura: quería conocer cuanto antes aquella historia.

XVIII

Los excelentísimos señores marqueses de la Buenagua, Enrique de Villamuriel y su esposa Gabriela, tuvieron tres hijos: uno varón, que fué don Fernando de Villamuriel, en quien recaía, como primogénito, la herencia del título; y dos niñas, Esperanza la mayor y Valentina la otra, que quedaron huérfanas siendo aún muy jóvenes, bajo la tutela del hermano. Sucedió una cosa bien triste. Fernando era hipócrita, rastreo. Sus hermanas, sin experiencia, dulces, angelicales. Querían á Fernando

santamente y sufrieron mucho cuando, valiéndose él de su autoridad de hermano y de tutor, las cohibió, las apasionó moralmente, por decirlo así; las dominó hasta el punto de hacer de ellas seres extraños en todas las manifestaciones de la vida.

Siendo niñas aún, las apartó de la sociedad: nadie las conocía, las olvidaron. Las intenciones del infame eran educarlas en estrecho horizonte intelectual, dejándolas así aisladas, acobardándolas del todo, estremeciéndolas, y que concluyeran al fin por entregarse ellas mismas al aislamiento verdadero en la soledad de una celda. Las puso después en un colegio de monjas, que las guiaron moralmente, secundando las ideas de Fernando. Eran débiles las niñas, hermosas, puras, inocentes; eran dos ángeles de luz que nada sabían del mundo ni de la sociedad; pero cuando al tener la edad conveniente empezaron á oír y á comprender aquellas insinuaciones embozadas, hipócritas y dulces de la

paz del claustro, de las bellezas y de las santidades de la religión, de las sublimes penitencias de las esposas de Cristo, estremeciéronse de espanto. ¡Ellas no querían, ellas no podían! Se las instó entonces fuertemente, y aquella sangre de las dos latió enérgica y arrebatada en aquellos corazones juveniles. Protestaron con fiereza en medio de su humildad, y lo consintieron todo menos la enclaustración.

Tuvo Fernando de Villamuriel que resignarse. No las llevó al convento, pero sí á una casa de campo, abandonada y oculta en el corazón de la sierra. Alegráronse mucho las dos hermanas. Allí vivieron. El zumbar del torrente en las solitarias noches, las historias de amores y las leyendas de bandidos y gigantes al calor del hogar en las veladas, los paseos á caballo y á pie por aquellos laberintos, alentábales, en fin, el corazón. Vivían contentas. El hermano veíalas muy de tarde en tarde, viniendo de Madrid ó de París, donde gastaba su

vida y su fortuna, brillando por su dinero, es decir, por el de sus hermanas y por el nombre distinguido de su familia.

En más de tres leguas á la redonda eran las dos hermanas conocidísimas por todas las dotes suyas que mencioné y por sus obras de caridad sobre todo. Eran dos hermosas flores que reinaban en la sierra como señoras absolutas: les tenían respeto y cariño. No conociendo ninguna de las dos el orgullo, hablaban con todos sin miramiento á la condición humilde de los demás. Iban solas siempre, á caballo ó á pie: por todas partes hubiesen encontrado, en caso de peligro, protección, caminasen de noche ó de día; fuesen á caballo ó á pie, llevaban una pequeña caracola colgada de una correa. Las notas del caracol eran conocidas por todos los serranos, chicos y grandes; y la primera vez que uno de aquellos caracoles sonase, se presentaba en el punto indicado, inmediatamente, toda persona de la serranía que lo oyese: guardas, muchachos, pastores, zagales,

mujeres; uno ú otro, nunca faltaba alguien que fuese en socorro de las pequeñas.

Entre las personas con quien más amistad se unían, contábase un mozuelo de veinticinco á veintiseis años. Tenía estatura más que mediana, era moreno, de ojos negrísimos, profundos; era valiente, trabajador y tenía alma de niño. Era de clase humilde, pero no un patán de aquellos de las faenas campestres; aunque, llegado el caso, se pusiera, y no le faltaran puños ni saber como al primero. Llamábase Francisco Hurtado Salazar; era hijo del arrendador de una dehesa inmediata conocida con el nombre de *la Rosa*.

Desde niñas casi, estuvieron Esperanza y Valentina en la sierra; desde niñas casi, hablaron y simpatizaron con Francisco. Era bueno con ellas, dulce y generoso. Las dos amaron y respetaron á Francisco sin ellas saberlo, sin que se lo pudiesen explicar, como se ama y se respeta á un padre, á un hermano,

á un marido; se complacían en elogiarle, en citar sus rasgos de ingenio, sus atenciones, la gracia y el interés de sus historias, la dulzura paternal de su palabra cuando les hacía alguna explicación de cosas que no entendieran, y así fueron siguiéndose los meses y los años.

Esperanza y Valentina abundaban siempre en igualdad de gustos, de opiniones, de ideas. Parecíanse mucho en alma y en cuerpo. Los mismos ojos, la misma frente de nácar esplendorosa, los mismos labios amorosos, fresquísimos, puros..., y el mismo amor á Hurtado Salazar.

Parecían gemelas. En lo único que no eran iguales era en la edad. Esperanza era la mayor. Esperanza y Hurtado Salazar amáronse al fin como debían amarse, con frenesí, con locura, con el amor de las sublimidades, de los sacrificios; con el amor, en fin, de la desgracia. Pero sufrieron mucho, antes de comprenderse. A Francisco le contuvo

su respeto: á Esperanza su dignidad de mujer.

Había, en tanto, quien callaba, quien amaba también y quien moría.

Durante el buen tiempo, iban los tres todas las tardes á sus excursiones por la sierra.

Francisco era hijo único del arrendador de *la Rosa*. Viejo, achacoso, abandonó los trabajos y la dirección de ellos. Francisco tuvo, al fin, que encargarse completamente de la labranza.

Si algunas tardes, á causa de su nuevo cargo, Francisco no parecía por ellas, manteníanse las dos silenciosas, tristes, llenas de inquietud, con nostalgias y sobresaltos. La noche era también desconsoladora. No se comunicaban sus impresiones como otras veces. Entregábase cada una á sus pensamientos. No tenían alma ni labios para hablar de otra cosa que no fuese de Francisco, y sentían timidez la una y la otra de nombrarle. Aquello duró mientras Francisco no tuvo fuerza de voluntad ni atrevi-

miento para decir á Esperanza que la quería. Sentíase Francisco morir. Vaciló, luchó, corrió el tiempo, y una tarde en que se encontraron solos casualmente, los espíritus de ambos, ansiosos por unirse, por estrecharse, por volar juntos en unas regiones ignoradas que solos desconocían, que unidos podían encontrar, se unieron, estrecháronse y volaron juntos por aquellas regiones desconocidas, que al fin conocieron.

Lo olvidaron todo: el pasado, el porvenir, á Fernando Villamuriel, y hasta olvidáronse de la pobre Valentina.

Sintió Valentina, al comprender la felicidad de los amantes, un dolor inmenso, mezclado con una alegría no menos inmensa, celestial, pura, infinita. Su alegría era por la felicidad de su hermana: su dolor, su tristeza suprema, porque ella no era amada por Hurtado Salazar lo mismo. Eran unos celos dolorosos, profundos, infinitos, que ella no comprendía porque no pudo nunca explicárselos. Se entristeció, adelgazó visi-

blemente, buscó la soledad, el retiro, el silencio, donde nadie la viese, donde nadie la hablase, donde no fuera testigo de aquel encanto, del amor de Esperanza y del hombre amado de las dos.

Tan honda fué su aflicción que cayó enferma, no confesando á nadie su secreto. Llegó un punto en que el marqués de la Buenagua tuvo que ser avisado. Aquel infame corrió desde París, donde se encontraba entonces, á ver á Valentina. Las dos hermanas creyeron amor lo que fué solamente egoísmo... cierta tenebrosa inquietud de que Valentina no se muriera. Muriendo Valentina tenía la mitad menos de cuentas que rendir.

Pero allí tuvo dos horribles decepciones: la primera, que Valentina no estaba para morir ni mucho menos: la segunda, saber el amor apasionadísimo de Esperanza y Hurtado Salazar. Le buscó el hermano y quiso que se batiera con él.

Francisco contestó sencillamente que no podía aceptar un duelo del hermano

de la mujer que le amaba y á quien amaba. «La muerte, señor, de uno de nosotros, sería su desesperación también y su muerte.»

— Es que yo no puedo permitir que la sangre de una de mis hermanas, que es la mía y la de mis abuelos, se manche; que una inclinación la deshonne.

— Honrado soy, señor, — responde Francisco dulcemente. — Dos grandes temores hay siempre en mi vida: el temor á Dios y el temor de que Esperanza sufra. Después no temo á nadie, ni á V. E. tampoco. No es, pues, de sangre generosa como la de V. E. (cuya limpieza me complazco yo en reconocer...) ultrajar ni zaherir á un hombre que ni ofende ni se defiende.

— Renuncia, pues, á ese amor.

— Tengo que reprenderme de una falta, señor: esa falta es la de haber sido débil entregando mi corazón á unos sueños que no se podían lograr. No quiero, por lo mismo, ser débil otra vez. Podría alejarme de aquí sin verla más;

pero esta segunda debilidad mía podría también matarla, y el día que Esperanza deje de existir — añadió Francisco con aquella misma dulzura y serenidad — mato yo á V. E., señor marqués.

Fernando levantó el puño. Francisco añadió impasible:

— Una cosa haré desde luego: irme, desaparecer por completo ante ella, no buscarla nunca, huir siempre el momento en que ella me pueda ver... Todo esto hago; pero si ella me lo dice... si ella lo quiere...

El marqués entonces fué decidido á su hermana. Se lo expuso todo y le dió á escoger: — O le dices que no le amas y que no te siga, ó le mato.

Esperanza se espantó, creyó ver ya á Francisco ensangrentado, muerto á sus pies; y consintió en todo, horrorizada; pero el remedio fué peor que la enfermedad. Tuvieron la entrevista última Esperanza y Francisco para despedirse. Era una noche hermosísima de estío. Los pulmones, acongojados,

respiraban ansiosamente los perfumes y el aire de la sierra. Las estrellas, pálidas, allá, en las profundidades de los cielos, lágrimas parecían de amor vertidas por los ángeles ante la infelicidad de aquellas dos almas buenas. La desolación de ambos, la agonía de no verse más, el amor grandioso y mutuo, la hora, las estrellas, la soledad. ¡Oh! ¡qué noche! ¡qué segundo! ¡Pobre Esperanza!

Esperanza se fué con su hermano, más que por obedecerle, por huir de Francisco, ante cuya presencia no se atrevía á estar. ¡Fué el único testigo de su vergüenza! Valentina, amando y muriendo, silenciosa y triste, quiso acompañar á su hermana como siempre y no la abandonó.

Vivieron como antes, en la obscuridad, pero en un pueblecito de Francia. Ahora Fernando no las perdió de vista; pero tampoco las perdió Francisco; éste se consideraba obligado más que antes á la mujer que era ya suya ante

Dios, porque había sido dueño de su cuerpo, como lo era desde el principio de su alma. Esperanza se sintió madre, y en este punto su espanto y su vergüenza no tuvieron límites. Espanto y vergüenza de los hombres á quienes más amaba: de Fernando y de su amante. Ni á su hermana quiso confesar su secreto. Huyó una noche del lado de Valentina, dejándole una carta, advirtiéndole su decisión de alejarse de todos ellos: de sus hermanos y de Salazar. Confesábale sus desdichas, pidiéndole perdón por su abandono. También hacía esta confesión á su hermano. Valentina lloró y perdonó. Fernando se desesperó, bramó de cólera y juró matarlos donde quiera que los encontrara, y empezando por el primero á quien encontrase, Francisco, Esperanza y el hijo que le hubiera nacido, si le nació. Huyó, pues, con su hija y no la volvieron á ver.

Pusiéronse Valentina y Francisco de acuerdo para buscar á Esperanza. Desolábase él pensando en la desaparición

de ésta, en sus abatimientos, en sus llantos; y á poco tiempo diéronla por muerta todos.

Villamuriel supo arreglar perfectamente las cosas: consiguió con sus influencias y su dinero, procurando no comprometer su nombre en nada, que se identificase la muerte de la infeliz mujer. Esperanza lo supo, pero calló. Dejó que su hijo naciera, y empezó á criarle ella misma con una resignación misericordiosa y dulce; pero, al fin, le faltaron recursos. Trabajó, ganando un jornal miserable. Enfermó, y, no pudiendo ya más, buscó á Francisco, arrepintiéndose entonces de haber huído de él. ¡Ah! Pero tenía una disculpa; la de pensar que así calmaba la cólera y el odio de su hermano contra Francisco. Hacía ya cerca de tres años de su separación.

Le buscó, pues, secretamente, en su casita de la sierra. Al llegar allí nadie la pudo conocer. Por los pastores de una casilla donde se detuvo á descansar supo

que Valentina había vuelto también á la sierra, que vestía luto, que estaba triste, pero mucho más hermosa y mucho más repuesta. No se lo pudo explicar, pero aquella noticia le causó pavores profundos. Para no perder el poco ánimo que le restaba, emprendió su camino de nuevo y llegó á casa de Salazar. Se arrojó en sus brazos, dándose á conocer... Pero Francisco se espantó al verla, y cayó sin sentido.

Cuando volvió en sí, Francisco la abrazó estrechamente, llorando, y oyóle decir Esperanza:

—¡Oh, Esperanza! ¡Infeliz mujer! ¡Oh, desgraciado de mí! ¡Perdón, Dios mío!

Ella le pidió explicaciones, y Francisco exclamó, con la lentitud amarga del hombre completamente desesperado que no tiene ya noción de la vida siquiera:

—Te busqué loco, triste, lleno de afanes y de amor por ti, de cólera y rabia contra tu hermano. Valentina, ese ángel hermoso y dulce como tú, enferma

y todo como estaba, me ayudó y me consoló. Ni un solo día, ni un solo minuto dejé de buscar, con un miedo profundo de participárselo á las autoridades porque no proviniese escándalo. Durante quince meses ó más recorrí toda la Andalucía con hombres pagados que me ayudasen en mis pesquisas. En muchas leguas á la redonda de V*** también busqué ansioso, hasta que un día tuve un dolor muy grande, terrible, inmenso: tu hermano me anunció desoladamente que habías muerto en París. Tu muerte se identificó, y no tuve otra cosa que hacer sino llorarte. Me vine á la sierra. Valentina pidió á tu hermano venirse también, y ahí está.

Francisco inclinó la frente al llegar aquí, y guardó profundo silencio. Un llanto desgarrador le subía del alma quemándole los ojos. Cogió las manos de Esperanza en un arrebató de amor y angustia, y exclamó así:

— ¡ Ah! ¡ Perdón, Esperanza! ¡ Yo te pido que me perdones!

— Y ¿de qué he de perdonarte? — preguntó Esperanza con una frialdad que aterró á Francisco.

Francisco permaneció un momento silencioso, con la cabeza inclinada.

— Pues bien, sí, — añadió, — la culpa es mía: yo la arrostro. Habré cometido una ligereza, pero yo no soy un infame ni lo fuí nunca. Valentina me amaba. Tú no lo llegaste á sospechar: yo sí, y sufría por eso. Cuando te perdí, siempre estuvimos juntos, me consoló, me amó como nunca: fué para mí una hermana, una madre. Amándome y todo, conmigo lloró desoladamente la pérdida de mis esperanzas, de mis amores y tal vez de mi hijo. Veíala siempre buena como tú, hermosa como tú, tus ojos, hasta el metal de tu voz... Yo no la amo á ella: yo te amo á ti. Yo he seguido amando en ella á mi esperanza muerta, que podía ser mi único amor.

En mis brazos la he tenido, y, en los arranques de mi pasión loca, yo te he nombrado al quererla nombrar, yo te

bendije queriendo bendecirla, y ella sufre mucho comprendiendo que os amo á las dos en una. Se consuela porque de ti no podía tener celos, porque tú eres su hermana, porque á ti te adora tanto ó más que á mí pudiera adorarme.

Esperanza oyó aquello loca de terror, de agonía. Vacilante y próxima á caer; sin embargo, tuvo dominio sobre sí para ocultar los sentimientos de su alma.

—¿Y qué hiciste de Valentina?— preguntó brevemente.

—¡Valentina es mi mujer!

Siguió una pausa horrible. Francisco prosiguió:

— Soy muy desgraciado. ¿Por qué no me casé contigo, como me he casado con Valentina? Por mi timidez, por mi indecisión, porque siempre tuve miedo de que alguien pudiera sospechar remotamente de mi probidad. Antes de empezar mis pesquisas para encontrarte, lloraba desesperado de no contar con oro para verterlo á manos llenas hasta dar contigo. Mi padre, que estaba ya

muy enfermo y que murió quince días después de lo que voy á contar, me llamó y me dijo:

— Cuéntame lo que te pasa.

Yo creía ahogarme: se lo conté todo.

— Dinero es lo que necesitas, — repitió una vez y otra moviendo la cabeza lentamente. — Yo tengo mucho; pero el dinero me asusta.

Creí que estaba delirando: intenté calmarle.

— No, — dijo; — no creas que es la calentura. Yo estuve para confesarte mi secreto en muchas ocasiones, y no me atreví; pero estaba de Dios.

Yo le escuché ávidamente.

Arando una tarde en la tierra de los *cruceros*, del otro lado de *la Rosa*, halló una excavación. Le extrañó mucho. Ahondó más, y encontró dinero, mucho dinero: oro en monedas árabes y montones de pedrería. Se aterró y no dijo una palabra.

— Allí tienes ese dinero, — exclamó.

— Si es verdad que con el dinero se logra la dicha, tú serás dichoso.

Me bendijo y murió quince días después.

No me había engañado mi padre: fui rico, rico como nunca hubiera soñado serlo tu hermano. No tuve ya miedo de casarme con Valentina. Nos casamos secretamente para estar ligados ya, previniéndonos contra algún triste golpe que pudiera amenazarnos. Al mismo tiempo que tú vienes, disponíamos nosotros la marcha para ir á encontrar á tu hermano. Mi intención era revelarle nuestro casamiento, diciéndole á la vez que podía quedarse con toda tu fortuna y la de Valentina, y ofrecerle más aún, supuesto que era dinero lo que él ansiaba. Tú has venido: ya son irrealizables nuestros proyectos, como es imposible también ninguna clase de avenencia entre tu hermano y yo. Ahora lucharemos y la lucha será de muerte. Es un infame que nos ha engañado haciéndonos creer que tú no vivías.

Calló Francisco, quedando inmóvil, sin aliento, aplanado por aquellas emociones.

— Y ¿qué piensas hacer? — preguntó Esperanza con aquel tono frío y lento.

— Antes que nada, contar á Valentina lo que sucede.

— Ve, — dijo ella con la misma brevedad. — Te estoy esperando.

Dominado Francisco por aquel tono y aquella voz, corrió, aterrándose como nunca, á buscar á Valentina. La escena resultó cruel, fuera ya de todo pensamiento humano. El final fué que Valentina corrió á su vez en busca de Esperanza á pedirla perdón, aunque no era culpable, y á morir, si ella lo quería, para dejar libre á Francisco.

Pero cuando llegaron, Esperanza no estaba allí: hallaron una carta suya solamente.

«Sed felices, — decía el último párrafo de aquella carta. — Fué el destino. No culpemos á nadie: lo quiere Dios.

No volveréis á verme. Estoy decidida hoy á no tomar nada de vosotros. No sé explicar el motivo, pero me haría mucho daño. Yo trabajaré, como hasta aquí, para que mi hija viva: será la penitencia de las culpas que he cometido. Una cosa os ruego no más: que os acordéis de mi hija cuando yo muera.

ESPERANZA.»

Fué aquella carta otro terrible é inesperado golpe para Francisco y para Valentina. Francisco levantó los brazos al cielo y gritó estrujando aquella dolorosa carta:

— ¡Oh, Fernando Villamuriel! ¡Yo te juro delante de Dios que pagarás las infamias que con nosotros cometes!

Se serenó luego, se calmó: pareció como que de pronto había tomado su partido.

— ¿Tú qué harás? — preguntó á Valentina.

— Mi deber, — contestó ésta ahogadamente: — ir junto á mi hermano para

defenderle de tu cólera, separándome á la vez de ti para que mi conciencia no tenga jamás que reprocharme una mala acción contra Esperanza.

— ¿Y nuestra hija? — preguntó Francisco aún.

— He ahí también mi penitencia: no verla más tampoco. Tú te encargarás de su educación.

Francisco inclinó la cabeza y se separaron.

Llegó Valentina á Madrid, donde estaba el marqués entonces. Le habló enérgicamente, con gran extrañeza de éste, que no tenía costumbre de aquellos arrebatos en sus hermanas, y le convenció, sobre todo cuando le dijo que ningún dinero suyo, es decir, de ella, quería. Se acogió después á la reina, la pidió que la protegiese, que quería vivir en la corte. Y la reina, á quien agradó mucho Valentina, para obligar al hermano indirectamente que permitiera su estancia en Madrid, la señaló un puesto entre las altas damas de su servidumbre.

Francisco quedó solo, desesperado y triste, viviendo en *la Rosa*. Pero duró muy poco su abatimiento: tenía que buscar á Esperanza y vengarse del marqués.

No quiso confesar Valentina á su hermano el secreto de su matrimonio y de su hija, supuesto que ya era inútil. Pero un día quiso Fernando que se casase Valentina con un viejo, malo, amigo suyo y compañero, no se sabía en qué infames cosas; y entonces Valentina, para acabar de una vez, habló claramente de nuevo.

Fernando no reparó ya nada. Tuvo una idea: la de hacer enviudar á Valentina.

— Y ¿dónde está ese hombre? — preguntó en un arrebato de aquella ardiente cólera que le hacía terrible.

Valentina cometió una imprudencia: por un instante no vió que aquel hombre era su hermano.

— Ese hombre, — dijo despreciativamente, — está buscando á mi her-

mana, á quien tú has hecho pasar por muerta.

— ¡Ah! — rugió don Fernando. — ¡Yo le mataré!

Valentina se arrepintió, pero ya era tarde. Sin embargo, quiso intentar el remedio, diciéndole desdeñosamente:

— Mi marido no es lo que tú crees: es poderoso, y podrá hacerte más daño que tú á él.

— ¡Poderoso! Y ¿quién le ha dado ese poder?

— El dinero.

— ¡Dinero, el hijo miserable de un arrendador! Y ¿de dónde?...

— No lo adquirió por la deshonra.

— ¡Bah! Algunos miles de duros heredados de algún pariente.

— Por cada onza que tú gastas, podrá él gastar un millón, sin arruinarse.

— Bien, — se limitó á decir. — No me importa. Todo se reduce á que ande con más cuidado. Ese miserable caerá en mi poder.

— Cuida tú de no caer en el suyo, —

contestó Valentina, volviéndole la espalda.

No se hizo esperar el resultado de aquella conversación. El marqués partió á Andalucía y se entabló una verdadera lucha entre aquellos dos enemigos irreconciliables.

Entonces fué cuando Francisco creó la ronda, autorizada como convenía, adquiriendo por su serenidad y bravura el sobrenombre de *Rompiente*: él solo hubiera bastado para Villamuriel, porque Villamuriel, con toda su ferocidad y todo su orgullo, era un cobarde. Pero Villamuriel no estaba solo: habíase aliado con una banda de hombres de lo más canallesco, dejando ante ellos su título y haciéndose llamar Villamuriel solamente. Los contrabandistas, los matuteros, y todos los que con ellos tuvieran relación en su oficio, hiciéronse bien pronto dependientes directos ó indirectos de aquel hombre. Villamuriel era malo, pero en esta sociedad perdió completamente los instintos de nobleza

que le quedaban. Se achabacánó, se encanalló, se hundió por completo en el abismo, que le iba tragando con lentitud, de que no se daba él cuenta, con una seguridad que le hubiera espantado, de haberlo comprendido.

Pero necesitaba dinero. Una avenencia entre Francisco y él era ya imposible, y, á la par que buscaba á Esperanza, se entregó ya de nuevo al oficio de contrabandista. Rompiente fué su ángel malo: valiéndose de su ronda, tenía hombres de todas clases, recibía avisos secretos de aquí y de allí, y milagrosamente metíase algún alijo en las playas de Málaga en que tuviese parte Villamuriel, sin que la ronda estuviera allí esperando y sin que huyeran los contrabandistas ó se trabase una reñida pelea.

Pasaron así años, y Esperanza no pareció. Escribíanse Valentina y Francisco: Francisco dando siempre cuenta á Valentina de sus impresiones nada agradables con referencia al paradero

de Esperanza; Valentina instándole siempre á continuar su generosa tarea, y pidiéndole por Dios que respetase la vida de su hermano.

Rompiente tuvo al fin un gran día, un día de emociones terribles. Este día fué aquel en que conoció á Filigrana en la cárcel de Málaga. Sospechó, por un grito de su alma, oculto y misterioso, que la Filigranilla, callejera del montón, fuese su hija, la hija de Esperanza. Lo comprobó también de la manera que pudo, buscándole la cicatriz entre los cabellos: dato de que pudo valerse por haberlo sabido años antes. Esperanza le escribió diciéndoselo, espantada de que su hija muriese, por la herida horrible que un golpe le produjo en la cabeza. Cuando Rompiente fué en busca de la dama que dió á Filigranilla las ropas con que vestir al Padrecito, se convenció ya.

XIX

La presencia de Venturoso interrumpió á Filigrana en su lectura; entró precipitadamente. Marchaba sobre la punta de los pies, como si le infundiera terror hasta el ruido de sus propias pisadas. Llegó hasta la joven con un dedo sobre los labios, como diciéndole que no hablara, y ella le miró sorprendida.

Hízola el niño una seña, indicándole al mismo tiempo que no hiciera ruido al andar, y la condujo hasta la puerta que había cerrado cuando entró. La primera

intención de la joven, para evitar el ruido, fué recogerse la falda, cuyos rumores suelen ser indiscretos. Pero aún en aquel trance, que, sin saber todavía cuál era, le pareció apurado, tuvo que sonreirse al encontrar con su mano el vacío. ¡No tenía faldas! Como un relámpago, pasó por su pensamiento tumultuoso tropel de ideas. Fué una la de que vestía el traje de su amigo, y con el recuerdo del hombre amado acabó de serenarse. ¡Todo por él! Y Filigrana se levantó y lo siguió de puntillas. Llegó el niño á la puerta, se empinó para mirar por el ojo de la cerradura, é hizo luego que Filigrana se inclinase, diciéndola que mirara también. Filigrana vió dos hombres sentados junto al fogón. Las demás personas que hubiera en la cocina, estaban fuera del enfoque del agujero. Filigrana recordó perfectamente que eran los dos nuevos individuos de la ronda que llegaron el día antes. Era uno grandote, sin expresión. El otro, delgadocho, de menos altura, muy afei-

tadito, muy astuto, de torvo mirar. Filigrana se retiró del observatorio y preguntó al niño precipitadamente:

— Y bien: ¿qué?

— Que ése e Guiñapo.

Quedó Filigrana como si le hubiesen dado de pronto una puñalada en el pecho, y, no obstante, se lo debió figurar. No preguntó una palabra más al niño: no quiso preguntar quien era, de los dos hombres aquellos, su cruel y antiguo enemigo; éste era aquel, flacucho, de cara afeitadita y ojos que daban miedo. Se retiró de la puerta, sentándose nuevamente en la silla que había dejado. Permaneció callada largo tiempo. Venturoso fijaba sus ojos en ella y parecía más satisfecho y atrevido, como si aquel valor lo hubiese sólo con dar la noticia del grave descubrimiento. Después, como si tuviera la convicción de que iba á comunicar á la joven una cosa agradable, dijo lentamente:

— No le dí á entendé que lo había conócío.

Y era verdad. Esto despertó una gran idea en Filigrana.

— Bueno, — dijo; — anda y dí al Fiscal que venga: tengo que hablarle.

Venturoso salió.

Filigrana había quedado profundamente pensativa. «¿Cómo no tuvo en cuenta Guiñapo que le podría reconocer Venturoso?» Sin duda, porque al llegar al cortijo confiaba en que no se abrirían con tanta facilidad las puertas del encierro del niño. ¿Qué relaciones existían entre el Fiscal y Guiñapo? Esto era lo que precisaba saber cuanto antes, y Filigrana no quiso esperar un solo minuto.

— ¿Puedo pasar? — dijo el segundo de la ronda discretamente.

— Adelante, — contestó Filigrana con gran dulzura.

Entró el Fiscal, saludando con exquisita cortesía.

— ¡Dios mío! — díjole ella con gran sencillez. — ¡Cuánto siento la molestia que le causo! Pero no es solamente eso

lo que me apena, sino la que he de causarle todavía.

Protestó el Fiscal de aquellas frases de Filigrana, afirmando con muchas inclinaciones de cabeza, y con gran profusión de ofrecimientos, que él no se molestaba nunca. ¡Qué había de molestarle! ¡No faltaba otra cosa! No solamente por ser obligación suya obedecerla en todo, sino porque se conceptuaba honradísimo sirviendo á las órdenes de un tan apuesto y guapo jefe, á quien debía toda clase de consideraciones y cuyos pies besaba con grande humildad... Y pensó Filigrana al oírle:

— ¡Valiente granuja estás tú!

Pero no dejó de sonreír ni de mirarle, como pidiéndole indulgencia, y luego exclamó tranquilamente:

— Quería hacer á usted algunas preguntas.

— Todas cuantas la señorita quisiera. ¡No faltaba más! ¿Para qué estaba él entonces, sino para servirla en todo y ser el último y más obscuro de sus criados?

— Bueno, gracias. ¿Quisiera usted aconsejarme qué haría yo para parecer un poco más temible, puesto que soy el capitán de tan bravos muchachos?

— ¡Ah! ¡Ya comprendo! — contestó el Fiscal sonriéndose. — Pues nada más sencillo. ¿Usted ve? — continuó desliándose de su cintura una ancha correa de charol. — A usted le vendría muy grande. Pero no importa: se hace así. — Sacó un cortaplumas é hizo algunos agujeros más para que entrase bien el diente de la hebilla. — Eso es. Se lo pone usted cuando quiera. A un lado tiene un cuchillo, que es una preciosidad, y no parece sino que yo tuviera la corazonada de comprarlo para usted. Al otro lado un revólver que es una monería, pequeño y gracioso; pero es una prenda que le sucede como á los enanos: cuerpo de niño y corazón de hombre. ¿Usted velo chico que es? Pues calza doce milímetros.

Escuchábale Filigrana sonriendo; cogió el cinturón y se lo puso. Mientras

se lo ponía, dijo con cierta voluble entonación:

— Lo tomo y me complazco mucho: tendré un recuerdo de usted; y aprecio el regalo, no sólo en lo que vale materialmente y el valor que usted le presta habiendo sido su dueño, sino en el que pueda tener pensando que tal ó cual día me saque de algún compromiso.

Sonrió el Fiscal benévolaemente. ¿Qué compromiso podría ocurrir á la bella muchacha, en el cual tuviese que tomar parte el cuchillo y la pistola? Se inclinó de nuevo, y, con una entonación que pareció á la joven algo irónica, dijo:

— Todavía falta á usted algo para completar el armamento.

— Sí,—respondió Filigrana con mucha naturalidad; — no será la primera mujer que salga por esas campiñas de Dios á caballo y con escopeta: acuérdesse usted de *la Pola*.

— Mucho que me acuerdo; pero la Pola no iba á perseguir á los que se buscaban la vida honradamente fuera de la

ley, sino, antes al contrario, para defenderlos y capitanearlos.

— Que me place, — exclamó Filigrana alegremente. — Eso que usted ha dicho me anima mucho á pedirle también la carabina. Con más motivo puedo hacer yo uso de ella que la Pola, puesto que ella iba en contra de la ley y capitaneaba contrabandistas, y yo intento que la ley se respete, y capitanee unos cuantos excelentísimos hombres de bien que me secundan, y usted el primero, que es el más honrado y más superior de todos.

El Fiscal enrojeció visiblemente ante aquellas palabras alusivas á él, cuyo sentido comprendió: era un desquite de las irónicas que le dirigió él antes. Sin duda — pensó el Fiscal — es digna ésta de manejar la carabina y el cuchillo con honra y hasta de capitanearnos de verdad y no como yo había creído.

— Otra cosa quisiera saber, — dijo Filigrana interrumpiéndole en su monólogo. — Quisiera saber lo que usted opina

de esos dos nuevos hombres que entraron desde ayer á medio día á formar parte de la ronda.

No supo que decir el Fiscal en un principio. Tenía confianza en uno, pero al otro ni le conocía siquiera. Así se lo dijo á Filigrana y ella contestó:

— Soy franca antes, y me gusta abordar las cuestiones de frente. No es que esté prevenida contra usted, que ya mi amigo me habló de usted mucho y bueno: es que soy de natural asustadizo y pusilámine, y no me gusta andar sin ver de lejos el camino que he de seguir. En una palabra: uno de estos dos hombres es nuestro mayor enemigo, es Guinapo, que viene sin duda á sorprendernos; de modo que han engañado á usted, ó usted nos engaña á nosotros. Si es lo primero, ha sido usted torpe, tanto como se precia de conocer á las gentes, de saberlo todo y de no caer en el garlito: si es lo segundo... ¡oh! si es lo segundo, no sé lo que sucederá.

Habíase puesto el Fiscal pálido como

la cera en un principio, y enrojeció inmediatamente hasta parecer que la sangre le iba á saltar por las órbitas. No le asustaba la expresión resuelta de la joven, ni sus ojos sombríos, ni sus finos dedos jugueteando con la anilla del revólver; lo que le causó daño hasta lo inconcebible, fué el sarcasmo y la duda de Filigrana. Había obrado de buena fe con Rompiente desde que le conoció, y por eso las palabras de la joven le ponían loco de cólera y vergüenza.

— ¿Quién dice que ése es Guiñapo? ¿Usted le conoce? — preguntó sonriendo siempre con la misma finura.

— Le vió Venturoso y le reconoció al punto.

— Tiene sus motivos el muchacho para no equivocarse, y eso me convence: estoy seguro de que Venturoso no se engaña. Ahora, señorita, ¿me da usted permiso para que obre por mi cuenta?

— Con una condición: la de que Guiñapo no sospeche nada. Quiero dejarle obrar y que se le espíe: me parece que

será la manera más segura de dar con el Padrecito.

— ¿Y si cogiéramos á esos dos hombres, haciéndoles declarar á la fuerza, si lo saben, el sitio donde se encuentra secuestrado?

— Le encuentro sus inconvenientes: podrían no saber una palabra ó negarse á decirlo aunque los torturasen hasta matarlos. Hay que tener mucha prudencia, amigo mío. — Filigrana sonreía otra vez y el Fiscal respiró. — Por lo demás, — añadió ella, — sin otras explicaciones creo firmemente en la lealtad de usted.

Salió el segundo de la ronda con la sonrisa en los labios, y cerró tras sí la puerta. Filigrana llegó hasta allí de puntillas otra vez y miró por el ojo de la cerradura. El Fiscal anduvo distraidamente, en la cocina, dirigiéndose luego, como al acaso, hacia los dos hombres que permanecían junto al fogón. Filigrana sonrió: había visto también á Venturoso arrastrándose por las

baldosas con el muchachín de Joseíto, revolcándose y jugando, y llegó de esta manera casi á los pies de los hombres que hablaban. La joven admiró el talento de aquel niño: Venturoso no había tenido otro medio, sin duda, de acercarse á los del fogón sin que ellos sospecharan.

Había dado el Fiscal una palmadita en el hombro á Cristobalón y se sentó junto á él; lió un cigarro, lo encendió con mucha calma, hizo de pronto como si recordase alguna cosa, y se dirigió á los otros.

— ¡Hola, buena gente! Hoy que estamos libres, iremos á tirar al blanco, ahora mismo, allí, por los cantales.

Levantáronse todos con mucho apresuramiento.

— ¡Eh! no tan de prisa, — continuó el Fiscal echándose á reír. — Es preciso que aquí se quede alguien, cuatro lo menos, para lo que ocurra. Hay que echar paja. Los dos nuevos, por ser la primera, no entrarán en suerte: se

quedará Cristobalón y que venga Mosquito.

Se hizo así y quedó Guiñapo, con los tres compañeros, alrededor de la lumbre. El segundo de la ronda siguió con los otros la larga hilera de las chumbas, anduvo después algunos centenares de pasos, y dijo á los de la ronda:

—Seguid los cantales y empezad, cuando lleguéis: yo quedo hablando con éste: iremos en seguida.

Lo hicieron como el Fiscal había dicho, y éste quedó en tranquila plática con Cristobalón, siguiendo distraidamente hasta el fondo de una cañada. Miró el Fiscal á un lado y á otro, queriendo cerciorarse de que nadie observaba, y quedó tranquilo, porque no vió una carilla cubierta de vendajes y un cuerpecillo lleno de andrajos que se ocultaba sigilosamente tras de unas chumbas.

Se dirigió entonces el Fiscal hacia Cristobalón, que fumaba un cigarro con mucha placidez, y sin otro aviso

embistióle, tirándole al suelo de una bofetada. — ¡Así quería yo pillarte, granuja! ¿Tú crees que se juega impunemente con el Fiscal? — Y seguía sacudiéndole bofetadas, mientras el otro ni siquiera intentó defenderse. Le cogió el Fiscal de la chaqueta, poniéndole de pie de un tirón y, en medio de sus denuestos y maldiciones, no cesaba de abofetearle, tirándole al suelo y volviéndole á levantar para seguir la maniobra. Cansándose ya de hacer uso de las manos, la emprendió á puntapiés, lo pateó, lo magulló, y el otro contentábase únicamente con gemir, pidiendo á Dios y á todos los santos que el señor Fiscal terminara pronto su acalorada tarea, que no terminó hasta que se le hubo disipado un poco la cólera.

— Ahora mírame bien, granuja, — exclamó de pronto, dándole una última bofetada. — ¡Que me mires te estoy diciendo!

— ¡Ay, sí, señor Fiscal! ¡Ya le miro!
— respondió lacrimosamente el muy co-

barde. — ¡Ya le miro! ¡Dios santo, qué puños más duros! ¡Pobre de mí!

— ¡Calla, gandul! — repuso el Fiscal, irritado. — Habla sólo para contestarme: ¿tan mal te iba con tu pellejo que te vendiste á ese Guiñapo?

— No, con mi pellejo no, señor Fiscal, sino con la vida. No tenía un céntimo y estaba desesperado.

— Y ¿no te dí yo un puesto en la ronda?

— Es que entonces ya me había acometido la tentación, — dijo quejumbrosamente. — Me ofrecía Guiñapo el oro y el moro y caí en la percha. ¡Qué quiere usted! Cosas que les pasan á los hombres, que muchas veces tenemos también nuestro mal cuarto de hora.

— ¿Sabes lo que te digo?

— Pero ¡qué! señor Fiscal: ¿quiere usted decirme más todavía? ¿No es ya bastante?

— Te digo que no hablarás una palabra con Guiñapo sin que yo la sepa al punto. Aunque es tan animal que no

comprendió que sería conocido por Venturoso apenas él le viese, convendrá tener cuidado con el muy pillo, y mira por dónde vas á ser tú el encargado de vigilarle; y cuenta con la conducta, que no me contentaré con eso, y hay quien te observa á ti también. Ya ves como nada se me escabulle. Y largo de aquí, con la música á otra parte; esta noche misma me has de decir de pe á pa todo cuanto él te diga. ¡Largo! — Y le asestó otro puntapié, que no pudo alcanzar á Cristobalón porque había salido corriendo.

XX

Sintió Filigrana de repente gran confusión en la cocina; salió del cuarto, encontrándose con una escena tan pintoresca como usual en aquel país.

Todos los de la ronda, incluso Guinapo y Cristobalón, formaban círculo en la gran cocina. En el centro del círculo hallábanse el Fiscal y Venturoso; y lo que sorprendió á Filigrana, verdaderamente al principio, fué la convicción de que el uno lo mismo que el otro hallábanse armados de luengos cuchillos de acero relucientes, con puños negros

y puntas de alfange; eran aquellos cuchillos denominados *habaneros* y *jaboneros* vulgarmente, entre los de rompe y rasga, y más vulgarmente aún conocidos por *lenguas* á consecuencia de su ancha y larguísima cuchilla. Con respecto á Venturoso hubiera podido decirse que hacía el cuchillo más bulto que él, pero no era un obstáculo principal para que lo manejase con extraordinaria destreza. Los hombres de la ronda miraban con vivísimo interés, despertando en ellos mucha curiosidad aquel suceso notable, que se originó de este modo:

Cuando el Fiscal vió que se alejaba á todo correr el compañero de Guiñapo, se sumergió en grandes reflexiones. Al Fiscal, para que os enteréis cuanto antes, le había gustado mucho Filigrana; pero tenía el Fiscal una penetración que no parecía suya de excelente que era, y con esta penetración había comprendido que conseguir á Filigrana y coger la luna con las ma-

nos eran una misma cosa. Pertenecía á Rompiente en cuerpo y alma, y por nada del mundo le hubiera hecho traición, además de no convenirle bajo ningún concepto.

Comprendió también que Filigrana tenía otras ilusiones muy distintas; por algunas palabras que oyó á Rompiente, y otras que se escaparon á Filigrana y la Alondra, sacó en claro que aquel dichoso Padrecito era la ilusión de la joven.

Concibió una esperanza, sin embargo: la de que tal vez al Padrecito se lo hubieran llevado los demonios. Muy bien podía ocurrir, que para ver cosas grandes es para lo que están las criaturas en el mundo. Y, para él, no podía ocurrir más grande cosa que la de llevarse los diablos al Padrecito. Él le buscaría con mucho afán y mucho miramiento, procurando que Filigrana notase los extremos suyos en servirla. Estos eran los planes del Fiscal: hacerse simpático á Filigrana; y si el Padrecito no pare-

cía, que muy bien podría perderse para toda la vida, entonces, tal vez...

En estas meditaciones quedó, cuando Cristobalón salió á escape con su cargamento de bofetones y puntapiés, y no vió que de allí, de detrás de una chumba próxima, se destacó un cuerpecillo ágil, que se le fué aproximando.

Le distrajeron de su meditación las pisadas, cuando estuvieron cerca; volvió la cabeza y se encontró con Venturoso.

— ¡Ay, señó Fiscá! ¡Cómo me gusta eso! ¡Mardita sea, hombre! ¡Qué paliza más mayó!

— ¡Cómo! ¿Estuviste mirando, Venturoso?

— ¡Ya lo creo que lo vide! ¡Como si á mí me se escapara alguna cosa! Y ¡vaya si tenía yo ganita de que apalearan á ése! Pero no: á ése no me gusta mesmísimo; al otro sí: á Guiñapo. ¡Mardito sea, hombre! Digamosté, señó Fiscá: ¿quiere osté enseñame un poquito de eso de manejá la jerramienta?

— ¡Hombre! ¿Tú quieres saber eso?
Y ¿para qué?

— ¡Ay, señó Fiscá! Pa una cosa que no se pué decí.

— Pues mira: eso de manejar el hierro es cosa sencilla cuando se tiene vocación. Vamos á los cantales.

— Y echaron á andar. Quería ir allá con los del blanco. No estaba Cristobalón en los cantales, pero le encontró en el camino, allí, tendido, sobre unas matas. Sonrió el Fiscal socarronamente. Cristobalón había llevado su celo hasta el límite, y le esperaba antes de llegar á los cantales, para que los demás de la ronda no cayesen en la cuenta del desbarajuste que con él hicieron.

Cuando le vió Cristobalón, puso una cara que conmovía de lastimera, pero no desplegó los labios. Se levantó prontamente, y como no sabía que Venturoso estaba en autos, permaneció tranquilo en ese punto. Se arregló las ropas y el cuello de la camisa, y todo lo demás que le fué necesario para disimular de algún

modo el pie de paliza recibido; incorporándose luego al Fiscal y Venturoso, compuso la cara asimismo, y en tal extremo que cuando llegaron á los cantales parecían, como al principio, el Fiscal y Cristobalón, los mejores amigos de la tierra; cosa que, al pensarla Venturoso, entrábale una comezón de reir á carcajadas con gran dislocamiento.

En los cantales tiraron al blanco, aunque á Cristobalón le temblaba el pulso de un modo regular. Al volver á casa, Guiñapo nada sospechó. Desayunáronse, y luego, el Fiscal, hizo que arrimaran la mesa á la pared.

— Sitio ahora, que vamos á dar la primera lección. Toma, chiquitín. — Y alargó á Venturoso el cuchillo de uno de la ronda. Pidió otro, porque quedó desarmado con el presente que hizo á Filigrana; dió algunas explicaciones á Venturoso, que se puso en actitud.

— ¡Ah, pícaro! — exclamó el Fiscal. — No es la primera vez que te encuentras en igual trance.



— ¡Ay, señó Fiscá! Eso e la afición.
¡Mardita sea, hombre!

En este punto fué cuando Filigrana abrió la puerta. Causó á la joven penosa impresión la vista de aquel muchacho querido, en semejante actitud y le repugnó el interés que la escena inspiraba á los otros; pero no dijo una palabra y siguió mirando. — ¡Pega, pega! — decía el Fiscal á Venturoso. — Pega y pincha, que así te enseñarás. Salta y guárdate. No tengas miedo, que á mí no me tocas. ¡Así, así! — Y Venturoso, con entusiasmo que iba comunicándose al corazón de Filigrana encogíase con el cuchillo en la mano, saltaba, retrocedía, embestía de nuevo súbitamente, chispeándole los ojos de satisfacción. Pero no podía tocar al maestro, que se resguardaba de las acometidas sin dificultad. En una de las vueltas, Venturoso vió á Filigrana y quedó lívido como la muerte: soltó el cuchillo, y no supo qué hacer ni qué decir, de miedo de haberla disgustado. Ella comprendió lo que Ven-

turoso sufría, recordó también en una ráfaga aquel deseo febril de Venturoso de adiestrarse en el manejo del cuchillo, recordó la causa de aquel deseo entonces, y pareció que pasaba ante ella el cuerpo ensangrentado del niño, porque no pudo defenderse de las acometidas de Guiñapo, aquel infame bandido que estaba allí, bajo aquel mismo techo. Avanzó entonces Filigrana hasta Venturoso, cogió el cuchillo del suelo, lo puso en sus manos, y díjole con solemnidad que impuso á los que oían:

— Sigue. Así aprenderás á defenderte... y á matar si es preciso.

Se alejó luego, mirando á los de la ronda con fría impavidez, y Venturoso, loco de orgullo, embistió al Fiscal, que retrocedió de un salto y soltó una carcajada.

— ¡Fiscal!

Oyeron todos este nombre, pronunciado desde la habitación próxima. Era la voz argentina de Filigrana; pero tan argentina, que pareció á los de la ronda

una vibración de acero. Filigrana se imponía á aquellos hombres.

Quedáronse silenciosos. El Fiscal habíase apresurado á acudir al llamamiento. Tardaba en salir y se diseminaron los hombres, acá y allá. Cristobalón parecía más amable con Guiñapo y más amigo suyo que nunca, y Venturoso no cesó de contemplarlos. Alejáronse los dos en misteriosa conferencia. Poníanse de acuerdo.

Guiñapo había tenido ocasión de ver antes á la Filigrana de otros días, en su continuo espionaje por mandato de Villamuriel. Él sabía que era una muchacha hermosa, como era hermosa también la otra rubia á quien también espionaba por el mismo conducto. En su espionaje había tropezado con el Padrecito á quien pudo reconocer; y sacó en claro, después de mucho averiguar aquí y allí, que era Filigrana la chiquilla misma de otros tiempos. Su afición á ella, de muchacho, se reprodujo ahora convertida en una pasión de infierno,

tremenda, horrible, como todo lo que podía emanar de su alma podrida.

— Oye, — le preguntaba Cristobalón; — y ¿no temes que ese arrapiezo te conozca?

— ¿Quién? ¿Venturoso? — Guiñapo sonrió muy satisfecho. — ¡Ca! Al principio lo temí; pero fué modestia, hijo, pura modestia. Creí no haberme disfrazado bien: ahora es otra cosa.

Interrumpiéronse á la voz tonante del Fiscal, que decía:

— ¡Los caballos afuera, y á montar todo el mundo! ¡Vivo!

Apresuráronse á obedecer, y á poco había en la puerta doce caballos de buena estampa. Montaron los de la ronda, y uno tuvo del diestro los de Filigrana y el Fiscal.

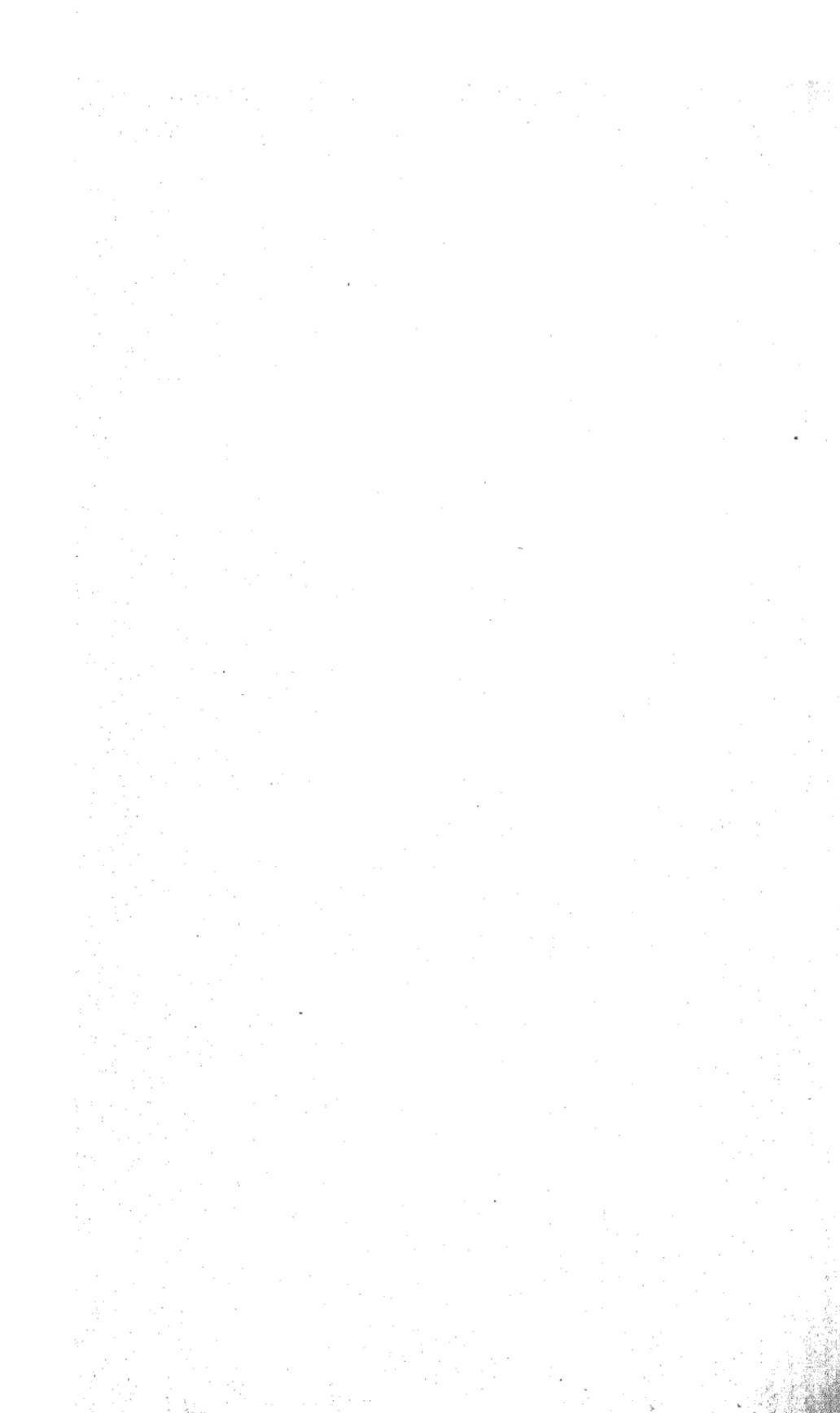
Apareció la joven envuelta en su manta, que recogía airosamente en el brazo, sujetando á la vez una pequeña carabina.

El Fiscal miró dudosamente á Filigrana cuando ésta se aproximó al caba-

llo, que era el que Rompiente usó hasta entonces. Comprendió Filigrana de lo que provenía aquella duda del Fiscal. Sonriendo con aire burlón, entrególe la carabina para que se la tuviera, se echó atrás la manta, colocó el pie en el estribo con el donaire y la delicadeza que las leyes de equitación exigen, y montó gallardamente: se arregló la manta y asió las riendas. Humillado otra vez el Fiscal, colgó la carabina del gancho, cabalgó luego y puso á Venturoso en la grupa.

— Cuando usted quiera, — dijo.

— Andando, — contestó Filigrana.



XXI

Allá iban refunfuñando unos y maldiciendo por lo bajo otros. Lanzáronse á escape; conociáse que el capitán tenía impaciencia. ¡Capitán! Dios sabía lo que era aquella mujer, aquella niñita como una rosa de Abril y con unos ojos duros y brillantes como el plano de una espada.

Anduvieron algunas horas: la joven, muy pensativa, sin preocuparse, al parecer, de lo que pasaba junto á ella; el Fiscal, taciturno y dado á los demonios.

El rayo divino de las pupilas de Fili-

grana habíasele entrado de rondón en el pecho, punzándole y quemándole. El Fiscal decíase:

— ¡Al diablo las mujeres y mi alma empecatada, y al diablo la hora en que la vi y la traté de cerca, para que yo purgue todos los pecados míos y todas las agonías que hice pasar á otros, que ya era hora de que alguien me cogiese á mí por la parte del sentimiento y me mareara y me volviera loco! Y lo que es á esta niña, no hay que andarle con bromas, ni con lo de más acá ó lo de más allá; porque el día menos pensado que me desmande, ya me estoy sintiendo con el cráneo roto del tiro que me suelta sin encomendarse á Dios ni á Santa María. ¡Por vida del chápíro, señor, y es cosa fuerte que para esto haya uno pasado la vida haciendo daño á unos y á otros y dando que hacer en el mundo!

Contúvose en sus reflexiones al oír la voz de Filigrana.

— ¡Eh, Fiscal! ¡Véngase V. por aquí!

Adelantó el Fiscal su caballo; y cuando estuvieron juntos la joven y el valiente, díjole aquélla:

— ¿De modo, que nosotros podemos ir y venir y hacer y acontecer, cuándo y cómo nos dé la gana, sin que nadie se meta en averiguaciones?

— Mire usted, señorita; lo que es eso de las averiguaciones, ya es distinto; porque donde nos coja la guardia civil, si se atreve, porque somos muchos y generalmente nos encontramos en los caminos con una ó dos parejas á lo más... nos para y nos pide los pases, y los salvo-conductos, y la mar de documentos que yo llevo en el bolsillo y que sin duda el señor Rompiente me dejó para que yo me las entendiera en estos casos, con objeto de que usted no se molestara.

— Y dígame usted, Fiscal amigo, y perdóneme tanta indiscreción: esos documentos, ¿qué significan, y á qué se refieren, y á dónde van á parar? Algo y aun mucho se me alcanza de la cosa, pero quiero estar más enterada, que no

en balde me recomendó el señor Rompiente á toda la prosapia de su talento de usted, que tanto vale y tan bien se las maneja en esos casos de erudición y en el tejemaneje suyo para explicarla, que me ha sabido á mí desde el principio á miel y rosas.

—Pues mire usted, señorita Filigrana: usted no me molesta á mí nunca, y ya tuve el gusto de repetirle que me veo honradísimo con acatar sus órdenes. Esto es lo primero. En cuanto á lo segundo, que se relaciona con todo lo que usted dice de la prosapia de mi erudición y de mi talento, yo no sé decirle sino que me da vergüenza de que una persona tan principal y tan sabida como usted parece, me digne con sus elogios, que valen más por eso y nunca agradeceré bastante.

De los documentos queda que hablar ahora. Los principios de esos papeles están en una historia larga, muy larga, en la que yo nunca he tomado parte, pero que algo se me husmea de ella,

porque hace mucho tiempo que ando con el señor Rompiente, y quiere decir, que lo que no se escapa hoy escápase mañana, y ata uno cabos, y compone y urde, y resulta al fin que, si no la historia, parte de ella, saca uno en claro poco á poco. Pues el señor Rompiente, que aunque no lo parezca tiene también mucha vara alta en Madrid con gente muy principal y encopetadísima, inventó el proyecto de hacerse con una partida de hombres á caballo, gente que había sido probada en lides y de corazón, y dispuesta á todo. El señor Rompiente necesitaba de estos hombres para asuntos particulares suyos. Pero ahí verá usted; como no es cosa que un don Particular vaya de ceca en meca escoltado de hombres á caballo como un general, allá se fué con sus valimientos, influye por aquí, influye por allí; y pretextando el bien de la patria, y los bandos del buen gobierno, y la respetabilidad del constituído, y el generoso desinterés de Rompiente resultó al cabo

de mucho ir y venir, que se autorizó en altas regiones al señor Rompiente para que reclutase (por su cuenta, por supuesto, que entonces no se le hubiera concedido nada) una partida de hombres de á caballo, que él mandaría en jefe, siendo la misión de estos hombres la de dar al traste con matuteros, contrabandistas y ladrones, y con los contrabandistas principalmente; una ronda volante que iría de venta en venta y de pueblo en pueblo, en los lugares más sospechosos de ese oficio de contravenir lo ordenado; ayudar á los carabineros, si se necesitaba, para la detención de tal ó cual alijo, á la guardia civil, para la captura de tal ó cual facineroso, y rondar principalmente las costas de estos pueblos de levante. Hace ya algunos años que vivimos así, desfaciendo algunos agravios, á decir verdad, pero cometiendo también algunos entuertos, que no suelen ser ciegos del todo porque el señor Rompiente ha tirado á los chicos, á todas horas, de la rienda.

— Ahora sí, ahora es cuando de veras me voy enterando; y me pasa en este instante como si estuviera viendo todo lo que ha sucedido con esa buena gente que nos acompaña. No entuertos, sino grandes tropelías, serán las que debieron cometerse á escondidas del capitán y cuando éste no estaba con vosotros. Y porque voy con eso, además de lo que usted me ha dicho, no ya de suposición en suposición, sino de suposiciones en suposiciones, se me alcanza con mucha claridad una cosa: lo que se me alcanza es, que cuando Rompiente estaba conmigo, ó con la Alondra algunos días, ó una semana y dos, y hasta un mes, usted se quedaba responsable de los muchachos; y ese tiempo fué, sin duda, el de los entuertos, que usted consintió; de modo que con no consentirlos yo ahora, so pena de una muy grande injuria que se me haría, la cual injuria castigaré yo misma sin andarme en oste ni moste, porque, para que usted lo sepa, tengo yo muy malas entrañas cuando llegue

el caso, y que para eso le pedí á usted la carabina y le pedí el cinturón con el cuchillo y el revólver, que los tengo colgados y que me caen muy bien, y que no me pesan nada... bueno, pues: aparte de lo que le dije, con ir yo muy derecha á Rompiente en el mismo instante en que me lo eche á la cara, y con contárselo todo de corrido, veremos entonces cómo se las arregla el segundo de la ronda para responder de los justos cargos que se le hagan, habiendo consentido que se cometan atropellos y que se robe, y que se mate quizás, bajo capa de que somos de la ronda y con la satisfacción de esa impunidad que hace obrar con más sangre fría y que el negocio salga mejor, es decir, que el pecado sea más pecado, que no importa á nadie, porque luego andan por ahí los que cargan sencillamente con el mochuelo.

Amargósele el alma al Fiscal de oír aquellas frases en boca de Filigrana, y empezó á tenerle miedo grandísimo. El se hubiera matado gustoso antes de

tener sobre sí la mirada inquisitorial é interrogativa de Rompiente, y se le figuraba ya oír aquella voz suya, melancólica y firme, haciéndole aquellos cargos mismos que Filigrana le había hecho en tono medio burlón, medio malhumorado. Más temía el Fiscal aquella mirada de Rompiente y el acento suyo, sentencioso y dominador, que todos los trabucazos y las puñaladas que se dieron en toda Andalucía desde que lo es; y por eso fué grandísima la inquietud que se le metió de repente al hombre entre pecho y espalda. Había otra cosa, además, que le llevaba á mal traer con su persona y con todo el mundo, y era un temor que se le iba metiendo también no sabía dónde, andándosele por dentro de la cabeza como pinchitos agudos que le martirizaban las sienes, y bajando á la garganta luego, se le ponía allí, obstruyéndosela y haciéndole tragar saliva; y este otro temor, para que lo sepan ustedes, provenía de que Filigrana pudiese encontrarle perverso

y le despreciara ya que no le quisiera.

Acometíanle, al pensar en esto, unas bascas que ni las de la muerte. Se sintió confuso por primera vez en su vida, y descontento de sí mismo y maleado y maltrecho, sin que se explicase la causa principal de todo aquel laberinto obscuro en que se metía. Permaneció callado, haciendo que su cabalgadura fuese al paso de la de Filigrana, y de vez en cuando sentía Venturoso así como un gran estremecimiento en la persona del Fiscal, cuyo cuerpo tocaba casi con el suyo, como consecuencia de la postura que en el caballo del Fiscal llevaba.

— Yo digo, —exclamaba el Fiscal con lentitud,—que no me gustaría ni chispa eso de que el señor Rompiente supiera una palabra de si los suyos han cometido ó no entuertos durante su ausencia; pero de tal modo ejercen en uno su poder algunas personas y le revuelven los sentimientos y los descomponen y

desbarajustan, que no me da cuidado de lo que me pueda venir, sabiéndolo Rompiente, si es usted la que se lo dice y es usted la que me acusa. Sin embargo, yo prometo á usted, haga eso ó no lo haga, que en adelante, y mientras yo pueda evitarlo, no sucederá lo de los entuertos en nuestra tropa; y tales cosas han de pasar, y de tal manera, que todo el mundo que nos conoce va á tomar á los granujas de la ronda por devotos varones y santos penitentes y almas en pena que van de acá para allá, haciendo con obras meritorias que purguen culpas pasadas; y me callo, aunque no me parece bastante todavía lo prometido; pero yo soy amigo de los actos más que de las palabras, y sucederán las cosas de tal modo, que usted diga que el mejor amigo que tiene en el mundo, después del Padrecito y después de Rompiente y después de Venturoso, es el Fiscal; y, aunque el más modesto, el que hará siempre sacrificios por usted, como cualquiera de los otros puede hacerlos.

— ¡Hombre, por vía e Cristo!

Aquellas palabras sí que habían gustado á Venturoso.

— Eso lo agradezco yo bastante,— contestó Filigrana; — y con la promesa que usted me hizo de que contendría á los muchachos, se unen las dos cosas para que ni una palabra diga yo á Rompiente.

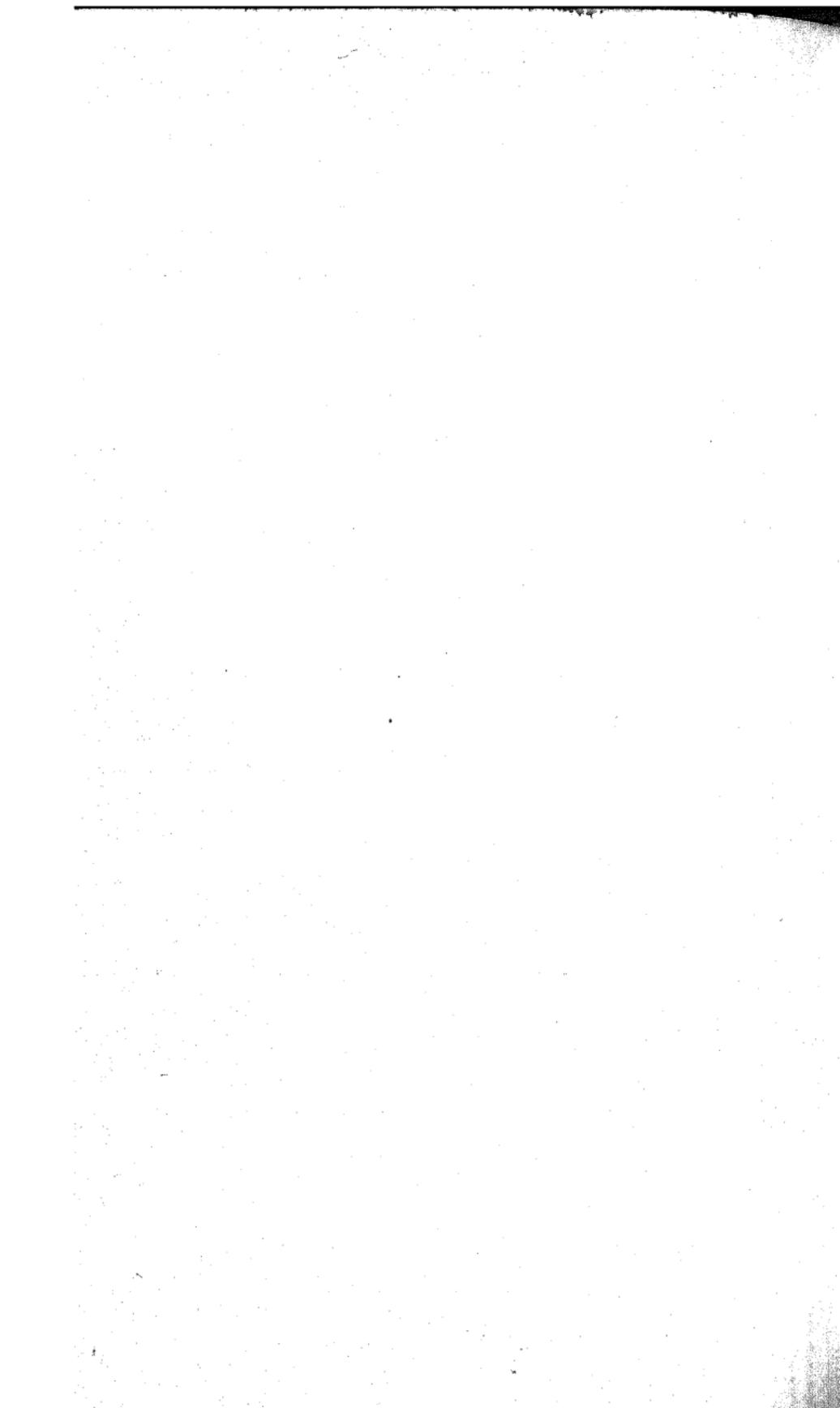
— Pues yo no le demostré mis simpatías por miedo de que le hablara, ni con mucho,— contestó secamente el Fiscal.

— Bueno; hemos terminado,— repuso Filigrana en igual tono.

No contestó el Fiscal; sujetando las riendas, dejó que el caballo de la joven se adelantara. Esta no pareció apercebirse de aquello, y siguió adelante.

— ¡Bueno, bien, perfectamente!— decía el Fiscal á poco, muy bajito.— ¡De modo que para estas cosas vive uno en el mundo y estas cosas tiene que aguantar, cuando á nadie le aguantó nada! ¡Esto sí que es fuerte! Pero la culpa no la tiene ella, ni nadie, ni yo

tampoco, sino el destino de las criaturas; el destino, que le trae á uno siempre de cabeza, hasta que da con el cuerpo de uno en la sepultura. ¡Mire usted por donde demonios fuí yo á dar, en mitad de mi carrera, con este señor Rompiente, para que el señor Rompiente me llevase á dar con la ronda, para que los asuntos de la ronda me llevasen á dar con esta Filigrana de mis pecados que va á ser mi perdición y mi ruina, como si lo estuviera viendo, cuando podría ser, no sólo mi felicidad, sino mi salvación en esta vida y en la otra! Pero yo soy un condenado, y cosas de estas del corazón no pueden salirme bien, porque condenado estoy y tengo que condenar por lo mismo todo cuanto toco. Lo que yo dije: el destino, hombre, el destino de la criatura.



XXII

Anduvieron algunos días de lugar en lugar, preguntando á unos y á otros, husmeando como podencos, aunque no, desgraciadamente, para seguir la pista, sino buscándola, que era lo más triste.

Entráronse en Torrox para descansar un día, llamando grandemente la atención el tropel de caballos con aquel capitán jovencito, de tan bello porte y tan suave y distinguido. Don José Sevilla les dió alojamiento á la entrada de la población, allí en su gran molino harinero. Todo lo hizo y lo anduvo el Fiscal,

como supondréis, porque Filigrana no quería darse á conocer, ni quería tratos con nadie.

Cuando estuvieron ya instalados, el Fiscal dió vueltas á Cristobalón hasta conseguir dirigirle la palabra, sin que Guiñapo lo notase.

— Mira, Cristobalón, — le dijo; — escabúllete sin que te sienta la tierra, y vente para allá, para el ingenio de azúcar. Allí estaré yo esperándote, porque tenemos que hablar. Mucho cuidado y vivo.

Salió el Fiscal, y Cristobalón preparó el terreno de manera que Guiñapo nada pudiese sospechar de su salida. Siguió la carretera abajo en dirección de la playa. La noche era agradable. Iluminábalo todo la luna fantásticamente, y se respiraba un aire frío y puro, embalsamado con los perfumes de la campiña.

Como á un tiro de fusil de la fábrica de harina, marchando siempre por la carretera en dirección de la playa, miró á un lado y á otro cuidadosamente. Fal-

tábale muy poco para llegar al ingenio. Torció entonces á la derecha y fué hacia un higuerón de grandes ramas levantado sobre el camino, casi enfrente del ingenio. Allí, oculto en la sombra formada por el árbol, encontrábase el Fiscal. Llegó Cristobalón, y aquél le dijo en voz muy baja:

— Arrímate aquí y siéntate á mi lado. Ahora podemos hablar largamente. No tengas miedo, hombre, arrímate.

Hizo el mísero grandes esfuerzos para que su voz no temblase, y exclamó cuando se hubo sentado junto al Fiscal, al pie mismo de la higuera:

— Ahora mismo es la ocasión para que yo diga á usted lo que tengo que decirle, y que me muera yo de mala muerte, ahora mismo también, si no es lo fijo lo que yo le voy á decir. Sepa el señor Fiscal que á mí nadie en el mundo me habló nunca una palabra más alta que la otra, porque yo no se lo consentí ni podía consentírsele, y lo que es á pecho y á puños, á mí no me gana na-

die, y lo tengo probado y muy reprobado; pero que era lo que yo decía: á mí no me gana nadie tampoco á conocer la disciplina y á respetar á los jefes, y el señor Fiscal es mi jefe, y en levantándose yo contra el señor Fiscal va á ser ella, porque se arma la de Dios es Cristo, y será una revolución y un mal ejemplo, y lo que va á pasar yo no lo sé... Y como todo eso pensaba y me decía yo á mí mismo, precisamente, al mismo tiempo de recibir aquel soberano pie de paliza, no me quedó otro recurso que inclinar la cabeza y aguantarme con mis chichones y con mis cardenales, que tengo el cuerpo lo mismo que un consistorio; y ya está dicho. El señor Fiscal mande y haga de mí lo que quiera, que yo soy un subordinado y tengo pundo-nor y vergüenza para acatar á mis jefes sin chistar; pero que no quiera esto decir que otro que no sea el señor Fiscal puede á mí tocarme ni el pelo de la ropa, porque entonces sí que armo yo la de San Quintín y hago que se salgan los ríos de

madre y Andalucía y España entera se ahoguen de toda la sangre que yo saco del cuerpo á todo el que se ponga delante de mí. Conque hable el señor Fiscal lo que quiera y cuando quiera, y pégueme el señor Fiscal, y maltrátame, que yo estaré siempre humilde á sus mandatos y á sus obras para conmigo; pero que nadie venga á mí después y nadie me mire, porque me lo almuerzo si es por la mañana, ó me lo como si es por la tarde, ó me lo ceno si es por la noche.

No se echó el Fiscal á reir porque estaba de humor endiabladísimo.

— Tú, Cristobalón, — contestó, — eres un sin vergüenza, y todo lo que te falta de corazón te sobra á ti de palabrería, y quien no te conozca se creará que tú eres un valiente; pero demás sabes tú que te has sentado para que yo no conociera que te tambaleabas de miedo.

— Pues aparte de que yo me tambalee ó no de miedo, tengo que dar á usted una noticia.

— Hazme el favor de explicarte, Cristobalón, que me urge mucho y ya está haciéndoseme la boca agua.

— Pues usted verá: una noticia no es, principalmente, que es una opinión.

— Me estás martirizando, hijo, y no tengo ganas de martirios. Acaba pronto.

— Yo, la verdad, conozco mucho á Guiñapo, y había una cosa para acabar pronto con este lío.

— Cristobalón de mis pecados, te voy á dar un revés que vas á poner una jeta de á cuarta. Concluye ya del todo, que se me está ardiendo la sangre, y todavía, y á pesar de todas las cosas, no sabes las malas pulgas que tengo.

Al hombre se le amargó el alma oyendo ese discurso y se apresuró á decir:

— A Guiñapo no le saca ni el Verbo una confesión del buche. Es astuto como una serpiente, y yo no me tengo por quién para andarle con diplomacias, porque sabe mucho más que yo; Guiñapo está muy alegre, y eso me prueba que no vamos por buen camino por aquí

para encontrar á nuestro hombre, que ya me figuré que es á eso á lo que vamos. Yo sorprendí á Guiñapo algunas palabritas y saqué en limpio que tiene unas ideas muy negras con respecto á cierta Filigrana, que malos tiros me peguen si no es el capitancito nuestro.

—Vamos, hombre, — dijo el Fiscal pensativamente;—no me parece ningún disparate lo que dices. Casi me figuro lo que pasó, y es que el dichoso Padrecito no está por aquí, ni en la provincia de Málaga tampoco. Este Guiñapo tendrá de seguro la guarida por otros sitios, como si lo viera.

—Ahora sí que se va usted arriando, señor Fiscal. Yo cogería á Guiñapo y le arrimaría un pie de paliza para que confesase de un tirón los pecadillos que tenga en el cuerpo. Vendrá muy bien, porque yo soy amigo de mis amigos, y lo que para mí venga me gusta que los demás lo disfruten.

—Eso es muy generoso, — dijo el Fiscal socarronamente, — y casi me dan

tentaciones de ponerlo en práctica. Tú, en tanto, estáte á la mira y desmenúzame hasta el aliento de ese, y cualquier cosa que haga ó diga, me la cuentas al punto.

Deshízose Cristobalón en ofrecimientos, y echó á andar delante el jefe hacia el molino. Llegó la noche. Echáronse á dormir, sobre costales unos y en el suelo los más. A Filigrana le dieron una pequeña habitación arriba, y se retiró ella con Venturoso. Habíase metido Guiñapo en un oscuro rincón. Hizo allí una cama de costales vacíos y arrimó Cristobalón la suya junto á él.

Hablaron algún tiempo misteriosamente. Oyéronse á poco los ronquidos de Guiñapo y el compañero fingió dormir, como lo hacía el otro. De entre unas enormes piedras inmediatas, medio ocultas con grandes sacas de trigo y trastos diferentes, se destacó entonces una sombra, deslizándose á lo largo de la pared, y desapareció á los pocos segundos.

.

Sería la una de la madrugada, cuando el Fiscal pegó discretamente con los nudillos en la puerta de la habitación de Filigrana. Hallábase indeciso y como turbado: el pensamiento no más de que hablaría con aquella mujer un solo minuto, le hacía estremecer y revolverse en unas sensaciones inmensas.

Creyó que iba á esperar un rato, porque Filigrana estuviese dormida, pero no fué así: conforme hubo tocado á la puerta, oyó la voz vibrante y fresca de la moza.

— ¿Quién va?

— Soy yo, señorita: soy yo, que tengo que contar á usted muy graves cosas.

— Pues ¿qué hace usted, que no entró ya á contarme todo eso?

Empujó el Fiscal la puerta, y estaba temblando cuando se hizo presente. Saludó de una manera que pareció á Filigrana tímida, y ella le sonrió con afeblidad. Aquel hombre respiró, como si le hubiesen quitado una montaña de sobre el pecho: temía la adustez de

Filigrana, como no había temido á nadie.

Halló á la joven vestida; el lecho estaba intacto.

— Usted me perdonará, — dijo, — si á esta hora la interrumpo, aunque yo sepa de más que esto es en contra de lo razonable y lo conveniente.

— Nada más que por eso que ha dicho usted, — contestó Filigrana en aquel tono suyo, de afabilidades y dulzuras, enérgico y lleno á la par, — va usted á sentarse aquí á mi lado ahora mismo y á decirme todo lo que decirme tenga.

Señaló Filigrana una silla próxima, y el Fiscal tomó asiento. Filigrana le observó atentamente á la única luz de un velón de Lucena que alumbraba el cuarto con dificultad. El reflejo luz proyectábase vigorosamente en las facciones varoniles y pronunciadísimas del Fiscal, en los ojos grandes, hermosos, negrísimos de aquel hombre, cuya belleza se destacaba fantástica y dura á los extraños efectos de aquella luz. Sor-

Filigrana, como no había temido á nadie.

Halló á la joven vestida; el lecho estaba intacto.

— Usted me perdonará, — dijo, — si á esta hora la interrumpo, aunque yo sepa de más que esto es en contra de lo razonable y lo conveniente.

— Nada más que por eso que ha dicho usted, — contestó Filigrana en aquel tono suyo, de afabilidades y dulzuras, enérgico y lleno á la par, — va usted á sentarse aquí á mi lado ahora mismo y á decirme todo lo que decirme tenga.

Señaló Filigrana una silla próxima, y el Fiscal tomó asiento. Filigrana le observó atentamente á la única luz de un velón de Lucena que alumbraba el cuarto con dificultad. El reflejo luz proyectábase vigorosamente en las facciones varoniles y pronunciadísimas del Fiscal, en los ojos grandes, hermosos, negrísimos de aquel hombre, cuya belleza se destacaba fantástica y dura á los extraños efectos de aquella luz. Sor-

prendió Filigrana, en este punto y por primera vez, el fuego que ardía en aquella mirada, fija en sus ojos con una expresión inmensa de ansiedades, de locuras y de sumisiones, y un estremecimiento profundo de inquietud y de angustia hizo palpar todo su organismo. Filigrana comprendió en aquel punto el amor que aquel hombre sentía por ella.

Dominó valientemente la impresión penosa que tal descubrimiento habíale producido; y cuando el Fiscal se hubo sentado, esperó tranquila á que hablase.

— Yo vine á esta hora, — exclamó el Fiscal, — y repito que lo siento; pero usted es un alma de Dios buenísima, y ya estoy más tranquilo para decir á usted lo que venga al caso, y no como la otra mañana, que me quedé traspuesto y como quien ve visiones con la escandalosa que usted me echó.

— No me acuerdo yo de eso, ni tengo por qué acordarme desde el punto y hora en que usted me dijo que respon-

día de que los hombres de la ronda iban á ser en adelante santos en sus peanas. Con eso no más, porque yo confío en la palabra de usted, me bastaba á mí, y ya no tenía razón de ser la mala cara ni el gesto retorcido. Aquello terminó ya, y vamos ahora á eso que tiene usted que decirme de la conversación gravísima que Guiñapo ha tenido con Cristóbalón esta noche al acostarse los dos allí, en el rincón donde están aquellas ruedas de molino que meten miedo por lo grandes.

Miró el Fiscal como asustado á Filigrana: quedó suspenso, inmóvil, fijos los ojos y con el sombrero en la mano, como si de repente le hubieran convertido en estatua, pero una estatua muy ridícula.

Filigrana se echó á reír.

— Usted puede reirse todo lo que se le antoje, pero eso no quita para que yo tenga razón en sorprenderme. Yo vengo á dar á usted una noticia que considero de interés, y casi estoy por

jurar que lo tiene verdaderamente; y cuando la creo á usted encerrada en su cuarto, y metida en su cama, y soñando con los ángeles y los querubines con que debe soñar una hembra como usted, con una cara como la de usted y un corazón valiente y bendito como el de usted, resulta ahora que sabe usted lo que yo vengo á decirle, y yo, naturalmente, me sorprendo, porque es cosa de hechicería.

— Vaya por los requiebros, pero que no vuelvan á ocurrírsele al amigo Fiscal, si no quiere que concluyamos para toda la vida.

Al Fiscal se le encogió el corazón. Filigrana se prevenía; Filigrana empezaba á cerrarle la boca anticipadamente por si alguna vez podía dar al hombre la locura de confesarle su cariño; pero no demostró haber interpretado tan fielmente el pensamiento de la joven y siguió oyéndola.

— Respecto á que yo sepa lo que han hablado Guiñapo y Cristobalón, mucho

saber sería ya eso. Yo soy modesta y he de confesar humildemente que no sé tanto. Puedo decir que hubo conferencia; puedo decir que en esa conferencia se trató del Padrecito; puedo decir que Guiñapo se confió en parte á Cristobalón porque necesita una ayuda; y hasta puedo decir que se habló de Sierra Morena; pero no puedo decir más.

— Pues aunque no añadiera una palabra, — contestó el Fiscal prontamente, — con eso tenía ya de sobra para comprender que el Padrecito no está por estos lugares ni quien tal vió; cosa que ya me había figurado, y que casi confirmé por otra conferencia que tuve esta noche con Cristobalón.

— Sepamos todo eso. Lo que se refiera al Padrecito me tiene á mí siempre sin vida y sin alientos, y de rodillas soy yo capaz de ir hasta donde se encuentre, aunque sea en el fin del mundo, con tal de que yo le vea y no me separe más de su lado. Que lluevan entonces desgracias, miserias y toda clase de dolores;

que me reiré yo de todo lo que pueda sobrevenir estando yo con el Padrecito y estando el Padrecito conmigo.

— Bueno, — contestó el Fiscal, muy pálido; — lo que me figuraba, por algunas razones que no digo ahora para que su impaciencia no se aumente, era que el Padrecito no estaba por donde nosotros le vamos buscando. Ya sabe usted la entrevista que aquella mañana tuve con Cristobalón, de la cual resultamos muy amigos, y quedó el hombre en estar á la mira de todo cuanto al asunto pueda concernir. Esta noche, al llegar al molino, también celebramos otra entrevista, sin que Guiñapo se percatase; y allí fué donde Cristobalón me confirmó en mi creencia de que el Padrecito no está por aquí. Esta noche, y ya viene lo importante, se llegó á mí Cristobalón después de dejar á Guiñapo dormido; y hay, con todo, que dió á conocer Guiñapo á Cristobalón parte de su secreto.

El secreto aquí es la comprobación de lo que habíamos pensado: la persona á

quien se busca está en la provincia de Córdoba. ¿Dónde? Eso es lo difícil, lo imposible. Me atrevería á jurar que es en la Sierra. La Sierra es una tumba, un abismo donde todo se pierde. Hay sitios que no conoce nadie: intrincados, terribles, laberínticos, donde un hombre solo es suficiente para concluir con un ejército. Todo lo que se intente será en vano, y, aunque se intentara, queda una duda: y, si no es en la Sierra, ¿á dónde debemos ir? Además, hay otro inconveniente muy grande. A Córdoba podemos ir dos, tres de nosotros; pero la ronda es imposible. Nuestros papeles están en regla y tenemos jurisdicción, por decirlo así, en la provincia de Málaga no más. En saliendo de la provincia, tropezaríamos á los cuatro pasos con inconvenientes muy grandes: se nos detendría si queríamos continuar; tendríamos que ponernos fuera de la ley, que ahora nos ampara; resultando, á lo último, que en vez de perseguidores seríamos perseguidos.

Filigrana inclinó la cabeza, quedando hondamente pensativa. El Fiscal contemplábalas ansioso.

— He comprendido, — dijo Filigrana al fin: — Rompiente deberá tardar lo menos un mes... ya buscaré yo modo de que nos pasemos sin Rompiente. Como el remedio exista, lo encontraré.

El Fiscal hizo un signo afirmativo. Todo lo creía en Filigrana.

— Ahora — siguió ella — nos separaremos: mañana Dios dirá. Adiós y buenas noches.

El Fiscal iba á levantarse; pero se detuvo y dijo como vacilando:

— Una palabra no más, señorita Filigrana: una palabra sola que me interesa mucho.

— ¿Y qué palabra es esa, si usted gusta?

— ¿Cómo se las manejó usted para enterarse de lo que yo vine á decirle?

Filigrana se echó á reír, encogiéndose de hombros.



XXIII

Era muy temprano aún cuando Filigrana se levantó. Tenía el rostro muy pálido y parecía inquieta. Lo primero que hizo fué despertar á Venturoso.

— ¡Ea! ¡Al trabajo! Avisa al Fiscal. Dile que quiero hablarle. Y oye bien: vente y no olvides que quiero que estés á mi lado siempre que hable alguna persona conmigo, sea quien sea, y el Fiscal sobre todo. Anda, Venturoso, anda, y oye otra cosa: que no sepa que anoche estuviste espiando á Guiñapo y Cristobalón.

Salió el niño, y Filigrana quedó preparándose para la partida. Volvió á poco el muchacho; seguíale el Fiscal. No le dejó hablar Filigrana, ni para que diera los buenos días.

— Ahora mismo, dice usted á la gente que se disponga, y en camino de Málaga. Usted conoce el país. Bueno: pues ha de guiarnos, sin decir á nadie de la ronda su intento, al sitio más oculto de la campiña; allí recibirá mis órdenes, si algunas tengo que darle. Andando.

Saludó el Fiscal silencioso, y bajó las escaleras prontamente.

— ¡En camino! — gritó á la ronda.

Hubo un movimiento general. Fué la escena rápida, llena de relieve, pintoresca.

Iban los de la ronda con sus vistosos vestidos unos, con sus mantas, que hacía volar el aire, otros; los curiosos formaban círculo contemplando las cabalgaduras; traían los criados las sillas de los animales á cuestras; gritaba éste, regañaba aquél; y el Fiscal, en la puerta

del molino, inspeccionábalos adustamente. Encontró á Filigrana de mal humor, y, sin poderlo remediar, se puso él lo mismo.

Antes de un cuarto de hora, todo estuvo dispuesto.

Salió Filigrana, y la conmoción de los del pueblo fué grandísima: no habían visto jamás una figura más hermosa ni más simpática.

Montó la joven á caballo, con aquel donaire y aquel primor que mareaban al Fiscal. Montó el Fiscal, poniéndose á la grupa á Venturoso; montaron los de la ronda, se dió la orden de partir, y allá traspusieron carretera abajo.

Hasta más allá del ingenio fueron, tranquilamente, seguidos de gran multitud de curiosos. Aquello fué para Torrox un acontecimiento que, según las entidades del país, debería traer, tarde ó temprano, mucha cola.

Durante mucho rato se oyó únicamente por todo el camino el martilleo de las herraduras sobre la carretera.

Nadie tenía ganas de hablar. El mutismo y el mal humor del jefe, se pegó á los distinguidos sujetos. Guiñapo iba taciturno, y Cristobalón andaba prevenido, pensando en lo que vendría. Filigrana parecía de piedra en su caballo, que galopaba incansablemente.

Como una hora y media de camino llevarían, cuando se adelantó el Fiscal y galopó hacia la derecha, internándose á poco en un solitario y sombrío bosque. Extrañáronse de aquella maniobra del Fiscal y se miraron unos á otros con disimulo.

Detúvose de repente el Fiscal en lo más intrincado del bosque. Hallábase á la puerta de un chozón medio derruido. Descabalgó, fuése para Filigrana, preparóse para tenerle el estribo y díjole muy bajo:

— Este es el sitio á propósito que la señorita me encomendó.

— Bien, que descabalguen. Usted se estará con ellos. Avise usted á Guiñapo que entre en el chozón donde le espero.

Que no sospeche nada por parte de usted. Venturoso, vente conmigo.

No esperó respuesta, y entróse en el chozón con Venturoso.

Se fué el Fiscal para Guiñapo, y le dijo sencillamente:

— ¡Vaya, hombre! ¡Quién había de figurárselo, y la honra que ibas á tener cuando yo menos me lo figuraba! Suponte tú que me ha dicho nuestro capitán... ¡A que no te lo figuras! ¡Pues nada menos sino que quiere echar un rato de plática sabrosa contigo!... Y, la verdad, no sé yo por dónde le habrás entrado tú al gusto, porque no vi en mi vida una criatura más fea, ni más desgachada, ni más estrafalariota que tú, perdonando desde luego el modo de señalar. Luego dicen que las margaritas no son para puercos. Vamos, anda, y que el capitán no espere, que no está bien eso, ni sería comportarse.

— Y ¿para qué me querrá á mí? — preguntó Guiñapo recelosamente. — ¿Para qué me querrá á mí, cuando yo ni

pincho ni corto, ni sé dónde voy ni de dónde vengo y resulto el último mono de la cuadrilla?

— Mira, tú, pillo, que nos estás faltando á todos los presentes y á mí. No somos cuadrilla ni monos, y si acaso, lo que es mono, tú lo serás, y por esto tal vez sería por lo único que la niña quisiera contemplarte de cerca, para recrearse en tu hociquillo escuálido y tu fisonomía, más afilada que una navaja de afeitar. ¡Vamos! ¡Anda aprisita, nene!

Adelantó Guiñapo muy confuso. Llegó á la puerta del chozón, y preguntó, tembloroso, si podía entrar. Guiñapo era cobarde y lo fué siempre, y estaba arrepentido de aquel acto de arrojé suyo al meterse en el mismo cubil de la fiera, haciéndose individuo de la ronda; pero hecho estaba y no podía volver atrás. Impulsáronle dos elementos grandísimos: su deseo terrible y brutal de Filigrana, y el interés igualmente que tenía de servir á Villamuriel

por la recompensa que éste le diera. Procuró dominarse y aparecer impasible. Cuando Filigrana le dijo que podía entrar, adelantó hasta encontrarse cerca de la joven. Tan embebido estaba en la contemplación de aquella hermosura que ambicionó desde niño, que no se fijó en nadie ni en nada. Sólo tuvo pensamiento para pensar que estaba á solas con Filigrana, la deliciosa niña de tiempos anteriores. Sólo tuvo ojos para verla allí sentada dificultosamente en un cajón desvencijado, con el sombrero á sus pies y la mirada reflexiva, como si nadie ni nada hubiese entonces para ella en el mundo.

Detúvose ante la joven, y se quitó el sombrero respetuosamente.

Al principio de ver á Venturoso, de vuelta de su encierro, cuando menos podía figurárselo él, se conceptuó perdido, sospechando que el niño le podría reconocer. Se disfrazó todo lo que pudo cambiando sus jirones de siempre por un traje andaluz en que nunca le vió

Venturoso, y se desfiguró notablemente la cara, afeitándosela como convenía. Como Venturoso no pareció haberle reconocido, comenzó á tranquilizarse.

Era natural que, de reconocerle, se le echase mano; y la prueba de que podía permanecer tranquilo la tuvo en que siguió en la ronda sin que el Fiscal, ni Filigrana, ni Venturoso se hubiesen fijado en él siquiera. Todo eso lo pensó Guiñapo cuando pasó un poco su emoción delante de Filigrana, que permaneció silenciosa algunos instantes.

— Lo que sea sonará, — dijo al fin, filosóficamente.

Y no había acabado de hacer aquella reflexión, cuando levantó la cabeza la joven y quedó contemplándole con una fijeza que tenía mucho de curiosidad.

Desplegó al fin los labios Filigrana, y exclamó lentamente:

— Eres un cobarde, Guiñapo. Eres un necio también, porque ni te adorna siquiera la astucia que adorna á los cobardes.

Fué aquel un momento de prueba para el uno y para la otra.

Cuando la Filigrana de hacía ocho ó nueve años dirigió aquellas frases al hombre que se le presentó en la choza, pasó por su cerebro como un tropel de lágrimas, andrajos y extrañas figuras, la historia entera de su niñez, sus afa-nes, su abandono, su amistad con el Padrecito, su amor á él, su conoci-miento con Guiñapo, la mala intención de éste... Y al pensar Filigrana que aquel hombre escuálido, de mirada aviesa y de historia sombría era el niño de an-taño, traicionero como antes y más terrible y de más perversión, porque se alimentaba ya su organismo grosero de viles y desenfrenadas pasiones; al pen-sar que tenía al Padrecito en su poder, un rayo de cólera y de venganza ardió en su corazón apasionado, haciéndole pronunciar aquellas palabras.

La impresión de Guiñapo ya dije cual fué desde el principio: la de olvi-darlo todo al pensamiento de que tenía

á Filigrana delante; á Filigrana, mujer robusta, llena, fuerte, hermosa; la mujer aquella que ambicionó desde niño y á quien deseó furioso, desde que la hubo reconocido cuando era ya mujer. Su pensamiento grande, terrible, fué uno no más: que se encontraba á solas con ella. Le pasó una nube de fuego por los ojos. Sus pasiones más vivas, más ardientes, más tempestuosas, en aquel punto, se levantaron alborotadas como las olas en temporal tremendo, y necesitó oír aquellas frases de Filigrana para reponerse un poco, al comprender que estaba perdido, puesto que ella le reconoció.

Pálido y convulso oyó aquello sin tener, al pronto, contestación alguna. Olvidóse un instante de la furia amorosa que Filigranilla seguía inspirando, porque se conceptuó perdido; pero después de la emoción primera, se hizo cargo de que más perdido que estaba no podía estar, y esto pareció darle ánimos para sostenerse contra aquel mundo que se le venía encima.

Con una audacia, comprensible por lo que expliqué, exclamó descaradamente:

— Pues con la cobardía que tengo y todo, voy á explicarte una cosa, Filigrana; y es esa cosa que no grites mucho, porque puedo perderte y hacer que toda tu vida la pases llorando como una Magdalena.

— Y ¿cómo podrá perder á una mujer que no hizo daño alguno, un ladrón, canalla y sabe Dios si asesino? ¿Qué puedo yo temer de ti, que te tengo entre mis manos y podría denunciarte ó prenderte yo misma, y hacer que te encarcelaran y que te dieran garrote en mitad de Martiricos, que bien lo merecerás por las muchas infamias que hayas cometido en tu vida?

— Eso digo yo, — contestó Guiñapo cínicamente; — que es verdad y muy verdad todo lo que estás diciendo. Yo no he tenido la dicha de encontrar como tú, quien me vista y quien me calce y quien me alimente y quien me haga de

letras y quien me monte en pie de señorito.

— Educado y sin educación, vestido ó desnudo, hubieras sido siempre un canalla.

— Bueno, pues á mucha honra; y no te des tono, que tú siempre serás para mí Filigranilla la de las barcazas y la de la grillera y la de los fósforos del café de la Butibamba y del café de Sevillano, y eso lo diré yo en todas partes y á todas horas.

— Mira, Guiñapo: ni me importan tus zumbonadas ni tus ironías, porque tú siempre serás para mí lo que para todo el mundo que de verdad te conozca: tú serás un demonio de canalla, con alma de perro y corazón de perro y la sangre de perro y los sentimientos de perro; y no creas tú que á mí me importa el que tú hables ó dejes de hablar para decir ó no decir quién soy ó quién no soy.

— Pues ¿qué es lo que te importa entonces?

— Pues lo importante para mí, es el Padrecito; y como es lo que á mí me importa, y como yo sé que tú sabes dónde podría yo encontrar al Padrecito sano y salvo y sin que le falte ni un hilo de la ropa; y como yo sospecho, además, que á ti podría darte por no decirme dónde podría yo encontrar al Padrecito, como no sueltes tu secreto y no me pongas á mí al habla con él, entonces no te permito que te apartes de mi lado, ni que abras la boca más en tu vida, ni que menees la lengua; y ya sabes, supuesto que tan de antiguo me conoces, si yo sabré cumplirte mi palabra.

— ¡Hombre! ¡Ni que fueras todavía una chavala puerca y ladrona, recogiendo colillas! ¡Vaya un lenguaje que me gastas!

— Pues gasto el lenguaje que tú puedes comprender, mientras yo no me convenza de que necesitas otro más expresivo; en cuyo caso, aquí, en el mismo bosque, que para eso encargué al

Fiscal que me buscase un sitio á propósito, mandaré que te cosan á puñaladas ó que te acribillen á balazos; y yo mando aquí, y nadie más que yo; y ya sabes tú que lo que yo mande hacer contigo, no puede ser nada bueno; de manera, que no me des lugar al mandato. Habla, y pronto. ¿Dónde está el Padrecito?

— ¡Pues ahora salió la reina de las Españas! — replicó Guiñapo zumbonamente. — ¡Vaya un modo de pedir las cosas!

— ¿Dónde está el Padrecito? — repitió Filigrana.

— ¿Sabes una cosa, Filigranilla?

— Y ¿qué voy á saber yo?

— Que, por eso mismo que me acabas de pedir por tercera vez ó cuarta, es por lo que yo te dije antes que podía perderte y hacer que llorases toda tu vida como una Magdalena.

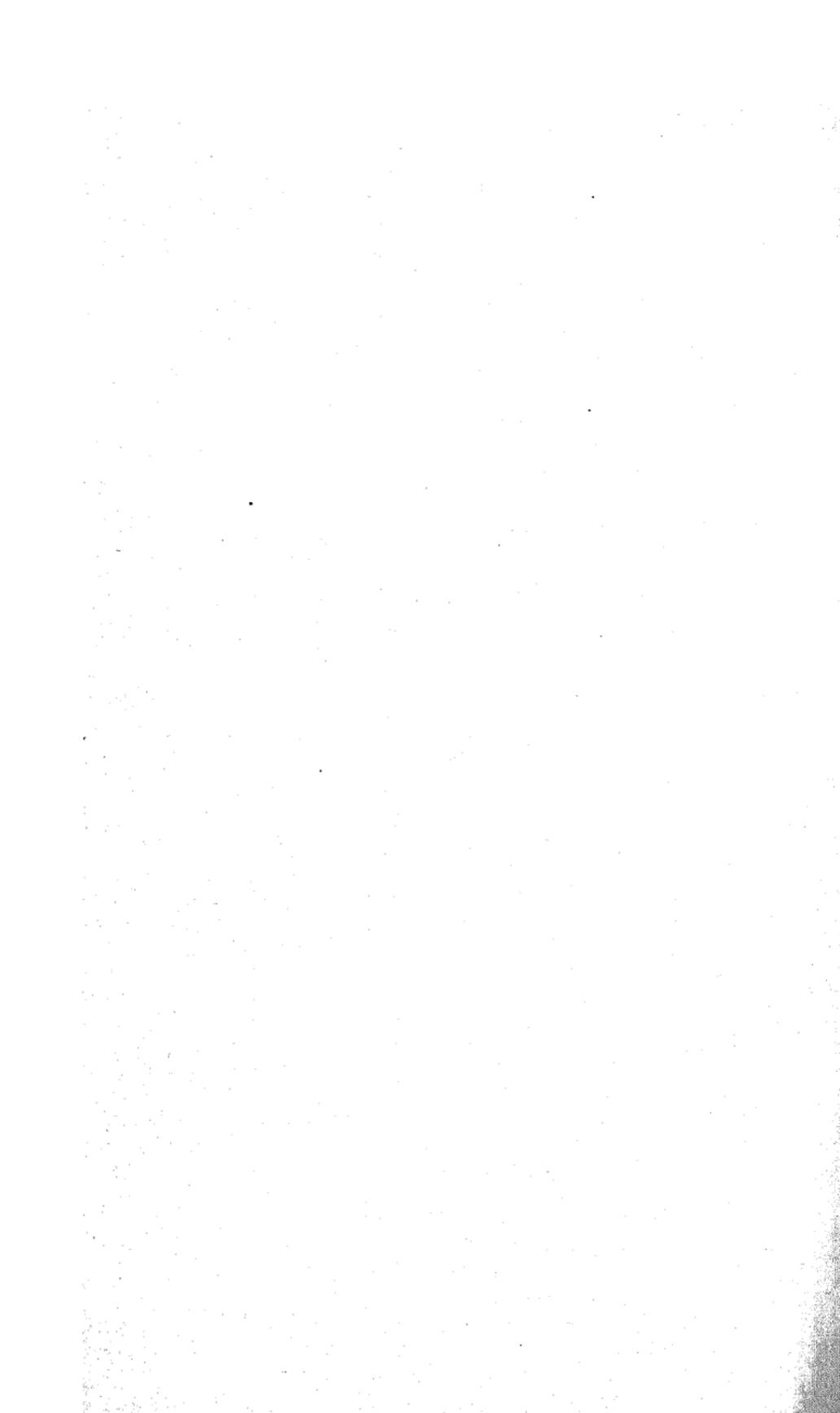
— No te contesto hasta que te expliques mejor.

— De modo, que si para yo explicar-

me mejor te dijera que tus amenazas no me importan, tú te quedarías con un palmo de boca abierta, porque ya sé que se necesita ser valiente para eso, y tú te figuras que yo soy un gallina; pero quiero ser claro, muy clarito; ni es valentía ni nada, sino que tengo la sartén por el mango. Supuesto que te franqueas y te me echas encima, no tengo por qué negar. El Padrecito sé yo dónde está, y descuida tú, que no se pierde. Sirviendo yo á Villamuriel, supe quién tú eras, es decir, que tú eras tú. Estuve haciendo daño á las personas queridas tuyas, porque Villamuriel me lo mandaba; pero no sabes tú qué secreta alegría me entró siempre al ejecutar sus órdenes, y figúrate con el gusto también que habré yo quitado de en medio al Padrecito. Allá Villamuriel en Madrid con Rompiente, que lo que es aquí, las cosas no pueden marchar mejor, y de seguro que mi amo no debe quejarse; y para que tú veas, Filigranilla, para que tú veas,

hija de mi alma, quién soy yo y cómo hago las cosas, el Padrecito está guardado, pero muy requetebién guardado, en una parte que yo sólo sé, y no he de decirla ni á Villamuriel ni á nadie. Lo que tú me hagas á mí, le harán á él: si me martirizas, le martirizarán; si me matas, le matarán. Ya obro yo por cuenta mía, y puedes figurarte que no iba á meterme en la boca del lobo. Me vine á la ronda, para estar cerca de ti, para verte, para hablarte, para recrearme en tu belleza, que me revuelve las entrañas, y para servir, al mismo tiempo, los planes de Villamuriel, espiondo todos tus actos y los de Rompiente. Cuando á ti se te antoje, puedes hacer lo que quieras de mi persona. La vida de tu Padrecito responde de la mía. Ahora que tengo la imaginación un poco más fresca, pienso en las dos únicas personas que podían haberme puesto en mal trance: Cristobalón ó ese demonio de chiquillo que tiene siete vidas, como los gatos. Supuesto que se me descubrió,

nada puedo hacer aquí. Quiero mi libertad, y yo te lo digo: si me hicieras daño ó me mataras, con que yo no me encuentre donde el Padrecito se encuentra, para un día determinado, que no está muy distante, habrá de sobra para que al dichoso ídolo de tu corazón lo cuelguen del cuello los que con él están, y lo tengas allí de adorno colgadito de donde yo me sé, para que los aguiluchos y los grajos se lo zampen.



XXIV

Acabó Guiñapo, satisfechísimo anticipadamente, y con razón, del efecto que debió producir su discurso en Filigrana.

Pero Filigrana había quedado mirándole con una impavidez que, después de algunos segundos, empezó á inquietarle un poco. Pareció que la joven le quería dominar moralmente con la mirada, como los encantadores de fieras, clavando en los ojos de Guiñapo su pupila negra, pura, apasionada, poderosa. El infeliz pareció abrasarse. Un fuego pro-

fundo como aquella mirada, y desconocido como los misteriosos secretos de la hermosura de aquella mujer, ardió en el alma de Guiñapo; fué un volcán que le abrasó súbitamente la sangre. Quiso dar un paso hacia Filigrana para unirse á ella más, para tocarla con sus manos, para convencerse de que aquella criatura que así le fascinaba era una mujer, para besarla hambrientamente en la boca, aunque luego tuviese que morir..., pero sostúvole un resto de presencia de ánimo aún, y no pasó de la intención aquel acto suyo de arrancar como una fiera sobre Filigrana.

Ella no había cesado de contemplarle; ciertamente, Guiñapo tenía motivo de sobra para confundirse ante la hermosura de tan real hembra... Habíase quitado Filigrana el sombrero. El peinado se le deshizo, y, á un brusco ademán, se le desprendió una pesada y hermosa trenza sobre los hombros. Era de un efecto singularísimo aquel pelo, largo, brillante, sobre la fina tela de su cha-

quetilla andaluza; tenía la manta medio caída también; y su cabeza destacábase vigorosa, gentil, divina, con su bello rostro, que parecía de nácar. Sentada como estuvo desde el principio en el desvencijado cajón, tenía un pico de la manta sobre una pierna, caíale el otro al suelo, y resaltaba así, redonda, vigorosísima, pura, la forma de un muslo ajustado fuertemente en el recio calzón.

Veía el bandido todo aquello, y su imaginación lasciva recreábase profundizando en lo que no podía ver de un modo real. Como la vez primera, necesitó recibir otra emoción muy grande para volver en sí de la locura que se le iba apoderando.

— ¿Has concluído ya? — le preguntó Filigrana perezosamente.

— Sí, — contestó Guiñapo con cierta inquietud, viendo que no habían producido sus palabras en Filigrana el efecto que pensó.

— Bueno. Voy á llamar al Fiscal.

— Y ¿para qué vas á llamarle?

— Mira, Guiñapo: el Fiscal me dijo que no me anduviera en contemplaciones; que él te cogería, y entre algunos de la ronda, que tienen mucha práctica en el asunto, te harían echar todo lo que tienes guardado, y entre eso que tienes guardado saldría lo del lugar donde se encuentra el Padrecito.

— Pero es — dijo Guiñapo todo tembloroso — que el Padrecito morirá si yo muero.

— Pero es — repitió Filigrana con la misma zumba que usó antes Guiñapo — que en algo se han de distinguir los valientes de los cobardes. Aquí la valiente soy yo y el cobarde tú.

— ¿Y por qué soy yo el cobarde y tú la valiente? Vamos á ver.

— Porque, en tocando á cobarde, tú siempre lo has sido, aparte de que lo has confesado hará cosa de un momento. Tú eres un cobarde y te las echas de persona conmigo en todo lo que dices, y parece que á ti todo el mundo te tiembla, y parece que tú eres capaz de tra-

garte una catedral con sus santos y todo, y luego tú no eres nadie. Toda esa valentía de ahora es porque tienes las espaldas muy bien guardadas.

— Bueno, yo no quisiera contradecirte, porque tú me conoces muy bien, y yo, además, no tengo empeño en ser valiente, siempre y cuando que las cosas pasen lo mismo que si lo fuera; pero dime tú ahora el por qué es tu valentía y dónde está que no la veo.

— Yo te lo explicaré y me darás la razón luego, como me la has dado antes. Voy á jugar el todo por el todo, y voy á mandar que te hagan pedazos, aunque me exponga á que hagan pedazos también al Padrecito. A ver si cuando tú te encuentres encima con la tormenta, y la tormenta de verdad, no flaqueas como yo supongo, y no dejas tú que vayan al diablo los asuntos de Villamuriel, y los tuyos, y los de todo el orbe, por salvar el pellejo.

— Y te quedarás sin Padrecito.

— Y me quedaré sin él.

— Prueba entonces.

— Venturoso.

De un rincón de la choza se destacó la figura del chiquillo. Adelantó hacia Filigrana y ésta le notó, así, como un grande anhelo de abalanzarse á Guiñapo y echarse sobre él y despedazarle. Fué aquel un terrible instante; al verle, toda la furia de Guiñapo se levantó tremenda. Olvidó la situación en que se hallaba para pensar en que fué vendido por Venturoso. Avanzó como un tigre hacia el niño, conforme le vió aparecer.

— ¡Eh! ¡Quieto! — gritó Filigrana, echando mano á su cintura.

Guiñapo estaba loco: no hizo caso: avanzó más, desnudando su cuchillo.

— ¡Atrás! — gritó Filigrana, que había desfundado su revólver.

No se detuvo Guiñapo, y Filigrana disparó resueltamente; hizo un movimiento Guiñapo para caer ya sobre Venturoso y el proyectil no le tocó.

Fué la joven á disparar de nuevo,

pero se contuvo: en la disposición que estaban en la choza, la bala hubiera podido herir en aquel punto á Venturoso lo mismo que á Guiñapo.

Se deslizó rápidamente hacia la izquierda para sujetarle; pero al mismo tiempo oyó la voz colérica, rápida, anhelosa del niño:

— Apartesosté, señorita Filigrana.

No concluyó de decir aquellas frases, cuando se oyó el zumbido de una piedra. Guiñapo soltó el cuchillo y cayó de espaldas.

Al sentirse el disparo fuera, la confusión fué grandísima. El Fiscal se aterró.

Hasta que estuvo ya en el suelo Guiñapo, hasta que entraron el Fiscal y algunos de la ronda que le seguían, hasta que se encontró con Venturoso á su lado contemplándola cariñosamente y como pidiéndole perdón sobre lo que había hecho, no comprendió Filigrana lo que sucedió.

— No me regañe osté, señorita Filigrana, — decía el niño.

— No, no puedo regañarte. Yo misma le disparé. Estuviste en tu derecho; te has defendido.

— ¿No me regañará tampoco la señorita Alondra?—preguntó Venturoso con verdadera inquietud.

— No, no te regañará, — contestó Filigrana sonriendo. — Pero vamos á ver lo que ése tiene.

— Pues éste, — dijo el Fiscal, — lo que tiene es un chichón más grande que la barriga de un canónigo.

— Y ¿no tiene más? — preguntó Filigrana.

— No más, y le curo yo más pronto que se reza un credo. Pero á mí lo que me encanta es cómo con un tiro se puede hacer una contusión semejante.

— Como que no fué tiro, — dijo Filigrana; — como que al yo disparar hizo ese un movimiento y la bala pasó rozándole; como que fué Venturoso, que le atizó una pedrada que lo dejó sin hálitos.

— ¡ Hombre! Pues ¡ vaya un niño que

se nos cayó del cielo! ¡Y qué bromas que se le ocurren!

—Por vía e Cristo, hombre, que si el Guiñapo hubiera venío pa osté con su cuchillo mesmamente, y se le hubiera escapao el tiro á la señorita Filigrana, y osté tuviera un rebollo en la mano, no se iba osté á quedá mirando los muñeco, ni le iba osté á permití que de una puñalá le partiesen los riñone; y si yo fuera osté, lo que haría era curarlo, ya que osté sabe de eso, porque á la señorita Filigrana no la dicho toavía en dónde está el Padrecito, y la señorita Filigrana eso es lo que quiere.

—Pues ahora sí que tienes razón; traigan agua; que si con agua y vinagre y un papel de estraza y un pañuelo por encima, estaría esto curado, con el agua que le refresque y con el pañuelo que le ciña y contenga el chichón para que no aumente más (porque entonces no podríamos sacar á éste de la choza, porque no cabría el chichón por la puerta), nos contentaremos y se curará lo mismo.

Trajeron al Fiscal el agua, y él sacó á Guiñapo su pañuelo de uno de los bolsillos de la chaqueta.

Filigrana veíale obrar en silencio, con Venturoso aún de la mano.

Refrescó el Fiscal la chichonera de Guiñapo, y, poniéndole luego el pañuelo en la frente, continuaba así en su discurso:

— ¡Lo que son las cosas, y cómo cuando uno cree estar más seguro, se encuentra con que le sale el tiro por la culata! Mira tú, Venturoso, tantas ginitas como le tenías á Guiñapo, y cuando tú menos la esperabas te vino la ocasión de plantarle esta catedral en la frente; porque este chichón no es chichón, sino una catedral más grande que la de Sevilla, con su Giralda y todo y con sus veinticinco campanas. Dios te bendiga la mano, hijo, y Dios te tenga de la mano á la vez; porque, como Dios no lo remedie, tú vas á meter á la cristianidad en un puño; y con el genio que gastas, y con la sangre en que abundas,

en cuanto pasen cuatro ó cinco años ni Dios te resiste á ti, y se quedarán chiquitos Diego Corrientes y Caparrota, y los Vargas y los Pachecos, y los Juan Palomo con todos sus niños de Ecija. Pero más vale callar, y andando, y afuera con éste, que le dé el aire.

Se hizo como el Fiscal lo indicó. Sacaron á Guiñapo entre cuatro individuos de la ronda. Uno era Cristobalón, y, para decir las cosas como fueron, conviene asegurar que Cristobalón salió de Herodes para ir á Pilatos; es decir, que el susto de una nueva y más poderosa cachetina del Fiscal habíasele ido, para preocuparse muy detenidamente de lo que diría y haría Guiñapo cuando supiera que Cristobalón, el mismo Cristobalón, le había vendido.

Porque era lo que decía Cristobalón para sus adentros, mientras sostenía una pata de Guiñapo:

— ¿En qué tenía yo puesto el sentido, vamos á ver, en qué lo tenía puesto la tarde que vino á mí Guiñapo para que

yo pidiese una plaza en la ronda para mí y para un compañero que sería él? Porque, vamos á ver: si yo estoy enterado de memoria de quien es el Fiscal, y tengo pruebas fresquitas de que no me equivocaba al juzgarle; si yo estoy enterado de eso, ¿por qué me consentí á dar gusto á Guiñapo, aunque me ofreciera el oro y el moro?

Al moro, al moro es donde yo me voy á ir, ó á donde este animal que llevo aquí de la pata (¡que ojalá quisiera Dios que le estirara de pronto para siempre!) no me vea, ni me huela, ni me entienda; porque, en viéndome y oliéndome y entendiéndome, se me figura que una vez nada más en su vida resulta valiente y me da una paliza como yo no la he soñado. Vamos, que esto no se puede resistir, y aquí pasará, si Dios no lo remedia, una cosa muy gorda.

Habían puesto á Guiñapo junto al tronco retorcido de un acebuche. Fili-grana siguió al cortejo detrás, con Venturoso á un lado y el Fiscal á otro.

—Dejadle ahí,—dijo la joven cuando estuvieron junto al árbol.

El Fiscal miró á Filigrana como si la interrogase, y ella, sombría, irritada, hermosa, como una reina de verdad y una reina despótica ante sus vasallos, exclamó secamente:

—¿Estará así mucho tiempo?

—Muy poco: ya vuelve en sí,—contestó el Fiscal al instante, con aquella humilde solicitud que ponía en su tono como viera á la joven incomodada.

—Bueno. Y ¿podrá oirme, podrá entenderme, se dará cuenta de sus facultades de un modo perfecto?

—Sin duda,—contestó el Fiscal lacónicamente.

—Está bien: se esperará aún,—exclamó Filigrana en el mismo tono.

Permanecieron así, rodeándole, y todos auguraron para sus adentros que la dichosa niña iba á cometer una barbaridad.

Vuelto en sí Guiñapo completamente, ordenó Filigrana:

—Atadle ahí, en el tronco, y que estén dos á su lado para su custodia.

Se hizo como la joven lo ordenó, y luego ella se aproximó al mísero, diciéndole:

— Ya ves que la cosa va muy en serio, de modo que te arreglarás como puedas. Yo te dije que jugaría el todo por el todo; pero, la verdad, tengo confianza en tu cobardía. Te martirizaré hasta que declares, y si mueres, bueno: los malos tragos, cuanto más pronto se pasan, mejor. Ya sé que matarán al Padrecito. A ver si tú me ganas á valiente; á ver si tú eres capaz de mantenerte firme y morir sin confesar tu secreto, como yo lo seré para matarte sabiendo que tu muerte acarreará la de mi amigo.

XXV

Guiñapo sonrió oyéndola, y dijo luego, probando el feroz egoísmo de su alma:

— ¿Qué valentía es la tuya, si tú no te expones? Vida por vida. Se trata de la suya y de la mía. Contigo no va nada.

— ¡Miserable! — exclamó ella, levantando el puño cerrado sobre su rostro.
— ¿No comprendes tú que muriendo él muero yo? — Y le volvió la espalda.

Se entró en la choza, inquieta, triste. Ella misma lo dijo: iba á jugar el todo por el todo. Guiñapo era un cobarde,

ciertamente: pero ¿y si tenía valor para morir? ¿y si ella se había equivocado?

Había prometido á Guiñapo que dentro de dos horas tendría lugar la gran prueba de los dos. Pronto transcurrieron.

Entró el Fiscal; estaba sombrío. Alguna cosa grande parecía roerle, enturbiarle el ánimo.

Filigrana pareció comprenderle al instante, y aumentó la inquietud que aquel hombre le producía.

— ¡Bien! ¿Qué hay? — preguntó disimulando.

— Han pasado las dos horas que concedió usted de tregua á Guiñapo para que hiciese su examen de conciencia.

— Y ¿por qué dice el señor Fiscal, — preguntó Filigrana en tonillo entre áspero y burlón, — que es examen de conciencia lo que el señor Guiñapo está haciendo?

— Pues yo lo digo, — contestó el segundo de la ronda sin titubear, — porque parece que no tiene muchos deseos

de confesarse; y como me parece también que usted tiene muy malas intenciones contra ese chico y le ha dado usted dos horas para que reflexione, no creo que se habrá ofendido á nadie diciendo yo que hizo examen de conciencia, figurándoseme que va á morir.

— Pues sí, señor Fiscal, se me ofende á mí, porque se entra en lo sagrado de mi pensamiento; y ahí no quiero yo que entre nadie, porque podría torcer el camino alguno y costarle un disgusto.

— Se me figura que la señorita Filigrana me está amenazando.

— La señorita Filigrana puede hacer lo que guste, porque tiene la convicción de que sus órdenes serán acatadas al instante sin replicar, y que sus menores caprichos han de ser leyes para la ronda, siendo usted el primero en obedecerlas de rodillas.

— Bueno, bien; pero como nadie ha pensado otra cosa, y como todo el mundo es eso lo que quiere y es eso lo que desea, acatarla y obedecerla de rodillas,

me parece á mí que está de más el que se nos haga recordar tan á menudo una cosa que nosotros sabemos que hay que hacer, y que, además de tenerlo que hacer por obligación, lo hacemos por devoción, y yo el primero.

— Pues adelante.

— Una pregunta no más quisiera hacer á la señorita Filigrana.

— Y ¿qué pregunta es esa?

— ¿Me perdonará usted si le parece inoportuna? Yo pido que la señorita Filigrana me perdone con anticipación.

— Perdonado: ¿qué pregunta es?

— Hela aquí. (La voz del Fiscal se hizo temblorosa). — ¿Qué hará usted si el Padrecito muere?

— Ya lo he dicho una vez, y se me figura de mal agüero tenerlo que decir otra. Guiñapo puede enterarle; que él se lo diga si habla con alguna persona después de la conversación que vamos á tener ya mismo.

Se levantó diciendo esto, y salió de la choza. El Fiscal la siguió silencioso.

Se puso la joven delante de Guiñapo, y le preguntó lacónicamente:

— ¿Hablarás?

— No, — contestó él con igual lacónismo.

— Sí; yo creo que hablarás.

El tono con que pronunció Filigrana aquello hizo estremecer á los de la ronda: un hondo escalofrío corrió por todos los cuerpos. Habían rodeado á Filigrana y á Guiñapo, y escuchaban silenciosos.

— Dices bien, — contestó Guiñapo entonces; — hablaré todo lo que pueda herirte, pero nunca para decir dónde está el Padrecito. Hablaré para anunciarte solamente (y no me importa que no lo creas, porque ya estoy desesperado) que los que le guardan esperarán un mes solamente. Si al mes justo no he ido, le matarán. Filigrana, faltan cinco días para que el Padrecito muera.

— Bien, perfectamente, — exclamó Filigrana con un terrible tonillo de zumba; — pues á morir los caballeros. Quiere decir que no será él solo: tanto

monta. Habrá algunas personitas que le antecedan, y habrá otras que le sigan. Ya sabes á lo que yo me refiero... Pero tú vas á morir con muchos requilorios.

— Bueno, — contestó Guiñapo horro-
rizándose de pensar que Filigrana tu-
viese valentía, al fin, como había pro-
metido, para reirse de la muerte del
Padrecito.

— ¡A ver! — exclamó Filigrana, vol-
viéndose hacia el Fiscal y hacia los res-
tantes individuos de la ronda. — Yo no
soy entendida en eso: ¿quién de vosotros
sabe alguna clase de martirio para apli-
cárselo á éste?

Quisieron todos hablar, pero Fili-
grana les contuvo, diciéndoles lenta-
mente:

— Bueno, no hay que precipitarse:
todos podréis hablar. No hay cuidado,
que habrá seguramente para todos los
gustos, porque ahora resulta que yo me
equiviqué, y que Guiñapo no es un
cobarde como yo había creído, sino un

valiente de marca mayor, con unos alientos que va á parecer mentira, y todo lo va á resistir sin que confiese una palabra. De modo que por eso digo que habrá para todos. Se le irán aplicando los martirios conforme lo vaya diciendo cada uno; y quiere decir que, como Guinapo es un valiente que va á dejarnos chiquitos y no hablará por muchos martirios que se le den, cuando se desmaye del dolor le cuidaremos como unas madres solícitas, y cuando vuelva en sí se continuará con los martirios que siguen hasta que se acaben, y entonces nos pondremos á intervalos. Que hable uno: tú, — añadió señalando al que parecía más viejo de la ronda, un individuo de patillas grises, de mirada oblicua, alto, seco, mellado y con un chirlo que le cogía toda la cara.

— Pues yo, — exclamó el hombre tranquilamente, apoyando la escopeta en el suelo y los brazos en el cañón de la escopeta, — sé una cosa muy bonita que vendrá que ni de molde para el asunto.

Se va y se toma toitica el agua del arroyo; se va y se tiende al Guiñapo boca arriba; se va y se le tapa la nariz con mucha fuerza; y asina, asina, pa poé resoyá entonces, abre él solo, sin que ninguno se lo diga, una boca que ni la de boquete del muelle tié que jácé; y por allí, por aquella bocaza que abre, se va y se le echa un chorro de agua despacio, mu despacio; y el agua se va metiendo, metiendo; y la barriga se hincha, se hincha; y asina se está una hora y otra hora, pasando más que Cristo pasó en la cru, jasta que da un estallío que se lo lleva el demonio.

— Pues andando, — exclamó Filigrana lúgubrementemente. — A ver: dos á tenderle boca arriba. Venga agua del arroyo. Tú: el del discurso, á ti te toca. Fiscal: usted avise cuando ya esté sin sentido para aguardar y que no se mueva, porque entonces el asunto terminaría muy pronto, y eso no conviene.

Se hizo todo como Filigrana ordenó. Cada individuo llevaba una enorme bota

en que cabía medio azumbre lo menos. Se llenaron dos: mientras se vaciaba después una, irían al arroyo á llenar la compañera:

Iban á empezar, y Filigrana exclamó de pronto:

— No, eso no me gusta.

Al oír estas palabras, Guiñapo respiró dichosamente, como si hubiera tenido toda el agua del mar en el cuerpo y se la hubiesen sacado de pronto.

Como si Filigrana hubiera comprendido lo que pasó por Guiñapo, continuó en aquel tonillo de burla fría y malévola:

— Pero no se vaya á creer por eso que la función concluye: no, señores, que no ha empezado aún. A ver, que siga otro su habilidad en esto de hacer que el prójimo sufra todo lo más posible, que ya estoy yo segura de que vosotros sabréis mucho de esto, porque sois unos bichos malos.

— ¡ Vaya ! — dijo de mal humor el del procedimiento del agua. — ¡ Pues

ahora sí que nos hemos lucido! Ni se sabe aquí lo que es güeno ni se entiende de gusto.

Y se echó para atrás, mientras el que le seguía adelantaba un paso.

— Pues yo, — dijo éste, — sé de una cosa que no hace bulto y parece que no es ná, pero que no sabe osté lo pronto que desata la lengua. Se coge un bordón de guitarra, así, como este que yo me saco del bolsillo; porque no sabe osté, pa tó hay que prevenirse en el mundo, y á lo mejó se encuentra uno con que se arma una fiesta en mitad del campo, y salta una cuerda de una guitarra, y ¡abur, Perico! porque to se güelve desconsolación y penuria, y nadie canta, y nadie baila, y no sabe osté lo esaborío que e jeso. Po se saca, como le iba yo contando, el bordón del bolsillo, así, como éste. ¡Mire osté qué limpio, y qué blanco, y qué brillante, y qué plata más fina que parece...! Como que de estos bordones no se encuentran en todas partes; porque éste me lo trajo á

mí, de donde Dios hizo el primero, una persona de mi conosencia y arrimo. Se cogen los dos dedos gordos de las manos del paciente con mucha delicadeza y mucho aquél; porque eso sí, para hacer estas cosas con finura me pinto yo solo, que no parece sino que estoy untando de perfumes la cara de un angelito.

— Oye, — exclamó Filigrana, — voy á interrumpir tu discurso para echarte yo otro. Y es que, como no vayas derecho al grano y sigas metiéndote y metiéndonos en lo que no te importa ni nos importa, voy y te cojo y te siento la mano. Es decir, yo no iré, ni te cogeré, ni será mi mano la que sobre ti se siente, porque al fin es finita y blanca, y no se hacen las margaritas para puerocos; sino que será el Fiscal, que está aquí á mi lado esperando solamente que yo le mire para hacer un destrozo contigo.

— Vaya, güeno, — contestó el otro, á quien un color se le iba y otro se le

venía, y con un ojo miraba á Filigrana y con el otro al Fiscal, temiendo una lluvia de palos en sus costillas. — Pues para decirlo pronto y no con la sal y la pimienta que estos asuntos serios necesitan; se le cogen los dos deos gordos de ambas manos, se le juntan, se le lía el bordón con algunas güeltas, dejándolo mu flojo; se mete entre el bordón y los deos un palito fuerte, así, por ejemplo, como el mango de un cuchillo; y se da güeltas como si fuese una barra, y va retorciéndose el bordón, y los deos se van juntando, y el bordón va metiéndose por las coyunturas, y crujen los güesos con un ruidillo que se hace la boca agua.

— ¡Muy bien! Pues andando, á la obra, — dijo Filigrana al instante.

Lo hizo el de la ronda inmediatamente, y Guiñapo, lívido como la cera, desencajados los ojos, convulso, los labios, blanquecinos y espumantes, empezó á sentir muy pronto los efectos del bordón de la guitarra.

Pero aquel dolor terrible de los huesos cortados por la fuertísima opresión de la fina cuerda no fué bastante para hacerle hablar.

— ¡Aprieta! — dijo Filigrana secamente.

Apretó el verdugo dando otra vuelta, y Guiñapo no habló una palabra.

Filigrana sentía horror. No había pensado jamás que aquel hombre pudiese resistir de semejante modo.

La desesperación hacía callar á Guiñapo. Filigrana, por otra parte, puesta ya en la pendiente, no tuvo otro remedio que continuar. Causábanle pavora aquellos hombres. No quería dar una muestra de cobardía delante de ellos; y de la propia compasión que le estaban ya causando las torturas de aquel enemigo de siempre, quería sacar ahora fuerzas y aparecer fría y malévola, cuando estaba sufriendo tanto dolor como el miserable.

— ¿Hablarás?

— ¡No! — dijo Guiñapo en un lamento.

— ¡Adelante! — dijo ella apretando nerviosamente la mano que tenía cogida á Venturoso.

Apretó el de la ronda, y Guiñapo entonces lanzó un alarido.

— ¡Bueno! — dijo el Fiscal, — suspendida la función; se ha desmayado.

Filigrana volvió la espalda sin hablar, llevándose á Venturoso. Entró en el chozón, y, abrazándose al niño, se deshizo en llanto que le salía de lo profundo del pecho.

— ¡Ah! — dijo. — ¡No volveré á martirizarle más, aunque le cueste la vida al Padrecito! ¡Prefiero que muramos los dos!

XXVI

— ¡Válgame Dios! — decíase el Fiscal andando arriba y abajo como una fiera, entre bufido y bufido. — ¡Válgame Dios, y el asunto cómo se va poniendo! No sé lo que aquí va á pasar; como la cosa siga así, voy al mar y me tiro de cabeza.

Le sacó Venturoso de sus reflexiones cogiéndole de la chaqueta para preguntarle sencillamente:

— Y dígame osté, señón Fiscá: ¿se morirá el Guiñapo de eso?

— Hombre, — contestó el Fiscal, alegrándose de que le distrajeran; — pues

tú verás: podría suceder que no, pero la cosa anda mala y milagrito será que no espiche; porque así que entre un poco en calor y sepa distinguir otra vez, allá iremos á seguir el sainete.

— ¡Por vía e Cristo! Po á mí no me da la gana que se muera.

Echaron los dos á andar en dirección del arroyo.

Guiñapo había vuelto ya en sí.

— A ver... ¿Cómo estás?— dijo el segundo de la ronda, inclinándose hacia él.

— Y ¿á qué vienes á preguntarme eso?— interrogó Guiñapo bruscamente.

— ¿Sabes tú, Guiñapillo, que para tener los dos dedos gordos de las manos como los tienes, no andas muy cortés?

— Pero ¿qué buscas aquí?

— Tu bien, hijo, tu bien solamente. ¡Y vaya unos bríos que gasta la niña!

— ¡Maldito seas tú y todos los tuyos, y maldita sea ella también!

— ¡Para que veas lo que son las personas desagradecidas! ¡Digo, el requiebro que nos estás echando ahora! ¡Ni

que fuéramos almas condenadas! Guiñapo, tú acabarás mal: yo te lo digo.

— Peor acabarás tú.

— Hombre, muchas gracias. Y ¿quieres decirme por qué?

— Porque vas por el camino que yo voy, porque tú andas desojado por esa mujer á quien mal rayo parta, y mal rayo me hubiera partido el día que la conocí, que era yo un chiquillo y ella una chiquilla. Tú estás desojado por ella, porque yo te vi, y apenas te vi lo adiviné. Y como tú eres más soberbio que yo y menos contentadizo, y tú eres una mala fiera con tu capita de hombre franco, te pondrás á lo mejor y querrás comerte el mundo; y como tú no conoces todavía á Filigrana y no sabes lo que es, y yo la conozco, ahí tienes tú, que en cuanto saques los pies del plato, que los sacarás, porque tú no puedes tenerlos dentro mucho tiempo seguido, sucederá que te cogerá ella, y, si á mí me pasa lo que me pasa, á ti te pasará otra cosa mucho peor. Conque déjame ya, y vete, y no

me mires, y no me hables, porque me parece que de esta hecha y con las negruras que á mí me van sucediendo, me volví como se vuelve un calcetín, y de cobarde que era soy más valiente que Dios, y si salgo de este lío me parece que no va á quedar luego títere con cabeza.

Al Fiscal se le amargó el corazón oyendo á Guiñapo, en lo que concernía á su enamoramiento por Filigrana. Pero como se dominaba fácilmente, se echó á reir con mucha sencillez, y dijo en tonillo socarrón que hacía quemar la sangre á Guiñapo:

— Hombre, pues estás tú más bueno de lo que yo me creía; porque mira que para el discurso que largaste así, sin resollar siquiera, ya se necesitan alientos; quiero decir que iré á contárselo ahora mismo á tu Filigranilla. Y en lo de que yo acabe peor que tú acabaste, también te equivocas, porque yo con un tiro ó con una puñalada estaría fuera de cacho; y ya ves tú que no es lo mismo que

estar ahí amarradito, estropeado, con esos bordones de guitarra en los dedos, que menuda fiesta que te han armado.

— ¡Maldito, maldito seas!

— ¡Bueno, vengan maldiciones! ¡Ni que fueras obispo! No parece sino que soy un mal cristiano y tú quieres excomulgarme. Y vamos al asunto; contéstame á una pregunta.

— Y ¿qué me tienes que preguntar?

— Algo sobre una conversación que has tenido con cierta persona.

— Y ¿quién es esa persona?

— Pues no creí que te gustara tanto que te regalasen el oído; pero, en fin, á los enfermos de mala enfermedad y á los reos en capilla, hay que darles gusto y te lo voy á dar á ti.

— Y ¿por qué estoy yo enfermo de mala enfermedad y por qué soy yo reo en capilla?

— ¡Pues ahora sí que estamos en lo mismo de antes! Porque te va á llevar el demonio si no hablas y no dices todo lo que hay que decir.

— Bueno: y ¿qué era lo que ibas á preguntarme?

— La Filigrana te habló algo, después de anunciarte que te iba á dar dos horas de término para que reflexionaras antes del martirio.

— Bueno: ¿y qué?

— Que ustedes hablaron alguna cosa del Padrecito, y de que si el Padrecito moría ó dejaba de morir si á ti te matábamos.

— Bueno: ¿y qué?

— Que entonces te dijo á ti una cosa que no me ha querido decir á mí, y, como no me lo ha querido decir, me indicó que podrías decírmelo tú.

— Bueno: ¿y qué?

— Pues ¡ni que fueras un reloj de repetición! — dijo el Fiscal amostazado.

— Que quiero saber lo que te ha dicho Filigrana, de lo que haría ella, si el Padrecito muriese. Vamos á ver: ¿qué te ha dicho á ti que haría?

— Matarse ella también, — contestó Guiñapo.

Oyendo aquello, entróle al Fiscal un escozor fuertísimo en toda la sangre. Se quedó callado, y dijo en tonillo ligero:

— Pues yo creía que era otra cosa de más interés lo que te dijo. Pero ¡bah! eso de matarse no merece la pena: cualquier criatura medio regular se mata hoy por un antojo insignificante. ¡Puff, Guiñapillo! Voy á decir á la capitana que estás nuevamente en estado de merecer. Vente, Venturosito, vente á dar la noticia, que tienes una boca que es un salero, por lo callada que se está cuando debe callarse. Porque tú, ángel mío, eres de los que callan y obran en llegando la ocasión. ¡Valiente rebo-lazo, hijo! ¡Qué pedrada! Te digo que no quiero acordarme. ¡Parece mentira! ¡Ea! Vamos.

Fiscal se iba, llevando de la mano á Venturoso.

— Oye, Fiscal.

Volvióse el Fiscal. Guiñapo fué quien le llamó.

— Vamos, — dijo aquél, parándose y soltando á Venturoso. — ¿Qué quieres?

— Ven acá.

— Allá voy. Sigue tú, Venturoso, y avisa á Filigrana para no perder tiempo.

Siguió Venturoso en dirección de la choza, y el Fiscal se aproximó á Guiñapo.

— ¿Qué te ocurre?

— ¿Nos oye ó nos ve ése?

Por la posición que tenía, sujeto al tronco, no pudo ver la dirección que tomaba el niño.

Comprendiendo el Fiscal á lo que aludía Guiñapo, volvió la cabeza. Venturoso había desaparecido ya.

— Ni nos oye ni nos ve, — contestó.

— Bueno, — repuso Guiñapo rápidamente. — Tú necesitas que el Padrecito no parezca.

Una oleada de sangre pasó por el cerebro del Fiscal. Le ardió en los ojos, en la cara, conociósele en el estremecimiento de su cuerpo. El Fiscal se había

vendido: no pudo fingir en aquel instante: hubiera sido demasiado.

— Bueno: ¿y qué? — pregunto ásperamente.

— Yo no diré nunca á Filigrana dónde está el Padrecito, aunque me sigan martirizando de esta manera.

— Y ¿á qué me vienes á mí con eso?

— Déjame libre y lo mataré.

— Y ¿qué voy yo á ganar con esa muerte?

— Te quito un estorbo.

— Bien, morirá el Padrecito; pero ¿qué hago yo luego si ella se mata también?

— ¡Bah! — exclamó Guiñapo, pareciendo alentar un poco. — Eso se dice, pero no se hace.

— Y ¿qué garantía tendré yo de que tú harás eso en dejándote libre?

— Mi palabra.

Al oír aquello el Fiscal levantó el pie y dió á Guiñapo un puntillón furioso.

— ¡Hombre, — dijo, — parece mentira que tengas tan poca vergüenza! ¿Con-

que ahora te me vienes con que yo tome por garantía de tus actos, para lo porvenir, tu palabra de honor ó de caballero? ¡Ahora sí que me ha costado trabajo contenerme para no poner en tu cabeza otra barriga de canónigo como esa que te puso el chiquillo en la frente! ¡Conque tu palabra! ¿Eh? ¡Vaya con Guiñapito!

— ¿Qué garantía quieres entonces?

Reflexionó un momento el Fiscal, y luego dijo, mirando á Guiñapo fijamente:

— Quiero, en primer lugar, que me digas dónde está el Padrecito. Quiero, en segundo lugar, que me pruebes que podrán quitármelo del medio seguramente para que no estorbe.

— ¿De modo que si yo te digo donde está el Padrecito...? — preguntó Guiñapo reservadamente.

— Yo, — contestó el Fiscal interrumpiéndole, — me comprometeré á dejarte libre, con una condición: la de que tú has de matarle, y que yo he de saber

dónde está el Padrecito y cómo te las arreglarás para hacer eso sin separarte de nuestro lado; porque irte tú de aquí sin que yo tenga la prueba de que el Padrecito murió, eso, ni lo pienses siquiera. Ahora tú te las apañas.

—¿De modo que yo me tendré que quedar en rehenes?

— En rehenes, hijo.

— Y tú, ¿qué garantías me das á mí?

— Ninguna: lo que te he dicho.

— ¡Hombre! — exclamó Guiñapo. — Todo lo haría yo por que á Rompiente le saliera su asunto al revés. Y la verdad, no hay orden de que al Padrecito lo maten como yo no vaya por allí, ni ese es el camino; y lo que yo quisiera es tener una coyuntura para enviar un recado nada más y le harían entonces más agujeros que á una criba.

— ¡Hola, hola, hola! ¡Conque esas teníamos! — exclamó el Fiscal socarronamente.

— ¡Esas! — contestó Guiñapo de un modo brusco.

— Pues mira: yo veo que no tienes otra cosa que hacer sino pasar por el aro. Y ya ves tú lo perfectamente que te saldrá todo. Tú me dices dónde está el Padrecito; tú me dices de qué medios hay que valerse para llegar hasta él sin consecuencias perjudiciales á la salud; tú me das la orden para que al Padrecito le descoynten, y yo mando á uno de los míos sin que se entere la tierra. Y cuando ese de los míos á quien yo mande vuelva y me diga que todo ha concluído y que el Padrecito voló á los cielos, voy y te suelto con la mayor frescura del mundo. Y quiere decir que, sin el reconcomio de que el Padrecito viva, ya tendré yo menos cuidado de arreglármelas con Filigrana y mantenerme firme y hacer al fin que roa el hueso, que es lo que aquí hace falta.

— ¿Y me dejarás libre cuando tengas la convicción de que lo han matado?

— Hombre, pues yo no sé cuántas veces es preciso decir las cosas.

— ¿Y no me das tu palabra?

— Mira, la verdad, Guiñapo: mi palabra vale tanto como la tuya y no debes confiar en ella. Pero, en fin, si tú te figuras otra cosa, yo te doy mi palabra, y todo queda concluído. Empieza ya á decir dónde está el Padrecito.

— Pues á la buena de Dios y salga lo que saliere. El Padrecito no está en la provincia de Málaga.

— Eso ya me lo había figurado yo, — contestó el Fiscal bruscamente. — Pero sigue, hijo, sigue.

— Está en la provincia de Córdoba.

— Pues, señor, también me lo había figurado.

— En la Sierra.

— Eso mismo. Sigue.

— En la zahurda de Malazaña.

— El demonio que te lleve, que eso no lo sé yo.

— La zahurda de Malazaña, — dijo Guiñapo, — para que tú te enteres, está en la Sierra; y hay que subir allá, saliendo por la Puerta Nueva de Córdoba y siguiendo por la carretera; y llegar

hasta la cuesta de la Concha y pasada la cuesta de la Concha, llegar luego al arroyo de Juan Barbo, que desemboca en el Guadalquivir; y subirse por el arroyo de Juan Barbo arriba, arriba, por la izquierda; y pasar las umbrías de Ramón Pérez, allá por enfrente de la Huerta Zahem; y allí, preguntando á cualquiera, te dirán al instante, ó se lo dirán á quien vaya, dónde está la zahurda de Malazaña, que yo te dije.

— Muy bien: perfectamente. Eso me ha gustado, y me parece que, por la buena fe con que tú caminas, al Padrecito le pasará una cosa muy gorda, antes de mucho, como Dios no haga un milagro. Pero dime ahora qué es lo que hay que hacer para llegar hasta los que guardan al Padrecito y para que los que guardan al Padrecito lo quiten de en medio mandándolo al otro mundo.

— D. Fernando Villamuriel concertó con los hombres que le custodiaban que

él avisaría si había que matarle ó dejarle libre.

— Bueno.

— D. Fernando Villamuriel me llevó á ellos, que ya me conocían también mucho, como la única persona de quien se podrían fiar y el único con quien debían entenderse en representación suya.

— Adelante.

— Yo entonces les dejé al Padrecito y quedamos de acuerdo en que, si no podía yo presentarme en persona, iría con una contraseña un hombre de toda mi confianza, debiendo entonces ser obedecido como si fuera yo ó el mismo Villamuriel.

— Adelante.

— Preguntarás, al llegar, por el Pi-jota.

— ¿Y esa contraseña?

— Fiscal, — dijo entonces Guiñapo lentamente; — yo te pido que me lo digas: ¿podré fiarme de ti?

— Hombre, yo no puedo hacer más

de lo que hice. Si te vuelves atrás, tú te lo pierdes.

— Bueno, — dijo Guiñapo como si se entregase con resignación. — La contraseña es la siguiente: *Cuesta Blanca*.

XXVII

Conforme oyó la contraseña, se alejó de allí el Fiscal.

Llegó á la puerta de la choza y llamó á Filigrana.

— Voy al punto, — dijo ella.

Hablaba con Venturoso.

Por primera vez en su larga carrera, apareció el Fiscal confuso y poco resuelto.

Nadie conocía el estado del Fiscal en aquel punto; nadie podía ser su juez; y, sin embargo, el mismo Fiscal estaba siéndolo. El enemigo más temible que tenían los jóvenes, para obtener la sal-

vación, era el amor propio del Fiscal. Dentro de él mismo se levantaba algunas veces, así, como en un arranque espontáneo é incomprensible, el primer pensamiento generoso que en su vida tuvo: este pensamiento generoso fué el de dejar completamente libres á Fili-grana y al Padrecito.

Pero el Fiscal no quería entrar con esas por temor de aparecer cobarde á sus mismos ojos, obrando así: por el escozor que tenía de que tal vez aquello no lo hiciera por un arranque espontáneo de generosidad solamente, sino que aquel arranque espontáneo de generosidad, primero que tuvo en su vida, como él mismo lo confesaba, podía ser muy bien el manto con que cubriría el miedo que Rompiente le inspirase.

Detúvose de pronto: quedó inmóvil, fijos los ojos al suelo, cruzados los brazos. Permaneció así algunos segundos, y, tomando carrera de pronto fuése disparado hacia la puerta de la choza.

Llamó otra vez.

— ¿Quién va? — dijo Filigrana.

— Yo, que quiero hablar con usted ahora mismo.

Filigrana abrió la puerta.

Se miraron los dos. Estaban muy pálidos.

— Siéntese usted, — dijo Filigrana — lo que usted va á decirme necesita tiempo, y no conviene molestarse mucho cuando no es preciso. Ya puede empezar.

— Y ¿qué voy á empezar, mísero de mí, si me dice que ya lo sabe?

— No tanto, amigo, no tanto. Conozco el asunto, pero no conozco los detalles.

No tenía aquella frialdad de otras veces; el tono de Filigrana, no tenía aquel desdén. Era de una dulzura y de una tristeza que hicieron al Fiscal mucho daño: parecía como que de pronto habíasele puesto un gran nudo en la garganta. Estuvo contemplando á la joven un momento, como si titubeara aún, y luego dijo de repente:

— O somos amigos usted y yo de esta, ó le pego fuego al chozón, y armo un cisco, para que estén los romances hablando sin parar toda la vida.

— Veamos todo eso, — dijo Filigrana reservadamente.

— Guiñapo me ha dicho, porque yo se lo pregunté, que si el Padrecito le faltase á usted por esto ó por lo otro, que se mataría usted sin decir oste ni moste y con la mayor tranquilidad del mundo.

— Es cierto, — dijo Filigrana con aquella dulce tristeza que tanto conmovía al Fiscal; — continúe usted.

— Supóngase usted ahora (y déjeme usted que lo diga todo para que no se hable de esto más)... supóngase usted ahora que me haya vuelto loco desde que la he visto, que me haya enamorado perdidamente, que me haya puesto por ese amor como no creo que nadie pudiera ponerse en el mundo de extraño, de nervioso, de sin sentido, de poco seso, de idiota, de extravagante, y de

un modo, en fin, que necesitaría ochocientos mil docenas de millones de calificativos para poderlo expresar, y no bastaría.

Filigrana oyó la tremenda declaración amorosa sin pestañear siquiera. No se permitió hacer un gesto de cólera, ni de desdén, ni de repugnancia; mirando con aquella fijeza dulce y triste al Fiscal, exclamó con su extraño laconismo:

— Continúe usted.

— La vida de una mujer á quien se quiere así, debe ser una cosa de mucho interés y de mucha importancia para el hombre enamorado.

— Sí, es verdad, — repuso Filigrana con un movimiento de cabeza.

— Perfectamente. Dejemos todo eso á un lado, como si se pusiera en el platillo de una balanza. Verá usted ahora lo que vamos á poner en el platillo vacío.

Quedó un momento silencioso el Fiscal, y luego continuó así:

— Vamos á poner en el platillo vacío,

primero: una repulsión muy grande que yo tengo al Padrecito, aunque no le conozca ni nada; después la palabra que empeñé á Guiñapo de no decir dónde estaba el Padrecito si él me lo decía; después la ventaja de que Guiñapo mate al Padrecito sin responsabilidad ninguna por parte mía, pues lo matará á condición solamente de que yo le dé suelta: hay también un terrible escozor de que se piense alguna persona, y aun yo mismo, que si algo hiciera yo en favor del Padrecito y de usted, lo haría por miedo de lo que en cambio pueda sobrevenirme; y hay, por último, el trabajo horrendo que me ha de costar las agonías sin fin, el parecer impasible viendo las felicidades satisfechas de ese señor Padrecito de mis pecados. Bien: ya está el otro platillo de la balanza cargado también. Vea usted ahora mis confusiones. ¿Qué haré yo? ¿Cómo me valgo? ¿En qué concluyo? ¿Qué haría usted en mi lugar?

Filigrana oyó aquello profundamente

conmovidá. Comprendía, en este punto, que su felicidad y la del Padrecito estaban en manos de aquel hombre; por un poderoso esfuerzo de su voluntad indomable permaneció tranquila. Comprendió que podía perderla para siempre un segundo de debilidad.

— Yo — dijo con lentitud — no puedo emitir mi fallo en la cuestión presente, porque soy parte interesada; pero como juzgo las cosas sin pasión en todas ocasiones, por dar á usted gusto le diré mi opinión, como si no conociera al Padrecito y como si estuviese hablando con usted por primera vez en mi vida.

— Conforme, — dijo el Fiscal, que la contemplaba embelesado.

— Yo voy á decir á usted por lo tanto: hay que exponer su personalidad verdadera, y hay que oponerle otra. La personalidad verdadera en usted la conocemos todos desdichadamente: la de un hombre sin corazón y sin entrañas, la de un malvado endurecido en el crimen, sin conciencia, sin sentimientos

nobles, sin alegrías puras; la de un valentón de oficio, de un infame que comerció con el dominio que con su voluntad ejercía sobre los demás hombres; la de un ser, en fin, repulsivo á todos y siéndole todo repulsivo. ¡ Ah! — dijo Filigrana sentenciosamente. — De un hombre así poco puede esperar el platillo de la balanza donde está el amor que usted profesa á Filigrana y el deseo de su bienestar y de su vida. Un hombre así deja matar al Padrecito, porque sus ideas de egoísta, sus sentimientos impuros y sus ansiedades de venganza contra el objeto odiado están siempre como llamaradas de infierno en el fondo de su alma podrida, y eso le quema y le absorbe sobre todo, sin que le quede allí hueco donde dejar que duerma un sentimiento dulce y puro de amor que le iguale en sacrificio.

XXVIII

El Fiscal se aturdió, pero dentro de su alma infame sentía una impresión nueva, estaba avergonzado. Intentó dominarse, echar ánimos, como suele decirse; pero no pudo. Por aquel sentimiento de vergüenza, no vayáis á creer que se sentía él como regenerado: sufría una irritación profunda contra sí mismo por no tener bríos para lanzarse sobre la joven y ahogarla.

— Bueno, — dijo apagadamente; — siga usted: me parece que todavía no concluyó.

— Queda la otra personalidad, la que había de suponer, la que no existe, la de un hombre generoso, la de un hombre cuyo corazón late santamente por las buenas causas; que ama, que se sacrifica, que sufre en silencio, que procura olvidar un amor imposible, y que, ya que no puede conseguir el amor de la mujer amada, porque el destino se opuso á ello, su corazón generoso y los actos grandes y dignos de ese corazón para con esa mujer, hacen que le consagre ella un recuerdo eterno de amor de hermana, de gratitud sublime, un sentimiento que vale tanto por su pureza y su sinceridad como aquel otro que tuvo que negarle porque las circunstancias se lo exigieron. Eso es todo y ya no hay más. Me he puesto en los dos casos, y yo no quiero decir lo que usted haría.

— ¿Por qué?

— Porque me es muy penoso. Ya he dicho bastante.

— Dígamelo usted.

— No, y basta. Como fueron todo eso

suposiciones y el tiempo urge, vamos allá en busca de Guiñapo á continuar nuestra tarea: que hable ó que concluya de una vez. Lo que dije esta mañana: á morir los caballeros.

Dió Filigrana algunos pasos como si no se preocupase ya del Fiscal; pero le observaba furtivamente, volviéndose con pretexto de llamar á Venturoso. Llegó el niño hasta ella y se encaminaron los dos á la puerta de la choza. El Fiscal libraba una batalla inmensa en su corazón: poníase pálido y enrojecía; estaba sombrío, adusto, terrible. Apareció ante los ojos de Filigrana con una hermosura magnífica. Iba ya la joven á salir, y se levantó el Fiscal bruscamente. Se arrojó á ella, la cogió de una mano y volvió para el interior de la choza. Filigrana se dejó conducir como un niño.

No se sentaron ya: quedaron allí de pie. Mirábanse fijamente: Filigrana fija como antes, dulce, triste; el Fiscal tembloroso y como si quisiera tomar

alientos para decir lo que pretendiera decir.

— Mire usted, — dijo con emoción que no pudo disimular; — las cartas están sobre la mesa: usted ganó, para usted es todo, y yo me quedo tan perdido como antes. Pero yo quiero que usted vea que todos nos equivocamos, y que, al ganar usted en el juego, usted es la que se equivoca: el Padrecito está en la Sierra de Córdoba, en la zahurda de Malazaña. Se va por la carretera de Madrid, saliendo por Puerta Nueva. Poco después de pasar la cuesta de la Concha, se tropieza con el arroyo de Juan Barbo, se sigue por su izquierda entrándose uno de este modo en la Sierra, y allí, junto á las umbrías de Ramón Pérez, cualquier pastor, ó cualquier guarda á que se pregunte, dará razón de la zahurda donde está el Padrecito. Hay que preguntar allí por un hombre: este hombre se llama *Pijota*. Hay que darle una contraseña, y bastará eso para que se le atienda y le con-

sideren como á Villamuriel ó como á Guiñapo, porque está convenido entre ellos que el que dé la contraseña irá á decir (porque ellos no puedan hacerlo)... que maten al Padrecito ó lo dejen libre. La contraseña es así: *Cuesta Blanca*. Ahora ya está todo hecho. Usted solita, acompañándose de un hombre en quien confíe no más, ó con Venturosillo solamente si así le agrada, puede ir por el hombre, sacarle de su prisión muy tranquila, hacerle feliz y ser usted dichosa, que todo eso lo hago yo por el gusto regaladísimo de que usted se equivoque y de que usted comprenda que un matón baratero, mala sangre, de alma podrida, lleno de egoísmo y de odio á todo aquello que le rodea, sin conciencia, sin impulsos buenos, empedernido y asqueroso, puede tener un instante bueno porque se lo dé Dios, y puede querer la felicidad de una mujer más que todo lo de la vida, y puede él mismo salvar á su amante y arrojarlo en sus brazos, y quedarse tranquilo, porque tiene pecho

para ello y para resistir todo lo del mundo; y se concluyó de una vez. Y ahora diga usted lo que quiera ó qué-dese usted callada, pero vaya corriendo por ese mozo, que estará allí, consumiéndose de amor y de angustias. Y se acabó mi cuento.

Filigrana cogió febrilmente las manos del Fiscal y se las estrechó llorando de gratitud. Venturoso corría por la choza dando trechas y vivas al Fiscal y á Filigrana.

— Vamos, — dijo el Fiscal, medio ahogándose viendo llorar á Filigrana; — para que se vea lo que son las mujeres: en cuanto yo cedí, ya no tenemos á nadie. Ya no tenemos orgullos, ni ironías, ni bravatas, ni alarde ninguno: ya está llorando como todas.

— Todo lo hice — dijo ella — por esa misma desconfianza mía: desde hoy siempre confiaré. Alguna cosa de la conversación que usted tuvo con Guñapo la sabía yo, pero Venturoso no pudo oír bastante.

— ¡Cómo! ¿Venturoso? — preguntó el Fiscal abriendo una boca de á cuarta.

— ¡Po y ya lo creo! — gritó Venturoso, dando una voltereta enorme. — ¡Cha, pa que á mí me se escape dinguna cosa! Allí me puse, endetracito de las retama, de un salto que dí, escabuyéndome de pronto. ¡Por via e Cristo, hombre! Yo no lo pude escuchar to, y me tiraba de los pelo de coraje; y na, y el Guiñapo agachandito la voz y osté agachandito. ¡Mardita sea, hombre! Y yo me queaba en blanco, y la señorita Filigrana se iba á quear también sin sabé na, como aquella noche en Torró, cuando yo escuché lo que Guiñapo decía al Mosquito, allí metiote entre los costale, ¡mardita sea! que salí enjarinao como un boquerón.

Todo esto lo dijo Venturoso saltando de alegría. A una de las cabriolas lo cogió el Fiscal en sus brazos y lo estrechó fuertemente.

— Y ¿qué haremos? — dijo Filigrana anhelante.

— Vamos, — contestó el Fiscal; — ya veo que ni tenemos capitán ni tenemos á nadie desde que usted tuvo la gran noticia. Ya usted no es más que una novia con impacencias febriles. Puede usted resignar el mando en mí, y, como ahora creo que tendrá confianza en este amigo, yo voy á disponerlo todo.

— ¡Oh, sí! — dijo Filigrana estrechándole las manos otra vez.

Iba el Fiscal á salir, y le preguntó ella de pronto:

— Y de Guiñapo ¿qué haremos?

— Pues yo, — contestó el Fiscal deteniéndose, — salvo el parecer de usted, ya que no pudiera cumplirle toda mi palabra, le cumpliría una parte siquiera, dejándole libre; pero si se quiere otra cosa, otra cosa se hará.

— No: vaya con Dios, enhorabuena. ¡Oh Fiscal! No sabe usted lo que he sufrido mientras le torturaban. No podía ya más: me moría de angustia y de dolor, viéndole.

— Pues mejor. Si usted quiere, se le

retendrá sin molestarle; y cuando tenga usted á su Padrecito seguro, largo, que se escabulla por donde quiera.

— Pues andando, — contestó el Fiscal.

Filigrana se quedó sola con Venturoso. No podía contener su emoción, y se echó á llorar otra vez, abrazándole dulcemente.

— ¡Oh Venturoso, niño mío! — exclamó en un transporte de entusiasmo. — A ti te debo mi felicidad: á ti te lo debemos todo.

— A mí no, ¡mardita sea! — contestó Venturoso bruscamente. — Yo no he jecho na ontavía.

— ¡Cómo! ¿Qué manera es esa de hablar? — preguntó Filigrana extrañándose.

— ¡Por via e Cristo, hombre! — gritó el muchacho, furioso. — ¡Por via e Cristo! ¡Mardita sea! — Y se mesaba los cabellos y pateaba el piso de la choza.

— Pero ¿qué tienes?

— ¡Que se va, que se va, y yo no quiero que se vaya!

— Pero ¿quién se va?

— ¡El Guiñapo, hombre, el Guiñapo!
¡Mardita sea!

— Es preciso, — exclamó Filigrana echándose á reír, — es preciso, Venturoso. Hay que ser bueno con los demás.

Venturoso se cuadró delante de la joven, se puso en jarras, la miró hosca-mente, y, haciendo un mohín de granuja verdadero, exclamó meneando la cabeza:

— Pero ¿en qué queamos? ¿A mí no me van á dejá que le dé una puñaláiya?

XXIX

¡A caballo! No había ya nada que hacer en el bosque y todo el mundo estuvo de punta inmediatamente.

Aquella noche encontrábanse todos en el cortijo del cementerio, aquel donde Filigrana tomó el mando de la ronda.

Filigrana fué puesta en el cuartito donde durmió con la Alondra una vez, y Venturoso quedó muy contento de estar allí, según palabras textuales, *mesma-mente*. Ya no tenía Venturoso á nadie á quien espiar, ni tenía motivos para estar alerta; ya no tenía que ir detrás de Cris-

tobalón ni detrás de Guiñapo; ya no tenía que ir detrás del Fiscal, porque ya era el Fiscal de los mejores amigos. — ¡Anda! — decía Venturoso. — ¡Mardita sea! ¡Como que le sacó á Guiñapo der cuerpo en drónde está el Padrecito! ¡Es mu mayó, es mu mayó lo que el señón Fiscá recala!

Guiñapo fué encerradito bajo siete llaves. Acto de prudencia del Fiscal, que no tuvo á bien imponerle de la trampa que le hizo. Guiñapo, por lo demás, habíase tranquilizado. Como el martirio cesó, fué una prueba para él de que el segundo de la ronda empezaba á cumplir el trato.

Filigrana inclinó la cabeza con abatimiento.

— Pues llegó la hora, — dijo el Fiscal á Filigrana, y á seguida gritó, llamando á uno de la ronda:

— Fajardo, ven acá tú.

Filigrana se acordó al instante de la historia de aquel individuo por habérsela contado Rompiente; es decir, de

su historia, no: de la historia de los Fajardos antecesores. El mocito de la ronda á quien llamó el Fiscal era aquel hijo y nieto de ladrones.

Se cuadró ante Filigrana y ante el Fiscal y se quitó el sombrero respetuosamente.

— A la orden, — exclamó. Y quedó esperando á que le hablasen.

— Mira, hijo: al fin te llegó la hora; al fin vas tú á desempeñar un encargo por tu cuenta y bajo tu sola responsabilidad. Tú tenías deseos de distinguirte en alguna cosa, y yo voy á que te distingas en mucho.

— Pues vengan pronto órdenes, — dijo el Fajardo sin jactancia, — que ya estoy yo corriendo para cumplirlas.

— Bueno: figúrate que vas á ir solito á donde nosotros te digamos, y vas á traerte aquí á escape al mozo detrás de quien anduvimos tantos días.

— Y ¿qué hay que hacer?

El Fiscal le dió las instrucciones convenientes, y añadió:

— Pasado mañana á mediodía tienes que estar aquí. Sales en el tren de la mañana para Córdoba, llegas allí á las doce, á las tres puedes estar en la zahurda, y tienes ya tiempo de entenderte con Pijota hasta por la mañana, que tomarás el tren, volviendo con el Padrecito. Mira qué dulce y qué correntón parece que está todo; y, sin embargo, ya sabes que te va en ello la vida. Tú no eres hombre á quien se tenga que recordar sus compromisos; te matarás sin que yo tenga que hacerlo de un pistoletazo, como alguna cosa le pase al Padrecito. ¡Ea, adiós!

Fajardo saludó otra vez militarmente y se alejó presuroso. Poco después se oían entre la obscuridad las pisadas de su caballo.

Filigrana sintió en el corazón un latido inmenso, un golpe de gigante. Fué la impresión que la produjo la idea de que, cuando viese otra vez al hombre que se alejaba, vería también al idolatrado amigo y protector de su niñez.

No se quiso acostar. Pasó una noche inquieta, terrible. Asomábase á la puerta y volvía á entrar en su cuarto. Un candil aceitoso y negro, de luz medio extinguida, colgaba del alero de la chimenea dando tonos fantásticos á los sujetos de la ronda, que dormían aquí y acullá. Oíase, á lo mejor, un fuerte ronquido. Allí fuera, los pasos lentos, monótonos de otro de la ronda que velaba; allá, más lejos, el rumor de un arroyo, susurro que parecía unas veces de llanto, y otras de risa.

Una idea luminosa pasó entonces por su cerebro.

— ¡Ah! ¡El manuscrito! — exclamó. Y se metió en el cuarto presurosa.

Cogió el manuscrito con una dulce y extraña complacencia: habíase ya identificado con él.

Hablaba allí precisamente de algunos puntos que ya conocía Filigrana por la relación de la Alondra. Cuando fué Rompiente en busca de Esperanza, dejó á la Alondra en la sierra al cuidado de

una buena mujer para que la criase. Allí fué donde la pusieron *la Alondra* por su carácter dulce y bondadoso desde niña, por sus cabellos rubios y el aspecto de toda su persona, delicada y dulce como el ave. Hablaba luego Rompiente de su estancia con la Alondra en Málaga y en Madrid, cuando su madre, Valentina, fué á San Sebastián con la reina. Valentina no había podido resistir más sin ver á su hija, y ocultábase de todos para verla, porque su matrimonio era un secreto.

En Madrid retuvo á Hurtado Salazar algunos meses, y se deshacía él de impaciencia, porque ansiaba volver á Andalucía y seguir en sus pesquisas, infructuosas hasta entonces, con objeto de encontrar á Esperanza. Villamuriel, por otra parte, desapareció de Málaga también hacía algún tiempo, cosa que inquietaba á Rompiente. Tuvo indicio, por uno de sus servidores, de que tal vez se hallaba su cuñado en Madrid, y aprovechó allí su estancia para bus-

carle, siempre con la misma idea que tenía también Fernando respecto de él. Rompiente creía que donde estuviese Villamuriel, allí cerca podría buscar á Esperanza con más éxito que en ninguna otra parte. «Buscando allí á Villamuriel, tuve entonces noticias de que estaba en París; pero me equivoqué. Dió él conmigo, y tuvo la osadía de ir á mi casa. No estaba yo, y salió la Alondra á contestarle. La conoció entonces, y sospechó que era la hija de Valentina. Estuvo después á verme, y no me convencí aquel día de su infamia y su maldad porque estaba ya convencido desgraciadamente. Me dijo que no sabía dónde estaba Esperanza, que estaba arruinado, perdido, loco. Me propuso la paz comprándomela por dinero, y me indigné, me enfurecí. El recuerdo de Esperanza y la tranquilidad de Valentina contuviéronme para no matarle allí mismo.

»Salió odiándome más que nunca y jurando vengarse y hacerme sufrir lo

inconcebible, y le desprecié; pero no quería ya perderle de vista. Supe que marchó á París, y procuré que lo espiasen siempre. Tuve más tarde una carta de Valentina pidiéndome que le llevara á la Alondra, y allá fuimos. Allí fué donde Valentina murió. Yo sospeché que su muerte fuera resultado de una venganza más del infame. Le busqué sin más averiguaciones, y una noche, cuando salía del garito, en mitad de una callejuela de París, le salí al frente, le hice que se defendiera. Yo estaba loco, y le dejé por muerto. Algunas horas después dejaba á París y volvía á Málaga con la Alondra. Al poco tiempo te conocí.»

El manuscrito parecía dedicado ya expresamente á Filigrana... La emoción de ella fué profunda. ¡Ah! ¡Cuánto había sufrido su padre! Siguió leyendo con avidez, llorando de recordar aquellos días.

«Te conocí,—continuaba Rompiente;—tú ibas detrás del Padrecito. Fué el

mismo día en que prendieron á éste. Yo te vi y quedé contemplándote conmovido. Tú no te fijabas en mí, hija mía, embebiéndote en tu diálogo con él. Yo sentí una angustia suprema en mi alma. En tus ojos negros, en la expresión de tu rostro, en todas tus facciones, parecíame ver á la noble y dulce Esperanza. Sentí impulsos de correr hacia ti, pero me contuve: aquello era una locura. Me alejé de vosotros y estuve inquieto. Aquella noche no pude dormir. Dos ó tres días estuve procurando desimpresionarme de aquella idea dolorosa, pero ya no pude más y te busqué. ¿Dónde? Imposible. No tenías casa, no tenías hogar. Busqué entonces al Padrecito, supe que estaba preso, hablé con él, y tuve ocasión de hablar contigo. Te reconocí. Hacía mucho tiempo que yo no experimentaba una alegría tan grande. Eras Amalia, mi niña Amalia; yo sabía tu nombre; tu madre me lo reveló cuando creyó que ibas á morir de la herida que te hiciste. Al ver las ropas que lle-

vabas al Padrecito tuve una sorpresa por el nombre de Villamuriel puesto en la camisa. ¿Qué era aquello? Te pedí las señas de la casa de la señora y fui allá presuroso.

» Supe allí otras infamias de tu tío, y con la sorpresa que todo esto me causó recibí también una alegría inmensa. ¡Oh, qué bueno es Dios! En un mismo día os encontré á tu madre y á ti.»

XXX

«Yo pregunté por aquella señora sin dar mi nombre. Creí que me costaría trabajo ser recibido; pero me equivoqué é introdujéronme al instante. Cuando vi su rostro amable y dulce; cuando por aquellos ojos, de mirada serena y bondadosa, comprendí el alma de aquella mujer, sin reserva alguna, le conté la historia triste de mi vida. — Señora, — concluí diciéndole, — perdóneme usted si así me he dejado llevar de las penas tribulaciones de mi corazón. La desgracia me hizo desconfiar siempre;

pero he visto á usted, y el alma se me ha conmovido. He sido franco y he abierto á usted mi corazón: le ruego que no me acuse, que sea indulgente, que me explique el misterio para mí del nombre de Villamuriel que yo encuentro en esas prendas que llevó Filigrana á ese niño. ¿Qué hay de común entre Villamuriel y una criatura tan buena y tan generosa como usted parece?

» La señora me estuvo oyendo, como si sufriera mucho. Cuando concluí no pudo contenerse ya: me miró de un modo que parecía como de duda, y después, decidiéndose, exclamó al fin entre profundos sollozos:

» — ¡Oh, señor! ¡Fernando Villamuriel es mi marido!

» Yo quedé suspenso, inmóvil: no sabía lo que me pasaba. Aquello fué como un rayo que me hirió. Ella prosiguió entonces:

» — Mi familia es ilustre. Conocimos en Madrid á Villamuriel, que dijo que me amaba. Me pidió á mis padres y yo

acepté. Se verificó el casamiento á los seis meses, aunque nos vimos muy poco, porque estaba mi marido viajando continuamente. Pero yo le amaba, y él á mí no me amó nunca. Creyó que encontraría en mi casa una gran fortuna, y no fué así desgraciadamente; desde que tuvo ese convencimiento al morir mis padres, que fué dos años después, me aborreció. Tuvimos un hijo, y, como estaba casi siempre lejos de mí, me consagré á mi hijo. Más tarde quedé en cinta de nuevo. Fernando me ofendía de una manera cruel, diciéndome que aquel hijo no era suyo. Yo le juraba de rodillas que jamás un hombre que no fuera él tocó mi cuerpo, y que le amaba siempre. Me llamó hipócrita, me llamó infame, me golpeó; yo me vine á Málaga entonces con unos antiguos parientes, y en Málaga di á luz aquel segundo y desgraciado hijo. A los dos ó tres meses vino Villamuriel y me lo arrebató. Creí volverme loca. Busqué á mi marido desolada, y no pude conseguir que me lo devolviera.

No sé cómo no he muerto, señor. Supe, después de muchas batallas, que le llevó á la inclusa. Fué en vano todo cuanto se reclamó. Hará cosa de año y medio, dijéronme que había desaparecido, que se escapó, que se había dado el oportuno parte, que no se supo más de él en la casa benéfica, y que su desaparición databa ya de bastante tiempo. Yo me había empeñado como nunca en tener á mi segundo hijo, al que me arrebataron á poco de nacer, porque el otro mayor había muerto. No pude lograrlo, y siempre me queda una esperanza, porque confío en Dios.

» Terminó la señora y rompió en llanto. Yo no pude menos que preguntarla si no tenía conocimiento de la familia del marqués.

» Ella entonces me miró con una fijeza que me hizo temblar. Habló luego. ¡Oh Dios benigno! ¡Qué instante de alegría! Nunca puede mi alma olvidar aquellas emociones.

» — Usted puede conceptuarse dicho-

so, — díjome, — y el egoísmo de mi dolor ha hecho que no se lo dijese á usted antes. No: yo no conocía á mis cuñados cuando me casé. Yo oí decir á Fernando que tenía dos hermanas. Violentábale hablar de esto, y por lo mismo procuré inquirir en alguna ocasión, con preguntas que él eludía, dándome á entender que sus hermanas no eran dignas de que yo me ocupase de ellas. Comprendí que habían querido pasar la vida fuera de sociedad, juntas siempre, en el corazón de la sierra, sin hablar con nadie. Más tarde supe toda la verdad.

» — Y ¿quién se la contó á usted, señora? — la interrogué temblando.

» — Esperanza.

» Yo contuve una exclamación de ansiedad, y ella se apresuró á contarme que había conocido á Esperanza en la mayor miseria, mendigando. La interesó y la hizo preguntas. Esperanza, agradecida, le contó su historia, diciéndole que te había perdido, hija mía, una noche en que cayó desfallecida de

hambre, de cansancio y de dolor en el escalón de una puerta. Parecía tu pobre madre como loca al contar esto. Y al reconocer en aquella dama á la mujer de su hermano, lloraron juntas las consecuencias de las maldades de aquél. ¿Cómo pudiste tú vivir hasta que empezó tu amistad con el Padrecito? Es un misterio, pero un misterio doloroso que la experiencia hace desgarrar. A ti te robaría á tu madre alguna mujer de esas que viven de limosnas que arrancan á las criaturas buenas con la vista de niños pálidos y enfermos, que hacen aparecer como suyos. Tú te has criado así, de mano en mano, es decir, de miserable en miserable. Tu vida ha sido un problema espantoso, sin solución, de esos mil que se desarrollan continuamente en la sociedad. Nadie te reclamó, nadie te guardó, nadie te protegió, debido principalmente á las malas disposiciones de los gobiernos y á la mala administración de esas casas que sirven para recoger á los vagabundos. Una

prueba triste y penosa es la huída del Padrecito de la inclusa, sin que dieran con él y le agarrasen y le volviesen allí.

» Aquella señora llamábase doña María de Arana. Doña María me dió, pues, noticias de tu madre. Quiso doña María que se quedara á vivir con ella, pero tu madre no aceptó. Enferma y gastada por los pesares, pidió que por sus influencias la metiesen en un convento. Allí permaneció con las religiosas, sin comunicarse absolutamente con el mundo, haciendo la misma vida que ellas y llorando por ti.

» Fui allá corriendo y pude verla. Quise que saliese al instante, pero se negó en absoluto, por un voto que había hecho. Dando gracias á Dios porque tú habías parecido y vivías feliz, y negándose siempre á verte y á hablar conmigo en adelante. Yo he creído alguna vez que su razón se había extraviado, pero no: es que Esperanza, por su alma noble, creía que cualquier contacto con el mundo, y menos con su

hija y conmigo, era un pecado y motivo más para la desgracia de Valentina, mi legítima mujer y la legítima poseedora de mi nombre. La arranqué su palabra, sin embargo, de no moverse de allí sin avisarme, y en nombre del amor tuyo me lo concedió. Lo repito, hija mía: ¡Dios es bueno!

»Tranquilo en este punto, me di á buscar al hijo de doña María. Fué muy fácil; una visita á la inclusa; me enseñaron las ropas del niño cuando fué allí depositado. Pregunté si tenía alguna señal ó había algún medio por donde se pudiera reconocer, y supe que hasta el día de su evasión del asilo llevó siempre un escapulario al cuello. Era muy poco, pero tuve esperanza. Me dediqué todo aquel día á buscar á los granujas de la localidad que hubiesen estado en el Hospicio. El nombre que en el Hospicio llevaba era Juan de Dios; pero eran muy pocos datos. Yo comprendía que, al acercarme á preguntar á un niño si se llamaba Juan de Dios y si había

estado en el Hospicio, no me contestaría, aunque fuera él, por temor de que le descubriesen. La cosa, por otra parte, parecíame muy sencilla: á no haber salido de Málaga Juan de Dios, debía ser encontrado al instante: si no ingresó en el asilo al otro día de haber escapado, fué sin duda por abandono y porque no se le buscó debidamente, ó porque no se le buscó poco ni mucho.

» Sabía ya la edad que tu primo Juan de Dios tendría entonces: dos años más que tú. Me dieron en el Hospicio algunas señas particulares suyas. Me acompañaron en mis averiguaciones personas que conocían perfectamente al niño cuando salió y podrían tal vez reconocerle, aunque pasó tiempo. Todo fué en vano. De pronto pareció que mi cerebro se llenaba de una luz inmensa. — Vamos á la cárcel, — dije al hombre que venía conmigo. ¡Amalia! ¡Hija mía! ¡No me equivoqué! Juan de Dios era tu primo; él era el hijo de Fernando Villamuriel y de doña María de Arana; él

era y es legítimo y único heredero de la fortuna de Villamuriel y del marquesado de la Buenagua.

» Su madre creyó que se volvía loca después que fué reconocido como convenía y le fué presentado. Temí en aquel momento por su vida. Al día siguiente partió con él al extranjero sin dar aviso ninguno á su marido, en la duda de que quisiera arrebatárselo otra vez. En Inglaterra, viviendo siempre muy retirada, le educó como á su rango y á su nombre correspondía, al mismo tiempo que yo hacía que te educasen á ti. Tú eras la mujer, ante Dios, de aquel Padrecito de tu corazón, que se llama don Luis de Villamuriel y Arana.»

XXXI

Quedó la joven un rato suspensa. Recordaba las facciones de doña María, madre del Padrecito. Parecíale verla cuando ordenaba que le diesen aquella camisa y aquel pantalón. ¡Qué extraños é incomprensibles misterios! Aquella noble mujer, socorriéndola, socorría al propio hijo que perdió; aquella noble mujer gemía por su hijo en las largas y tristes noches invernales, en su lujoso y abrigado lecho, teniéndole en el mismo escalón de la casa donde vivía, helado, hambriento y andrajoso.

Conmovida y ansiosa, continuó la lectura.

«Cuando te vi, ya para no separarnos como antes, en largas ausencias, hacía tiempo que no sabía nada de tu primo ni de su madre. Esperanza insistió en no verte; por eso te expuse la imposibilidad de lo que deseabas; pero he trabajado siempre para conseguirlo. Supe, al fin, de Luis y de doña María, y esto me tranquilizó. Prometiéronme volver á Málaga últimamente; no te dije nada hasta tener el convencimiento de que venían. Vinieron, pero callé aún por dos razones: porque trataba de consentir á tu madre á que te viese el mismo día de que abrazases á Luis Villamuriel y á doña María; la otra razón era bien triste por cierto: la de serme imposible dar á la Alondra el mismo placer que á ti, de ver á su madre.

»Iba, sin embargo, á decidirme, pero me tropecé nuevamente con Villamuriel, á quien tenía sospechas de no haber muerto aquella noche en que nos encon-

tramos. Hacía mucho que estaba en Málaga, y tenía también mis sospechas de esto. El Padrecito, en la ansiedad de verte, pasó por tu casa y te vió alguna vez, necesitando mucha energía para no faltar á su palabra de no darse á conocer á ti sin mi autorización. Espiándote, notó que te espiaba también Guiñapo, su antiguo rival. Profundamente corregido Luis de aquellos defectos de su niñez, por el severo y amoroso cuidado de su madre y de los profesores que tuvo, le despreció. Le siguió, le espió entonces. Se valió para ello de Venturoso, un niño á quien encontró en el fango, como él lo estuvo en otro tiempo, y le sacó de allí para protegerle en memoria de lo que había él sido.

»Supo por Venturoso que Villamuriel estaba cerca y tembló acongojado. No sabía aún que era su padre, y se lo tuve que revelar para que no le matara. Se abatió entonces profundamente y me dejó obrar. Yo me dispuse de nuevo á la lucha. El miserable, pervertido, sin

conciencia de su nombre ni de su educación, ni del ultraje que hacía con su conducta criminal á la memoria de sus ilustres antepasados, habíase hundido del todo.

»Este hombre tuvo todavía bastante valor para dirigirse á mí solicitando mi ayuda. Me pidió una entrevista, que yo le negué horrorizado. Me escribió cartas, de una de las cuales fué portador el mismo Venturoso. Accedí al fin: no sé qué secreto instinto me inspiró.

»Me confesó cínicamente todos sus crímenes y me horroricé. — Dinero, mucho dinero, — me dijo, — y te dejaré en paz.

»Le pregunté por Valentina y me dijo que había muerto.

»— ¡Mentira! ¡Tú eres un asesino, un canalla! Hubieras querido concluir con ella, pero no te atreviste.

»— ¡Ha muerto! — repitió lúgubremente.

»— Mentira: la has hecho pasar por muerta.

»Se negó á decírmelo y concluimos odiándonos como nunca. Para yo vencerle de mis ventajas sobre él, le confesé tu existencia, la de su mujer, la de su hijo, la de la Alondra y la de Esperanza. Esto le enfureció.

»Al separarme de aquel hombre sentí no haberle matado.

»Preparó un alijo. Os envió las cartas, imitando mi letra, á la Alondra y á ti. Me citó á mí del mismo modo al lugar donde desembarcarían el contrabando. Envió un anónimo á las autoridades al mismo tiempo. Su plan era tan infame como sencillo: matarnos á los tres durante la refriega de los contrabandistas con los carabineros y los de consumos, y que apareciéramos después como muertos por unos ú otros inadvertidamente.

»Yo estaba sobre aviso, pero no comprendí que llegase su monstruosidad al punto de mataros también. ¡Que Dios me perdone, Amalia, hija mía! pero tuve que consentir una muerte para salvarme.

»Estaba yo con la ronda en el campo. Villamuriel lo sabía. Allí me envió á un hombre con la carta. Iba aquel hombre dispuesto á todo. Viendo mis dudas y que la carta no hizo el efecto deseado, se echó sobre mí. Fiscal lo vió y estuvo oportunamente para salvarme de la acometida. Viéndose perdido el otro, se volvió contra él. Lucharon, y cayó herido de muerte ante la fiereza de ese hombre, de ese Fiscal, que, al unirse conmigo y ayudarme, está inconscientemente obrando bien y defendiendo una buena causa.

»Cuando llegó la noche fué llevado el cadáver al sitio del cañaveral donde Villamuriel me había dado la cita. Se dejó allí. Villamuriel y Guiñapo eran objeto, por mi parte y por parte de los míos, de una gran vigilancia. Sabíamos que estaría en el cañaveral, cerca de los hombres que tenían dispuestos para asesinarme. Pasé de modo que me viera, escurriéndome inmediatamente por entre las cañas. Cuando él llegó y vió ten-



dido al otro, se engañó: creyó que los asesinos huyeron después de consumada la obra. En su horrenda rabia disparó sus pistolas sobre el rostro de aquel infeliz, y no pude ya correr peligro de que conociera el engaño. ¡Qué ajeno estaba yo de que mientras corría aquel peligro, teniendo quien me defendiese, vosotras lo corriais también sin protector y sin defensa de ninguna clase!

»Mientras Villamuriel iba con Venturoso registrando el cañaveral, yo me introduje en casa de Villamuriel. Con la convicción que tenía de que su plan de mi muerte saldría á maravilla, no desconfió. Nadie había en su casa. Guiñapo estaba también en faena aquella noche terrible. Lo registré todo, desce-rrajé armarios, cómodas: nada escapó á mi ansiedad, y conseguí mi objeto. Me traje todos sus papeles de familia, y con esto, si moría de una manera miserable, como al fin había de morir, no podriase identificar su nombre ni deshonrarnos á la faz del mundo por sus

infamias. Sorprendí á la par documentos terribles que le perderán también como falsificador, y le tuve ya en mis manos completamente.

»Esta última parte de mi relación, Amalia mía, te la escribo hoy mismo antes de partir. Espero á Venturoso, cuya tardanza me inquieta. Ama á ese niño y protégele, porque es así la voluntad del Padrecito. Si tardase yo en volver recibirás mis cartas por medio seguro, aunque yo no sepa decirte ahora cómo. Pero tengo servidores fieles en todas partes, y hallaré con facilidad la forma de que sepas de mí.»

*
* *

¿Fué casual lo que ocurrió en aquel instante?

Allí acababa el manuscrito de Rompiente. No tuvo tiempo Filigrana de entregarse á las reflexiones gravísimas que su lectura le hubiera podido ocasionar.

Se presentó Petra diciéndole:

— Un hombre ha llegado, entregándome estas dos cartas para usted.

A Filigrana le latió el corazón violentamente.

— ¿Y ese hombre? — preguntó ansiosa.

— Se fué por donde vino sin detenerse un segundo siquiera.

Filigrana, muy conmovida, rompió el sobre de una de las cartas. Era de Rompiente. Decía así:

«Hija de mi alma: todo concluyó; ha sido terrible, pero no hubo otro remedio; en Madrid no encontré á Villamuriel; mientras le buscaba concebí una sospecha. Villamuriel no debió ir á Madrid para defenderse ó evitar en parte el golpe que yo le asestaría. Villamuriel se conceptuó perdido del todo, al asegurarse de que sus papeles estaban en mi poder. Era cobarde y no pensó en la defensa cuando vió el último extremo. ¿Habría huído? Caso de huir, ¿á dónde fué? ¿A Francia quizás? ¿Al pueblecito

ignorado, donde tanta tiempo vivieron ocultas tu madre y tu tía? Una vez vencido, de mí no temería nada, porque me conoce; no me engañé.

»Fuimos á Francia; por el camino, he contado á Andrea la misma historia que te dejé escrita. Lloró mucho, y lo mismo que yo, sentía en su alma la visión de su madre, como si viviera, y estuviese segura de que la iba á ver. Nos detuvimos cuando fué necesario, el tiempo preciso. Yo estaba resuelto á inutilizar para siempre al tirano de nuestra vida; mientras sólo me amenazó á mí, le desprecié; os amenazó á vosotros, y su aniquilamiento se imponía.

»Llegamos al pueblo, de repente, sin aviso; fué una sorpresa, fué una locura, fué un delirio; nuestro carruaje detúvose de pronto, junto á la puerta de Villamuriel; tu hermana se quedó dentro, defendida por dos hombres míos; no quise que se apartase de mí un solo minuto. ¡Qué presentimientos inexplicables había en mi corazón!

»La persona á quien primero vi al entrar en la casa fué á Valentina! ;Qué momento! ;Ella dió un grito! Yo creí morirme, pero no perdí la serenidad; la cogí en mis brazos, ella no opuso resistencia, la alegría la hizo enmudecer; sin decir una palabra la llevé al coche, la metí en él y le dije á Andrea:

»— Ahí tienes á tu madre.

»Tranquilo porque las dejé resguardadas por mis hombres, subí inmediatamente; si estaba Villamuriel allí, sabría yo donde encontrarle; llegué á la puerta misma de su despacho, llamé, él mismo me abrió, no quiero describir la escena; quedó sin movimiento, sin frases, caído más bien que sentado en su silla; le eché en cara todos sus crímenes y él me pidió perdón. No se arrepintió, quería ganar tiempo; entre lo que me dijo para conmoverme, oí que á tu madre la hizo pasar por muerta, teniéndola muy oculta, pero que jamás la hizo daño. Nada quebrantó mi alma dura entonces como los suplicios que el infame nos hizo pasar

á todos. Le presenté un revólver con una mano, con la otra los papeles que le arrebaté. Le dije:

»— Escoge, aquí están las pruebas de tus infamias, de tus crímenes; con un papel de éstos bastará para hundirte en un presidio, hasta que mueras deshonorado y miserable; con el revólver acabas de una vez.

»No dije más. Puse el revólver sobre la mesa y salí.

»¿A qué enumerar detalles tristes? Sucedió lo que había de suceder... Adiós, hija mía; pronto nos veremos. ¿Y el Padrecito? Tiemblo de pensar que no le hayas encontrado. Adiós, hija de mi alma.

FRANCISCO.»

XXXII

Filigrana no vió una cosa; apenas salió Petra, asomó la punta de la nariz de Venturoso.

Arrastrándose por el suelo, avanzó el niño lentamente y llegó hasta sentarse junto á la silla de Filigrana. Se estremeció ésta de pronto al sentir á su lado una voz quejumbrosa.

— ¡Pero mardita sea mismísimo! Y ¿no habla na, en el papé, de la señorita Alondra?

— Espera, — exclamó gravemente. — Voy á ver lo que ella nos dice.

Rompió el sobre, y Venturoso esperó,

fijos los ojos en Filigrana y pálido de impaciencia.

«Ya lo sabrás; nuestro tío ha muerto. Cansado ya de hacer daño se pegó un tiro, mientras yo abrazaba, loca de placer, á mi madre, aquella pálida y hermosa señora que me visitaba en Madrid. Era la misma, la misma: un poco más delgada, un poco más pálida. Yo la conocí al momento y ella me conoció á mí. Ibamos en el carruaje que nos conducía á Marsella. Lo que ha ocurrido hasta que nuestro padre encontró á Villamuriel no te lo cuento yo; no sabría decírtelo detalladamente. Sí, es ella, es ella: con aquellos grandes ojos dulces y negros, con aquella arrogancia de reina en medio de su misma dulzura, con aquel rostro blanco de palidez mate y extraña como de un hermoso espectro. Te disgustaría, porque en ese punto tú habrás sufrido más que yo. Y el Padrecito... Ya sé quién es: ya sé cómo se llama; ya sé que es nuestro primo, nuestro hermoso y noble primo Luis.

»Pero vuelvo á lo otro, á lo otro que es hoy la vida de mi alma. Cuando nuestro padre me dijo en París que mi madre había muerto, lo creía él efectivamente, acordándose de lo malo que era Villamuriel; pero más tarde sospechó que vivía, no queriendo decirme nada para no darme una ilusión cuya pérdida me podría costar después muchas lágrimas. Figúrate mi sorpresa, mi alegría loca, cuando me dice de pronto: — Tu madre existe, hela ahí. — Y la mete en el carruaje y echan los caballos á correr, dejándonos allí solas. Yo no sé cuánto tiempo duró aquel abrazo. Yo no sé cómo se han podido secar aquellas lágrimas de alegría. Yo no lo sé de tantas como fueron. El coche corría y nosotras hablábamos, interrumpiendo nuestra conversación á cada instante para abrazarnos y llorar otra vez. Yo le conté todo lo que ella no sabía de mi existencia, de la tuya, de la mujer de Villamuriel y de su hijo, — nuestro primo Luis, — y de tu madre.

Lloró mucho mi madre pensando en su hermana. Eso era lo que más la conmovía y lo que hoy la turba extraordinariamente. Pero ahora me tiene á mí para su consuelo: yo la distraigo, yo la hago olvidar. ¡Oh, qué hermoso es para un hijo hacer olvidar los dolores y las desgracias de los padres!

» En cierta ocasión — me ha dicho mi madre — revelé yo á mi hermano mi secreto. No podía resistir más y se lo dije todo, arrojando valientemente su cólera. Hasta tenía la secreta esperanza de que me hubiese matado. Le revelé mi unión secreta con Francisco, tu padre, el nacimiento tuyo; la furia de Fernando no tuvo límites. No pudiendo saciar aquella furia en Francisco ni en ti, resultó lo que yo esperaba, aunque no tan completo: me insultó, me injurió, me golpeó como á una infame mujer. Yo estuve enferma muchos días. Cuando me restablecí, me llevó á viajar. Estuvimos en Alemania algunas semanas, me llevó después á V*** en secreto,

y se arregló de modo, con sus infames manipulaciones, que creyeran mi muerte los amigos que yo tuve en Madrid durante mi estancia junto á la reina. Lo mismo ocurrió con la colonia española de París. La reina preguntó á mi hermano por mí, creyó mi fallecimiento, lo sintió y no se acordó más. Todo esto me lo decía mi hermano para mortificarme y entristecerme. Al fin nos vemos reunidas, y Dios premia nuestra constancia y nuestro amor.

» Aparte de las nubes que le pasan de vez en cuando por el pensamiento de su hermana Esperanza, mi madre está muy contenta. Yo la animo y la alegro. Dice que viviremos las dos solas. Yo imploro por mi padre, pero ella dice que no, nunca. No vivirá con él, aunque le ama mucho, porque sería un sacrilegio en vida de su hermana. ¡Cómo lloro al oirla!

» Adiós. Pronto nos abrazaremos. Mi madre sabe ya la muerte de Villamuriel. Ha llorado; pero descuida, que se con-

solará. Todas sus amarguras fueran así.

»Y Venturoso, ¿es bueno contigo? Dile que le quiero mucho, que se parezca al Padrecito, que haga lo que hizo él, que sea bueno, que estudie, que se haga hombre... En fin, estas son locuras. ¡Un sueño! ¡Si al ser hombre, Venturoso, fuese digno de mí! ¡Si se pareciera al Padrecito! Que él lo oiga y que lo sepa. Si por mi amor y con la esperanza de poseerme algún día se hiciera hombre de talento y generoso, ¡qué mayor gloria para mí que haber conseguido esto, ganando un corazón noble para la sociedad de las personas honradas, del abismo donde él estaría llamado á hundirse!

»Adiós otra vez, hasta muy pronto.
Un abrazo de tu

ANDREA.»

La parte de la epístola que hablaba de Venturoso, la leyó la joven en voz alta después, para que él la oyese.

— Vaya, — preguntó la joven; — y ¿qué te parece lo que la señorita Alondra dice? ¿Te ha gustado?

Los ojos del niño llenáronse de lágrimas.

— ¿Tú harás eso que ella dice? ¿Estudiarás? ¿Serás honrado?

Venturoso contestó con esta pregunta, que hizo apagadamente:

— Pero ¿estaré sin verla mucho tiempo?

— Mucho, sí: tanto tiempo como yo estoy sin ver al Padrecito.

— ¡Oh! ¡No, no! — exclamó sollozando Venturoso.

— Entonces será peor, — contestó Filigrana dulcemente. — Será peor, porque no la verás nunca y no te querrá.

Venturoso quedó pálido y pensativo. Luego exclamó con una gravedad que conmovió más á la joven que sus anteriores lágrimas:

— Bueno: yo haré lo que la señorita Alondra quiera.



XXXIII

Transcurrieron las horas. Filigrana esperando ver al Padrecito; Venturoso esperando ver á Andrea; el Fiscal sin esperanzas, y Guiñapo ansioso de saber la noticia de la muerte del Padrecito para estar libre.

— Y bien,—había preguntado el Fiscal á Filigrana; — ¿hay noticias de Rompiente y de la señorita Alondra? Perdone usted: no es curiosidad; es interés.

— Sí: hay noticias. El pobre Rompiente terminó su calvario: Villamuriel ha muerto.

— ¡Ah! — exclamó el Fiscal pensativo.

— Usted no me inspira ya desconfianza, — exclamó la joven con dulzura. — Usted será bueno y honrado en adelante: me lo dice mi corazón. Usted es ya mi amigo. Tome usted: lea las cartas de Rompiente y de la Alondra.

El Fiscal tomó las cartas y se puso á leerlas, pretendiendo disimular de este modo las sensaciones que le oprimían.

— Algo me figuraba yo de la historia ésta de usted y su familia, — exclamó cuando hubo leído, — aunque nada me dijo jamás Rompiente. Pero ¿qué importa si será usted feliz?

— Y ¿á usted le pesará eso?

— ¡No! — contestó el Fiscal, conmovido por primera vez en su vida.

Filigrana fijó vagamente sus ojos en el horizonte.

— Estoy pensando una cosa, — continuó el Fiscal mudando de conversación.

— Y ¿qué es ello?

— Que la Alondra anuncia aquí su vuelta con Rompiente para cuatro ó cinco días después, y, según la fecha en que las cartas están firmadas, no sería extraño que se encontrase usted á la par, ó en un mismo día por lo menos, á su primo y á su padre de usted con doña Valentina y la Alondra.

El corazón de Filigrana latió aceleradamente oyendo al Fiscal, pero disimuló aquel inmenso placer. Su profunda delicadeza temió herir á aquel hombre dejándose llevar del todo de la alegría.

No hablaron más. Separáronse. Filigrana se encontró con Venturoso.

— Digamosté, señorita Filigrana, — preguntó Venturoso: — ¿y Guiñapo?

— Pues ya lo sabes: preso hasta que venga mañana el Padrecito.

— ¿Y si no viene? — preguntó Venturoso con la mayor sencillez.

Filigrana se horrorizó. No se le había ocurrido hasta entonces el pensamiento de que no pudiera llegar el Padrecito al día siguiente.

— Y ¿por qué no ha de venir? — interrogó, temblorosa.

— No, ¡sí vendrá! pero querría sabé mesmamente lo que aduego se hará con Guiñapo si no viene el Padrecito.

— No lo sé, — contestó Filigrana con angustia; — no me hables de eso.

— Güeno: si viene no sabrá osté tampoco qué jacé con el Guiñapo.

— ¡Ah! Sí. Lo echaremos. Que quede libre, que se vaya. Bastante ha sufrido ya.

Venturoso no contestó.

Pasó Filigrana una noche horrible. Parecíale que iba á morir antes que el día llegara. Todo lo vió sombrío. Sonábanle fúnebremente en el corazón los pasos que daba el Fiscal, meditabunco siempre, yendo y viniendo delante de la puerta. Era ya de día y quiso dormir un poco. No era su deseo dormir para encontrar descanso por la triste noche que pasó; era que pensaba ganar tiempo mientras dormía. Se durmió al fin, y fué un sueño el suyo triste, con pesa-

dillas y congojas, con espectros y malas visiones. Cerca del mediodía era cuando se despertó. Brillaba un sol hermosísimo. El cielo tenía un azul transparente y suave como la gasa sutil de las ilusiones. Corría un aire vivificador y puro, que aspiró ella con delicia.

Quiso peinarse esmeradamente para recibir al hombre adorado, pero desistió pareciéndole de mal agüero. Su modesto vestido, que recortaba airosamente su silueta; sus zapatitos bajos de charol, su cuellecito y sus puños muy blancos, su gran pañuelo obscuro por los hombros, y su cara hermosa, fresca, juvenil: así le esperó. No tuvo paciencia, y allá traspuso por una trocha abajo. ¡Aquella trocha iba á subirla él muy pronto! — Por aquí tiene que pasar, — decíase temblando. Y andaba, andaba. De repente dió un grito y sintió una nube muy negra en los ojos. Luego, al instante, claridad, mucha claridad; claridad de cielos y las alegrías. Allá, en lo hondo, había divisado

dos jinetes. El caballo de uno arrancó á galope... Filigrana no pudo moverse ya, quedó inmóvil... Cogíase con una mano el pecho, sujetándose el corazón, que quería romperse con sus latidos. La otra mano cayó inerte. Quedó pálida, lívida, como muerta... El jinete avanzaba, avanzaba... Echó pie á tierra antes de llegar, corrió luego... Contempláronse ansiosos un segundo, y se abrazaron en una explosión de lágrimas y de besos. Quedáronse así mucho espacio, sosteniéndose el uno al otro para no caer á tierra en aquel éxtasis de felicidad al fin lograda, teniendo por testigos las aves que piaban, las flores que se movían blandamente, y el cielo azul y puro.

Después de aquella gran crisis del corazón de ambos, al encontrarse así juntos y felices, contempláronse otra vez, sonriendo entre sus lágrimas.

Ella le vió fuerte, enérgico, de estatura regular, de facciones acentuadas y agradables. Aquellos grandísimos y bellos ojos pardos nada perdieron de su

serenidad y de su inteligencia. Vestía ricamente, pero sin afectación: sombrero ancho de alas, finísimo; cazadora, pantalón y chaléco negros, botas de charol, camisa de cuello bajo, con una corbata, negra también, cuyo lazo anudábase con negligencia. Tenía bigote y barba muy sedosa, negra como su traje, y recortada en punta.

Todo eso lo vió ella en una sola ojeada y exclamó suspirando:

— Y ¿eres tú el Padrecito?

— Sí, yo soy, — contestó Luis bondadosamente. — Yo, que no te olvidé un instante; yo, que luché desesperadamente contra la misma naturaleza mía, imponiéndome el martirio de la educación, porque me amenazaron con no verte más si no lo hacía; yo, que estuve un mes y otro mes padeciendo martirios crueles para acostumbrarme un poco no más á coger la pluma; yo, que lo primero que aprendí á escribir fué el nombre de mi Filigrana. Yo tuve que desear mis asperezas, yo tuve que con-

tener mis brusquedades, yo lo aprendí todo, yo lo estudié todo, yo viajé, yo recorrí Europa, pensando siempre en ti. Rompiente fué mi protector, mi madre mi guía, tú mi esperanza de los cielos.

La voz del Padrecito era dulce, muy bien timbrada, armoniosa: expresábase con mucha sencillez. Ella contemplaba al hombre en silencio, sonriente, olvidándose de todo. Le parecía mentira, le parecía imposible, estrechaba su mano para convencerse de que aquella mano era la del hombre adoradísimo.

— Te debo mi libertad, — le dijo él, — te debo mi salvación. Tengo el orgullo de deberte la vida. Ahora ya no sucederá de nuevo. Ya estaré alerta, ya no respetaré nada. Ahora puede prevenirse Villamuriel.

— ¡Ah, no! — dijo la joven. — ¡Es tu padre!

— ¿Lo sabías tú ya?

— Rompiente me lo dijo. Rompiente me dejó un cuaderno donde está la historia de su vida y la de nuestras desgra-

cias juntas. Pero no lo olvides, Luis, no lo olvides: es tu padre.

— Lo comprendo: lo sé demasiado. Por mí no importaría: es por ti, por mi madre y los otros seres queridos.

— Pues bien, — dijo Filigrana de pronto; — ¿y si hubiera muerto?

— ¡Filigrana!

— Sí: lo dice Rompiente en una carta que recibí anteayer. Arruinado, perdido, con el desprecio de toda su familia, sin esperanza de bienestar, sin predisposición para regenerarse, hizo lo que debía hacer: se suicidó.

Detúvose Luis é inclinó tristemente la cabeza: parecía llorar. Filigrana le contempló orgullosa, recordando en aquel hombre generoso, distinguido y bello al Padrecito de las barcazas.

— Quisiera hacerte una pregunta, Amalia, — exclamó luego con inquietud.

— ¡Ah! Ya sé lo que es. Me lo presumo, — contestó ella prontamente. — Descuida, está tranquilo: la existencia criminal de aquel hombre quedó en un

profundo secreto. El marqués de la Buenagua ha sido el que se ha suicidado. Tu nombre está ileso: tu madre podrá vivir tranquila también.

— ¡Ah! ¡Qué buena eres! ¡Cuánto te amo! — exclamó Luis conmovido.

Iban aproximándose á la casa. Luis no vió una figurita que se puso detrás de él. De pronto sintió que le tiraban de la cazadora. Volvió la cabeza y se encontró con el risueño semblante de Venturoso, y con aquella boca suya, picaresca, que gritó alegremente:

— ¡Hola, Padrecito!

XXXIV

Tres semanas después los vecinos de las casas inmediatas á la puerta de Marrubiales asomábanse curiosos á los balcones, á las ventanas, á todo agujero chico ó grande por donde pudiesen meter la visual, para recrearla en una especie de caravana que salía por allí.

Vieron primeramente á dos hermosos jóvenes, de distintos sexos, á caballo. Iban muy juntos y sonreían al mirarse, ella con elegante amazona obscura, con velito negro, á través de cuyo tejido delicado destellaba el fuego puro de los grandes ojos negros. Él, moreno, apues-

tísimo, de grandes ojos pardos; vestía de negro y cabalgaba elegantemente sobre un potro cordobés hermosísimo. Esta pareja, que atraía por su juventud y su apostura, eran los excelentísimos señores marqueses de la Buenagua, don Luis Villamuriel de Santisteban y su prima doña Amalia Villamuriel y Hurtado Salazar.

En sendas mulas enjaezadas ricamente, seguían luego dos señoras, de cierta edad, pero bellísimas aún, pálidas, graves. Eran doña María de Santisteban de Villamuriel, marquesa viuda del de Buenagua, y su cuñada doña Valentina Villamuriel de Hurtado Salazar. Valentina acompañaba á *la Rosa* á los seres queridos. Después volvería á Málaga, sola con Andrea. Juró no hacer vida común con Francisco en vida de Esperanza, y cumpliría su juramento. Francisco se resignó.

Seguían á las señoras tres jinetes. Eran dos hombres y una mujer: Rompiente, con su modesto vestido siempre

á la andaluza; el Fiscal, que caminaba silencioso y muy pálido; y la Alondra, sonriente, feliz, bellísima, delicada, las guedejas de sus cabellos asomando graciosamente bajo el lindo sombrero de viaje, y su serena mirada fija con mucha frecuencia en un muchacho con tipo de granujilla malagueño de las barcazas y las pedreas: era Venturoso, el sin par Venturoso, que cabalgaba adustamente á la grupa del Fiscal, protestando á menudo de aquella tropelía, con juramentos de que él era hombre de saberse mantener á caballo y que debía llevar un caballo él solo sin compañía de nadie, aunque la compañía del señor Fiscal fuera de mucho ringorrango y mucha principaliá.

Esta comitiva, que se aumentaba grandemente con un sinnúmero de criados, salió, como dije, por la puerta de Marrubiales, tomando por la carretera de Madrid. Dejaron atrás el puente de Ahoganiños, el de Rabanales, encontrándose muy pronto en la huerta de la

Lancha, famosa en los anales del bandolerismo, por los grandes crímenes que allí se consumaron en la época de Juan Palomo, en la de Pacheco y, últimamente, cuando los secuestradores enseñorearon su poder hasta que les salió un Zugasti en su camino.

Para distraer á Venturoso de su mal humor, contábale el Fiscal una de aquellas grandes tropelías de los bandoleros: tratábase del robo de una diligencia. Quedáronse con los valores de todos los que viajaban y con algunos viajeros, que fué lo más triste, á los que no soltaron en mucho tiempo: les tenían en rehenes hasta recibir una gran cantidad de cada una de las familias. Dos de los secuestradores murieron en la prisión, y más tarde fueron al garrote los bandidos.

Venturoso escuchaba. Alondra y Rompiente escuchaban también, mirando ambos con atenta curiosidad el rostro del niño.

Acabó su relación el segundo de la

ronda, y preguntó Rompiente al niño, como si quisiera sondearle:

— Vamos: y ¿qué te parece á ti eso? ¿te gustó?

Como si contestara, no á Rompiente, sino á una voz simpática de su alma, dijo con lentitud Venturoso:

— ¡Probesitos hombre!

— ¿Cuáles? — preguntó la Alondra intencionadamente. — ¿Los que murieron en el garrote?

— ¡Los otro! ¡Mardita sea! — gritó Venturoso muy sofocado.

Cambióse entre la Alondra y su padre una mirada de inteligencia: ella sonrió con alegría; Rompiente suspiró con desahogo.

— ¡Ah! — pensó. — ¡Este niño se salvará!

El Fiscal, por su parte, había dicho á Venturoso con amarga rudeza:

— ¡Bueno, muchacho! ¡Bendito sea ese pico de oro! ¡Quién tuviera tu edad, y lo pasado pasado, y quien viniese detrás que arreara! No: no te alegres del

mal de nadie. Hasta los mismos agarrotados merecen compasión, chiquillo; el alma se endurece como para toda la vida desde que se nace, y luego un solo segundo basta para que la dureza de alma acabe como el duro hielo con el caliente rayo de sol. Después no hay remedio; después no hay cura: ya no hay tesón para arrepentirse y sigue uno siendo malo sin querer.

Todos le comprendieron. Rompiente miró al Fiscal con pena: el Fiscal parecía haber hablado por experiencia propia.

Quedaron silenciosos, silencio que interrumpió Francisco para exclamar de un modo brusco, como si no pudiera ya contener en su corazón lo que quería decir:

— Siempre es tiempo para ser honrado.

No sé lo que el Fiscal se preparaba á decir. No pudo, sin duda, por estar atento á refrenar su caballo, que se encabritó con violencia.

— ¡Hola! — exclamó, — conozco á mi caballo perfectamente: me avisa de una mala novedad.

Habían doblado antes á la izquierda y entraron por la *colada de Juan Barbo*, internándose así en el monte. Una hora larga hacía que caminaban así costeano el profundo arroyo, y fué en este punto cuando se encabritó el caballo del Fiscal. Poníase el sol entonces, se perdía la vista en la profunda y revuelta ferocidad de la cañada.

— ¡Allí! ¡Allí! — exclamó de repente Venturoso.

Tendido sobre una roca descomunal y saliente, situada junto á la misma trocha, para que tropezara con los ojos del transeunte, había un cadáver.

Detuviéronse todos al oír la exclamación del niño, y todos vieron el cadáver. El Fiscal se apeó... Detúvose muy pálido antes de llegar á la roca.

— ¿Qué es eso? — preguntóle Rompiente con inquietud.

El niño, á quien había apeado el Fis-

cal antes, para bajar él luego, se aproximó también á la roca.

— ¡Ay!— dijo aterrado.— ¡Si es Cristobalón!

A este grito sucedió un silencio profundo. Había acudido á la par á la imaginación de todos el recuerdo de Guíñapo.

El Fiscal se inclinó á coger un papel que había sobre el pecho del cadáver, sujeto con una piedra. Leyó en él estas solas palabras:

«Va uno: es mi regalo de boda. Así caeréis todos.»

Dió el papel á Rompiente y lo leyó él. Lo hizo pedazos en seguida y dijo en voz áspera:

— ¡Adelante!

No se habló una palabra, no se hizo un comentario; pero hallábanse todos conmovidos, llenos de terror. Cada uno de los que iban allí pensaba en el peligro que corrían los otros.

Luis fué el único que habló para exclamar tristemente:

— Yo fui quien le solté y no me arrepiento: nunca debe arrepentirse el hombre de haber hecho una obra generosa.

— Bien, — dijeron todos.

Y Rompiente exclamó otra vez:

— ¡Adelante!

— Vamos, señor Rompiente, — dijo el segundo de la ronda; — pues usted hará ahora el favor de encargarse de este mozo. El caballo de usted no se asusta, y temo que otra vez el mío vuelva á las andadas y me eche abajo al señor Venturoso, y á mí de cabeza, si me coge desprevenido.

Rompiente comprendió que lo que el Fiscal quería, era estar libre para manejarse bien, caso de tener que defenderse si alguien les importunaba; pero él se hubiera encontrado entonces cohibido también.

— No, — dijo; — yo no puedo tampoco.

Saltó el niño en aquel instante para decir de muy mal humor:

— Po ahora voy á roá más que una

pelota, sin que naide me quiera. Si hubiera yo tenío un caballo pa mí solo, no pasara esto. ¡Por vía e Cristo, hombre!

— Venga acá ese muchacho, — exclamó Luis, que oía la conversación. — Conmigo irá muy bien.

— ¡Po ya lo creo! — contestó Venturoso deslizándose como una serpiente junto á las patas de la cabalgadura. Llegó hasta el caballo de Luis y se encaramó de un brinco.

— ¡Mirosté, mirosté si yo sé apañármela! — exclamó muy contento.

Siguió la comitiva. Desde pocos momentos antes de haber encontrado al infeliz Cristobalón, habíanse puesto los jinetes en hilera, porque no hubieran podido adelantar de otro modo por el estrechísimo sendero. Habían entrado antes Fajardo con otros tres individuos de la ronda; detrás iban Luis y Amalia; seguían doña María, Valentina y la Alondra detrás; á la Alondra, Rompiente, y el Fiscal al fin. Después, y á más distancia, la servidumbre, y los res-

tantes individuos de la ronda, cerrando la retaguardia. Era una interminable y afiladísima procesión de caballos y jinetes, que se deslizaba como enorme culebra por el gran repecho que hacía el costado del arroyo.

Venturoso iba entonces orgullosísimo. Luis Villamuriel era su ídolo, su Dios, después de la señorita Alondra.

— ¡Buen truhán estás tú! — habíale dicho, acariciándole, cuando subió. — Vamos: y ¿esto qué es? — preguntóle de pronto tocándole un objeto muy duro en la cintura.

— Po esto — contestó Venturoso evasivamente — e una cosa que está ahí mu guardá y mu bien puesta sin meterse con naide, esperandito una hora que tié que llegá algún día.

— Y ¿qué hora es esa que tiene que llegar? — preguntó Filigrana.

Venturoso no contestó y se puso á mirar á una y otra parte como haciéndose el distraído.

No vió aquella demostración Fili-

grana, y preguntó de nuevo. Luis le dijo entonces que contestase, y el niño exclamó:

— ¡Por vía e...! Po esa hora que tié que llegá, e la hora de que yo me encuentre cara á cara con Guiñapo.

— ¡Ah! — dijo Luis buscando en la cintura de Venturoso aquel objeto duro y sacándole la navaja: ya me había figurado yo...

Filigrana quedó silenciosa: ó tenía el corazón más duro que su marido, ó no se le habían desterrado, como del corazón de Luis, aquellos sentimientos de grandes y singularísimas hazañas de los prohombres andaluces.

— Mira, Venturoso, — dijo Luis; — tú tienes inteligencia (y eso lo has demostrado muy bien), eres bueno y comprenderás por esas dos causas (la de tu inteligencia y la de tu corazón) lo que te voy á decir de una vez para siempre. Los hombres no deben ser rencorosos. A nadie como á mí, hizo daño Guiñapo, y ni le guardo rencor ni le tengo odio.

Dios es justo y le castigará como merece. Si antes de ser castigado nos hace alguna nueva traición, será porque así debe ser. Yo no quiero á mi lado corazones duros; yo no quiero á mi lado almas que se complazcan en hacer daño á los demás.

Filigrana no era del mismo parecer de Luis, pero si hubiera podido abrazarle en aquel momento, le hubiera abrazado y se hubiera hincado de rodillas como ante Dios. Sentíase profundamente orgullosa de aquel hombre.

— Pero ¡por vía e Cristo! — gritó Venturoso. — Entonce... ¡qué! ¿Guiñapomos va á matá á tos porque osté echa tanta cosa bonita po la boca? Si al Guiñapo naide le quiere jacé na, yo se lo jaré, y á mí me da osté mi navaja, que la quiero yo pa mí solo. Y á mí no me diga osté más cosa, que lo que fuere sonará. Y aquí quien tiene el pico de oro salao e quien más callaíta se quea, porque está iciendo aniguá que yo; y esa e la señorita Filigrana.

— ¿Oyes, Amalia? — preguntó Luis.

— Sí que oigo, Luis, — dijo Filigrana gravemente. — Da á Venturoso su navaja y no se la quites. Sé tú bueno, como eres; yo lo soy también, lo somos todos; pero hay que dejar al destino que cumpla sus leyes.

— No, — dijo Luis; — perdóname, pero sería consentir un mal, no por Guiñapo, sino por este niño.

Y tiró la navaja, que fué zumbando á perderse en el arroyo.

— No vayas á creer por eso — añadió dirigiéndose á su mujer — que yo sea un santo varón; si ése cayera por mi cuenta, ya nos veríamos las caras; pero te he de confesar francamente que me repugnaría mucho tenérmelas que haber con un hombre así: preferiría cogerle y entregarle á la justicia.

— Y sería mucho mejor, — contestó Filigrana como un eco. — El resumen es que será preciso que nos pongamos á darle caza: no viviré tranquila sabiendo que existe ese miserable.

Se interrumpió Filigrana en aquel punto para contener su caballo, que relinchó fuertemente, dando una gran sacudida que estuvo á punto de tirarla. Habíase oído al mismo tiempo una detonación y un ¡ay! Después el golpe sordo de un cuerpo al caer en tierra y rodar por la pendiente. Luis y Amalia detuvieron sus cabalgaduras. Los de la ronda, que iban delante, detuviéronse también. Empezaba á ser de noche y distinguíanse los objetos confusamente.

No podían hacer que volviesen las cabalgaduras y echaron pie á tierra. Deslizáronse Amalia y Luis hacia donde estaba Rompiente y la Alondra. Venturoso iba con ellos y se adelantó al instante. Valentina y doña María permanecieron silenciosas, muy pálidas.

—¿Qué es eso?— había preguntado Filigrana antes de llegar.

Se oyó la voz de Rompiente, amarga como nunca:

—¡Le ha tocado al Fiscal, hija mía!
¡Ya era honrado!

Filigrana y el Padrecito lanzaron una exclamación. Venturoso dió un rugido de lobezno, y allá partió, como si rodara en la pendiente, hacia el sitio en que había quedado el cuerpo del Fiscal.

— ¡Por aquí! — gritó. — ¡Por aquí!

Hallábase en lo profundo del arroyo. Un ligero cordón de agua, brillante y murmuradora, se deslizaba junto al ensangrentado cuerpo. Parecía aquel murmullo del agua un rezo de piedad á Dios por el alma proterva de aquel hijo del crimen.

Conforme llegó Venturoso al cuerpo del Fiscal, se hincó de rodillas ante él. Buscó á tientas en su cintura y le sacó el cuchillo, que guardó rápidamente. Nadie pudo observar esta operación. Filigrana había llegado detrás: se inclinó sobre el cuerpo de aquel hombre, por quien sentía desde algún tiempo una piedad profunda.

— ¡Fiscal! — dijo. — ¡Fiscal!

No contestó.

Llegaron Francisco y Luis.

— ¡Fiscal! — repetía Filigrana en tanto.

Habló entonces el Fiscal débilmente.

— ¡Ah! — dijo. — ¿Es usted? Voy á morir á gusto: ya era tiempo. No podía ser de otra manera. Señorita Amalia: ¿me da usted su mano?

— Sí, — dijo Filigrana ardientemente.

— ¡Pobre amigo mío!

Y se la dió.

— Usted es mi confesor, señorita Amalia, — dijo el Fiscal con voz más débil aún. — He aquí mi confesión: me arrepiento con toda mi alma de todo lo que hice en mi vida, porque todo fué malo, y pido á Dios que me perdone.

Filigrana estrechó aquella mano y rezó piadosamente. Francisco y Luis hallábanse detrás de ella, inmóviles, pálidos, sombríos.

— ¿Y Venturoso? — preguntó el Fiscal, expirante.

— Aquí está. ¡Mardita sea! — dijo el muchacho, entre sollozos.

— Ven, arrima el oído: tengo que decirte una cosa.

Lo hizo así Venturoso, y el Fiscal le dijo apagadamente, sin que nadie le oyera:

— ¡Mátale! A ti te lo encomiendo. Yo rezaré á Dios para que no te castigue.

— ¡Sí! ¡sí! — exclamó el niño llorando.

— Déjame que te dé un beso.

Venturoso puso la frente sobre los labios del Fiscal. Lo besó él.

— Es el primer beso que he dado en mi vida, — dijo. Y expiró.

XXXV

Instalados ya en la bella posesión de *la Rosa*, pasáronse los primeros días en la misma inquietud, aunque ninguno quisiese confesárselo al otro. Rompiente acordábase mucho del Fiscal. Andaba meditabundo; de buena gana hubiera querido dar una batida por todos aquellos lugares para cazar á Guiñapo como á una fiera. No se atrevió nunca, por miedo de dejar á Amalia y Luis solos. Guiñapo estaría sin duda por los alre-

dedores, hasta concluir la traidora venganza.

Otra duda muy grande había en el corazón de todos: aquel infame asesino con quien era imposible combatir y á quien era imposible vencer, ¿á quién habría escogido ahora? Rompiente temblaba por sus pobres y hermosos hijos; ellos temblaban por Rompiente; Valentina sufría también por todos; y quien andaba como nunca, avisgado y ceji-junto, era el gran amigo Venturoso.

Venturoso no perdonaba la ida por la venida; con nadie hablaba; perdíase á lo mejor por las quebraduras sin parecer en cuatro ó cinco horas. Amonestábale Rompiente en cuanto la cara picaresca del truhán asomaba, pues comprendían, con razón, que no era Venturoso la persona más querida de Guiñapo.

Un día Filigrana exclamó de pronto, con una brusquedad que hizo dar un salto de sorpresa á sus amigos:

— Esto no puede continuar así: yo lo comprendo y lo comprendéis todos.

Cada uno es bastante despreocupado para no temer la desgracia que sobre él mismo venga; pero aquí lo que nos extravía, lo que nos preocupa, lo que nos debilita el ánimo, dejándonos inactivos, es el miedo de lo que puede suceder á los otros. Usted, padre mío, — añadió Filigrana dirigiéndose á Rompiente, — mandará á los hombres á una batida; la guardia civil tiene también mano en el asunto desde la muerte del Fiscal y del otro; pero no basta: aquí no hay más remedio que obrar, y obrar enérgicamente; para eso es preciso que seamos nosotros los que nos pongamos en campaña. Usted conoce estos terrenos: pues á usted toca salir, se llevará á Venturoso si lo cree necesario. La mitad de sus hombres se irán con usted, yo y mi marido nos quedamos aquí con la otra mitad, porque nosotros no nos separamos. Todo se reduce á ponerme otra vez el traje de Luis. ¡Ea! ¡Está dicho!

—Dicho, — contestó Rompiente, re-

signándose. — ¡Ay de él si cae en mis manos! ¿Vendrás tú? — añadió dirigiéndose á Venturoso.

— ¡Por vía e Cristo! ¡Yo qué me he de dir! ¡Yo me queo!

Rompiente lo dispuso todo; la intención era dar una inmensa batida bajo su dirección y con gran número de hombres: cercar á Guiñapo, acorralarle, desesperarle, hacer que saltara de una manera ó de otra; pero concluir de una vez.

Abrazáronse. Valentina contenía con dificultad los sollozos de su corazón. Ella sola lloraba: los demás manteníanse sombríos. Volvióse Rompiente para abrazar á Venturoso, y éste no estaba allí. Miráronse sorprendidos y buscaron en la casa: Venturoso no pareció. En otra hora no hubiese extrañado tal ausencia, porque ya sabéis que acostumbraba Venturoso á escurrir el bulto y no parecer por la casa en algún tiempo; pero aquella vez sí extrañó, porque Venturoso sabía la marcha de Rom-

piente. ¿Por qué Venturoso no estaba allí para despedirse de él?

Llenáronse de inquietud porque el muchacho no parecía. Rompiente, por su parte, no quiso irse sin saber en lo que paraba aquello. El sol empezaba á declinar. Venturoso no dió aún cuenta de su persona. Una inquietud terrible, una consternación pavorosa, pintábase en todos los semblantes.

— ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto? — exclamó la Alondra, al fin, sin dirigirse á nadie y cruzando las manos.

Todos creyeron ver en aquellas palabras y en aquella actitud un reproche por el abandono en que se dejaba ahora al niño, cuando tanto había hecho él por ellos en tantas ocasiones.

Luis y su suegro miráronse con una indecisión horrible, sin hablar. Filigrana sorprendió esta mirada, y una expresión profunda de dolor llenó su pecho. En la mirada que sorprendió en su marido y en su padre, había visto un espanto de muerte. Ella no se equivo-

caba: ella los conocía á los dos muy bien.

Se puso el sol entonces... Venturoso no parecía. Los hombres de Rompiente fueron de un lado para otro. El caracol de la sierra retumbó en todas las cavidades, pero ni con aquellas llamadas pareció tampoco el niño. Llegó la noche, una noche de luna, clara, triste, como mensajera de grandes desdichas.

— ¡A caballo! — gritó de pronto el Padrecito. — ¡Esto es horrible!

Filigrana pidió el suyo también.

— No, — dijo entonces su padre; — es á mí á quien corresponde. Vosotros no conocéis estos lugares.

El Padrecito se resignó como la fiera á quien sujetan con hierros, y Rompiente fué, con paso precipitado, por su cabalgadura.

Filigrana, con la Alondra y el Padrecito, salieron á esperarle en una explanada próxima al edificio. Valentina había seguido á Rompiente, presa de una angustia indecible.

Iluminaba entonces la luna todos los objetos. Las figuras de las dos jóvenes y de Luis destacábanse á gran distancia. Hallábanse conmovidos, silenciosos; ninguno de los tres atrevíase á interrumpir este silencio. De repente, en la profunda soledad y la calma de aquella noche, retumbó una detonación y repercutió de una manera poderosa en las cóncavas escabrosidades de la montaña. Se oyó una exclamación de ira. Fué de Luis, que se sintió herido. Al comprenderlo Filigrana, lanzó un alarido de leona y salieron todos de la casa á ver lo que ocurría, rodeando al grupo que formaban los tres allí. La bala dió en un brazo al Padrecito. ¡No estuvo feliz en su disparo, sin duda; pero ya lo estaría en otra ocasión! Oyéronse de pronto entre unas jaras, grandes gritos; eran gritos de placer de Venturoso. ¡Gran Dios! — ¡Aquí está ya! ¡Aquí está ya! ¡Por vía e Cristo! ¡Aquí está ya!

Corrieron todos; un espectáculo ho-

riendo se presentó á su vista: Guiñapo tendido con el corazón atravesado de una puñalada.

— ¿Qué es esto, Venturoso? — preguntáronle aterrados.

— Pos na, — dijo él fríamente; — que cuando el señón Fiscá cayó roando y yo le vide el primero, y la navaja suya se la vide también, se la quité de la faja y dije: — «Pos con la navaja suya, de este que tú has matao... ¡mardita sea...! tienen que matarte á ti.» — Y sucedió y pasó que esta mañana salí mu tempranito, y le vide de pronto, y me juí en detrás sin almosá y sin comé, porque no quería soltarle manque me mataran; y jué y vino y yo no le púe ensartá... ¡mardita sea!... Po señó, que era ya de noche y se vino por aquí, y yo me vine, buscándole el bulto, mu agachapaíto, como to el día, pa que no me viera... Se escondió endetrá de la jara, y estaba yo muerto de mieo, sin podé gritá á ostede que se jueran pa no espantalo; y por mucho que yo anduví listo, tiró é antes...

¡por vía é Dios!... y de una rabia que me entró que me se quitó la vista de lo sojo, me juí pa é... y al punto que se levantaba mu contento, porque jizo la barrabasá, yo salté como un gato, y por delantito, así, como está ahí mesmamente, le clavé la navaja, de moo y manera que jice lo que el señón Fiscá me mandó.

El asombro de los circunstantes fué terrible. Allí estaba en tierra, muerto, quien tantos terrores les había causado: ¡le mató un niño! Nadie se atrevió, en el primer momento, á aproximarse al matador. Allí estaba el niño delante de todos. La luna, dulce y triste, parecía envolverle en su manto de luces para lavarle de aquel crimen. Nadie se atrevió, digo, á aproximársele; pero la Alondra, entonces, se abrió paso hasta él y se le acercó silenciosa. — Gracias, — dijo. Se inclinó un poco y le besó en la frente. El niño se echó á llorar. Se les oprimió á todos el corazón.

— ¡La Providencia, la Providencia!

—exclamó Rompiente como si respirara con más desahogo. — Él ha matado, pero no fué él: ha sido Dios. El beso del ángel ha borrado la mancha de la frente del niño.

XXXVI

Esperanza consintió en ver á su hija, pero no salió del convento.

Valentina, por su parte, se separó de Rompiente, yéndose á Málaga con la Alondra.

Ya lo sabéis: Valentina había jurado no hacer vida común con su marido mientras Esperanza viviera. Pero Esperanza murió pronto.

¡Murió de deseo de que Valentina fuera feliz!
